



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXXV, Vol. CCIV, Núm. 1 (enero-febrero de 1976).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12, D. F.
Apartado Postal 963
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXV

1

ENERO-FEBRERO
1976

INDICE

Pág. 3

**A NUESTROS LECTORES
NUEVOS PRECIOS**

DESDE HACE CINCO AÑOS NO HEMOS VARIADO EL PRECIO DE LA SUSCRIPCION ANUAL DE LA REVISTA "CUADERNOS AMERICANOS" NO OBSTANTE LA CONSTANTE ELEVACION EN LOS COSTOS; PERO COMO EN LOS ULTIMOS MESES HAN AUMENTADO CONSIDERABLEMENTE EL PRECIO DEL PAPEL Y LOS GASTOS DE IMPRESION, COSA DEL DOMINIO PUBLICO, NOS VEMOS OBLIGADOS A ESTABLECER A PARTIR DE 1976, LOS PRECIOS QUE INDICAMOS A CONTINUACION:

	Pesos	Dólares U.S.
MEXICO	175.00	
EJEMPLAR SUELTO	35.00	
AMERICA Y ESPAÑA		15.50
EJEMPLAR SUELTO		3.10
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		18.25
EJEMPLAR SUELTO		3.65



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

EDICIONES CUADERNOS AMERICANOS

	Pesos	Dólares
ORFEO 71, por JESUS MERINA ROMERO. Autor de cuentos excelentes y libros de versos. En esta obra demuestra su capacidad renovadora de conformidad con las nuevas corrientes de la poesía contemporánea	15.00	1.50
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS". Estos índices —por materias y autores— abarcan los primeros 30 años de la vida de la revista, de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971. Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.	150.00	13.50

—oO—

De venta en las principales librerías

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coynacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
Director: Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh
Secretario-Tesorero: William J. Straub, Carnegie-Mellon University

No. 90

Enero-Marzo 1975

ESTUDIOS: SAUL YURKIEVICH, Nueva refutación del cosmos; RANDOLPH D. POPE, La apertura al futuro: una categoría para el análisis de la novela hispanoamericana contemporánea; ALICIA BORINSKY, Castración y lujos: la escritura de Manuel Puig; MARGERY A. SAFIR, Mitología: otro nivel de metalenguaje en *Boguitas pintadas*; JAIME CONCHA, D'Halmer antes de Juana Lucero; ALFREDO A. ROGGIANO, Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino.

NOTAS: MANUEL DURAN, In Memoriam: Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos; JOHN P. DWYER, Cuates agazapados y otros temas: unas palabras con Gustavo Sáinz; KEITH A. McDUFFIE, Sobre el universo poético de César Vallejo; MONIQUE LEMAITRE, Aproximaciones a Octavio Paz.

BIBLIOGRAFIA: ROSEANNE B. de MENDOZA, Bibliografía de y sobre Gabriel Márquez, *RESEÑAS:* RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ, Sobre Enrique López Albújar, *La diestra de Don Juan*; EVELIO ECHEVERRÍA, Sobre Nicolás A. S. Bratosevich, *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*; DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Hugo Rodríguez-Alcalá, *Narrativa hispanoamericana, Gárgolas-Carpentier-Río Bato-Rufo* (estudios sobre invención y sentido); DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Ernesto Sábató, *Abbadán, el exterminador*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Klaus Müller-Bergh, *Alejo Carpentier: ... estudio biográfico-crítico*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Fray Ramón Pane, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*... el primer tratado escrito en América; ANGEL CAPELLAN GONZALO, Sobre Kessel Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction: ... Vol. 1, From Colonial Times to the Mexican Revolution and Beyond*; Vol. II, *Social Concern, Universalism and the New Novel*; TAMARA HOLZAPPEL, Sobre Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*; TAMARA HOLZAPPEL, Sobre Günter W. Lorenz, *Latinamerika: Stimmen eines Kontinents*; JOSE OLIVO JIMENEZ, Sobre Oscar Fernández de la Vega y Alberto N. Pannic (editores), *Iniciación a la poesía afroamericana*; JOSEPH V. JUDICINI, Sobre Carlos Martín, *América en Rubén Darío: ... Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*; MONIQUE LEMAITRE, Sobre Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*; GEORGE MELNY-KOVICH, Sobre di Giovanni, Halpern y Mac Shane (editores), *Borges on Writing*; JOSE OTERO, Sobre Gerardo Sáenz, *Ideología de la fuerza*; Teresinha Alves Pereira, Sobre Clarice Lispector, *Agua viva*; ALFREDO A. ROGGIANO, Sobre Mónica Mansour, *La poesía negrita*.

Suscripciones y ventas: William J. Straub, 274 Crawford Hall, Univ. of Pittsburgh.

Canje: Lillian Seddon Lozano, 274 Crawford Hall, University of Pittsburgh.

Suscripción anual en los Estados Unidos, 10 dólares; 3 dólares en América Latina. Otros países, 10 dólares.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VI, Número 23 Agosto-Octubre de 1975

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*
 Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre *El nacionalismo en América Latina* opinan: Vania Bambirra y Alonso Aguilar.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Alvaro Briones

El neofascismo en América Latina.

Herbert Souza

Las multinacionales y la superexplotación de la clase obrera en Brasil.

Arturo Guillén

Hacia una crítica de los economistas burgueses mexicanos.

TESTIMONIOS:

Alejandro Witker

Chile: política, moral y compromiso.

RESEÑAS DE LIBROS Y REVISTAS

DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, anual 100 pesos, estudiantes 85 pesos. Exterior, anual 10 dólares E.U.A.

El envío al exterior por correo aéreo registrado cuesta 4 dólares.

E.U.A. por año; al interior del país, 20 pesos.

Números atrasados a partir del número 5.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-271, México 20, D. F.

La información básica sobre el intercambio comercial de México



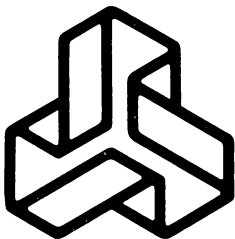
- El sector externo
- Comercio exterior
- Distribución geográfica del comercio exterior
- La ALALC y la participación de México
- Apéndice estadístico

\$70.00

Envíe cheque o giro postal a nombre del

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2º piso, México 7, D. F.



ATLANTICO

BANCO DEL ATLANTICO, S.A.

FINANCIERA DEL ATLANTICO, S.A.

HIPOTECARIA DEL ATLANTICO, S.A.

BANCO INTERNACIONAL INMOBILIARIO, S.A.

BANCO DE YUCATAN, S.A.

SEGUROS DEL ATLANTICO, S.A.

ARRENDADORA DEL ATLANTICO, S.A.

FONDO INDUSTRIAL MEXICANO, S.A.

Al Sur de la Ciudad,
en PLAZA UNIVERSIDAD:
una Sucursal más...



nacional financiera, s. a.

Se complace en informar a
sus clientes y al público en general, la
apertura de su nueva sucursal en el
Centro Comercial Plaza Universidad
donde se prestan ya los mismos servicios
que en la oficina matriz.

Ahora, quienes vivan al sur del Valle de México,
con mayor comodidad podrán invertir en
valores de *nacional financiera*
ganando desde el **9.11 %** hasta el **12.63% anual neto.**

Consúltenos

 ***nacional financiera, s. a.***

Isabel la Católica Nº 51

Av. Universidad Nº 1000

	<i>Pesos</i>	<i>Dls.</i>
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	Agotado	
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
<i>La reforma agraria en el desarrollo económico de México</i> , por Manuel Aguilera Gómez	40.00	4.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i> <i>U.S.</i>
México	90.00	
Extranjero		9.00

—oOo—

De venta en las principales librerías

DISTRIBUYE:

CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

E. Torres Rivas
CENTROAMERICA HOY
368 pp. \$ 65.00

S. de la Peña
LA FORMACION DEL CAPITALISMO EN MEXICO
248 pp. \$ 68.00

S. Moscovici
SOCIEDAD CONTRA NATURA
344 pp. \$ 60.00

P. Singer
ECONOMIA POLITICA DE LA URBANIZACION
180 pp. \$ 85.00

G. Myrdal
LA POBREZA DE LAS NACIONES
456 pp. \$ 85.00

A. Abdel Malek
LA DIALECTICA SOCIAL
La reestructuración de la teoría social y de la filosofía política
408 pp. \$ 120.00

I. Restrepo y S. Eckstein
LA AGRICULTURA COLECTIVA EN MEXICO
320 pp. \$ 90.00

M. Harnecker
CUBA ¿DICTADURA O DEMOCRACIA?
256 pp. \$45.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A.
Ave. Cerro del Agua 218. Tel. 550-25-71.
México 20, D. F.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 quayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga ... 32,525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



La vida de este ser humano fue una cadena de
ajustes constantes. Imposible que contara
con la ayuda de hombres más lúcidos o más
expertos; el libro todavía no existía.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS: EL FONDO QUE PRESERVA LAS IDEAS.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE MEXICO
LAZARO CARDENAS
SUS IDEAS ECONOMICAS, SOCIALES Y POLITICAS

POR
JESUS SILVA HERZOG

De venta en las principales librerías

PRECIO \$ 27.00

DISTRIBUYE:

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO
AV. COPILCO 300 LOCALES 6 y 7
MEXICO 20, D. F.

LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO. MARX,
ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog. Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación. Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidos retratos.

PRECIO: \$ 20.00

De venta en las mejores librerías

DISTRIBUYE

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y Europa		
		México Precios por Pesos	España ejemplar Dólares	Europa
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 3 y 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Número 4	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1954	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Número 6	75.00	6.00	6.30
1959	Números 2 al 4	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	45.00	3.60	3.90
1964	Números 2 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1, 3, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1971	Números 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1972	Números 3 al 6	45.00	3.60	3.90
1973	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1974	Números 1 y 6	45.00	3.60	3.90
1975	Números 1 al 5	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL 1976

México	\$ 175.00	
Otros países de América y España		Dls. 15.50
Europa y otros continentes		Dls. 18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	\$ 35.00	
Otros países de América y España		Dls. 3.10
Europa y otros continentes		Dls. 3.65

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Los pedidos pueden hacerse a:

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943 Y NUMEROS 4 y 6/61,
1 y 2/62 y 2/63 ASI COMO COLECCIONES COMPLETAS

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RFTAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

DIRECTORA: Nilita Vientós Gastón

Sumario: Vol. IV Número 2 — CONCHA ZARDOYA: Oda y elegía Pablo Neruda. LUIS A. DIEZ: Grandeza telúrica y aliento épico del "Canto general". ROBERTO MARQUEZ: De Rosa armado y de Acero: la obra de Nicolás Guillén. JORGE MARIA RUSCALLEDA BERCEDONIZ: Recuento poético de Nicolás Guillén. MARIA TERESA BABIN: Aristas de la esclavitud negra en la literatura de Puerto Rico. JUAN ANTONIO CORRETJER: La noche de San Pedro. PAUL ESTRADE: Cómo Betances defendió al negro haitiano: Carta a Jules Auguste (1882). BENJAMIN NISTAL: Catorce querellas de esclavos (Manatí, 1868-1873).

Volumen II, Número 4:

Homenaje a Baroja

Suscripción \$ 10.00

Volumen III, Número 1

Homenaje a Pablo Neruda

Ejemplar suelto \$ 2.75

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción 1976

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	175.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO

México	35.00	
Otros países de América y España		3.10
Europa y otros continentes		3.65

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA HISPANICA
MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXV

VOL. CCIV

1

ENERO-FEBRERO

1976

MÉXICO, D. F. 1º DE ENERO DE 1976

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Jesús REYES HEROLES

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO
AV. COYOACÁN 1035 MÉXICO 12, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

Núm. 1

Enero-Febrero de 1976

Vol. CCIV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Franco Muere. ¿Renacimiento Español?. En busca de la libertad perdida	7
JESÚS SILVA HERZOG. Dos ensayos latinoamericanos	14
LEOPOLDO PENICHE VALLADO. Izquierda y derecha, signos de definición	28

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

IGNACIO CHÁVEZ. Cultura superior y humanismo	35
ALFONSO CASO. ¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?	44
RAIMUNDO LIDA. Santayana y la autonomía de lo estético	55
CARLOS ENRIQUE FERREYROS. El peligro de suscribir tratados con gobiernos de facto	67
JUAN CARLOS ANDRADE SALAVERRÍA. Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina. (Primera Parte)	80

PRESENCIA DEL PASADO

RAFAEL SÁNCHEZ VENTURA. Flores y jardines del México antiguo y del moderno	93
JOSÉ MEJÍA VALERA. Organización de la sociedad en el Perú preincaico	108
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. De la conquista a la independencia	130
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. En el arte y la aventura.—Pascín	136
DARDO CÚNEO. Conversación con Jean Cassou	144

DIMENSION IMAGINARIA

ALFREDO S. DUQUE. Una pequeña antología de Nicolás Guillén	155
C. G. BELLVER. Rafael Alberti frente al destierro	181
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Augusto Roa Bastos y el bilingüismo paraguayo	198
RUSSELL M. CLUFF. El realismo mágico en los cuentos de Uslar Pietri	208
MAURICIO DE LA SELVA. Actualidad de Luis Spota	225
JOSÉ MORENO VILLA. "Los Gigantes"	236
PABLO GIL CASADO. Tumulatumba	247

Nuestro Tiempo

FRANCO MUERE. ¿RENACIMIENTO ESPAÑOL?

EN BUSCA DE LA LIBERTAD PERDIDA

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

LA agonía fue larga y confusa. El anciano dictador acumulaba deficiencias y lesiones en su recio organismo, habituado a la dura disciplina del cuartel, al mando sin réplica que no se discute ni se analiza. El poder absoluto fue su oxígeno. Su única obsesión, la razón de su vida y la negativa a perderlo, la causa de su resistencia a morir. Más de tres docenas de médicos rodeaban su lecho. No lo circundó el silencio dolorido, sino la conspiración en sordina de los posibles herederos. Durante treinta años, el destino de España fue el destino personal de este taciturno general, frío, seguro de sí mismo, dispuesto siempre a vencer no a convencer. Hizo de España paraíso de turistas y cárcel para los miles de enemigos escapados del paredón. No concibió nunca la unidad de los españoles, sino muertos. Sólo pudo unirlos en el Valle de los Caídos. Pero otros muchos cayeron en el exilio. En Francia, en Chile, en México, miles de vencidos sólo volvieron a ver el paisaje español en el sueño de la muerte.

Cómo se reactualiza el hervor de sangre, de fuego, de la guerra española, donde los poetas cantaron en las trincheras del miliciano que sabía que sólo se podía ser libre en la lucha desventajosa. Donde el coraje de Juan Español era la mejor arma de la esperanza. Y después de la gesta, el silencio, la represión, el exilio.

Caso singular el drama español. Cuando las potencias democráticas dejaron libres las manos de Hitler y Mussolini para vencer, en nombre de Franco, al pueblo resuelto a morir, se inició esta oscura etapa del naufragio ético en la convivencia internacional. El aliado del Eje nazi-fascista, profeta de la restauración del Imperio de Felipe II, se avino después de la derrota de sus padrinos iniciales a cambiar el sueño imperial por la ruin realidad del protectorado yanqui. Pero salvó —conservándolo— su poder personal. Noche larga, siniestra, de pesadilla sin final de amanecer. En sus dominios se condenaba, treinta años después, por delitos supuestamente cometidos en la guerra civil. Se detuvo el tiempo; el calen-

dario suspendió su lento proceso de marcha. No hubo primavera precedida por el pregón de la violetera madrileña. Sólo existía Franco. Sus aliados cambiaron dentro y fuera del solar español. A Hitler y Mussolini los substituyó el Tío Sam; a los falangistas el Opus Dei. Pero Franco mantuvo, inalterada, su alianza con el Ejército. Sus fieles contaron con que Franco les heredaría un Rey, creado y ungido no por "la gracia de Dios", sino por la voluntad del Caudillo. Sus enemigos esperaron y desesperaron en la ilusión de que la única herencia de Franco sería, otra vez, la libertad, el amanecer de España, la actualización del calendario, inmovilizado desde 1939.

Sí, la agonía fue larga. Los partes médicos semejaban reportes de guerra. La ofensiva se multiplica pero el enemigo sitiado no se rinde. Juan Carlos soñaba cetro, corona y mando. En El Pardo, velaban la agonía de Franco los conciliábulos, los tirones por la herencia; la incertidumbre respecto a la respuesta pública al conocer el final esperado.

Pero hasta Franco tenía que morir. El preámbulo de su caída definitiva fue la jactanciosa ejecución de los cinco jóvenes vascos, condenados y ejecutados contra las voces de la conciencia de la Humanidad. Franco no conoció nunca la debilidad del perdón. Con mano dura, implacable, conquistó el poder. Y la muerte lo encontró con la misma dureza fría, implacable.

El Caudillo ha muerto, sí. Allí está en la bóveda del Valle de los Caídos, cerca de los restos de José Antonio. Su escolta no es ya la caballería mora, sino los miles y miles de muertos en la guerra de Caín. Muy lejos de la tumba de Manuel Azaña, perdida y olvidada en una aldea fronteriza de Francia; más lejos, aún, de la de Indalecio Prieto, de la de Negrín, de la de Largo Caballero. Y también reposa alejado de tanto peregrino de la libertad que se repartió en el mundo, con su dolor oculto, con su rabia en grito.

La inmediata herencia del dictador que desaparece es la incertidumbre, la confusión de optimismos y desesperanzas; la confrontación entre las distintas corrientes que coincidían en el área franquista y la gama de presiones ansiosas de liquidar situaciones demasiado prolongadas. Tempestad y drama al surgir el dictador y drama y tempestades acuden, invitados ineludibles, a sumarse primero, presidir después, el cortejo fúnebre.

Se barajaron muchas hipótesis, dentro y fuera de España, durante el alargado imperio franquista. Al terminar la guerra con la derrota del Eje, Franco parecía condenado irremisiblemente por los vencedores. Se le excluía, expresamente, de la Organización de las Naciones Unidas por el origen de su victoria: la solidaridad y ayuda directa, militar y política, de la Alemania de Hitler y la

Italia de Mussolini. Liquidados los padrinos, el ahijado quedaba en solitaria orfandad. Pero no fue muy largo el vía-crusis del régimen surgido del Alzamiento. El Mundo no suele tener buena memoria y olvida con frecuencia realidades obvias, experiencias cercanas. Si las democracias occidentales se cruzaron de brazos y se refugiaron en una simulada neutralidad cuando pudieron y debieron acudir en auxilio de la República agredida y se fabricaron, así, una "buena conciencia" con sólo condenas morales al Caudillo y a su régimen, después de la gran guerra, la utilidad del anticomunismo rabioso se consideró, por los Estados Unidos, embarcados en la guerra fría, insustituible arma estratégica y moralísima defensa del "mundo libre" el tutorear al huérfano régimen franquista, proporcionarle ayuda militar y económica y así, de hecho, convertir el solar español en una base bien pertrechada de las fuerzas armadas del Tío Sam. Franco dejó de ser fascista para la diplomacia norteamericana, sin haber modificado ni siquiera en aspectos mínimos y superficiales su política clásica.

Su nueva y lucrativa alianza facilitó a Franco su política personal, su sistema único y básico de su política, la realización plena de su concepción del poder como algo de propiedad personal inafectable. La Falange fue el primer aliado disminuido y desplazado en la práctica, aunque conservó su privilegio de ser el único partido político autorizado. Los huecos dejados por las "camisas viejas" fueron cubriéndose por los tecnócratas del "Opus Dei", hasta que crecieron demasiado. A su turno fueron también alejados de los centros de decisión. Y a poco andar, también con el clero empezaron las asperezas. Primero, sólo con los sacerdotes jóvenes, los párrocos que convivían con su parroquia y recibían —y lo aceptaban— el impacto de la desesperación de su rebaño, especialmente en Cataluña y los Países Vascos, donde la represión generalizada en todo el país se acentuaba hasta el propósito de anular las más hondas e indestructibles raíces de esas regiones peculiares, con idioma, historia y cultura propios. Después, esas dificultades llegaron hasta miembros de la más alta jerarquía eclesiástica. Franco no podía compartir el poder. Con Falange o sin Falange; con "Opus Dei" o sin esos nuevos tecnócratas que supieron siempre separar lo que es de Dios —oraciones, ortodoxia aparente y amor y temor del Señor— y la más desembozada ambición de los bienes de este mundo: el enriquecimiento, el freno a las inconformidades populares. Pero Franco, a cada trance, en cada proceso de ajuste y desajuste, acrecentaba su poderío. El Ejército fue y siguió siendo su entusiasta Ángel de la Guarda. El tiempo pasaba; el dictador envejecía. Y mientras en las Universidades y en las fábricas la inconformidad se acrecía y la desesperación asomaba, en torno al ya anciano, tem-

bloroso y enfermizo Caudillo se multiplicaban las ambiciones de la herencia. Franco no tuvo nunca herederos políticos directos. Y en un patético esfuerzo por prolongar su poderío más allá de la muerte, inventó una singular monarquía. España —proclamó— es una monarquía. Pero el Rey tendrá cetro y corona hasta que yo muera. Ni los más eruditos especialistas de la tradición monárquica encontraron un antecedente en el cuál fundar, con ortodoxia dinástica, la designación de Juan Carlos, nieto de Alfonso XIII, quien recibiría la gracia del Caudillo no obstante estar con vida su padre, don Juan, en rigor heredero directo de la Corona tirada en la prisa de su escapatoria por su abuelo, un Rey agitanado, frívolo y no muy inteligente. Hasta los monárquicos se asombraron de ese testamento anticipado. Unos reclamaban y reclaman la Corona para el padre; otros preferían al hijo. Pero Franco no se moría y parecía un poco bizantinos los tironeos entre padre e hijo, situación no muy insólita en estas arcaicas cuestiones monárquicas.

Junto a Don Juan, en Portugal y en Suiza, se iban cobijando las "camisas viejas" desplazadas. A Juan Carlos lo rodeaban franquistas menos disminuidos dentro de la escala de valores del régimen. Pareció naufragar la esperanza del Príncipe Juan Carlos con el atentado sufrido por el Almirante Carrero Blanco, sombra silenciosa de Franco. En gracia de Dios —salía de oír una misa y de recibir la comunión— el segundo hombre de la jerarquía franquista "voló al cielo" al impulso de una bomba muy poderosa colocada en el sitio donde estacionaba su automóvil todas las mañanas. La organización nacionalista ETA se atribuyó, desde Francia, la paternidad del atentado. Pero, en España misma, muchos mal pensados atribuyeron —y atribuyen— a corrientes franquistas, la planeación y ejecución de ese acto de terrorismo. No se modificó el testamento y Juan Carlos siguió esperando la prometida Corona, el soñado cetro, la suntuosidad del manto, en su residencia madrileña conocida como Palacio de la Zarzuela por una de esas ironías del destino burlón y escéptico.

Ya mucho antes, el santificado imperio del orden interno empezaba a mostrar fisuras y fáciles hervores. Los estudiantes y no pocos maestros hacían motineras huelgas en los centros de estudios superiores. Pero crecía un trabajo político de gran eficacia, que daba formas concretas a la desesperación obrera. Las huelgas preparadas y ejecutadas por las Comisiones Obreras jefaturadas por Marcelino Camacho. La prisión de éste no suspendió la actividad de la presión proletaria. Pero cada vez que la situación se deterioraba, venía una ratificación del tratado con el Tío Sam para el arrendamiento de bases militares. Y más armas y más dólares acompañaban, en toda

oportunidad, a cada nueva confirmación de la alianza entre el Tío Sam y el viejo dictador.

En los últimos tiempos empezó a hablarse de apertura en condiciones y en términos muy singulares. Dentro de España, voces persistentes planteaban la necesidad de abrir caminos para una condicionada y paulatina democratización; fuera de España, se creó una organización de unidad antifranquista, tan amplia, que en ella coincidieron monárquicos partidarios de Don Juan, el Partido Comunista y los demócratas cristianos, así como una ala del Partido Socialista Obrero Español, para liberar a España, pero hasta después de que muriera Franco. Por lo visto, también sus más frontales enemigos admitían y se resignaban al hecho de que a Franco vivo no había manera de desplazarlo del poder y, ni siquiera, de rebajarle un átomo su omnipotencia.

Poco antes del final, se recrudeció la represión en la misma medida, ya con tintes de desesperación, en la cual la ola de apertura tomaba fuerza. Y el Mundo comprobó que en su ancianidad y decrepitud física, Franco seguía fiel a su imagen de siempre. Cinco jóvenes vascos fueron juzgados y condenados a muerte en virtud de una draconiana ley contra el terrorismo. El juicio fue típicamente franquista. No se comprobaron en derecho las responsabilidades de los acusados. Ni siquiera en el derecho franquista. Pero fueron condenados a muerte. El Mundo entero, con poquísimas excepciones, elevó el clamor del indulto o la conmutación de la pena. Con su habitual impasibilidad, Franco desoyó ese generalizado clamor y aun las personales solicitudes de Paulo VI. Y los vascos fueron ejecutados. La condenación fue unánime. Obreros portuarios de varios países europeos se negaban a cargar o a descargar barcos que fueran o vinieran de España. Y algunos otros, México entre ellos, rompieron todo tipo de relación comercial con el Imperio franquista.

Con la muerte, tras la toma de posesión de Juan Carlos, surgieron todas las contradicciones de esperanzas y desilusiones. Los franquistas "duros" exigían la continuidad de la represión, de las prohibiciones políticas y laborales; los "aperturistas" confiaban en que por necesidades imperativas, Juan Carlos tendría que ser rectificador o tener la frustración como inevitable compañera. Juan Carlos, hasta ahora, ha pretendido caminar en el filo de la navaja. En su discurso inicial ponderó la "grandeza histórica" del Caudillo pero, al mismo tiempo, aludió a ciertas necesidades de actualización. Ya, en días anteriores al deceso, había vigorizado las esperanzas democratizadoras al conceder libertad al uso de las lenguas regionales. Decretó una especie de amnistía que, en rigor, carecía de su condición fundamental, pues amnistía es olvido, borrón y cuenta nueva.

Algunos de los exministros más conocidos, Fraga Iribarren, Areilza y otros, acudieron a Madrid presurosos y pronosticaron un nuevo gobierno, una nueva era, algo así como preludio de un amanecer democrático. Viejos franquistas se volvían, a la muerte del Caudillo, cartas democratizadoras, lo cual no es, obviamente, la única paradoja en esta larguísima noche española.

El Comité de París, donde Calvo Serer, partidario de Don Juan y Carrillo, Srío. General del Partido Comunista Español han sido las voces más insistentes, exigían un plebiscito para que el pueblo dijera qué régimen de gobierno prefería y, en caso de que la preferencia fuera monárquica, si sería Don Juan o su hijo quien debía ceñirse la Corona. Todos, hasta Juan Carlos, daban por liquidado al Primer Ministro, Arias Navarro. El viernes 5 de diciembre, Juan Carlos enfrió los entusiasmos "aperturistas" al confirmar en su cargo al Jefe de un Gabinete en el cual, al saberse esa confirmación de Arias Navarro, se generalizaron las renunciaciones para facilitar una nueva composición ministerial. ¿Al nuevo Rey?; ¿al mismo Arias Navarro?

En síntesis, la incertidumbre se agudiza; la niebla en el horizonte político español se hace más densa, más ominosa. Juan Carlos, al parecer, tiene demasiados consejeros. Y el joven monarca vacila y cree poder dar gusto y conformar a los "duros" y a los "aperturistas". Hasta ahora, objetivamente, puede verse que lo más probable, como ocurre siempre entre estos centristas indecisos entre dos presiones opuestas, será no contar ni con unos ni con otros para la solución inmediata, pues por lo que hace al porvenir más mediano, será el pueblo, por mayoría libremente expresada, quien diga la última palabra.

De aquí a entonces el camino será oscuro, con arreglos y decisiones transitorias y concebidas con el repentismo obligado ante las cambiantes presiones exteriores e interiores. Desde luego, la ausencia definitiva del Caudillo resta consistencia y agresividad a las presiones externas. El Mundo parece deseoso de volver a contar con una España que ya no puede ser de Franco, pues franquismo sin Franco no es sino una ilusión irrealizable como solución permanente. El mismo México, que extremó en los últimos tiempos su actitud antifranquista, habla ya de la posibilidad de un reencuentro diplomático con España, cuyas relaciones se concentran en el gobierno en exilio de la República Española.

Juan Carlos empieza a comprender que no es fácil recibir el poder como herencia de un dictador y pretender ignorar en su política ese origen pero, al mismo tiempo, siente la necesidad de hacer comprender a los españoles la conveniencia de favorecer una evolución hacia la democracia y enterrar, con el cadáver del Caudillo,

los aspectos más antidemocráticos del franquismo. Decidir si lo logrará o se frustrará entre las presiones opuestas es, a nuestro juicio, sólo una cuestión transitoria. La característica de este reinado fue fijada por la malicia y el sentido intuitivo del pueblo español, aun en el supuesto de que pudieran presentarse condiciones específicas que consideraran al Rey como la única oportunidad de coincidencia entre corrientes opuestas mientras el camino se allana para las soluciones definitivas. Monarquía Constitucional dentro del esquema franquista no es concebible, por ahora. Por todo ello, los españoles, aún antes de que obtuviera la Corona, llamaron a Juan Carlos El Breve.

Sea de todo esto lo que fuere, España estuvo otra vez, como en los sangrientos inicios de la guerra civil, en el primer plano de la actualidad mundial. Los detalles y altibajos de la agonía del Caudillo encabezaron durante cuatro semanas las primeras planas de los diarios de cinco continentes y fueron tema sostenido en primer rango en los noticieros de radio y televisión. Desde entonces y a lo largo de casi cuatro décadas, España fue un dardo en la conciencia de los directores de la política internacional por la indiferencia con la cual se vio el asesinato de un gobierno republicano surgido de un resultado impecable desde el punto de vista democrático y la esclavización de tres generaciones de españoles.

Durante 39 años los poetas callaron en España. La frivolidad turística substituyó a la capacidad de indignación y de rebeldía que han sido signos españoles. El verdugo se ha ido; los sueños de una España imperial resultan comprobada y anacrónica fantasía. España ha de actualizar su calendario, más pronto o más tarde. Pero existe hoy, otra vez, el peligro de otras tempestades implacables, cruentas, devastadoras.

Confiemos todos en que no vuelva a confirmarse la maldición de Antonio Machado: "españolito que vienes al mundo, te guarde Dios; una de las dos Españas ha de helarte el corazón."

México, D. F. a 8 de diciembre, 1975

DOS ENSAYOS LATINOAMERICANOS

Por *Jesús SILVA HERZOG*

*La América Latina en dos momentos
históricos. 1947 y 1975*

Antecedentes necesarios:

PUEDE decirse que la Primera Guerra Mundial terminó el 11 de noviembre de 1918 con la derrota de Alemania y el armisticio. Después vinieron las difíciles negociaciones de los beligerantes culminando con el Tratado de Versalles de 28 de junio de 1919. Las exigencias de las potencias vencedoras fueron tremendas, obligando a Alemania a soportar por largos años cargas pesadísimas bien difíciles de cumplir. Esto fue una de las causas de la Segunda Guerra Mundial, según autorizadas opiniones.

Después la década de los veinte y la crisis económica mayor de la historia, la cual como es bien sabido comenzó en Wall Street en octubre de 1929. Inmediatamente se sintieron sus efectos: desocupación sin precedente por su magnitud en los Estados Unidos; bancos en quiebra; la producción tuvo que reducirse como consecuencia de la disminución catastrófica de la demanda. Después incendio de plantíos de algodón para evitar una mayor baja de precios y millares de sacos de café arrojados al mar por la misma causa, y todo esto mientras había millones de bocas hambrientas y hombres, mujeres y niños sin la ropa necesaria para defenderse de las inclemencias del tiempo.

La crisis se extendió bien pronto, con todas sus consecuencias terribles a Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y a casi todo el mundo, más grave en consonancia con el mayor desarrollo de cada nación. Tal vez pueda decirse que a partir de 1932 comenzaron a sentirse poco a poco, los primeros síntomas de recuperación.

Pasaron unos cuantos años. La crisis había concluido y ya comenzaba a renacer el optimismo. Vanas ilusiones. El hombre siempre terco en el error. El 10. de septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, la más formidable y mortífera de todos los tiempos: millones de vidas segadas; destrucción de ciudades

abiertas habitadas por personas pacíficas ajenas a la contienda; destrucción de riquezas acumuladas por los siglos; ruina y desolación, sangre y lágrimas, tanta sangre y tantas lágrimas como para formar un río caudaloso. Nunca como entonces el hombre debió haber aparecido a los ojos de los mejores hombres como un espantoso producto diabólico. Aquella pesadilla dantesca, infernal, terminó —si no recordamos mal— con la rendición del Japón el 14 de agosto de 1945. Alemania e Italia se habían rendido a los contendientes victoriosos: la Unión Soviética, los Estados Unidos y cabe citar también a Inglaterra. Francia, vencida y sojuzgada, no dejó de luchar contra sus enemigos, contribuyendo al triunfo final. Adolfo Hitler se había suicidado con su amante, y Mussolini y sus amigos más cercanos fueron fusilados por un grupo de guerrilleros de su propio país. Hiroshima y Nagasaki, las dos ciudades mártires, semidestruidas por las dos primeras bombas atómicas utilizadas por órdenes del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica: Harry H. Truman. Este personaje siniestro recibirá los anatemas de la historia.

Por otra parte, cuando el fin de la guerra se hallaba cercana, los periódicos del mundo dieron la noticia de una reunión celebrada en medio del Atlántico entre Franklin Delano Roosevelt y Winston Churchill. Se dijo por aquellos días que los dos grandes estadistas habían prometido a la humanidad entristecida, cansada y doliente, el goce de las más preciadas libertades del hombre. Y en los más optimistas renació la esperanza en el destino superior de los habitantes del globo terráqueo. Apenas dos años escasos pasaron y comenzó la guerra fría en los últimos meses de 1947, auspiciada y propalada por nuestro vecino poderoso, que había salido de la contienda maldita más rico y más poderoso que nunca.

Una pequeña cédula personal

Entre el 30 de junio y el 14 de septiembre de 1947, visité varios países de nuestra América, invitado a dar conferencias por algunas universidades. En primer lugar estuve en Guatemala, gobernada por el doctor Juan José Arévalo, filósofo de la educación. En el país vecino se gozaba entonces de completa libertad. Yo dije lo que quise en dos disertaciones en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos. Después estuve en el Perú. El presidente de la República era un civil, el doctor Bustamante Rivero. Lo mismo que en Guatemala, plena libertad. Dicté dos conferencias y tuve un coloquio con varios profesores y estudiantes de la Universidad de San Marcos; ni la más leve insinuación de que no hablara de esto,

de aquello o de lo demás allá... El Partido Aprista Peruano, dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre, era por aquellos meses el partido político más numeroso y bien organizado del país. Tenía su periódico, "La Tribuna", y locales para conferencias y reuniones políticas numerosas. Alguna vez en una reunión, conversé con el Presidente, un hombre civilizado y amable. La tercera estancia fue en Santiago de Chile. Se hacían ocho horas en avión para recorrer la inmensa distancia que separa a las dos capitales. Lo primero que me llamó la atención fue darme cuenta de que el país estaba muy politizado. En todas partes se hablaba de política. Los choferes de taxis estaban perfectamente enterados de lo que pasaba en ese campo. También la hice de conferenciante en un local universitario. El presidente González Videla todavía no era temido ni odiado. Mucho más tarde supe que lo llamaron "el traidor", pero cuando yo estuve no se metía con la gente de pensamiento e igual que en Guatemala y Lima imperaba la libertad de pensar, escribir y hablar.

El 2 de agosto llegamos a Buenos Aires mi esposa y yo. La ciudad más europea de nuestra región. Allá encontré a Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica de México, del cual yo era miembro de la Junta de Gobierno. Ese 2 de agosto conocí al doctor Arnaldo Orfila Reynal, representante del Fondo en Buenos Aires. Comenzaba el reinado de Perón y de Evita, muy populares entre los trabajadores y poco estimados entre los intelectuales. Entiendo que ya había habido algunas expulsiones de profesores universitarios. Sin embargo, yo di conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores y en una librería de la calle de Florida. También diserté en la Universidad Popular Alejandro Korn en la ciudad de la Plata, a una hora en ferrocarril de Buenos Aires. Pero ya no quiero cansar al lector con informaciones prolijas. Estuve en Río de Janeiro, en Montevideo, capital del país donde hacía buen número de años gozaba de justificada fama como modelo de democracia. Solía llamársele la Suiza de América.

Continué mi peregrinación: Caracas, donde di una conferencia en la Escuela de Economía bajo el rubro de "La epopeya del petróleo en México". El presidente de la Junta Gobernante era Rómulo Betancourt. Al final la hermosa ciudad de La Habana. Hablé en el Aula Magna de la Universidad. El Poder Ejecutivo lo ejercía Grau San Martín.

Quiero insistir en ello, en los siete países visitados gobernaban civiles y sus habitantes respiraban aires de libertad. Lo mismo puede decirse de Colombia, Costa Rica y seguramente de algunos otros países de nuestra estirpe idiomática; pero hoy no puede decirse lo mismo, todo o casi todo ha cambiado.

Casi treinta años después

En Guatemala, después de la caída de Arbenz y de la "gloriosa victoria" de Foster Dulles, han gobernado los militares directamente y alguna vez con un presidente civil, simple pelele fácil de manejar. Dictaduras castrenses frecuentemente crueles. Los asesinatos de adversarios políticos han sido numerosos, numerosísimos. Cabe agregar que actualmente no hay libertad en ninguno del resto de los países centroamericanos, ni en Panamá. Ecuador lo gobiernan los militares, lo mismo el Perú aun cuando con ciertos aspectos positivos desde el punto de vista económico. Y, ¿qué podemos decir de Chile? Un régimen típicamente fascista, presidido por un tal Pinochet, a quien la historia llamará el más malvado, criminal y asesino de los gobernantes latinoamericanos de todos los tiempos, sólo comparable a Adolfo Hitler, que como se recordará mandó a matar a seis millones de judíos por el terrible pecado de eso, de ser judíos. Millares de prisioneros, centenares de torturados sin respetar a la mujer y decenas de asesinados sin formación de causa, alevosamente. Ese régimen chileno avergonzaría al hombre de las cavernas. Faltan palabras en el lenguaje humano para calificar a quienes han martirizado y siguen martirizando a un pueblo noble y digno por todos conceptos de suerte mejor.

Argentina, ese gran país con sus enormes riquezas potenciales, parece que ha perdido el rumbo. Noticias diarias de secuestros, de asesinatos por grupos extremistas de la derecha y de la izquierda; una señora inepta, viuda del general Perón, presidente de la República. El ejército, en la realidad dramática de la nación, a la expectativa... Brasil hace algunos años "el gigante indeciso" como lo llamara Lewis Hanke, ya se decidió a desarrollarse bajo el dominio cada vez más decisivo de los Estados Unidos. Natural e inevitablemente dictadura de los soldados. Y Uruguay, el pobre Uruguay, bajo el dominio del ejército, con un presidente fantasma que se apellida Bordaberry. La libertad, todas las libertades, proscritas.

Paraguay sufre la dictadura de Alfredo Stroessner desde hace 21 años, el único gobernante latinoamericano que ha tenido "el valor" de visitar oficialmente al gobierno chino de Formosa. Un tal Banzer, reaccionario típico, gobernando Bolivia, pudo vencer al general Juan José Torres, hombre progresista, por la ayuda descarada de ya sabemos qué siniestra organización de espionaje que depende de la potencia imperial.

Del continente se salvan Colombia, Venezuela y México, países democráticos gobernados por civiles. Democracias más o menos puras o impuras, da lo mismo...

Y nos quedan Las Antillas. Haití, la nación más atrasada de Latinoamérica, gobernada por el hijo de un sátrapa de la peor especie zoológica. En la misma isla la República Dominicana, dictadura sostenida por la soldadesca y los gerentes de la plutocracia norteamericana.

Cuba ocupa lugar aparte: dictadura socialista del pueblo cubano, dirigida, gobernada y transformada por un hombre de genio llamado Fidel Castro. Dictadura, sí; pero todos los niños tienen derecho a ser alimentados, todos los habitantes tienen derecho a ser atendidos en sus enfermedades gratuitamente. Nadie anda descalzo, nadie tiene hambre, nadie se viste con harapos. En un año el analfabetismo desapareció de la isla. Cabe decir que en Cuba, parafraseando a un poeta mexicano

nadie puede gozar de lo superfluo
pero nadie carece de lo estricto.

Penosamente, quizás dolorosamente, el pueblo cubano ha ido caminando y avanzando en la historia, para construir una patria nueva a pesar del bloqueo ominoso de los Estados Unidos.

Unas cuantas cifras y algo más...

Las inversiones directas norteamericanas en América Latina llegaban en 1897 a 304 millones de dólares. Apenas se iniciaba la política imperialista de los Estados Unidos. A William MacKinley le cupo "el honor" de ser el pionero del imperialismo en su cabal significación moderna, o tal vez sería mejor decir, contemporánea. Le tocó declarar la guerra a España a la que venció fácilmente y adueñarse de Puerto Rico, Filipinas y Hawai. Un gran jalón dio a la política imperialista el sucesor de MacKinley, Teodoro Roosevelt, que gobernó de 1901 a 1909. Recuérdese como muestra lo del Canal de Panamá en 1903.

Demos algunos saltos en la historia. En 1943 las inversiones norteamericanas en la América Latina fueron de tres mil millones de dólares; en 1949 de 5 mil millones de dólares, y en 1973 ascendieron a 18 mil millones de dólares. Un aumento de 360% en 24 años, lo cual traducido en términos políticos y económicos, implicó una constante mayor intervención de los Estados Unidos en la economía y la política de la América Latina. Las transnacionales, haciendo su parte para fortalecer al colosal imperio.

Pero veamos el problema en su totalidad: Inversiones directas de los Estados Unidos en todo el mundo en los años siguientes:

1950, 11 mil millones de dólares; 1960, 32 mil millones de dólares y 1970, 78 mil millones de dólares; y en los países industrializados: 1950, 5 mil millones de dólares; 1960, 18 mil millones de dólares y 1970, 46 mil millones de dólares. El imperialismo norteamericano adquiriendo cada vez mayor predominio económico y en consecuencia social y político, tanto en los países altamente desarrollados como en aquellos en proceso de desarrollo, de la periferia o del Tercer Mundo. Esto es lo que se llama, con todas sus consecuencias, imperialismo.

Y ahora hagamos algunas preguntas sencillas:

¿Por qué y para qué invierten las colosales empresas de los Estados Unidos en regiones próximas o distantes? ¿Es que les interesa elevar las condiciones de vida de los habitantes, o las mueve sentimientos generosos, altruistas o caritativos inspirados en el cristianismo? No, no y no, ya sabemos que nada de eso. Lo que motiva y estimula la inversión es simplemente el lucro, el deseo de ganancia, el incremento de su capital y de su poder. No les importa la clase de gobierno que exista en el país en que invierten. Lo que les importa es la seguridad de sus capitales.

Ya hicimos notar arriba el caso de Banzer en Bolivia. Agreguemos el hecho plenamente comprobado de la intervención de la CIA y del gobierno de nuestro poderoso vecino en la caída del presidente Allende con todas sus consecuencias... ¿No ha declarado cínicamente el presidente Gerald Ford el derecho de su país al espionaje en todo el mundo, lo mismo tratándose de las naciones amigas que de las sospechosas de no serlo o francamente hostiles? Cuando él o su inefable secretario de Estado hablan de problemas internacionales, parece que Dios les entregó con firma de su puño y letra las escrituras de todo el planeta. Lo peor de todo es que además del derecho al espionaje, los Estados Unidos se han arrogado el derecho a intervenir cuando así conviene a sus intereses o cuando lo exige la "seguridad de su territorio": Corea de 1950 a 1953; Guatemala en 1954; Santo Domingo en 1965; y sobre todo, sobre todo, la mancha indeleble de Vietnam, para no citar sino intromisiones recientes.

En octubre del año pasado el "Washington Post" informó a sus lectores que en las embajadas de los Estados Unidos la mitad eran diplomáticos y la otra mitad agentes de la CIA. La embajada de los Estados Unidos en México tiene un personal de 700 personas, número sólo superado por la de Londres. Por lo tanto, si la información del "Washington Post" es cierta (es uno de los periódicos estadounidenses mejor informados) hay en México alrededor de 350 miembros de la Agencia Central de Inteligencia que de alguna manera deben desquitar sus sueldos. Se asegura que en los desdi-

chados sucesos de 1968 hubo agentes provocadores de la malvada y tenebrosa organización antes citada.

Volvamos a las interrogaciones: ¿Pecaría de maliciosa la persona que pensara que la Agencia Central de Inteligencia con pleno apoyo de su gobierno haya intervenido en Uruguay ante el temor del triunfo de los tupamaros? ¿Quién o quiénes sostienen en contra de sus pueblos a las dictaduras centroamericanas? ¿Los Estados Unidos ven con malos ojos la dictadura paraguaya? Y por último, para no cansar al lector: ¿A los Estados Unidos no les interesa velar por los intereses de sus compañías trasnacionales? Nosotros nos atenemos a la experiencia histórica y nos inclinamos a concluir que la América Latina de nuestros días, donde incuestionablemente predominan las dictaduras castrenses con mengua de los derechos humanos y en contra de la voluntad de sus ciudadanos, es el resultado, por lo menos en buena parte, de la influencia mefítica de las grandes entidades económicas de Norteamérica, apoyadas por la potencia más poderosa que el hombre ha conocido en el curso de los siglos.

Sin embargo, soplan vientos de fronda... Los pueblos de la periferia en proceso de desarrollo o del Tercer Mundo, es decir los pueblos pobres, ya no están dispuestos a seguir siendo explotados por las naciones ricas. Hay síntomas claros de rebeldía: la unión de los países productores de petróleo, la unión de grupos de naciones subdesarrolladas para defender sus intereses y la Carta de los Derechos y Deberes de los Estados aprobada en las Naciones Unidas en diciembre de 1974 por ciento veinte votos, con un pequeño grupo de países que votaron en contra y otro igualmente pequeño que se abstuvo de votar. El señor Kissinger y buen número de sus congéneres hicieron la mayor rabieta de su vida al conocer el resultado de la votación.

A los actos de rebeldía del Tercer Mundo hay que sumar las medidas defensivas de la América Latina, al organizar el Sistema Económico Latinoamericano y la Compañía Naviera del Caribe, así como también la lucha de Panamá por reivindicar sus derechos de soberanía al Canal, usufructuado por el imperialismo desde 1914, hace 61 años. Esta lucha está apoyada por la mayoría de los países latinoamericanos.

Ahora bien, quiero recordar que hace alrededor de 30 años el licenciado Narciso Bassols, al referirse a la Unión Panamericana, escribió que no era sino un cónclave de 20 ratones y un gato. Hoy puede decirse lo mismo del organismo internacional, mas con una pequeña diferencia: los ratones han crecido en coraje y se atreven a morder y arañar al temible felino. "That is the question". Los países latinoamericanos debemos pelear juntos coordi-

nando nuestros esfuerzos en defensa de nuestra soberanía, de nuestra independencia y de nuestro derecho a vaciarnos en moldes propios, a ser nosotros mismos, de conformidad con nuestra geografía, nuestra historia, nuestra lengua y nuestros sueños legítimos de superación. Hay que clavar en la conciencia colectiva de nuestros pueblos esta verdad elemental: si no nos unimos nos hundimos.

Para concluir digamos algo que hemos dicho en otras ocasiones, con palabras diferentes. Es inconcuso que ningún sistema económico social se ha eternizado en los cuatro milenios de civilización o de eso que hemos convenido en llamar así. Repitamos una vez más que todo cambia y que lo único que no cambia es que todo cambia. No hay ninguna razón para creer que el capitalismo perdurará mientras nuestro globo dé vueltas sobre su eje imaginario. El capitalismo del siglo XVIII fue diferente al del siglo XIX y éste diferente al capitalismo contemporáneo. Hoy en los mismos Estados Unidos y no obstante su poder económico inmenso, hay síntomas de una colectividad en proceso de descomposición: drogadicción, cultivo del erotismo, homosexualidad y una muy honda crisis axiológica. Hay quienes encuentran un cierto paralelismo entre los Estados Unidos de hoy y la Roma de la decadencia en los primeros siglos de nuestra era. Sin embargo, suceda lo que suceda, pase lo que pase, las nuevas generaciones con ayuda de la ciencia y la técnica, con principios éticos nuevos en que el lucro y la explotación del hombre por el hombre queden atrás como pesadillas dantescas, encontrarán el rumbo que los conduzca a la creación de una nueva Humanidad.

*Un resumen de la historia
contemporánea de México*

SE ha convenido en que la historia contemporánea de México comienza en noviembre de 1910, con la lucha de los Serdán en Puebla el 18 y los primeros levantamientos en Chihuahua de Pascual Orozco y Francisco Villa el día 20 del mismo mes.

Nuestro país tiene características especiales en América Latina. Es el único en que hubo una revolución cruenta que duró siete años —1910-1917— y costó la pérdida de muy cerca de un millón de vidas, tanto en los campos de batalla como por la epidemia de tifo y el hambre que asolaron dilatadas extensiones del territorio nacional.

Alguna vez he escrito que los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgaron victoriosos por todas las entidades de la República. Hubo batallas en que combatieron 40 mil hombres de cada lado como

en las libradas en Celaya, hecho sin precedente en la historia mexicana. La primera batalla tuvo lugar los días 6 y 7 de abril y la segunda el 13, 14 y 15 del mismo mes en la misma población. El ejército al mando del general Obregón derrotó al del general Francisco Villa, el famoso Centauro del Norte, como le llamaran los periodistas norteamericanos. Después otra y otras derrotas y Francisco Villa dejó de ser un peligro militar.

Cabe decir que la Revolución Mexicana fue la primera del presente siglo, y la constitución promulgada en Querétaro el 5 de febrero de 1917, la más adelantada del mundo hasta entonces. A mi juicio la Revolución Mexicana terminó el 10. de mayo del propio año cuando don Venustiano Carranza se ciñó sobre el pecho la banda presidencial y protestó cumplir y hacer cumplir la novísima Constitución y las leyes que de ella emanaran. Luego el largo periodo de los gobiernos que cabe denominar revolucionarios, los cuales culminaron con el sexenio de Lázaro Cárdenas. Por supuesto que no se olvidan las rebeliones acaudilladas por Adolfo de la Huerta a fines de 1923 y primeros meses de 1924, y los intentos de levantamientos del general Francisco Serrano y del general Arnulfo Gómez, ni el último movimiento rebelde propiamente dicho en 1929, llevado a cabo por el general Jesús M. Aguirre en Veracruz, el general Gonzalo Escobar en Chihuahua y el general Francisco R. Manzo en Sonora. Desde mediados de ese año al ser sofocadas esas sublevaciones el país ha gozado de paz, es decir durante cuarenta y cinco años, caso no muy frecuente en nuestra región.*

La paz de que se goza en México se debe al asesinato, a la corruptela y a la fundación del Partido Nacional Revolucionario. Vamos a mencionar a los principales jefes revolucionarios asesinados: Francisco I. Madero y José Ma. Pino Suárez, presidente y vicepresidente de la República, el 22 de febrero de 1913; Emiliano Zapata, el 10 de abril de 1919; Venustiano Carranza, presidente de la República, el 21 de mayo de 1920; Francisco Villa, el 20 de julio de 1923 y Alvaro Obregón, el 17 de julio de 1928. Agreguemos a otros caudillos de indudable significación que corrieron la misma suerte: Felipe Angeles, Francisco Murguía, Manuel M. Diéguez, Fortunato Maycotte, Salvador Alvarado, Manuel García Vigil, Francisco Serrano y una veintena más de generales de segunda y tercera categoría que sería largo enumerar. La revolución tragándose a sus hombres.

La corrupción desempeñó un papel importantísimo en la pacificación del país. A los generales que a fines de la década de los

* No se desconoce el fracasado intento de rebelión de Saturnino Cedillo en 1938.

20 habían adquirido notoriedad y prestigio en el ejército o en una fracción del ejército, se les dieron concesiones para construir caminos, presas u otras obras materiales; pero como carecían sobre todo al principio del capital necesario y de conocimientos, traspasaban sus concesiones con un 10 o 15% de beneficio a compañías capitalistas, técnicamente preparadas para la realización de las obras. Así, poco a poco los generales levantiscos y ambiciosos se fueron enriqueciendo, fueron engordando y dejando atrás los arres-tos juveniles; y los generales ricos, gordos y maduros ya en trance a la vejez, no se levantan en armas.

El tercer hecho que señalamos fue la fundación del Partido Nacional Revolucionario en el mes de marzo de 1929, siendo presidente de la República el licenciado Emilio Portes Gil y Jefe Máximo de la Revolución el general Plutarco Elías Calles, inspirador de tan importante cambio en la vida política mexicana. El Partido con-glutinó a todos los pequeños partidos dispersos en las diversas entidades de la República y le quitó al ejército la función electoral en la que había tomado parte desde 1920 hasta el año antes referido.

Ahora bien, el Partido Nacional Revolucionario se denominó Partido de la Revolución Mexicana durante el régimen cardenista y casi todo el periodo de Manuel Avila Camacho. Según nuestros recuerdos desde 1946 se volvió a cambiarlo de nombre. Desde ese año hasta la fecha se llama Partido Revolucionario Institucional. No faltan quienes dicen que el tal nombre es un atentado contra la semántica, porque una revolución que se institucionaliza, lógicamente deja de ser revolución. Sin embargo, los gobernantes, los políticos y los demagogos de toda laya, siguen hablando hoy de la Revolución Mexicana como si tal suceso histórico hubiera adquirido por primera vez en la historia del mundo, la virtud inaudita de eternizarse.

En la última edición del *Diccionario de la Lengua Española* se lee: "Revolución: Cambio violento en las instituciones políticas de una nación". Y hay que agregar: la sustitución de una clase en el poder por otra clase social. Ejemplo característico, la revolución soviética, en la cual la burguesía fue sustituida por la dictadura del proletariado.

Al gobierno del general Manuel Avila Camacho cabe denominarlo de transición, entre otras razones a causa de la Segunda Guerra Mundial. El 22 de mayo de 1942 declaramos la guerra a Italia, Alemania y Japón por el hundimiento de barcos mercantes mexicanos en el Golfo de México por submarinos de Adolfo Hitler. Un hecho de tamaña trascendencia, tuvo que influir en aspectos fundamentales de la política interior durante la mayor parte del sexenio.

Después vinieron los gobiernos de Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, a los que yo llamé neoporfiristas en un artículo publicado en el semanario "Revista de Revistas" del 3 de junio de 1972. En dicho trabajo demostré las analogías sorprendentes entre esos gobiernos y el del general Porfirio Díaz, tanto en la política económica —nacional e internacional— cuanto por la intervención presidencial en las selecciones de funcionarios públicos de elección popular. Lo que entonces se escribió no ha sido hasta la fecha refutado por persona alguna.

Por otra parte, en declaraciones de carácter político a un redactor de "El Universal", hace aproximadamente diez años, llamé a los presidentes de los últimos cuatro sexenios —el de Luis Echeverría todavía no termina— emperadores sexenales, por el poder inmenso de que gozaron y que les hubieran designado un Felipe II o un Luis XIV. Su poder ha llegado hasta la designación del sucesor. Claro que continuaron la acción administrativa de sus antecesores en la construcción de caminos, grandes y medianas presas, escuelas, hospitales y otras obras de beneficio social; pero no pocas veces —unos menos y otros más— abusaron de su autoridad creyéndose super-hombres, envenenados por la adulación y el servilismo, esas dos llagas purulentas que tanto daño han hecho y siguen haciendo a los hombres del poder. Me gusta recordar las palabras lapidarias de Luis Cabrera: "el incienso huele bien pero acaba por tiznar al ídolo". Y cabe agregar que les pasa lo mismo a los acólitos que mueven los incensarios.

Volviendo a lo del abuso de autoridad, se piensa en la aplicación del malhadado delito de disolución social y otros casos análogos. Algunos ejemplos: Alemán, suprimiendo huelgas de trabajadores petroleros y una reunión de choferes descontentos, por medio de la fuerza; Ruiz Cortines, encarcelando a dirigentes de estudiantes políticos y a líderes de profesores de enseñanza primaria, como en el caso de Othón Salazar; López Mateos, encarcelando a Demetrio Vallejo y a muchos otros ferrocarrileros y al gran pintor David Alfaro Siqueiros, y por último Díaz Ordaz, suprimiendo por la fuerza las huelgas estudiantiles de Morelia, de Hermosillo y sobre todo, sobre todo, el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, mancha indeleble de sangre y lágrimas que hoy debemos recordar y deberán recordarlo las próximas generaciones.

Ahora bien, no se olvide que el problema substantivo de México —lo mismo que de todos los países del mundo— consiste en la distribución del ingreso entre los ciudadanos o mejor dicho entre las diferentes categorías y clases sociales. Infortunadamente precisa confesar en 1975, que después de la terminación de los cuatro sexenios, no mejoró en nada la dramática desigualdad entre la

minoría privilegiada y las grandes masas de la población, entre el palacio y el jacal, entre la seda y el percal, entre los pasteles y la tortilla, entre el hartazgo y el hambre secular de un pueblo desdichado. Lejos de ello, los cuatro emperadores sexenales hicieron a los ricos más ricos, a los pobres más pobres y más ancho y hondo el barranco que divide a los unos de los otros. La alta burguesía se hizo más poderosa y millares de campesinos desorganizados comiendo su tortilla con chile y frijoles sin sal, esperando con resignación mal disimulada la hora justiciera del desquite.

En fuentes dignas de crédito se asegura que hay en el país 19 millones de desnutridos y en otras fuentes se va todavía mucho más lejos y se llega al 50% de los habitantes. A mayor abundamiento el 24 de enero de 1974 en el cuarto día del III Congreso de la Academia Nacional de Medicina, la doctora Blanca Raquel Ordóñez dijo que en México 10 millones de personas no comen carne, 11 millones no consumen huevo, 33 millones no comen pescado, 18 millones no beben leche y once millones no toman pan.* Por su parte, el doctor Alvarez Alva expresó algo tan obvio como que la desnutrición retrasa el desarrollo físico y mental de los niños y es una de las causas de la deserción escolar: 93.7% en las escuelas rurales y 58.19 en las escuelas primarias urbanas.

Agréguese otro dato ilustrativo e impresionante. En la Gaceta de la Universidad Nacional Autónoma de México del 18 de julio de 1975, el doctor Alfredo Heredia Duarte, director general de Servicios Médicos de nuestra máxima casa de estudios, afirma que "el 25% de los estudiantes universitarios padece de anemia", lo cual bien puede explicar el fácil nivel de aprendizaje de los alumnos y uno de los factores de la deserción escolar, desde la Escuela Nacional Preparatoria, los Colegios de Ciencias y Humanidades, hasta la licenciatura. Y es que en las zonas rurales y en los sectores marginados de las grandes ciudades, la desnutrición de millones de mexicanos comienza en el vientre de la madre y continúa, con frecuencia dolorosa, durante toda la vida.

Según el Population Reference Bureau de Washington, institución privada, la tasa anual de mortalidad infantil (defunciones de menores de un año por cada mil nacimientos) es en México de 69, en Canadá de 17.6, en Puerto Rico de 25 y en Cuba de 36. Conclusión: los problemas fundamentales de México son: la ignorancia, el hambre y las enfermedades. Y mientras no seamos capaces de resolver estos ingentes problemas, jamás el pueblo mexicano desempeñará un papel de importancia en el mundo.

Según el Departamento de Asuntos Sociales de la Organización

* Estos datos corresponden al Censo General de Población de 1970.

de los Estados Americanos, había en México en 1967, 23% de analfabetismo, lo que quiere decir que no fue posible acabar con el analfabetismo, a pesar de los esfuerzos gubernativos durante los cuatro sexenios, debido, probablemente, al aumento de la población, a la falta de recursos y a la pobreza. El niño y la niña de la numerosa prole abandonan la escuela en el primer año o a principios del primer año para ayudar a la madre en el hogar o al padre en el trabajo. En cuanto al hambre o la desnutrición, ya se dijo bastante en párrafos anteriores.

Hay una relación directa en el número de habitantes de una población y la atención médica. A mayor número de habitantes mejor atención y a menor número la atención decrece hasta ser absolutamente nula. Hay diseminados en el territorio nacional millares de pequeños villorrios donde no existe un solo médico, ni tan siquiera a 10 o 15 kilómetros a la redonda. El resultado es fácil de imaginar: una alta tasa de mortalidad y un problema difícil de resolver. Según el doctor Heredia Duarte, citado con anterioridad, el "25% de personas del total de los habitantes del país dispone de la atención médica continua que proporcionan las instituciones de seguridad social; otro 25% de la población mexicana es atendida parcialmente, desde el punto de vista médico, por la Secretaría de Salubridad y Asistencia y a través de la atención médica privada, y 25 millones de personas en el país carecen de atención médica." Suponiendo que la población del país en estos momentos —noviembre de 1975— es de 56 millones de habitantes, 14 millones disponen de servicio médico apropiado, 14 millones están tolerablemente bien, y el resto, es decir 28 millones, no disponen de ningún servicio médico. Inevitablemente, no es posible llegar a conclusiones optimistas. Justo es confesar que es mucho lo que se ha hecho en México en los últimos años en materia de seguridad social; mas hay que reconocer sin ambages que es todavía mucho más lo que falta por hacer en asunto tan fundamental para el futuro de la sociedad mexicana.

Por último señalemos el peligro de las inversiones extranjeras en las que los Estados Unidos representan el 80%, aproximadamente. En 1940 las inversiones directas del exterior, en México, llegaban apenas a 450 millones de dólares y en 1970 a 2 800 millones; y es que durante los cuatro sexenios de los emperadores sexenales, se abrieron de par en par las puertas del país a los inversionistas del exterior, lo mismo que durante el gobierno del general Díaz —política limantouriana— en el último sexenio del siglo XIX y en el primero del XX. El peligro de desanacionalización no es sólo un problema muy serio en lo económico sino también en lo cultural, en las costumbres de la alta y mediana burguesía y aun en el len-

guaje: el "okei" en vez de bien o correcto; "la marqueta" en vez del mercado; "el parking" en vez de estacionamiento y "chechar" o "chequeo" en vez de examinar o revisar, examen o revisión, son unos cuantos ejemplos de la influencia sobre México del país más poderoso de la tierra.

Es ya un lugar común decir que quien manda en lo económico manda en lo político, o quien influye en lo económico influye en lo político, para atenuar un poco el concepto. Y esto es un asunto serio, un asunto grave, que es necesario y urgente no desdeñar; no cerremos los ojos al peligro si es que estamos resueltos a defender a nuestro país como entidad autónoma, a defender nuestra soberanía, nuestra independencia, nuestro derecho a vaciarnos en moldes propios, a ser nosotros mismos, porque así seremos más útiles al mundo del futuro que creciendo en un estado libre asociado, como Puerto Rico, la isla infortunada.

La penetración cultural del país del Norte es un asunto complejo que tiene aspectos buenos y malos, positivos y negativos, y que habremos de examinar en otra ocasión en algún ensayo especialmente dedicado a tan interesante cuestión.

Dos palabras con referencia a los préstamos extranjeros, que fueron cada vez mayores en el segundo sexenio examinado que en el primero, en el tercero que en el segundo y en el cuarto que en el tercero. En 1970 las inversiones indirectas se elevaban a 3 mil millones de dólares en números redondos y a fines de 1974 a 8 mil millones de dólares, y en el presente año hemos leído frecuentemente en los periódicos noticias acerca de nuevos y nuevos préstamos. ¿Nuestra capacidad de endeudamiento es ilimitada? ¿No estaremos llegando a un punto peligroso en que las deudas sobrepasen nuestra capacidad para cumplir nuestros compromisos? Pido a los lectores de este ensayo que piensen y mediten seriamente en estas dos inquietantes interrogaciones.

El régimen de Luis Echeverría no ha terminado —ya se apuntó anteriormente— y en consecuencia el sexenio no pasa todavía a la historia. Si la vida me alcanza, seré uno de los primeros que analice con juicio sereno e independiente sus aciertos y sus errores en cuanto a su política interior y en materia internacional.

IZQUIERDA Y DERECHA, SIGNOS DE DEFINICION

Por Leopoldo PENICHE VALLADO

¿Es el candidato¹ capaz de responder a las múltiples interrogaciones de la esfinge? Nadie lo sabe. Pero una cosa es visible: no se entrega fácilmente a las fantasías y los delirios. Algunos observadores lo describen moderado y conciliador. No es —ha confesado— ni de izquierda ni de derecha. Pero eso es imposible en la política moderna. No se trata de una clasificación, ni de una geometría. Ni de posiciones teóricas o doctrinales. Es, para los gobernantes de nuestro tiempo, una disyuntiva inevitable. ALEJANDRO GOMEZ ARIAS. SIEMPRE! No. 1,163. Octubre 8 de 1975, México, D. F.

EN todos los periodos de la historia política del mundo, se ha registrado la escisión inevitable en los hombres de opinión: se es adicto a una línea de pensamiento audaz y hasta agresiva con tendencias destructivas del orden establecido, en cuanto éste es susceptible de envejecimiento y decadencia en su sustancia y en sus formas, o se es inclinado al mantenimiento indefinido —por temor a la lucha, por horror al cambio— de conceptos, estados y rutinas en general, creadas bajo signos pretéritos. Hay, a menudo, otra expresión de ánimo, otra disposición de conducta, que se concreta en una displicencia apática frente a los fenómenos sociales, y que engendra el anodino *nomeimportismo*; los hombres adictos a esta tercera posición, asisten con la misma pasividad a la destrucción violenta del orden, que a la conservación terca y negativa de los estados de cosas decadentes por deterioro y caducidad.

Es así como con base en esta trinidad de actitudes humanas, que adoptan denominaciones sugeridas o impuestas por el material terminológico derivado circunstancialmente del proceso evolutivo de las sociedades, se deslindan las inclinaciones comunitarias, en función de la variedad de intereses que guían el desarrollo social e histórico, con sujeción a la consabida antinomia: liberales y conservadoras, progresistas y retardatarias, radicales y moderadas, avanzadas y rutineras, revolucionarias y reaccionarias, etc., etc., contando cada

¹ Lic. José López Portillo.

facción pendular extrema, con su consiguiente amortiguador centrista y su correspondiente signo terminológico.

Pero como ocurre frecuentemente en el devenir de la historia de las ideas, hay entre ese cúmulo de vocablos antónimos aplicados a la sociopolítica, algunos que bien por sus calidades expresivas, o por la representatividad de su topología ideológica, corren con más fortuna y prenden con mayor fuerza en el ámbito mental de las gentes, desplazando a todos los similares y en cierto modo sintetizándolos. Estos vocablos ponen en circulación ideas básicas que indefectiblemente se vinculan con ellos a tal grado, que todos los que le antecedieron en la expresión conceptual quedan virtualmente eliminados, y su material significativo sólo resulta concebible referido al de los términos generalizadores. A este tipo de términos corresponden los muy expresivos de *izquierda* y *derecha*, acuñados modernamente en el lenguaje sociopolítico de la Humanidad.

Un origen prócer

LA semasiología de estos vocablos procede de la Revolución Francesa de 1789, movimiento que, como se sabe, constituyó el remate de muchas revoluciones europeas que habían venido sucediéndose a partir del siglo XV, y tuvo, naturalmente, causas políticas, sociales y económicas. Las primeras fueron determinadas por la búsqueda de la libertad, que vino a sintetizar la aspiración del pueblo a mejorar el orden político, que si en un principio se consideró asegurado por el gobierno monárquico, llegó un momento en que, nutrido de absolutismo, se hizo intolerable ese orden.

Las causas social y económica de la Revolución Francesa derivaron, la primera de la constitución feudal de la sociedad, ya que si bien los reyes habían eliminado el feudalismo estructural, lo mantenían en el ejercicio de su dominación sobre las clases llamadas inferiores. Estas se debatían en la miseria agobiadas por los privilegios feudales subsistentes y los sistemas despóticos de los reyes, por lo que urgía reivindicar el derecho al trabajo y a las riquezas del suelo: esta fue la causa económica.

Obviamente, el movimiento histórico denominado Revolución Francesa trascendió los límites nacionales y se convirtió en un suceso europeo, y en gran proporción universal, por lo que es considerado como el inicio de una nueva fase evolutiva en la vida del mundo. Su desarrollo, pues, sus consecuencias, sus raíces, su terminología misma, han pasado a formar parte del bagaje histórico de la Humanidad, y por ello no es de extrañar que conceptos y vocablos nacidos de él, hayan sido adoptados como propios, y generalizando

su uso, por movimientos posteriores surgidos bajo la inspiración de la gesta popular de 1789.

En efecto, los términos izquierda y derecha, en su acepción política, nacieron de los Estados Generales reunidos en Versalles y convocados por Luis XVI, cuando el tercer Estado se declaró representante del pueblo con el nombre de Asamblea Nacional, y sus diputados adquirieron el solemne compromiso de no salir del recinto —el Juego de Pelota— antes de haber dado a Francia una Constitución.

En aquella ocasión, los diputados cuyos escaños en la sala estaban ubicados a la derecha del Presidente de la Asamblea, fueron llamados derechistas, y aquellos que se sentaban a la izquierda del mismo personaje, se señalaron como izquierdistas. Pero este señalamiento no se hizo graciosamente: en verdad los promotores de las ideas más avanzadas cuidaban de tomar su lugar a la izquierda, y desde allí daban la batalla a sus contradictores.

Muy pronto los términos tuvieron la connotación ideológica consecuente a su origen, y las nociones por ellos expresadas se universalizaron y absorbieron toda la sustancia conceptual que nutría las voces a las que tradicionalmente se había encomendado la expresión de los dos estados antagónicos de la opinión pública: liberal y conservador, progresista y retardatario, revolucionario y reaccionario, etcétera. Estos viejos y cacareados conceptos, se fundieron en dos palabras fundamentales: izquierda y derecha; que desde entonces adquirieron trascendencia histórica.

Signos de definición

Y nos preguntamos: ¿podría ser posible hoy, en que el crédito de esos vocablos se ha venido afirmando a través del uso cada vez más reiterado y más riguroso, prescindir de ellos, convertidos como están en vehículos de nociones sociopolíticas evidentes, que incitan al opinante a la definición? ¿Cabría en el opinante desestimarlos, por el hecho artificioso de considerarlos elementos dirigidos a hacerle caer en la trampa de una supuesta definición geométrica que corresponde a experiencias políticas ajenas? ¿Pueden ser ajenas a las luchas humanas por la libertad, cualquiera que sea la ubicación geográfica de éstas, las experiencias de la Revolución Francesa, matriz de todas las grandes revoluciones políticas modernas?

La verdad es que nos resistimos a solidarizarnos con este concepto desorientado. Ningún luchador social y político moderno, puede estar exento de cumplir el deber insoslayable de definirse

al entrar al combate, en forma precisa, sin miedo ninguno a las categorías puramente verbalistas, y mucho menos a las interpretaciones equívocas, o deliberadamente distorsionadas al servicio de intenciones malévolas.

No es operante esa frecuente identificación de los conceptos de izquierda y derecha aplicados a la sociopolítica escueta, con términos adscritos al vocabulario de los sistemas doctrinarios de tinte extremista, cuya sola mención taladra los oídos de los espartadizos, con implicaciones compromisivas que les conviene mantener lejos de sus responsabilidades políticas. Nada, como no sea una rutina infundada, autoriza a asimilar en forma específica al comunismo y al anarquismo, con el izquierdismo, o bien al clericalismo y al monarquismo con el derechismo. Las nociones de izquierda y derecha abarcan respectivamente al comunismo y al clericalismo, es cierto, pero no con exclusividad, o de modo forzoso; tienen connotaciones de mayor amplitud y de más amplia variedad: se puede ser de izquierda sin ser obligadamente marxista, y de derecha sin ser a la fuerza clerical.

Si atendemos a la herencia de la Revolución Francesa, es inconcuso que la ideología de izquierda se identifica en las democracias modernas con toda aspiración al cambio político y social, en busca siempre de un renovado equilibrio ajustado a un cuerpo de ideas avanzadas al servicio de la justicia y del bienestar de los hombres y de las sociedades. La derecha, por el contrario, pugna por la negación de toda lucha dirigida a cambiar el status social, y tiene del progreso del mundo un concepto estático: bien está el mundo como está configurado, y si es indispensable la acción como motor de la vida humana, no debe ejercitarse para provocar cambios peligrosos y hasta heréticos, sino para fortalecer lo que existe, con todos sus defectos y desequilibrios, productos de determinismos sociales y biológicos contra los que no se debe luchar.

Reducidos, pues, a sus esquemas generales las nociones de izquierda y de derecha —que no son de origen marxista, como ya hemos demostrado— evidencian su esencial desvinculación de toda corriente política restringida en los moldes de una militancia partidista transitoria. El uso de tales términos trasciende el aldeanismo de las campañas politiqueras, en marcha hacia la universalidad de los grandes signos definitorios de la conducta individual y del interés social. Por ejemplo, cuando se dice, con indiscutible veracidad, que la Constitución Mexicana es de izquierda, se está definiendo el espíritu de su contenido, y no se está afirmando que tenga siquiera ribetes de comunismo, que obviamente no los tiene en la

realidad, como revela el más somero examen que se haga de su texto.

El hombre contemporáneo, en las batallas de la vida y de la sociedad, se alinea combativamente a la izquierda o a la derecha, cuando no se sitúa en el cómodo e inane neutralismo centrista.

Pero se define siempre, porque definirse es una necesidad vital.

Aventura del Pensamiento

CULTURA SUPERIOR Y HUMANISMO*

Por Ignacio CHAVEZ

Señor Presidente del Senado de la República
Señor Presidente de la República
Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia
Señor Presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados
Señores Senadores
Señoras y Señores:

Este ambiente solemne en que se rememora el sacrificio del más grande Mártir de la Libertad de nuestra historia, que se entregó voluntariamente en holocausto; este honor que me otorga el Senado de la República al concederme la preciada medalla Belisario Domínguez, ligando así mi nombre al mundo moral del héroe; esta presencia, por primera vez registrada, del C. Presidente de la República, que se ha dignado imponerme la presea; todo eso me honra en igual grado que me abruma y hace doblar mi reconocimiento, que no encuentra palabras fieles para expresarse. Que me baste con inclinarme ante la generosa decisión del Senado y ante la participación con que me distingue el Primer Magistrado de la República.

A la emoción de esta hora se agrega la que despiertan las palabras del Senador Enrique González Pedrero, que al trazar con elocuencia mi perfil como hombre y describir la ruta de mi vida pú-

* El autor de este discurso recibió la Medalla "Belisario Domínguez" creada por el Senado de la República el 28 de enero de 1953. Esta presea se otorga en sesión solemne el 7 de octubre de cada año, fecha en que fue asesinado, por órdenes de Victoriano Huerta, el ilustre Doctor y Senador por el Estado de Chiapas. La Redacción considera necesario informar al lector extranjero que Belisario Domínguez pronunció el 23 de septiembre de 1913 un discurso suicida en defensa de la legalidad y en contra del general Huerta, quien había mandado asesinar al presidente y vicepresidente de la República, Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, provocando por esto y otros crímenes, la indignación nacional. El caso del ilustre patriota chiapaneco —que sabía que su discurso le costaría la vida— no tiene precedente en toda la historia de América, por el valor con que fue escrito en defensa del honor y de la dignidad de un pueblo. N. de R.

blica, ha tenido apreciaciones elogiosas y ha puesto calor de simpatía, lo que me obliga profundamente. En sus palabras advierto, como un eco lejano, el recuerdo de los años vividos juntos en un terco empeño de elevar la vida de nuestra Universidad.

Los juicios elogiosos sobre la obra que me ha tocado realizar deben recaer, en justicia, sobre los colaboradores que me ayudaron a realizarla. Sin ellos no habría habido lo que aquí se premia. Una obra de ímpetu soberbio y de la trascendencia insospechada en el campo de la medicina nacional, como la realizada por el Instituto Nacional de Cardiología en sus 31 años de vida y un espíritu de renovación y de reforma como el que sopló sobre la Universidad Nacional en el quinquenio 1961-1966, no se conciben como logros de un hombre solo. Detrás de ellos está siempre un grupo solidario, un haz apretado de voluntades en esfuerzo común, una mística colectiva que realiza el milagro de las transformaciones. A ellos, pues, a quienes fueron mis discípulos y mis colaboradores, a quienes soñaron y lucharon y sufrieron conmigo en la hora del esfuerzo heroico, cuando no del sacrificio, a ellos va mi pensamiento agradecido, en un gesto de compartir con ellos el honor de esta presea.

Por lo que a mí toca, hoy que llego al crepúsculo de la vida, repaso sin melancolía el largo camino de mis 55 años de médico y advierto que nada pudo ofrecerme de mejor la vida que permitirme ser médico y a la vez educador. Dos vocaciones gemelas para servir al hombre y que fueron la una complemento de la otra. Nunca supe en mi trabajo profesional cuál era la frontera entre ambas, ni supe al dirigir instituciones educativas dónde surgía el médico en busca del diagnóstico para implantar el remedio.

Por fortuna las ideas que en mí se volvieron convicción desde la juventud tenían una misma forma de expresión cualquiera que fuese mi campo de trabajo. Si era el del médico, contribuyendo a humanizar la medicina, sobre todo la medicina en nuestros hospitales, tal como reza el emblema del instituto de Cardiología, *Amor scientia que inserviant cordi*, o sea, poniendo en el servicio no sólo ciencia sino también amor; y cuando era el campo del maestro, inculcando a los alumnos la obligación primera: amar al hombre, servir al hombre; no al hombre como abstracción sino al de carne y hueso, que trabaja y que sufre, que sueña y que espera, el hombre de todas las razas y de todas las latitudes.*

* El doctor Ignacio Chávez fue el fundador y el primer Director del Instituto Nacional de Cardiología, el cual inició sus labores en abril de 1944. Renunció a la dirección en febrero de 1961 por haber aceptado la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México. Recientemente —escribimos en noviembre de 1975— se le designó nuevamente director de ese organismo de fama internacional. N. de R.

Una convicción más, hondamente arraigada me trazó, como una flecha, el largo camino. Hablo de la obligación moral, particularmente de los intelectuales, de prepararse bien y de luchar y sufrir hasta la agonía por mejorar el mundo que nos tocó vivir; de entregarlo el día de la partida, en el área pequeña de nuestra influencia, mejor de como lo recibimos: un mundo más noble y más justo. Para ello, la obligación de acrecentar siempre el conocimiento, que nos hace más fuertes, y de pulir la cultura, que nos hace mejores. Después poner todo eso, saber, ciencia y cultura, al servicio de la obligación fundamental.

Al amparo de algunas ideas como esas, reciamente enraizadas, que yo no sabría definir si eran convicciones, hijas de la razón, o si ideales, frutos del sentimiento y de la fe en el hombre, pude recorrer mi camino y realizar mi misión, al máximo de mi humana capacidad. Llegó así el día de hoy y en el crepúsculo tranquilo miro con sorpresa que la obra realizada recibe esta recompensa con que se me honra.

Pero al llegar a ese crepúsculo, más que volver con complacencia los ojos al pasado, siento la viva inquietud, el deseo casi angustioso de asomarme al mañana, de saber si el camino recorrido es el que conduce a la meta presentida; de saber si no fueron vanos los esfuerzos pasados, porque el tiempo, al correr, suele cambiarlo todo y lo deseable hoy, puede mañana ser cosa despreciable.

¿Pero cómo saberlo? ¿Quién puede decirnos el rumbo que tomará el mundo en esta era que se inicia, era de formidables transformaciones? ¿En el cuadrante del tiempo, la aguja del destino girará para bien o para mal? ¿En la era nueva los hombres serán más libres y más felices o irán cayendo, hoy unos y mañana otros, en la gris opresión reglamentada o en la vulgar tiranía de los caudillos?

Hay signos alentadores, es cierto, que justifican el optimismo. El colonialismo que ha entrado en agonía; los pueblos débiles, hasta hoy oprimidos, que alzan la cabeza y reclaman su dignidad en el mundo; los avances científicos que aseguran mejor vida y salud al hombre; la educación que alcanza grupos infinitamente más numerosos; la justicia social que se abre paso, aunque penosamente, en medio de la jungla de los intereses privados; todo eso es verdad y es signo promisorio de nuestro tiempo.

Pero frente a eso, ¿quién no oye a lo lejos la galopada de los Tinetes del Apocalipsis? ¿quién no advierte los signos ominosos, la amenaza suspendida sobre la humanidad? Las naciones que mientras hablan de paz se preparan febrilmente para la guerra de exterminio y aun hacen de la venta de armas su negocio favorito; la desnutrición de hoy que puede mañana llegar al hambre de la mitad de la especie humana, si no se detiene el alud demográfico:

las nuevas generaciones que se rebelan frente al mundo de injusticia y corrupción que heredan y que no encuentran en su cólera más salida que la violencia; la trampa que las aguarda, si logran la destrucción ciega, de caer en la tiranía totalitaria de un signo o de otro, que arrasaría sus ansias de libertad. Todo eso en el futuro eventual; y por encima de eso, ya en el presente, el avance arrollador de la técnica, que va esclavizando al hombre y amenaza con devastar sus valores espirituales.

Esos y otros peligros más parecen excluir todo optimismo, y sin embargo, es falsa esa postura. Todos esos peligros son conjurables, al alcance del hombre. Sólo hay un grave obstáculo y es el hombre mismo, al que le vemos soltar cada vez más, igual que un lastre, esos valores, como si fuese presa de enajenación. Los valores de ayer provocan hoy sonrisas despectivas. ¿Quién puede hablar, sin exponerse a burla, de ideales que inspiran una vida y que fijan al hombre una misión? Hoy se llaman metas y las inspira el pragmatismo, hoy se han vuelto apetitos. La conquista del poder o de la riqueza son las metas más altas de nuestro tiempo y detrás de ellas está, casi siempre, el ansia del disfrute. El goce antes que la sabiduría, el espíritu de lucro en vez del espíritu de servicio, tal es en todo el mundo la fiebre de nuestro tiempo. El cetro y el becerro de oro, como los más altos símbolos.

Pero la humanidad no se suicida. Todo eso pasará y la aguja del destino apuntará a otro rumbo. Cierto, se requiere tiempo y sólo hay un camino. Como ya no somos primates, afirmé alguna vez, el cambio no vendrá por obra de la evolución sino de la educación. Y no será producto de unos cuantos años, requerirá el paso de varias generaciones. Pero vendrá.

Fiado en esta convicción y regresando del mirador del mundo para pisar de nuevo tierra mexicana, más de una vez he soñado con el panorama de la educación nacional en el futuro cercano. Sin ser un Tomás Moro me he forjado una Utopía, modesta seguramente, como adaptada a nuestras posibilidades, pero Utopía al fin. ¿Por qué no? Siempre he pensado que los grandes sueños se realizan igual que los pequeños.

Al soñar la he visto como una grande, una inmensa pirámide cuya base cubre todo el territorio nacional y en ella caben todos los adultos y los niños que reciben educación primaria y después, en la medida de lo dable, la educación secundaria o técnica que les permita salir armados a la vida del trabajo. Ni un analfabeto en el país ni uno tampoco que después de enseñado vuelva al analfabetismo por no tener en sus manos nada que leer ni nada que le mantenga el interés de avanzar, nada que le lleve el rumor de lo

que pasa en el mundo y le haga sentirse solidario de sus hermanos hombres, los de su país y los de fuera.

Para evitar ese fracaso, junto a la legión de los que enseñan en las escuelas, veo el aparato creado por el Estado que se encarga de mantener y de avivar lo ya logrado, o sea, sin volver a la escuela, la educación continua que capacite a todo mexicano para subir a lo largo de su vida en la escala social, si sabe poner en ello su esfuerzo. Nadie quedaría condenado por razón de su trabajo humilde a seguir viviendo de la pobre, casi olvidada educación primaria que recibió de niño, impotente para mejorarla.

Siguen en mi visión, superponiéndose en la pirámide, los estratos de la educación media, y en los que siguen hasta llegar al vértice, los de la educación superior de todo tipo, la universitaria y la técnica, la de ciencias y la de humanidades, la que educa y la que investiga, la de los últimos niveles que van de licenciatura a doctorado.

Diversos niveles en la pirámide, sí; pero no inconexos. No puedo concebirlos como ciclos independientes, en donde la formación dada por uno no termine racionalmente donde debe empezar el otro, sin fosos de carencia que los separe ni tampoco innecesarias repeticiones. El proceso de la educación es uno y el estudiante que lo recorre también es uno, ayer niño y después joven o adulto. Concibo la pirámide como un todo integral, fruto no de la simple yuxtaposición sino de una planificación colectiva que le dé carácter unitario y donde el ascenso en la formación sea suave y progresivo, no de saltos periódicos.

Mi visión se detiene en el ciclo superior, el universitario, por ser el que he recorrido, subiendo todos sus peldaños. Veo la Universidad de mañana no como una fábrica de profesionales y de técnicos para sostener la maquinaria que fabrica riqueza, no para dar forzados a la sociedad de consumo. La concibo como un gran laboratorio de hombres, con toda la dignidad del término; capacitados, sí, para el trabajo técnico, pero también para el cultivo del espíritu, imbuidos del respeto a la verdad y a la justicia, noblemente dispuestos a brindar ayuda, hombres en quienes la formación intelectual se equipara con la sólida vertebración moral y la conciencia clara de sus deberes sociales.

Veó que en ese laboratorio-escuela que es la Universidad, las técnicas de la enseñanza pueden y deben cambiar y mejorarse al paso de los años; pero no las finalidades esenciales, no los objetivos superiores, que son permanentes. La concibo inspirada en el propósito de equilibrar en la juventud la formación científica con la humanística, convencida de que no hay peor mutilación del alma en un intelectual que la carencia de cultura; que poco importa

que en su ramo pueda ser un sabio si en la vida actúa como un bárbaro, ayuno de los valores que deben regir su conducta y que le permitan distinguir lo que es bueno y lo que es justo.

La veo huir de la superficialidad en los estudios y del pragmatismo como filosofía de la enseñanza; si así fuese el estudiante aprendería técnicas, pero ignoraría la doctrina científica en que se fundan. Eso degradaría cualquier profesión convirtiéndola en oficio. Sería el navegante de que hablaba Leonardo da Vinci, sin timón y sin brújula, que navega pero no sabe adonde va. Riesgo social enorme, porque nada es más peligroso que un profesional ignorante, igual que nada es más dañino que un intelectual carente de sentido ético.

Veo la Universidad futura inspirada en la convicción de que más que la masa de conocimientos que adquiera el alumno, lo que importa es despertar en él el interés por adquirirlos y después el interés por renovarlos. Que él sea no el receptáculo del saber vertido en la cátedra, sino el elemento activo, el artífice que participa en su propia formación. Una preparación así lo capacita para proseguir y mejorarse a lo largo de su vida.

La veo lograr estas metas elevadas imponiéndose normas, que son limitaciones que no puede violar, so pena de pagarlo mañana con un fracaso. No recibir más alumnos de los que pueda razonablemente educar, es una de ellas, la primera en urgencia. La plétora forzada sólo conduce a la asfixia y a la frustración. La Universidad no puede hacer milagros y si aumentara el número de inscripciones al doble o al triple de sus posibilidades, desembocaría fatalmente en el abatimiento de la calidad de su enseñanza. Triste forma de abdicar de su misión y triste engaño a la juventud.

Por ello la veo, como es natural, seguir otros caminos, como éste que felizmente se está ya recorriendo. Hablo de multiplicar sus centros escolares y robustecer las Universidades de los Estados, que merecen apoyo similar; pero siempre de acuerdo con las demandas justificadas de ingreso y en consonancia con las necesidades del país. Sería una dolorosa equivocación cerrar las puertas a quienes tengan capacidad probada para traspasarlas, igual que lo sería lanzar oleadas de graduados que no encontrarán mañana acomodo social donde realizarse y fuesen a parar al proletariado profesional. Crecer, sí; crecer las Universidades en la medida en que crezcan el país y sus urgencias de científicos y de técnicos; pero no crecer para albergar juventudes desorientadas, llamadas al fracaso escolar o, peor aún, al fracaso ulterior en la vida. Para ellos, para los no preparados que no tengan cabida en las Universidades, el camino sería abrir escuelas técnicas diversificadas, en consonancia con las regio-

nes del país y sus demandas. La oleada demográfica, con la exigencia natural que impone, con su presión ineludible, amenazante, en vez de abatirse sobre la Universidad y de asfixiarla, se distribuiría en centros numerosos y a niveles diferentes. Todo aspirante encontraría así su salida de acuerdo con su vocación y con sus aptitudes.

Al crecer y multiplicar sus centros, veo mi Universidad de mañana preocupada, antes que de levantar muros, en preparar a los hombres que allí vayan a enseñar. Los muros se levantan rápido, los equipos se adquieren pronto, pero los profesores reclaman años de recia formación. Nadie confiaría un avión a un hombre sin capacidad probada de piloto. El profesor improvisado e inepto no es menos peligroso para confiarle la formación de la juventud. La improvisación conduce fácilmente a la simulación y puede desembocar en fraude a las generaciones jóvenes.

En el Profesorado de esa Universidad de mi Utopía miro un grupo selecto de hombres preparados, sabios muchos de ellos, que al mismo tiempo que prodigan su saber son mentores que aman su tarea y la elevan a la misión más alta que pueda tener un hombre, la de plasmar la juventud que deba crear el mundo nuevo que anhelamos: Profesores que sean Maestros, guía y ejemplo para los jóvenes que educan.

Veó también al estudiante de mañana consciente del privilegio que significa alcanzar los grados superiores de la educación en un país donde apenas lo logra el 1% de la población. Consciente, por lo tanto, de la deuda moral que tiene con su pueblo, que si paga su educación es para tener más tarde conductores ilustrados que lo guíen y técnicos calificados que lo ayuden a mejorar. Consciente, entonces, de que su obligación primera es estudiar y aprender y prepararse para rendir mañana el servicio calificado que de él se espera.

Veó que en esa Universidad no sólo se permite sino que se incita a los alumnos a asomarse con interés al mundo que los rodea y a interesarse por la política, ya que eso forma parte de su formación de hombres. Interesarse, sí; pero no para suplantar el estudio con la actividad política, que debe ser el complemento, si se quiere, del proceso educativo, no la actividad dominante en la vida escolar. La palabra "aprender", enseñó Lenin, es la palabra clave de los deberes del estudiante. Y Mao Tse Tung reclamó a los alumnos: "su fervor revolucionario no nos compensa de su incompetencia técnica". Estudiar y aprender y prepararse para contribuir después a los cambios sociales que mejoren el mundo, eso es lo que reclaman los educadores. Además, crecer y formarse en un ambiente de libertad y tolerancia para todas las ideas, con tal de que sean sinceras y hon-

radas, y admitir todas las corrientes ideológicas siempre que no degeneren en fanatismos agresivos.

He aquí, en gruesos trazos, el perfil de la Universidad que presento para el futuro próximo. Utopía, utopía, podrá decirse. Y sin embargo, nada hay más hacedero.

Llegado aquí, advierto un error que he cometido y por el cual pido perdón. Creyendo hablar de la Universidad futura con que sueño, veo que tracé el perfil de la Universidad que apenas ayer me esforcé por conseguir. El mismo trazo de su imagen, el mismo contenido y aun he empleado a menudo las mismas palabras que entonces pronuncié para realizarla. Mas si esto fue un error de mi parte, es en cambio una prueba de que no es utopía irrealizable, puesto que tuvo vida, así fuese fugaz y en algunos aspectos apenas esbozada. Si un viento áspero de no sé qué desierto sopló entonces y apagó la antorcha, el tiempo es ancho para reencenderla. El futuro de México está íntimamente ligado a eso.*

Señor Presidente del Senado.

Señor Presidente de la República.

En el recinto de este Senado tuvo lugar hace 62 años el hecho memorable y ejemplar que se conmemora. Ese día la verdad de México cobró voz en los labios del héroe civil que fue Belisario Domínguez. Fuera del recinto la voz se hizo grito y el grito cobró estruendo de tempestad en defensa de nuestras libertades.

Nadie puede hablar aquí que no sea diciendo su verdad. Y yo quiero, para ser digno de la presea que recibo, decir la mía, no por pobre menos verdad, honrada y leal. Quisiera además hacerla grito para reclamar el esfuerzo heroico de todos en lograr la educación superior que el país necesita: para ayudar a la Universidad a vencer los obstáculos que le legó el pasado y que el presente tumultuoso, anarquizante a veces, le levanta. Obtener de este Gobierno y de los que lo sucedan todo el apoyo, moral, económico y político, para que la educación alcance sus metas superiores. Sacudir la conciencia pública para que venga en ayuda. Va en ello el futuro de nuestros hijos, el futuro del país. Pobres de los pueblos, dije alguna vez como admonición, pobres de los pueblos que nieguen su apoyo a las tareas de la cultura superior, al desarrollo de su ciencia y de su tecnología, porque de ellos será la cadena perpetua del coloniaje.

* En febrero de 1961 la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México lo nombró Rector de la misma, cargo que desempeñó durante algo más de cinco años. Seguramente uno de los mejores rectores de nuestra máxima casa de estudios desde su fundación en septiembre de 1910 hasta nuestros días.

Por fortuna México ha llegado al momento, por el desarrollo de sus instituciones y el valor de sus hombres, de poder imaginar en grande en el campo científico, de planear en grande y de realizar en grande. No queda sino ponernos todos a la tarea, unos al trabajo esforzado, al esfuerzo heroico, los otros al apoyo generoso y comprensivo. Para México será la gran cosecha.

Junto a esta obra de educación superior y dentro del mismo marco de las instituciones científicas, el Instituto Nacional de Cardiología, al que se honra hoy en la persona del más antiguo de sus miembros, se apresta gozosamente a iniciar la segunda etapa de su vida. Confiamos en que el C. Presidente de la República, que puso la primera piedra de los nuevos edificios, nos honrará descubriendo la placa de inauguración el año próximo. El Instituto proseguirá su marcha, robusteciendo, modernizando, atento a los mandatos que han galvanizado su vida. El que ordena a los médicos: "estudia cuanto puedas, enseña cuanto sepas; no olvides que el que guarda avaramente su ciencia corre el riesgo de que se le pudran juntamente la ciencia y el alma"; y el que ordena a los investigadores "debemos crear nosotros mismos; hacer ciencia nosotros mismos; no pasarnos la vida repitiendo las verdades y los errores que nos legaron otros. Mientras no hagamos eso seremos los eternos ignorados en el mundo científico y los eternos incapaces para resolver nuestros problemas".

Ahora, más que nunca, estimulado con el reconocimiento de su obra, puedo comprometer ante la Nación que el Instituto sabrá seguir en las avanzadas de la medicina nacional y de la internacional, en ascenso permanente de su obra. Su reconocimiento se suma al mío, rendidamente.

¿POR QUE DEBEN CONSERVARSE LOS RESTOS DE UNA VIEJA CIVILIZACION?*

Por Alfonso CASO

EXCEPTUANDO las fuerzas naturales y los productos inmediatos de ellas, todo lo que ven nuestros ojos, todo lo que utilizan nuestras manos y la mayor parte de nuestros propios pensamientos, son el resultado actual de una serie de invenciones humanas acumuladas. Lo mismo nuestros alimentos que nuestras casas; nuestros vestidos y nuestros útiles de trabajo; el diario que leemos por las mañanas o la sinfonía que escuchamos por las noches, todo *tiene una historia* que explica su existencia.

Cuando vemos un edificio o tomamos un tren o enviamos un telegrama o hacemos cualquiera otro acto trivial de nuestra vida cotidiana, muy pocas veces somos conscientes de que en el origen de cada una de estas cosas, hubo el pensamiento de un hombre y que nosotros no somos más que los herederos de una fortuna acumulada, que gastamos a manos llenas todos los días y que, a la inversa de las otras riquezas, se conserva precisamente cuando la usamos y la gastamos. Este capital tiene un nombre: se llama *Cultura*.

Si quitáramos a un hombre su cultura, si lo despojáramos de todo lo que hay en él de *histórico*, lo transformaríamos en la más desamparada de las criaturas; lo dejaríamos convertido en el animal más desprovisto de defensa y tan escaso de medios para poder luchar, que seguramente no podría sobrevivir a esta amputación, que por otra parte, sólo es posible pensar, pero no realizar, pues el mismo cuerpo humano ya es el resultado de una serie de transformaciones, adaptaciones e invenciones, que están incorporadas en la anatomía y en la fisiología del hombre.

En el caso de que exclusivamente usando nuestras propias manos, llegáramos a apoderarnos de los alimentos que necesitamos —pues las armas y los útiles son el resultado de múltiples invenciones— ¿podríamos digerir los alimentos crudos, soportar el sol del verano y la nieve del invierno y vivir, no de las plantas cultivadas y de los animales domésticos —pues éstos son también invenciones

* Homenaje de *Cuadernos Americanos* al autor de este ensayo.

humanas— sino de las raíces y frutos silvestres y de los animales salvajes de los que se pudiera apoderar nuestro instinto, ya que la inteligencia desarrollada es también el resultado de la cultura?

Todo lo que existe tiene una causa que lo produce y una historia que lo explica; para entender cualquier cosa hay que conocerla por sus causas o por sus antecedentes; decir cuáles son las fuerzas naturales que actúan en su producción o indicar cuáles son los seres o las ideas de los que proviene y que lo han engendrado.

El primer modo de explicación, por las causas, se llama *ciencia* y se considera que éstas son anteriores al fenómeno, pero casi contemporáneas a él. El segundo modo de explicación, por sus antecedentes, se llama *historia* y ésta es la sucesión de los seres que han precedido y engendrado lo que actualmente existe.

Todo lo que existe se puede explicar científica e históricamente; pero es el interés humano el que determina si un objeto debe ser estudiado de un modo o del otro. La ciencia es universal, en cuanto que todos los fenómenos del Universo están sometidos a causas, pero también la Historia es universal, porque todos los fenómenos del Universo han tenido antecedentes. Pero mientras que la ciencia se interesa por lo que hay de general en lo individual (con el objeto de formular leyes), la historia busca lo que hay de singular en lo individual, con el objeto de hacer lo que podríamos llamar *biografías*, ya sea de un sistema solar, de un astro, de un planeta, de una especie vegetal o animal; pero sobre todo del hombre y de su cultura.

Los fenómenos en que no interviene el hombre, nos interesan principalmente por sus semejanzas que los relacionan con otros fenómenos de la misma especie; en los hechos culturales en cambio, nos interesa principalmente la individualidad de estos hechos, su personalidad, que los distingue profundamente de sus semejantes, que los hace *únicos*; por lo que podemos decir que, si es cierto que *la historia se repite*, es cierto también que jamás se repite sin variación, y que "*nuestras manos no podrán volver a tocar la misma agua del río*".

MUCHAS veces, en presencia de las noticias de descubrimientos y más aún, de expediciones arqueológicas, el hombre común y corriente, que gana su dinero produciendo cosas útiles —puesto que se venden y se compran—, se habrá preguntado si vale la pena gastar tantos recursos y tanto tiempo en desenterrar los restos de las ciudades muertas y habrá considerado con extrañeza —que en el fondo contiene una reprobación—, el que personas serias pretendan

que las exploraciones arqueológicas sean una cosa distinta de una manía o una búsqueda inconfesada de tesoros.

La actividad de los *cazadores de vasijas* o *huaqueros*, como se les llama en la América del Sur, podrá lindar más o menos con las leyes penales, pero es explicable; mientras que la actividad del arqueólogo, que no busca su propio enriquecimiento y que gasta los recursos de una institución científica o los del Estado, en obtener fragmentos de vasijas que nadie quiere comprar o puntas de flechas rotas, que no podría vender, es absolutamente inexplicable, como no sea un juego o una manía muy particular.

Y muchas veces el hombre común y corriente preguntará si deben conservarse los restos de las civilizaciones antiguas. Si no es una actitud romántica la que nos lleva a conocer el pasado y si no corremos el riesgo de convertirnos en una estatua de sal, si queremos ver lo que sucedió a nuestras espaldas. Para esta pregunta me parece lo mejor contestar con otra: ¿Destruiríamos un libro original y único, en el que se describiera el modo de vida de nuestros padres; en el que se explicaran cómo fueron inventados los instrumentos que ahora usamos; cómo se principiaron a cultivar las plantas que ahora nos alimentan; en suma, la historia de nuestra cultura? Pues bien, este libro lo constituyen los monumentos arqueológicos.

Algunos pueblos, excepcionales en la historia, han dejado escritas noticias de su vida, de sus luchas y conquistas, nombres de reyes y de sacerdotes, listas de los tributos que pagaban al vencedor o que cobraban al vencido, rituales para rogar a los dioses y leyes para castigar a los que no se ajustaban a los preceptos semidivinos que ordenaban sus reyes. Pero si sólo tuviéramos de esos pueblos las noticias que figuran en sus escritos, no podríamos formarnos una idea clara de lo que era la vida en sus múltiples aspectos, en esos lejanos tiempos. Es verdad que a veces, documentos de una naturaleza menos política o pública, se nos han conservado, contratos para la compra de vino, arrendamientos de terrenos, cartas de negocios, recetas para curar enfermedades reales o imaginarias o para fabricar platillos que saborearon hombres que desaparecieron hace muchos miles de años. Todos estos documentos nos permiten adentrarnos un poco más en la reconstrucción de la vida real de esos pueblos, imaginar sus costumbres y sus problemas, caminar por las calles empedradas de una ciudad que desde hace siglos no es más que un conjunto de ladrillos medio cubiertos por las arenas del desierto o esperar con ansiedad el barco, cargado de granos, de vino, de aceite y de perfumes, que se hundió azotado por el mar antes de llegar al puerto, del que no quedan más vestigios que el muelle, apenas perceptible, que se levanta ahora como un muro en medio de los campos de labor.

Pero al lado de estos documentos escritos, que estudia el historiador, existen los innumerables restos que va dejando el hombre al vivir o que entierran con su cadáver los parientes y los amigos, para proveerlo en el largo viaje que queda más allá de la muerte.

A veces sólo una ligera ondulación del terreno advierte la presencia de los antiguos restos, y estos desniveles son tan ligeros que no se pueden notar desde el suelo, por lo que el avión ha sido un auxiliar precioso para localizar las ruinas arqueológicas y descubrir los viejos caminos, los antiguos canales de irrigación, las fortificaciones de las ciudades y las tumbas.

La observación desde el aire sólo es fructuosa cuando el sol está cercano al horizonte, por la mañana o por la tarde, pues entonces las sombras de los relieves muy bajos son perceptibles y la regularidad geométrica —ese elemento extraño que el hombre introduce en la Naturaleza—, sirve para distinguir las obras humanas de las formaciones que producen las olas, las lluvias o los vientos.

Viajando en aeroplano por la costa peruana, a principios del pasado año, pude ver desde el aire los contornos geométricos claros de una gran ciudad que no es perceptible desde el suelo. Los vientos han acumulado grandes cantidades de arena, pero lo han hecho siguiendo los muros de los aposentos, formando montículos muy pequeños sobre las habitaciones, y dejando los patios y plazas como ligeras depresiones del terreno.

Otras veces es la selva tropical la que oculta las viejas ciudades. Donde antes floreció una gran metrópoli rodeada de pequeñas villas, aldeas y campo de labor y a la que afluían caminos embaldosados, hoy es un bosque casi impenetrable, y son los *chicleros* o los que buscan los árboles de caoba, los que descubren en este mar verde, húmedo y malsano, el templo antiguo, invadido por las lianas, los murciélagos y las serpientes, en el que todavía se mantiene con su gesto impasible, la deidad tallada en piedra o modelada en estuco, que ha visto pasar cientos de años, desde la última ofrenda de incienso que le hiciera el sacerdote maya.

Pero no sólo de los grandes monumentos que nos ha legado la antigüedad, se puede derivar el conocimiento de las viejas civilizaciones. Generalmente se piensa que las pirámides, los palacios y las tumbas de los reyes deben constituir el principal, por no decir el único objeto de estudio del arqueólogo; que lo extraordinario es lo importante. Esto podrá ser cierto para el *amateur* o para el coleccionista, pero no para el que trata de conocer cómo fue una civilización. Es como si pretendiendo estudiar el relieve del suelo de un país, tomáramos en consideración únicamente las más altas montañas. La verdad es que para tener una reconstrucción de la vida

antigua, para estudiar sus conexiones con el presente, para explicar en suma históricamente por qué somos como somos, no nos interesa tanto lo extraordinario como lo vulgar, lo que sucede todos los días; no nos interesa tanto lo que preocupaba a los reyes, a los grandes capitanes y a los sacerdotes, sino lo que preocupaba a los miles de hombres y mujeres que vivían entonces; cuáles eran sus necesidades, sus gustos, sus esperanzas y sus temores, cómo habían descubierto útiles y herramientas para procurarse el alimento, el vestido y la casa; cómo decoraban sus vasijas, sus armas y sus joyas; cuáles eran sus ideales religiosos, sociales y políticos y, si pudiéramos lograrlo, cuál era su psicología, sus acciones y reacciones espirituales ante el mundo y el hombre.

Restos de armas inútiles, de vasijas rotas, los miles de objetos que se arrojan porque han dejado de satisfacer una necesidad, constituyen espléndidos documentos que se acumulan en los basureros de las ciudades y que explora más tarde el arqueólogo en busca de datos para la reconstrucción de la cultura.

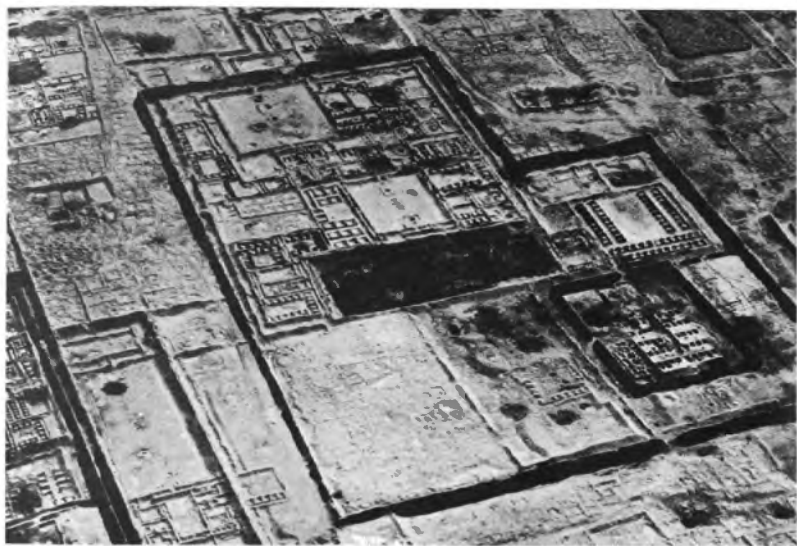
Cuando en 1933 visité en Chicago la Feria Mundial, recuerdo que en el magnífico *Hall of Science*, los arqueólogos de la Universidad habían preparado una amplia vitrina en la que estaba el corte de un basurero moderno en una gran ciudad. Se veían las capas de desperdicios acumulados, y su sucesión indicaba las modificaciones que ha sufrido la cultura en los últimos 60 años. Naturalmente las capas más bajas eran las más antiguas y en ellas aparecían objetos tales como las palmatorias de cobre, las lámparas de petróleo, los botines de botones y otros muchos objetos de los que usaban nuestros padres. En una capa superior a ésta, y en consecuencia más moderna, aparecían ya las primeras lámparas eléctricas de filamento de carbón, las máquinas de escribir de un tipo muy anticuado y hasta la bocina y parte del motor de un viejo automóvil. En la capa más reciente abundaban las latas de conservas, los fragmentos de coches de un tipo más moderno, los zapatos que todavía recordamos haber usado en tiempos juveniles y las lámparas eléctricas de filamento metálico.

Supongamos ahora que por la implantación de un *nuevo orden* en el mundo, desapareciera la cultura; que otra vez las hordas humanas recorrieran las ruinas de nuestras ciudades y que más tarde, después de muchos siglos, el hombre volviera a tratar de explicarse qué es lo que había sucedido antes de él, de dónde venía su cultura y de dónde procedían los artefactos que usaba. Si los arqueólogos de esos tiempos futuros exploraran el basurero de nuestra ciudad, encontrarían en capas superpuestas, los restos acumulados de la industria humana, y se hablaría de la época de la lámpara de petró-

leo, de la época del automóvil y de la época de las vitaminas, como ahora hablamos de la del cobre, el bronce o el hierro. El estudio de estas capas (en latín *strata*), es lo que se llama la *estratigrafía*, método fundamental en la arqueología, que nos permite fechar con seguridad las épocas de una cultura; establecer su sucesión en el tiempo; marcar sus relaciones con otras culturas contemporáneas, sus antecedentes y sus derivaciones; sus épocas de imitación, de florecimiento y de decadencia; su desarrollo artístico o industrial; su comercio, sus guerras y sus conquistas; sus gustos y sus costumbres.

Gracias a la arqueología, podemos estudiar cómo un arte nace en un pueblo con incipientes balbuceos, al recibir el impacto que provocan en él los cambios de medio o las influencias de vecinos más cultos o más poderosos; cómo se desarrolla afirmando su personalidad, prescindiendo poco a poco de lo que no es su propia idiosincrasia; cómo después de épocas de ensayos cada vez más audaces, se produce inesperadamente el gran estilo que lo hará inmortal y en una hora, que parece milagrosa, dará más obras de arte perfectas que en todos los siglos de su existencia; cómo más tarde, atacado de incurable impotencia, repite sus modelos clásicos o exagera hasta el absurdo la decoración y utiliza sin medida el adorno y cómo, por último, después de esporádicos renacimientos, se apaga lenta o bruscamente. Otras ideas han surgido, traídas por pueblos más enérgicos, quizá otros hombres han ocupado el lugar que antes ocuparan esos productores y una gran cultura ha desaparecido después de haber irradiado su luz sobre sus contemporáneos. Un capítulo de la historia humana queda cerrado y tocará al arqueólogo, por el estudio de los restos materiales, darnos una imagen viviente de lo que no son más que restos muertos, que hace muchos siglos perdieron la facultad de engendrar en los hombres ideas y emociones; tocará al arqueólogo *evocar* ese pasado para unirlo al presente y darnos así una explicación de lo que somos; bajo sus ojos los restos muertos volverán a hablar y a través de él, podremos entender los pensamientos de los otros hombres y vivir en parte la vida que ellos vivieron.

Pero el arqueólogo no sólo trata de descubrir, sino de conservar. Los objetos tienen que ser desenterrados poniendo el mayor cuidado en su manipulación pues generalmente se les encuentra casi perdidos por la acción de la humedad, de los insectos, de las raíces y sobre todo de las sales, que llegan a destruir al barro que es por otra parte, uno de los materiales que mejor se conserva. Saber lo que hay que hacer para que el objeto no pierda su integridad y sus características, con el fin de que en la vitrina del Museo sea una muestra objetiva de la civilización que lo produjo, es una de las preocupaciones constantes del arqueólogo; pero no hay *recetas* uni-



Vista aérea de las ruinas de Chan-Chan (Perú).



Escudo de jade y estuco descubierto en Monte Albán. (V. pág. 130).

versales que puedan aplicarse en todos los casos, pues la diversidad de materiales y de circunstancias, hacen que lo que en un caso sirve para salvar un objeto, en otras condiciones lo arruine definitivamente. Claro está que muchas veces, el objeto puede ser extraído sin peligro y que el cuidado de su conservación, ya no depende del arqueólogo, sino del laboratorio del museo, en el que los especialistas lo tratan como es debido; pero hay en cambio muchos casos en los que un objeto no puede extraerse si no se le consolida, y entonces hay que hacer esta consolidación en el terreno mismo, sin esperar llegar al laboratorio.

En mis exploraciones de Monte Albán, se me presentó hace algunos años un problema de esta naturaleza. En el interior de un altar, colocado en el patio central de un palacio, encontré una ofrenda de cuatro estatuillas de terracota que representaban a un orgulloso señor, sentado a la oriental, rodeado por sus humildes mujeres, hincadas frente a él en una actitud de reverencia. Cuando sacamos estas terracotas, operación que no requiere sino el cuidado ordinario, encontramos abajo de ellas la parte más interesante, pero también la más difícil de conservar. Consistía en un escudo cubierto totalmente con un mosaico formado por innumerables plaquitas de jade que habían sido colocadas sobre una simple capa de estuco. Naturalmente la humedad del interior, no permitía manejar el estuco reblandecido que tenía la consistencia de arena húmeda y, para aumentar las dificultades, el escudo no era completamente plano, pues todo el centro de la decoración estaba a nivel un poco más alto. Levantar una por una las plaquitas —con la esperanza de volverlas a colocar en el mismo lugar, en otro objeto semejante— habría sido convertir una obra de arte en un montón de materiales sin valor, y un objeto auténtico, en una reproducción, quizá semejante, pero jamás idéntica.

Para conseguir extraerlo, lo cubrí con una gruesa capa de celuloide líquido, reforzándolo con tiras de lienzo que se adaptaban bien a la forma del objeto. El celuloide penetró por los intersticios del estuco y sirvió de pegamento para este material suelto. Después que el objeto así preparado se hubo secado, disolví con acetona el celuloide, despegando las tiras de lienzo y limpiando después cuidadosamente y una por una, las plaquitas de jade para quitarles el celuloide que había quedado adherido. El estuco, impregnado del pegamento, tenía una consistencia mayor de la que nunca había tenido, y ese objeto, que siempre debió ser muy frágil, se conserva ahora en el Museo Nacional de México, prácticamente en la misma forma en que fue depositado hace muchos cientos de años en el altar del palacio.

Descubrir primero, consolidar después y analizar y estudiar los objetos que se encuentran, son etapas necesarias del trabajo arqueológico; pero para conseguir el análisis de los elementos que encuentra, el arqueólogo necesita cada vez más del concurso de otros especialistas y no puede basarse en sus conocimientos generales de las otras ciencias, ni en el dominio insuficiente que pueda tener en otras técnicas. El geólogo y el geógrafo, le expondrán el ambiente físico en el que vivió el pueblo que estudia; el botánico y el zoólogo le proporcionarán los datos de la flora y la fauna de la que vivía ese pueblo; el astrónomo calculará qué fenómenos celestes pudieron ser percibidos entonces por los hombres de esa región, y fueron capaces de engendrar su calendario y quizá también el ritual con el que adoraban a sus dioses; el físico y el químico estudiarán la composición microscópica de la cerámica, de los colorantes con que teñían sus telas, de los metales y aleaciones que empleaban en sus armas y en sus joyas; el antropólogo estudiará el tipo físico de los restos óseos y lo comparará con otros tipos, le dirá por el estudio de la dentición, cómo eran los alimentos que empleaba y en algunos casos las enfermedades que padecían; el lingüista podrá intentar reconstruir con las palabras, las raíces y las terminaciones arcaicas, conservadas en las lenguas modernas, el lenguaje que hablaron esos hombres y el etnólogo tratará de descubrir en las poblaciones actuales los restos de las antiguas costumbres.

El análisis requiere cada día técnicas más precisas y concretas, y un solo hombre, por sabio que se le suponga, no está ya en posibilidad de utilizarlas; requieren cada vez más, el concurso de numerosos investigadores especializados en su propia técnica.

Pero no hay que olvidar que cada uno de estos especialistas está estudiando y limpiando una pieza del reloj; pero que lo que en definitiva nos importa es que el reloj funcione. Es decir, que todos estos análisis son inútiles si en resumen no conducen a preparar las piezas para que venga el relojero y arme la máquina con estos elementos; si después de este científico y minucioso desmembrar, el historiador no nos da una síntesis clara y evocadora, susceptible de explicarnos el pasado en términos del presente —puesto que no lo podríamos entender de otro modo—, pero también capaz de explicarnos el presente en función del pasado.

Tarea difícil, casi imposible la que se impone el arqueólogo que ha de reconstruir las pasadas civilizaciones, fundándose muchas veces en los miserables restos que han podido subsistir, a pesar de los agentes de destrucción que representan los elementos y los hombres; que tiene que interpretar las viejas civilizaciones, prescindiendo de su propio modo de juzgar las cosas y procurando pensar como lo haría

un hombre de ese mundo que él descubre y que trata de reconstruir. Para lograrlo necesita la precisión y la técnica rigurosa, matemática, del investigador de las ciencias naturales, combinada con la intuición de lo individual que posee el artista. A ningún hombre de ciencia se le pide que reconstruya el mundo que está estudiando, y a ningún artista se le exige que sujete su libre fantasía a los rigores y precisiones del método científico. Pero afortunadamente la labor no tiene que ser individual. La reconstrucción del pasado, como toda obra humana, es colectiva. Muchos obreros ponen las piedras del edificio cuyo plano desconocen, en espera de aquel que es capaz de concebir más tarde el edificio mismo, de describirlo en toda su magnificencia, de explicar cómo funcionaba, hasta darnos la impresión de que nosotros mismos hemos vivido en él, hasta hacer lo pasado actual.

En la historia podemos decir que el sabio trabaja en espera del poeta, del creador, del que ha de hacernos palpar, con una viviente y punzante actualidad, los actos anteriores del drama, y hacernos entender que en la parte que estamos representando nosotros mismos, no somos sino los actores momentáneos, torpes o brillantes, pero no definitivos del desenlace que estará en parte preparado, por los escasos momentos que la Implacable Directora, nos permita estar en escena.

SANTAYANA Y LA AUTONOMIA DE LO ESTETICO

Por *Raimundo LIDA*

EL que en la labor del artista concorra no sólo la visión inspirada sino también *ce qu'il y a de plus distinct de l'état de rêve*, refluye indirectamente sobre el problema del arte considerado desde el punto de vista ético, y aumenta su complejidad. Santayana vuelve repetidamente sobre esta cuestión —quizás el tema central de su filosofía del arte, puesto que para él la tarea propia del filósofo frente a la actividad artística es juzgar de su armonía con las otras actividades del hombre (“la crítica del arte es una parte de la moral”, llega a decir). Y encuentra demasiado simplista la tendencia moderna a aceptar como obvio el principio de la autonomía del arte sin tomarse el trabajo de precisar y distinguir. En los antiguos —y principalmente en la condena platónica del arte, aunque tampoco sea solución del todo satisfactoria— Santayana advierte un sentido mucho más afinado para las sutiles distinciones envueltas en el problema ético-estético.

El rigorismo platónico

EL filósofo de la *República* razona, en efecto, con lógica inobjetable y lleva con gran audacia sus ideas hasta las consecuencias últimas cuando considera a los poetas como criaturas animadas de furor divino, pero dispone que se les destierre, “no sin ciertas muestras de platónica deferencia”, si violan las fronteras trazadas por la razón. Un poeta —comenta Santayana—, en cuanto inspirado por el dios, es asiento de irresponsables combinaciones creadoras con las palabras y sus significados. Así, la inspiración es simplemente locura que recorre a tientas su camino. Por más que posea confuso caudal de experiencias y hábitos verbales, lo utiliza ciegamente y al azar. Lo probable es que, de almas sólo movidas por el frenesí y el éxtasis, nazcan obras demasiado débiles y contrahechas para sobrevivir, o monstruos que hasta pongan en peligro las normas necesarias para la existencia de la república. De todos modos, los resultados de ese

juego de la fantasía aguijada por el entusiasmo deben, según Platón, someterse luego a ley racional. Nacida la obra, ha de examinarla el censor público antes que se la autorice a vivir.

Y así, observa Santayana, el arte y la belleza recibieron implícitamente en la sentencia de Platón el más alto elogio. Para que una cosa fuese bella, debía serlo en todo respecto. Platón "hubiera creído insultar al arte —remodelación de la naturaleza por la inteligencia— dándole un campo más estrecho que la vida práctica en su totalidad". Como en un espíritu cultivado lo bello es inseparable de lo bueno, en interés de la belleza misma el organizador de la sociedad debía estar dispuesto a quitar de ella todo lo que pudiera lastimar la armonía y unidad de la vida. Sólo una mente bárbara, agrega Santayana por su parte, admitirá que una misma cosa sea "estéticamente buena pero moralmente mala, o moralmente buena pero odiosa a la percepción". Lo parcialmente malo o lo parcialmente feo deben a veces aceptarse, como mal menor, bajo el apremio de circunstancias desfavorables, "pero si una cosa es fea, *por eso mismo* no será del todo buena, y si es *en absoluto buena*, será por fuerza bella". En este punto el pensamiento de Santayana se acerca al aristotélico: lo bueno y lo bello coinciden materialmente, en la cosa, aunque no sean idénticos formalmente, en el concepto.

Coordinar lo estético con lo ético y, muy especialmente, juzgar la actividad del artista conforme a consideraciones morales no es dañar las atribuciones del arte, sino, por lo contrario, rendir homenaje a su importantísimo papel en la economía toda del espíritu. Para desconocer la validez de esa crítica, el artista tendría que refugiarse en su irresponsabilidad y subrayar particularmente lo que en su labor hay de arrebató e inconsciencia. Y sería defensa vana, porque en ese respecto ningún reparo tiene que hacerle el moralista. Él admite de buen grado que el poeta, en su locura, puede ser oráculo de un dios, sólo que se reserva el derecho de sentenciar racionalmente, no sobre la locura misma, sino sobre sus resultados. Conságrese el poeta a su labor de visionario y de artesano, de *vates* y de *faber*. Hará bien en no preocuparse de otra cosa; hará bien en no "moralizar". Pero del valor de su obra juzgará el filósofo teniendo en cuenta todos los intereses que la poesía afecta, y sólo la aprobará si su resultado total es benéfico y ennoblecedor.

En lo que sin duda Platón exagera, dice Santayana, es en su idea del mal que los poetas pueden traer al mundo. De hecho, las creaciones del arte no regido por la inteligencia son más disparatadas que peligrosas, y no se necesita de legislación especial para acabar con ellas; suelen morir tranquilamente en el olvido. Platón era no sólo filósofo sino admirable poeta, formado en el centro mismo de

la vida literaria de su tiempo, y nada tiene de extraño que su sensibilidad estética lo llevara a sobreestimar el influjo del arte sobre la sociedad. Las fábulas homéricas no tendrían efecto tan pernicioso como el que él les atribuye; no es probable que fuesen creídas como verdad literal. Concederles tanta importancia ética era tomar demasiado en serio los símbolos y empequeñecer las pasiones y virtudes humanas simbolizadas.

Pero se explica que el filósofo arremetiera contra esas ficciones poéticas. No se entenderá en todo su alcance el rigorismo platónico si no se tiene en cuenta que la polémica no estaba dirigida en primer lugar contra el arte sino más bien contra el mito petrificado y contra la flojedad de sentimientos. La poesía que de ordinario consumen las gentes es poesía trillada que se dedica a propagar, en imágenes convencionales, ideas establecidas desde hace mucho tiempo; los poetas populares son los agentes profesionales de la Musa, que transmiten por menudo, a un público ya convertido, antiguas y atrevidas visiones. Platón predica justamente una cruzada contra la poesía y la mitología fósiles. En lugar de las divinidades naturalistas de los griegos, propone un sistema de símbolos morales; en lugar del placer de los sentidos, la austeridad y el apartamiento. Proscribir a Homero equivalía a proscribir la trivialidad reinante. Es como si un hombre de ciencia se desatara hoy contra la lectura del Génesis por considerar peligrosamente errónea su cosmogonía mítica, aunque reconociera al mismo tiempo que contiene excelentes imágenes y admirable fuerza poética. No de otro modo admite Platón la grandeza de Homero, y atribuye a soplo divino sus obras, por muy dañosas que accidentalmente puedan ser. Aunque el mundo homérico no fuese modelo aceptable para un Estado racional, era una maravillosa visión heroica, con muy profundas raíces en las aspiraciones e impulsos del espíritu griego.

Pero además de esa condena general del arte, hay en la legislación platónica otras que parecen más escandalosas e injustificables. Tales sus invectivas contra la música y el drama, culpados de excitar imprudentemente la pasión y de quitar así fuerza y nervio al alma de los jóvenes (cantos marciales y religiosos son los únicos permitidos en la república ideal). Tales, también, sus previsiones contra las artes imitativas, artes sólo capaces de producir inútiles duplicados de lo útil, vanos fantasmas del bien. Y esto, explica Santayana, nos da la clave de la dificultad. Por una parte, Platón, socrático, hace consistir el verdadero bien de las cosas en su eficacia; por otra, concibe abiertamente su república como un orden provisional, como una iglesia militante en que el rigor debe durar hasta que el mundo se redima de su irracionalidad, como un Estado en armas

donde todo ha de sacrificarse al propósito de salvación. Claro está que, identificado lo bueno con lo eficaz (es decir, con lo que ayude a ese propósito), el arte debe parecer superfluo. La dialéctica de Platón —concluye Santayana— es aquí, una vez más, extrema, pero ceñida y consecuente, aunque los filósofos posteriores dejaran muy pronto de comprender la intención del maestro.

El filósofo, juez de las artes

“**Y**A no está de moda entre los filósofos atacar al arte.” Lo usual es que se admita, siquiera tácitamente, su armonía con lo moral; a primera vista, el arte nada puede tener de reprochable en sí mismo. Pero el deber del filósofo es examinar precisamente esos juicios de primera vista. A él le toca decidir cuál es el papel de los valores estéticos conforme a un ideal superior que coordine todos los intereses humanos. La tarea del filósofo es “sentir y confrontar todos los valores poniéndolos en relación y, si es posible, en armonía” y establecer tipos ideales para la estimación relativa de las cosas. Bajo su autoridad deben caer lógicamente las artes y los objetos que de ellas resultan, donde tan diversas funciones se combinan. También en lo estético la inteligencia tenderá a la elaboración de esos tipos ideales, teniendo en cuenta los intereses y placeres ligados a lo bello, a su contemplación y a su creación; y conforme a esos ideales examinará en cada caso los valores llamados estéticos y juzgará de su acuerdo o desacuerdo con las otras exigencias del espíritu. Y examinando así reflexivamente y con comprensiva justicia las obras de arte, nunca tomará por valores supremos los pseudo-valores de la mera sensación o de la habilidad vacía o de la expresión automática y primaria, simples ingredientes, a lo sumo, de la impresión estética total.

Del tipo de filosofía que se adopte depende, desde luego, el lugar que se asigne al arte. El pensamiento ascético y desilusionado —“post-racional”, lo llama Santayana— tiende a excluir el arte de entre las actividades del espíritu o a concederle puesto muy humilde, lo cual no es de extrañar en filosofías que quieren gobernar la vida desde las alturas y que de buen grado se consagran a desacreditar la naturaleza e intereses del hombre (sin ver que se desacreditan de paso a sí mismas, parciales manifestaciones de esa naturaleza y de esos intereses). Los pensadores del tipo opuesto prefieren, en cambio, hacer del arte una actividad divina e irresponsable, sobradamente justificada por el esplendor y encantamiento que añade al mundo. Son filósofos “pre-rationales” o, para decir mejor, no son todavía filósofos. “Las fieras que escuchaban a Orfeo pertenecen

a esta escuela". La embriaguez no puede ser el ideal del filósofo, ni puede ser tampoco actitud permanente en el artista ni en sus devotos. Quienes intentan emancipar el arte de la disciplina y la razón procuran hacerlo, no sólo en esa esfera, sino en la vida toda. Les irrita el orden, que precisamente despierta en ellos la conciencia de su fracaso, y se venga excomulgando al mundo. Pero es en el mundo, en la comunidad de los hombres, donde el arte "debe hallar su nivel".

Cabe sin embargo otro punto de vista desde el cual el arte parece autorizado a afirmar su absoluta independencia. En la esfera de las ficciones artísticas ¿a qué ha de introducirse la autoridad moral? Cuando se vituperan las pasiones y se contrastan con los mandatos de la razón, es porque se toman en cuenta los ruinosos efectos que las pasiones suelen tener; sin esos peligros, nada habría en ellas de reprochable. Si una actividad del espíritu muestra, pues, no estar ligada al mundo real, parecería por eso mismo justificarse. Y el arte ¿no está precisamente en ese caso? Es un orbe cerrado de formas imaginarias, superpuesto al orbe de lo existente. Tiene su fin en sí mismo: ni su intención es influir en las cosas del mundo, ni de hecho influye en gran medida. El arte parece ir a remolque de la historia. Un cambio social no logra expresión artística sino cuando ha adquirido ya suficiente importancia y se han prefigurado también sus otros efectos colaterales. Y apenas se establece una escuela artística consagrada a expresar el sentimiento reinante, el sentimiento mismo empieza por su parte a variar, y pronto el estilo "oficial" queda irrisoriamente envejecido. La expresión se limita a registrar el movimiento, pero es incapaz de mantenerlo por sus propias fuerzas; el río puede ahondar su cauce pero no alimentar sus fuentes. Lo mismo en el alma individual de cada artista. El arte traduce a su manera las pasiones sin estimularlas, y aun les quita vida al inmovilizarlas para describirlas. El buscar la belleza de las pasiones es peligroso rival de las pasiones mismas, que pierden entonces terreno y procuran conciliarse con otros modos de vida espiritual e iluminarse de inteligencia. Podrá el arte, por su tema, revelar las preocupaciones y conmociones entre las cuales nació, pero en cuanto arte revela ya un nuevo y muy distinto interés. Elevándose sobre los conflictos del vivir cotidiano, sobre sus limitaciones, su arbitrariedad y desorden, nos ofrece un mundo donde la limitación es una excelencia, donde el desorden se transfigura en bella y armónica diversidad, donde toda forma se justifica íntimamente, como la vida de todo ser se justifica en la naturaleza.

El arte, pues, en que se realizan los más perfectos tipos ideales de actividad humana, imágenes que renuevan nuestra perspectiva

del universo sin que de hecho entren en el engranaje material de nuestra vida, ¿no estará, por eso mismo, emancipado de toda autarquía exterior? No —contesta Santayana—, porque esas imágenes e ideales no son precisamente arte mientras no se realicen, mientras no pasen de mera visión fantástica, de arrebatos y delirio, y no se traduzcan en precisa obra material. Y es menester que ciertos hombres se entreguen devotamente a esa tarea de transformación y le sacrifiquen tiempo, esfuerzo, materia valiosa. Las artes, como concreta actividad, ya no pertenecen a ningún mundo intangible y remoto; son labor de artesano, labor perfectamente terrenal, ligada a los demás quehaceres del hombre y a su conducta toda. De ahí el recelo que en general suelen inspirar al moralista, y los ataques de que han sido blanco por quienes veían en ellas una peligrosa invitación a la ociosidad, o al abandono de deberes más altos.

Pero el moralista no sólo mira con recelo la específica actividad del arte. Para Santayana, el sentido estético está entrelazado con todas las manifestaciones espirituales del hombre: modifica los productos de su trabajo, tiñe cada uno de sus pensamientos. El amor a la belleza, pues, no sólo debe justificarse en sí mismo, como región particular dentro de la vida humana, sino también como influencia que se desborda por todos los canales del espíritu. Las gentes "prácticas" consentirían en dejar a los artistas encerrados en un oasis, y hasta en alimentarlos, como a animales de un jardín zoológico, si no sintieran que lo estético invade también la vida práctica y amenaza el abstracto rigor de sus planes y sus fines; en su propia esfera, les resultaría desastroso el hábito de perderse en la contemplación de lo inmediato o pasar de pronto con la fantasía a un mundo de ensueño e irrealidad. Al hombre de ciencia, por otra parte, no le incomoda el artista mientras no se salga de su terreno; lo que sí le incomoda es el afán "artístico" —afán de lucimiento y brillo retórico— en el terreno mismo de la ciencia.

Hay, en suma, un elemento de poesía inseparable de las ideas, de la conducta, de los afectos humanos, y al filósofo toca averiguar hasta qué punto debe tolerarse o cultivarse. Desde luego, no es un elemento adventicio, un agregado superfluo cuya eliminación pueda sensatamente desearse; es la materia natural y sustantiva de la experiencia. El valor estético —valor específico de lo directamente dado en la percepción— es en cierto sentido el supuesto previo de todos los valores que el pensamiento y la acción pueden realizar. Los conocimientos valen por su papel representativo, como síntesis ideal de percepciones, como líneas abstractas que unen un punto a otro de la experiencia concreta. Su función puede ser universal, y de importancia suma; pero en cuanto representativos, son siempre acti-

vidad derivada, de segundo grado: relacionan y ordenan lo que por sí ya tenía valor intrínseco. Lo estético es inherente a lo sensorial, y por eso mismo inevitable en la acción y en el pensamiento; no es un ingrediente parásito cuya intromisión haya que deplorar, sino un valor primario digno de desarrollarse y afinarse. En la sensibilidad se dan ya virtualmente ciertas distinciones —bueno y malo, aquí y allí, luz y oscuridad— que luego la razón continuará y aplicará. La razón puede acaso transformar los juicios estéticos, pero no destruirlos. Su material son las percepciones mismas, que ella dispone en sistema, de suerte que se completen y apoyen unas a otras. Pero ¿de qué valdrían los sistemas así contruidos si las piezas con que se construyen carecieran de todo valor?

Quien se jacte de atender estrictamente a la verdad o a la utilidad prescindiendo de todo interés estético querrá acaso decir, si es hombre sensato, que una vez planteados sus problemas no los encara con criterio preferentemente estético, o querrá decir, con más crudeza, que no los encara arbitraria y desordenadamente. Pero si lo que quiere decir es, en cambio, que ha conseguido volverse del todo impermeable a lo estético, que ha aislado cuidadosamente de lo bello sus actos y sus ideas, no hará más que publicar su incultura y la manquedad de sus intereses. El sentido estético no se opone a la utilidad ni a la lógica. Es más: lo verdaderamente útil y lógico posee cierto modo de valor estético, mientras que ciertas aparentes bellezas sensoriales, contrarias de algún modo a la inteligencia, no pueden en definitiva satisfacer a una sensibilidad estética consumada. Hay quienes, entregándose a exasperada pasión por la belleza momentánea y ocasional, transtornan a tal punto la armonía de su propia vida, que se cierran así el camino por donde pudieran llegar a belleza más alta, la única con que lograrían calmar esa pasión. "Mantener la belleza en su sitio es embellecer todas las cosas". Arrebatados por su vértigo, los estetas alcanzarán a lo sumo un placer fácil e inconsistente, mientras que verán eclipsarse un doble y auténtico bien: por una parte, la belleza no buscada que se añade gratuitamente a todo orden profundo y estable; por otra, la belleza que en vano buscaban en un "contexto" indebido, donde no podía menos que resultar indecorosa y ofensiva al buen gusto.

Para Santayana el elemento estético es, repitémoslo inseparable de las ideas, sentimientos y actos del hombre. No sólo acompaña siempre, de uno u otro modo, las creaciones de la inteligencia, sino que es su necesario punto de arranque (como, para Croce, el momento de la intuición en la actividad "circular" del espíritu). Partiendo de ese primario impulso creador la conciencia elabora luego sus claras percepciones y sus distinciones racionales. Y en

cada etapa de este proceso se ofrecen a la contemplación estética materiales nuevos. Santayana lo ilustra en su *Reason in art* con ejemplos tomados de muy distintas esferas. Así, ciertos caracteres de la sensibilidad ha aprendido en las cosas —lo recto, lo curvo, lo simétrico, etc.— pasan a ser luego el objeto de estudio de la Matemática; pero finalmente, después que el razonamiento los ha analizado y relacionado, después que los ha reducido a puras formas despojándolos de todo valor sensorial, pueden volver a contemplarse estéticamente y suscitar entonces viva emoción. Sistemas mecánicos de fuerzas y movimientos como los que estudia el astrónomo pueden ser asimismo legítima fuente de placer estético. De modo análogo, en muy otro terreno, la afinidad sensorial mueve a los hombres al amor, pero una vez que la sociedad humana ha levantado sobre esa base un edificio moral y legal, "este nuevo espectáculo da ocasión a nuevos arrebatos imaginativos, trágicos, líricos y religiosos". Desde cierto punto de vista —bien lo sabían los antiguos— la vida entera es un arte. No es menester para ello adornarla de florones y entorchados ni someterla a importunas restricciones "estéticas". Basta con que demos a todos sus momentos una forma que, por implicar estructura armoniosa, implique al mismo tiempo un ideal de posible perfección. Y esta perfección, contemplada a su vez estéticamente, aparecerá como pura y genuina belleza. A toda vida lograda viene a añadirse así una sanción estética. Si la eficiencia biológica se acompaña de gracia, la perfección moral va siempre unida a cierta manera de *splendor formae*, a un halo de decoro sensible.

La autonomía de lo estético en el pensamiento moderno

HEMOS visto con qué insistencia rechaza Santayana la autonomía de lo bello en cuanto no se tome como autonomía de un punto de mira sino de una efectiva región de la realidad: las fronteras de lo estético son simples expedientes teóricos que no delimitan una zona determinada, ni en la naturaleza ni en la experiencia del hombre. Santayana se agrega así a la larga serie de pensadores modernos que de alguna manera reaccionan contra la emancipación kantiana de lo bello frente a lo útil, lo bueno y lo agradable. En el mismo Kant, desde luego, esa línea de pensamiento se entrecruza con otra de sentido muy diverso, que, afirmando la supremacía del valor ético y buscando un modo de fusión de todos los valores bajo ese valor sumo, considera que la más alta manifestación de lo estético se da en la belleza moral; la belleza (en sentido estricto) no es

más que su símbolo sensible. Por lo demás, esa relación entre lo bueno y lo bello es lo que, siquiera parcialmente, da sentido a la pretensión de validez general de los juicios de gusto (cf. *Crítica del juicio*, parte I, sección 2ª § 59).

De todos modos, la emancipación de lo estético se consideró bien pronto como rasgo esencial y distintivo de la crítica kantiana, tanto por sus defensores como por sus adversarios. Aun antes de los intentos anti-kantianos del siglo XIX, sabido es que Herder combatió decididamente la escisión del bien en valores distintos, que para él no eran sino distintos modos de ver una misma realidad valiosa: el siglo XVIII había recibido del Renacimiento y de la antigüedad la concepción de la actitud estética como forma general de vida, no precisamente —al menos en la antigüedad— de la *vida del artista* según la entenderá el romanticismo, sino del *arte de vivir* conforme a norma racional, en el sentido en que los estoicos, por ejemplo, hablan de la vida virtuosa como de una obra artística (esto, aparte de la secular tradición metafísica de la unidad Verdad-Bien-Belleza, que no es, como suponía Baudelaire, invención de la *philosophie* moderna). Típica formulación y desarrollo alcanzará esa idea en la obra de Shaftesbury, con su identificación, no tanto en lo conceptual como en la concreta vida humana, de lo bello y lo bueno, armoniosamente equilibrados en un alma perfecta.

Lo cierto es que el siglo XIX intentará por diversos caminos reunir una vez más lo estético con las otras esferas de la vida. La estética psicológica y sociológica atenderá con especial predilección a esas miras. Así Guyau propone reducir el sentimiento estético a una forma derivada del de simpatía moral (recuérdense los reparos de Séailles contra esa "disolución" de lo estético) y ver en la belleza aquel modo de ser de las cosas que, por interesar al juego de nuestras representaciones, voliciones y afectos, estimula, cuando es percibido, el sentimiento de vida libre y activa. Toda perfección envuelve un elemento de apetito y acción; lo bello es a la vez deseable *sous le même rapport*; una vida orientada hacia altos valores intelectuales y morales ofrece por eso mismo "forma" estéticamente valiosa, en cuanto que en ella se reúnen y armonizan todas las funciones del espíritu. La contemplación del arte suscita armonía análoga en nuestra consciencia, y tanto más directa y eficaz, piensa Guyau, cuanto mayor sea la fuerza del sentimiento personal o colectivo que la obra traduzca. Otros estéticos, vueltos más bien hacia la psicología individual, insistirán asimismo en el tono hedónico infuso en toda experiencia psíquica, e identificarán, tácita o declaradamente, lo estético y lo hedónico. Ejemplo característico de esta tendencia es la obra de Adolf Göller, a pesar de cierto vago

influjo de la metafísica de Schopenhauer. Percibir, pensar, obrar, todo lo que en la conciencia no sea voluntad, entra, para Göller, en los dominios de lo estético. El sentimiento de energía espiritual es por sí mismo estético. Lo es el pensar utilitario cuando, visto desde sus efectos, se nos revela como proceso de ordenación y configuración de la materia. Lo son los principios y descubrimientos de la ciencia y las demostraciones matemáticas. . .

Baste aquí señalar estos repetidos ensayos de quitar la esfera estética de su aislamiento, esta progresiva ampliación *material* de su contenido, por donde se llegará finalmente, en ciertos pensadores contemporáneos, a intentar la ampliación *formal* de la estética en el cuadro de las disciplinas filosóficas. Ya en 1865 el hebartiano Zimmermann propone una Estética en sentido lato que equivale en realidad a toda una Axiología, coordinada con la Metafísica y la Lógica en un sistema filosófico total y concebida como teoría de las formas y relaciones en cuanto capaces de suscitar aprobación o reprobación. Modernamente, Müller-Freienfels ha subrayado con particular énfasis en su *Psicología del arte* hasta qué punto lo estético (en sentido amplio) rebasa los lindes de la actividad artística (es decir, de lo estético en sentido estricto). El autor relaciona su definición de lo estético con las ideas de Kant sobre el placer desinteresado, las de Schopenhauer sobre la naturaleza contemplativa del arte y las de Jonas Cohn sobre el carácter "intensivo" (no "consecutivo") de esa contemplación. Lo estético es para Müller-Freienfels, una actitud general del espíritu contrapuesta a la actitud práctica. "Todo objeto de acción y de experiencia (vivencia) puede hacerse y experimentarse por sí mismo o por un fin exterior": al primer caso corresponde la actividad estética, dirigida hacia un valor interno de la experiencia misma; al segundo, la actividad práctica, dirigida hacia un valor externo o instrumental. Y siendo así lo estético un modo de experiencia subjetiva y no una región determinada de objetos, Müller-Freienfels considera errónea la tentativa de reducir su estudio al análisis de la creación y contemplación del arte y prescindir de los aspectos estéticos de la religión, la filosofía, la ciencia y hasta la vida práctica. Un paso adelante en esa dirección corresponde, en fin, a la *Estética* de Albert Görland (1937), que, concebida como una "filosofía crítica del estilo", comprende el estudio de las concepciones filosóficas del mundo (creaciones estilísticas, las considera Görland) y de los sistemas religiosos, morales y pedagógicos.

La necesidad de coordinar el arte con las demás actividades humanas no es, observa Santayana, requisito meramente impuesto por el filósofo, que en defensa de la unidad del espíritu juzga el arte

desde su mirador y dicta deberes al artista. Es necesidad sentida por el arte mismo, condición que ha de cumplir para su propio beneficio. Consideremos la cuestión, pues, desde este segundo punto de vista.

El teórico —insiste Santayana— puede encarar artificialmente la sensibilidad estética y el impulso artístico como dos bienes distintos, y separados también de todos los otros bienes humanos; el placer que acompaña a la creación y a la contemplación estéticas puede asimismo abstraerse, en teoría, de todas sus afinidades y efectos. Pero aislar en la realidad un *interés artístico* de entre todos los demás intereses, y una *obra de arte* de entre "todo lo que el trabajo del hombre ofrece, de una u otra manera, a su bien total, es hacer despreciable la esfera de lo estético". Desligando del conjunto de la actividad del espíritu uno de sus elementos no se logra otra cosa que quitar a este elemento su sentido racional, y quitárselo también al conjunto. La actividad estética muere entonces vencida por otros impulsos. Los productos de un arte que se reduzca, por ejemplo, a mera habilidad resultarán triviales y endebles: seguirán siendo documento de determinados modos de vida, pero no de la vida de la inteligencia. Nunca ha habido arte digno de conocerse que no tuviera algún sentido práctico, o intelectual, o religioso. El goce de la percepción no es pleno goce artístico si no se enlaza a nada racionalmente importante, a nada que tenga pleno derecho de ciudadanía en el mundo natural o en el moral.

Hemos visto cuán importante es el papel que, para Santayana, habría de reconocerse a lo estético aun cuando se adoptara un criterio puramente eudomonista. El deleite que la sensibilidad y la fantasía encuentran en la contemplación de lo bello, y hasta el inmediato placer de la mano o la voz en la tarea de dar cuerpo a un impulso expresivo, son parte considerable en los ideales de felicidad humana y en sus realizaciones concretas. Pero, precisamente como *parte*, es menester que entren en perfecta coordinación con los demás intereses del espíritu, y que se apoyen en ellos. La inteligencia tiende a disponer en síntesis los valores propios de la imaginación y todos los otros valores humanos. Para un alma cultivada, ese afán de síntesis gobernará también su actitud ante lo estético. Como todos sus intereses racionales colaboran en cada acto de estimación de valores, nunca prestará plena adhesión a lo que, siendo cruel y torpe o, de cualquier otro modo, inespíritual, pretenda ser objeto "puramente artístico", como no puede asentirse *totalmente* a lo que produce, por ejemplo, dolor físico. No es propio de la vida racional "que aprobemos con ninguna parte de nuestra naturaleza lo que sea ofensivo para cualquier otra parte". Y el valor estético no puede

realizarse en objetos que no nos afecten desde algún otro punto de vista. No puede tener como asiento lo insignificante. Todo lo que aspire a recrear la imaginación debe haber ejercitado antes los sentidos y suscitado alguna directa reacción anímica, debe haber atraído sobre sí muestra atención y haberse entrelazado en la urdimbre viva de nuestra personal historia, antes de pasar, en fin, por la acción depuradora de la inteligencia.

Y no cabe suponer, por otra parte, que el aislamiento de la esfera estética pueda asegurar al espíritu una división estable de funciones. Después de abstraída la supuesta región de lo puramente estético, a costa de convertirla en la región de la pura insensatez, el elemento estético continuaría viviendo en todas las demás actividades del hombre. Sus máquinas, sus juegos, sus ritos, sus creencias, su prosa serían inevitablemente bellos o feos. Junto al esteticismo puro, tan dudoso e inhumano, habría que admitir indudables bellezas en lo extra-artístico, en todo lo que de alguna manera sea adecuado, oportuno y benéfico. Pues todo lo que es conveniente y servicial acaba por adquirir presencia graciosa: el ojo aprende a trazar su forma, a completar sus rasgos con conciencia latente de sus funciones y, no pocas veces, a remoldear el objeto mismo para adaptarlo mejor a puras exigencias estéticas, de suerte que cosa tan excelente para el hombre se vuelva del todo congenial con él. Si, por una parte, la plena belleza es imposible mientras no se apoye en los demás valores, por otro lado la satisfacción estética viene por sí misma a completar esos valores, imperfectos cuando ella no se les añade. El placer inmediato de la percepción —concluye Santayana— tiende a derramarse a todo lo que es bueno desde otro punto de vista, y a volverse así para los espíritus más afinados, símbolo de la excelencia total.

EL PELIGRO DE SUSCRIBIR TRATADOS CON GOBIERNOS DE FACTO

Por *Carlos Enrique FERREYROS*

I

LA única expresión de voluntad que, explícitamente, crea, modifica o extingue derechos entre los estados es el tratado. Forma documentaria, constituye la fuente por excelencia del Derecho Internacional y a ella atiende el artículo 38º del Estatuto de la Corte Internacional de Justicia al enumerar las de esa disciplina. En tanto la doctrina es la opinión ilustrada de los iusinternacionalistas y crea un derecho virtual que tiende a convertirse en positivo, el tratado es el derecho positivo que, sin legislador común, es elemento vinculante entre los diversos grupos humanos. Los principios generales del derecho, aplicados como tales *in foro domestico*, y la jurisprudencia de la Corte Internacional y de los tribunales arbitrales salvan las lagunas del derecho positivo, solucionando conflictos pero no creando derecho. Y la costumbre, que es la práctica consagrada por el uso, y que puede derogarse por el desuso, carece de los formulismos legales que hagan de ella un derecho indiscutido.

Como se apunta anteriormente, no existe un legislador común. Precisamente este vacío lleva al tratadista Ihering hasta el extremo de negar la existencia del Derecho Internacional Público. Se olvida que esta rama de las ciencias jurídicas es, en esencia, la única diferente a las demás. En el derecho interno, la norma legal, creada por los legisladores en un acto de voluntad, se impone a los individuos en virtud de la soberanía estatal; existe una jerarquía entre quien impone la norma y quien la cumple. Para ello, inclusive, puede emplearse el elemento de coacción que en el Derecho Internacional Público es desconocido o aparece apenas en forma incipiente. En el derecho externo, en cambio, se omite la imposición de la autoridad para reemplazarla por el consentimiento de la voluntad de los sujetos a quienes se aplicará la norma legal. Forzando la figura, el tratado en el derecho externo correspondería al contrato en el derecho interno y, como éste, sujeto a determinadas condiciones, entre otras el error, el dolo y la coacción. Encontrán-

dose el Derecho Internacional en un proceso evolutivo permanente de consolidación de sus instituciones, iniciándose apenas la codificación de sus normas, es improbable que en un futuro próximo pueda existir un órgano supra-nacional legislador. En tanto, mientras en el derecho interno las normas se imponen obligatoriamente a los sujetos que han de acatarlas, en el derecho externo los sujetos que deben acatar las normas son los mismos que las crean.

La coacción, otro elemento indispensable en el derecho interno, aparece, también, en forma incipiente en el derecho internacional y se presenta en dos momentos: para la firma de un tratado y para su cumplimiento. En el primer caso se trata de un vicio de consentimiento en el que se debe establecer cuándo la violencia o coacción es legítima o ilegítima. Un tratadista, Niemeyer, ha sostenido que si la coacción en todos los casos fuera ilegítima no habrían tratados de paz válidos.

Sin embargo, es doctrina casi unánimemente aceptada que la coacción o violencia es ilegítima cuando se ejerce en violación de un compromiso anteladamente contraído. Precisamente, este concepto ha servido de asidero para la elaboración de la doctrina del señor Henry L. Stimson en 1932. Habiendo emprendido el Japón la guerra de conquista territorial contra China pretendió formar el estado títere de Manchukuo o Manchuria. La situación por crearse comprometería los intereses coloniales de los Estados Unidos de Norteamérica por lo que el Secretario de Estado se encontró en la necesidad de formular su declaración de desconocimiento de cualquier variación territorial obtenida por la fuerza, en violación del Pacto de París de 1928, llamado Briand-Kellog y que, condenando la guerra como medio de política internacional, hacía renuncia de ella.

Por la indudable fuerza moral de la prédica de Stimson, los estados americanos se pronunciaron análogamente en el conflicto del Chaco, en agosto de 1932, cuando las hermanas repúblicas de Bolivia y Paraguay se ensangrentaban. Al año siguiente, la Liga o Sociedad de las Naciones se pronunció resolutivamente, en términos parecidos, al enjuiciar el conflicto de Leticia entre Perú y Colombia. En la VII Conferencia Panamericana, realizada en Montevideo en 1933, y en la siguiente de Lima en 1938, el sistema americano proclamó el no reconocimiento de adquisiciones territoriales por medios violentos.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el Tribunal de Nuremberg, conformado por las cuatro potencias vencedoras, Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos, declaró como condenable el tratado suscrito entre Alemania y Checoslovaquia, celebrado bajo la amenaza alemana de bombardear la ciudad de Praga,

ya que contrariaba el espíritu y la letra del ilusorio Tratado de París de 1928.

La otra forma en que el elemento de coacción se presenta en el Derecho Internacional es cuando alguna norma legal ha sido violada. El problema consiste en el modo y manera de obligar a una de las altas partes contratantes a cumplir lo pactado (*pacta sunt servanda*). Al respecto, existen dos formas, aunque ambas imperfectas.

Órgano principal de las Naciones Unidas es la Corte Internacional de Justicia, con sede en La Haya, Holanda, y que se rige por los estatutos aprobados en San Francisco el 26 de junio de 1945. Este, que podría ser un instrumento de coacción para la fiel observancia de los compromisos internacionales, de conformidad con el artículo 36º de los mencionados estatutos sólo puede conocer los asuntos "que las partes le sometan"; es decir, el sometimiento a la jurisdicción de la Corte es voluntario por las partes que, a su vez, deben suscribir un convenio especial aceptando la jurisdicción. No obstante ello, los estados que lo tengan a bien pueden declarar en cualquier momento que reconocen como obligatoria *ipso facto*, y sin requerirse convenio especial, la jurisdicción de la Corte respecto de cualquier otro estado que haya aceptado la misma obligación. Es decir, si el sometimiento a la jurisdicción de la Corte es voluntario y privativo para los estados, en cambio el cumplimiento de la sentencia es obligatorio cuando el sometimiento ha sido expresado en el convenio especial. A ello atiende el artículo 94º de la Carta de las Naciones Unidas en el que se faculta a las partes para recurrir al Consejo de Seguridad en demanda del cumplimiento del fallo, pudiendo este último formular recomendaciones o dictar medidas para ejecutarlo.

El otro modo en que la coacción puede ejercitarse de manera directa por la comunidad internacional es el que respecta a la preservación de la paz. Es sabido que la Carta de las Naciones Unidas tiene como fin primordial "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra", como reza el primer considerando, agregando en el tercero que también es su finalidad "crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las *obligaciones emanadas de los tratados* y de otras fuentes del derecho internacional". De manera, pues, que el respeto al tratado, al pacto, es cuestión fundamental que afecta definitivamente a la comunidad internacional. Debe observarse que existen dos elementos sobre los que la Carta de las Naciones Unidas se pronuncia: los tratados celebrados con anterioridad o con posterioridad a la Carta y que son pactos bilaterales o multilaterales ajenos a ella y la Carta misma que, revistiendo la forma de un tratado mul-

tilateral, condena el "flagelo de la guerra". La violación de este objetivo da lugar a las sanciones que las Naciones Unidas por intermedio de uno de sus órganos principales, el Consejo de Seguridad, aplica a los estados contraventores. Aquí aparece la norma de coacción que Ihering desconoce y que lo lleva a negar la existencia del Derecho Internacional Público. En el artículo 45º de la mencionada Carta de las Naciones Unidas se determina que los miembros mantendrán contingentes de fuerzas aéreas disponibles "para la ejecución combinada de una acción coercitiva internacional".

Es claro, pues, que la norma de coacción existe en el derecho internacional aunque, debe reconocerse, en forma embrionaria. Las medidas que puede tomar el Consejo de Seguridad y que van desde las que no implican el uso de la fuerza armada (interrupción total o parcial de las relaciones económicas y de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioléctricas y otros medios de comunicación, así como la ruptura de las relaciones diplomáticas) hasta las que determinan el empleo de medios más expeditivos (demostraciones, bloqueos y otras operaciones ejecutadas por fuerzas aéreas, navales o terrestres de Miembros de las Naciones Unidas), demuestran que la norma de coacción para obligar al cumplimiento de un tratado existe, aunque no demuestra que en todos los casos haya sido eficiente. Si bien es verdad que las Naciones Unidas han podido conjurar el peligro de una gran conflagración mundial, en cambio no tuvieron la capacidad o los medios suficientes para apagar los fuegos de multitud de guerras localizadas que se han desatado desde 1945. Quizás estos fracasos se deban a la conformación del propio Consejo de Seguridad que cuenta con cinco miembros permanentes y seis transitorios, pero dejando al arbitrio de los primeros —las grandes potencias mundiales como China, Francia, la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte y los Estados Unidos de América que muchas veces juegan con los países pequeños de acuerdo a sus intereses— las más trascendentales decisiones. En efecto, el llamado veto consiste en la votación afirmativa de los cinco miembros del Consejo de Seguridad en asuntos que no sean de mero procedimiento y en la exclusión de los miembros transitorios del Comité de Estado Mayor, encargado de ejecutar las medidas coercitivas. Pero la conformación del Consejo de Seguridad y su funcionamiento no son temas del presente estudio y quedan para otra oportunidad. El hecho demostrado es que la norma de coacción existe en el derecho externo aunque no pueda ser puesta en funcionamiento con la celeridad y eficacia con que es accionada en el derecho interno.

Cuando el tercer considerando del preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas propugna el respeto a los tratados, en forma general, emplea el término correcto. También lo hace el estatuto de la Corte Internacional de Justicia en su artículo 38° al enumerar las fuentes del derecho externo. Sin embargo, algunos autores poseídos de un afán perfeccionista intentan una terminología tan variada que, a la postre, crea un caos legal que promueve conflictos difícilmente solucionables. Le llaman *concordatos* a los tratados celebrados con la Santa Sede sobre asuntos eclesiásticos; *declaración* al pacto de varios estados sobre asuntos de política internacional, aunque existen declaraciones de sólo dos estados como la Declaración de los Presidentes de Perú y Bolivia de 30 de julio de 1955, sobre condominio de las aguas del Lago Titicaca; *convención* al tratado suscrito en una conferencia internacional; *protocolo* a un acuerdo parcial, aunque existen protocolos que son tratados concluidos como el Protocolo de Límites peruano-ecuatoriano de 29 de enero de 1942, cuyo cumplimiento está garantizado por Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos; *acta* es el instrumento legal en el que se consignan las resoluciones de una conferencia internacional; *modus vivendi* es un pacto provisional que en la mayoría de los casos es un acuerdo definitivo. En realidad, todos los enumerados, y otros más, no son sino, simple y llanamente, tratados y como tales surten todos sus efectos legales en el mundo internacional. Le otorga naturaleza jurídica el consenso de voluntades concordantes de los sujetos de derecho internacional, la suscripción del documento, su licitud, la buena fe con que se pretenda cumplir y la ratificación de los representantes del pueblo de cada estado signatario.

II

EL tratado debe reunir determinados requisitos para su validez; es decir, el tratado debe pasar por diferentes estadios y cumplir cabalmente con ellos para perfeccionarse. Si el tratado fallare en algún punto sería nulo. Para evitarlo, deben examinarse las siguientes cuestiones: la capacidad de las partes contratantes, la capacidad de las personas que representan a las partes contratantes, el consentimiento de los signatarios, la posibilidad y licitud de lo pactado y la ratificación.

Es bien sabido que sólo tienen capacidad para obligarse por medio de tratados los sujetos de derecho internacional. Aunque es motivo de polémica, los iusinternacionalistas están acordes en nombrar cuatro sujetos de derecho internacional, siendo el principal de ellos el Estado que desde el punto de vista del derecho externo es

casi imposible de definir si se pretende captar todos sus extremos. En cambio, la VII Conferencia Panamericana, realizada en Montevideo en 1933, enumeró los elementos que caracterizan a un estado para encontrarse en aptitud de ser admitido en la comunidad internacional. Declaró que si un conglomerado humano posee población permanente, territorio y gobierno independiente se halla en capacidad de entablar relaciones con los demás estados, observando las normas del derecho internacional. El francés Leon Duguit añade a estos elementos el de los servicios públicos administrados por el propio estado. En realidad, los servicios públicos son un desprendimiento de la organización política, pertenecen al derecho interno y no constituyen un elemento determinante para calificar como estado, desde el punto de vista internacional, a una comunidad humana.

Tienen también capacidad para obligarse en el mundo internacional las organizaciones inter-estatales dotadas de personería jurídica, como es el caso de las Naciones Unidas o la Organización de Estados Americanos. Sin embargo, cabe considerar razonadamente que la personería de estos organismos está dada y refrendada por los estados y que sólo obran a través de éstos. Si supuestamente los estados retiraran su respaldo a dichas organizaciones, éstas, sin base sustentatoria alguna, carecerían de significación y aun de vida en el mundo internacional.

Asimismo, algunos doctrinarios califican como sujetos de derecho internacional, y, por ende, con capacidad para obligarse, a las colectividades no-estatales. Entre estas se cita a la Santa Sede, a los territorios sometidos a mandato, a los territorios sujetos a fideicomiso, a los territorios internacionalizados y la Soberana Orden Militar de Malta. Realmente, la Santa Sede desde el acuerdo de Letrán goza de independencia absoluta. Posee un territorio, una población estable y una organización política. Algo más; también administra sus servicios públicos, como lo requería Duguit; por consiguiente, se halla en capacidad de obligarse en el mundo internacional por medio de tratados, llamados Concordatos, como se ha visto anteriormente. Sucede que los doctrinarios católicos niegan a la Santa Sede su condición de estado con el objeto de mantenerla en un plano de desigualdad con los demás estados, otorgándole un status particular de colectividad no-estatal para mantener una especie de privilegio especial, intemporal y espiritual sobre las otras comunidades humanas, ejerciendo sobre ellas un poder inmaterial que le aseguraría situaciones de pre-eminencia. En cuanto a los mandatos, fideicomisos y territorios internacionalizados no reúnen las condiciones para considerárselos como a estados porque carecen de independencia, no pudiendo, por consiguiente, obligarse en el mundo

internacional sin la aquiescencia de las potencias o de los organismos administradores.

En cambio, la Soberana Orden Militar de Malta, cuya primitiva denominación fue la de Hermanos Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, desde su fundación en 1130 fueron desalojados de todos los territorios que ocuparon hasta su establecimiento en Roma en 1798. Es una asociación religiosa, regida por un Gran Maestre y dependiente del Papado. Es realmente la única colectividad no-estatal en el mundo que reúne las condiciones de sujeto de derecho internacional porque sin poseer las características del estado tiene la reconocida facultad de obligarse con otros estados y la de acreditar agentes diplomáticos.

En cuanto al individuo, al que algunos tratadistas, Guguit, Scelle, y, sobre todo, Politis, intentan darle la calidad de sujeto de derecho internacional, deben mantenerse ciertas reservas. Particularmente, el individuo no puede actuar en el mundo del derecho internacional. Es verdad que internacionalmente se han tipificado determinados delitos, llamados delitos *juris gentium* cometidos individualmente, pero deben sancionarse por intermedio de los estados. Asimismo, un particular no puede recurrir a los organismos internacionales en demanda de justicia sino a través del estado. El artículo 34º, inciso 1º, del estatuto de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, al determinar la competencia de ésta, dice, *ad pedam literae*: "Sólo los Estados podrán ser partes en casos ante la Corte". Inclusive, cuando el derecho internacional se preocupa del bienestar del individuo, como por ejemplo la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, la Convención Internacional sobre los Derechos Políticos de la Mujer en 1954, la Declaración sobre los Derechos del Niño en 1959 o sobre libertad de información en 1962, lo hace por intermedio de los estados. Es evidente, pues, que el individuo no es titular de derechos ni de obligaciones en el mundo internacional; personalmente, no puede suscribir un tratado con estado alguno, está impedido de acudir a los tribunales internacionales y no tiene acceso a los foros de la comunidad mundial. De allí que la escuela positivista, representada principalmente por Anziolotti y Triepel, le desconozca la calidad de sujeto de derecho internacional. Consecuentemente, y en tanto no se modifique su actual *status*, el hombre es objeto pero no sujeto del derecho externo.

En conclusión, única y exclusivamente tienen capacidad para obligarse en el mundo internacional los estados, las organizaciones inter-estatales y algunas colectividades no-estatales.

III

EN cuanto a la capacidad de las personas que representan a las partes contratantes, debe citarse la Convención aprobada en la VI Conferencia Panamericana, celebrada en La Habana en 1928. En ella se establece que la política exterior de cada estado y los medios para la designación de sus agentes diplomáticos está estatuida en su respectiva Constitución. Esta norma atiende al principio de no-intervención pero, al mismo tiempo, se halla encaminada a supervigilar que los países americanos, tan proclives a la quiebra institucional por obra y gracia de los cuartelazos, las obligaciones internacionales sean respetadas escrupulosamente.

En derecho internacional tiene vigencia amplia el principio de identidad. En virtud de él, la integridad jurídica del Estado no sufre alteraciones aunque se hayan efectuado modificaciones, transformaciones, cambios, sustituciones, de hecho o de derecho, en la estructura misma del Estado. Puede variarse la forma de gobierno pero la vigencia jurídica del estado es la misma. El estado siempre es idéntico a sí mismo y responde por todas las obligaciones contraídas por todos sus gobiernos. Cuando se creó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, después de la revolución de octubre, las nuevas autoridades declararon que no reconocerían las obligaciones contraídas en la época de los zares; ante la reacción de la comunidad internacional, el estado ruso debió rectificarse quedando a salvo, una vez más, el principio de identidad de los estados.

El problema surge cuando existe la posibilidad de concertar tratados con un estado en el que su gobierno no ha tomado el poder por los cauces constitucionales; cuando predomina un régimen de facto, usurpador, que ha prescindido de la voluntad popular. En este caso, debe recurrirse a las doctrinas de los internacionalistas y a los instrumentos legales. Demás resulta indicar que unas y otras son la lenta elaboración de los juristas americanos ya que esta parte del mundo es la más propicia para padecer el virus de los cuartelazos que, prácticamente, se ha convertido en una enfermedad endémica y que hoy parece haber prendido en los nuevos estados africanos; pero si en éstos se refleja la inestabilidad propia de las sociedades en formación, en nuestros países se agrava por la falta de instituciones respetables adentradas en el espíritu ciudadano. De ahí que los juristas Amancio Alcorta y Alejandro Alvarez abogaran, a comienzos de este siglo, por un Derecho Internacional Americano en el que se contemplaran las prácticas más corrientes en nuestro continente.

El estudio sobre la suscripción de tratados con los gobiernos de facto lleva, necesariamente, a examinar ciertas doctrinas sobre el

reconocimiento de los gobiernos ilegales y que, formando parte de otros capítulos del Derecho Internacional, tienen íntima relación con el tema en comento.

El doctor don Carlos Tovar, que más tarde sería Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, sostuvo en 1907 la tesis que después se reconocería como "La Doctrina de la Legitimidad Constitucional". En ella, el ilustre iusinternacionalista manifestaba que los estados americanos debían abstenerse de reconocer a los gobiernos que empleando medios de fuerza usurparon el poder; sin embargo, para el doctor Tovar estos gobiernos *de facto* podían devenir en gobiernos *de jure* al legitimarse constitucionalmente mediante el espaldarazo de una asamblea que representara, por delegación, la voluntad popular.

El Presidente de los Estados Unidos de América, Woodrow Wilson, logró distinguir perfectamente entre un gobierno de facto y un gobierno de jure. Hacia 1913 sostuvo que su país no reconocería a los gobiernos usurpadores, agregando que a los gobiernos de hecho les correspondería un reconocimiento de hecho y a los gobiernos de derecho un reconocimiento de derecho. En la práctica, si la distinción entre ambos tipos de gobierno fue claramente delimitada, el instituto del reconocimiento no fue captado, ya que, al fin y al cabo, aunque fuera de hecho, siempre se reconocía al gobierno ilegítimo. Se ha visto después que el Departamento de Estado no ha tomado siquiera en cuenta los fundamentos de la Doctrina Wilson, reconociendo a todos los gobiernos usurpadores surgidos en América Latina.

En 1930, el Canciller de México, licenciado don Genaro Estrada, afirmó que el reconocimiento de un gobierno era un acto de ingerencia en los asuntos internos de los demás países y, por consiguiente, México se abstendría de calificar a los gobiernos de otros estados, limitándose a mantener o a retirar a sus agentes diplomáticos y reservándose el derecho de aceptar a los agentes de los otros estados, reconociendo el derecho "que tengan las naciones extranjeras para aceptar, mantener o sustituir a sus gobiernos o autoridades". Cabría comentar, al respecto, que el hecho mismo de acreditar o retirar agentes supone, en todo caso, la calificación sobre un gobierno recién surgido; calificación tácita, pero calificación al fin. Además, al producirse un acto de fuerza para capturar el poder, *las naciones* no ejercitan su derecho a mantener o sustituir gobiernos sino que, precisamente y por el contrario, pierden el ejercicio de ese derecho.

A finales de la década del 50, el Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, don Rómulo Betancourt, formuló la doctrina

que lleva su nombre y que observa cierto parecido con la del doctor Carlos Tovar. La doctrina Betancourt, siguiendo los lineamientos de las declaraciones de los estados americanos, sostuvo que no había reconocimiento para los gobiernos de facto. Durante los períodos presidenciales de Rómulo Betancourt y de Raúl Leoni, Venezuela se mantuvo fiel a dicha prédica. Sin embargo, cuando Acción Democrática fue sustituida por los demócratas cristianos de COPEI la tesis venezolana fue olvidada.

Casi todos los gobiernos de facto, al solicitar su reconocimiento, dejan constancia de que dominan la totalidad del territorio nacional y que cumplirán las obligaciones internacionales contraídas por sus estados. Aunque la primera afirmación sea cierta, ya que por medio de las armas asientan su señorío sobre pueblos inermes y las más de las veces ajenos a los hechos, la segunda aseveración —que entraña una promesa— es muy discutible. *Si para usurpar el poder se han violado una serie de tratados internacionales, no puede creerse en la buena fe de que se respetarán otros.*

La Carta de la Organización de los Estados Americanos, suscrita en Bogotá el 30 de abril de 1948, afirma en su parte considerativa "que el sentido genuino de la solidaridad americana y de la buena vecindad no puede ser otro que el de consolidar en este Continente, dentro del marco de las instituciones democráticas, un régimen de libertad individual y de justicia social, fundado en el respeto de los derechos esenciales del hombre".

El artículo 5o., inciso d), del mismo instrumento legal indica que "la solidaridad de los Estados Americanos y los altos fines que con ella se persiguen, requieren la organización política de los mismos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa".

Asimismo, la parte considerativa de la Carta de las Naciones Unidas, suscrita en San Francisco el 26 de junio de 1945, proclama "reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana".

También el Acta de Chapultepec y la X Conferencia Interamericana, realizada en Caracas en 1954, han proclamado la "organización democrática como ideal americano", "la organización política de los Estados Americanos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa" y "el derecho inalienable de cada estado americano de escoger libremente sus propias instituciones en el ejercicio efectivo de la democracia representativa".

La Resolución XCIII, aprobada en la Conferencia de Caracas, reafirma "la fe de los pueblos de América en el ejercicio efectivo de la democracia representativa como el mejor medio para promover su progreso social y político".

La V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, reunida en Santiago de Chile en agosto de 1959, aprobó la siguiente Declaración: "Que la armonía entre las Repúblicas Americanas sólo puede ser efectiva en tanto el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y el ejercicio de la democracia representativa sean una realidad en el ámbito interno de cada una de ellas" y, asimismo, "Que la existencia de regímenes antidemocráticos *constituye una violación de los principios en que se funda la Organización de los Estados Americanos y un peligro para la convivencia solidaria y pacífica en el Hemisferio*".

Podrían citarse también la Declaración y la Carta de Punta del Este y la Resolución de la Reunión Consultiva de los Ministros de Relaciones Exteriores, realizada en Washington en mayo de 1965, sin olvidar la Declaración de los Derechos Humanos que en su articulado consagra el consentimiento popular como base de todo sistema de gobierno, agregando que deben realizarse elecciones periódicas o, en su defecto cualquier otro tipo de consulta ciudadana.

Todos los instrumentos anteriormente citados revisten carácter obligatorio para los países americanos. *De manera, pues, que cuando los gobiernos de facto recién surgidos solicitan su reconocimiento en base a la promesa de cumplir los compromisos contraídos por sus respectivos estados, cabe considerar que la garantía proviene, precisamente, de quienes están violando normas de derecho nacional e internacional para imponer su régimen.* Puede concluirse, pues, que los personeros de los gobiernos de facto *no tienen capacidad* para representar y obligar a sus estados ante la comunidad internacional. Esa capacidad está remitida al derecho interno y en las normas constitucionales de todos los países se indica que sólo son auténticos personeros de los estados los ciudadanos designados por el poder legítimo.

IV

OTRO requisito para la validez de los tratados —y quizás el más importante— es el de la ratificación que lleva implícito el pronunciamiento del pueblo por intermedio de sus representantes, recipiendarios de la soberanía popular. Legisló sobre este punto la Convención de La Habana, exigiendo, como cuestión *sine qua non*, la ratificación del tratado para su plena e indiscutible validez. Debe tenerse presente que cuando el litigio peruano-colombiano a principios de la década del 50, con motivo del asilo del doctor don Víctor Raúl Haya de la Torre en la sede de la Embajada de Colom-

bia en el Perú, el gobierno de facto de este último país alegó que no respetaría las normas de asilo aprobadas en la VI y en la VII Conferencias Panamericanas de 1928 y 1933, realizadas en La Habana y en Montevideo, respectivamente, porque aun cuando suscritas por el gobierno peruano no habían sido ratificadas. Llevado el caso a la Corte Internacional de Justicia de La Haya, este órgano de las Naciones Unidas se pronunció por la no obligatoriedad para el Perú de dichos preceptos de derecho internacional.

Siempre el derecho interno es el que determina los órganos y procedimientos por los que se efectúa la ratificación. En los estados totalitarios, la ratificación corre a cargo del mismo Poder Ejecutivo. En las democracias, como Suiza, le compete al Poder Legislativo. En otros países, como el Perú, el Ejecutivo signa los tratados y el Legislativo los aprueba por medio de una Resolución Legislativa con fuerza de ley. De manera, pues, que siempre intervienen el poder central y el poder popular. La obligación que se contrae es, pues, indubitable, inequívoca y perfecta.

Sin embargo, el problema surge cuando el gobierno de facto disuelve violentamente el Poder Legislativo al asumir sus funciones. Generalmente, las Juntas Militares o Mixtas o Civiles que se arrojan las facultades de gobierno, dictan su propio estatuto, relegando la Constitución, y asumen las funciones legislativas. Por sí y ante sí —no contando con la delegación de funciones por parte de los representantes ni con la adhesión popular libremente expresada en las urnas— y en virtud de un acto de fuerza, unos cuantos individuos, las más de las veces aventureros, no pueden contraer obligaciones en nombre y representación de la comunidad nacional.

Cabe preguntarse si los tratados suscritos entre un gobierno legítimo y un gobierno ilegítimo tienen validez. No puede argüirse, en defensa de los regímenes ilegales, el principio de la no intervención; éste es un valladar para tomar parte en la vida interna de otros países, pero no lo es al extremo de impedir la elemental libertad de los gobiernos constitucionales para negarse a pactar con los usurpadores.

Un tratado debe pasar, necesariamente, por dos tamices. En primer lugar, la suscripción de él requiere de la legitimidad de un Poder Ejecutivo legalmente constituido. En un caso hipotético, si aquél no fuera un órgano legítimo aún quedaría el segundo tamiz, el de una asamblea de representación popular para avalar, en nombre del pueblo, del soberano, el compromiso asumido por el poder central ilegal. Pero si se da el caso más común de un Ejecutivo ilegal y de un Legislativo inexistente hay una carencia absoluta de garantías en el cumplimiento de lo pactado. *Cualquier gobierno le-*

gítimo, sucesor del ilegítimo, podría desconocer las obligaciones así contraídas, alegando que no sólo el detentador del Ejecutivo carecía de personería sino que el tratado no había encontrado ratificación plena por un Legislativo representativo. De allí el peligro de suscribir tratados internacionales con regímenes de facto. Quizás la posición más acertada sea la de Charles Fenwick en su "Derecho Internacional", cuando propone a los gobiernos legítimos abstenerse de pactar con los ilegítimos. Además, sería una justa sanción para los usurpadores y serviría para que en el mundo se cometieran menos ilegalidades.

REFLEXIONES SOBRE LA TEORIA DEL SUBDESARROLLO Y LA INDUSTRIALIZACION SUSTITUTIVA EN AMERICA LATINA

Por *Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA*

*Primera Parte**

LA TEORIA DEL SUBDESARROLLO

EXISTEN múltiples teorías sobre las causas y naturaleza del subdesarrollo. La mayoría de ellas han dado una crucial importancia a factores específicos tales como raza, diferencias culturales, clima, iniciativa individual (entrepreneurs), hábitos, religiones, etc. . . Otras han dado mayor importancia a condiciones causalmente interconectadas que crean un proceso de causación circular acumulativa del subdesarrollo (Myrdal), siendo la causa última o básica de este proceso la incapacidad de gobiernos "blandos" para cambiar la dirección de ese proceso acumulativo hacia un proceso de "desarrollo". Finalmente, otras mantienen que la causa del subdesarrollo es la persistencia de estructuras feudales o "tradicionales" que coexisten con sectores o estructuras capitalistas o "avanzadas", y que argumentan que el libre juego de las fuerzas del sistema de mercado eventualmente conducirán a la absorción del sector tradicional y, por tanto, a la desaparición del estado de subdesarrollo; a estas teorías podemos catalogarlas como concepciones dualísticas simples. Sin embargo, todas estas "teorías" del subdesarrollo tienen una característica básica común: la idea de que el subdesarrollo es el resultado de condiciones estrictamente internas a dichas áreas.

De esta forma, todas estas teorías burguesas del subdesarrollo deben considerarse como parciales, puesto que consideran al subdesarrollo como un fenómeno aislado al desarrollo histórico social del "resto del mundo".

Por otro lado, tenemos las teorías Marxistas y Neo-Marxistas del subdesarrollo que por su concepción global del sistema capita-

* La segunda parte de este ensayo aparecerá en el número siguiente.

lista, como un modo internacional de producción, han sido la base de los llamados modelos estructurales del subdesarrollo.

Sucintamente, estos modelos han mostrado que el subdesarrollo no es un simple estadio o etapa en el proceso de desarrollo (o sea que los países capitalistas actualmente desarrollados nunca fueron subdesarrollados estrictamente hablando), sino que por el contrario es un producto del desarrollo capitalista y, por tanto, significa algo más, en realidad bastante más, que un simple estado de atraso. Consideramos que aunque estos estudios (modelos estructurales) se encuentran todavía en sus primeras etapas de desarrollo y, consecuentemente, no han podido ofrecer respuestas definitivas, completas, categóricas, de todos los aspectos que envuelve el fenómeno del subdesarrollo, están, sin lugar a dudas, en el camino correcto de investigación, por lo que su continuado desarrollo resulta trascendental para comprender la perspectiva real ante la cual se enfrentan las 2/3 partes de la población mundial que vive, o mejor dicho sobrevive en el subdesarrollo.

Dichos modelos estructurales basan su análisis, fundamentalmente, en las tendencias generales que rigen al proceso de desarrollo capitalista.

Comencemos por describir, en forma general y breve, cuáles son en nuestro juicio dichas tendencias. Para que exista una producción capitalista es necesaria la existencia de dos clases de grupos que se enfrenten en el mercado: los propietarios de medios de producción o de dinero, y trabajadores "libres" o sin tierra que lo único que tienen para vender en el mercado es su fuerza de trabajo. El motivo por el cual los propietarios del capital inician una producción capitalista es el incremento de su riqueza; es así como se inicia el circuito de producción capitalista D-M-D*. Una vez comenzado dicho circuito o proceso, la naturaleza competitiva de la producción capitalista genera lo que puede identificarse como la característica distintiva o el sine qua non del sistema: la acumulación de capital. Intimamente relacionados con la acumulación de capital se encuentran los procesos de concentración y centralización del capital, siendo este último el más dinámico.

La fuente esencial o básica para la acumulación de capital es la expropiación y apropiación realizada por el capital de la plusvalía generada por la fuerza de trabajo; así, el análisis de la producción de plusvalía absoluta y relativa se convierte en el talón de Aquiles del funcionamiento del sistema. Una vez que la pro-

* D: dinero o capital
M: mercancía o bien
D': dinero o capital incrementado

ducción capitalista adquiere momentum, aparecen dos tendencias principales dentro del sistema:¹

- 1) La creación de una población excedente relativa que no puede caer por debajo de cierto nivel, si es que ha de continuar la acumulación de capital; esta población excedente relativa aparece tanto en las áreas capitalizadas como en las no-capitalizadas, aunque, sin embargo, la importante en relación al proceso de acumulación es la que existe en las áreas capitalizadas, ya que ni el factor capital ni el factor fuerza de trabajo son perfectamente movibles (sin fricciones) como lo asumen los economistas burgueses.
- 2) El capital tiende a concentrarse geográficamente en algunas áreas; esto se debe principalmente a la existencia de economías externas (en su sentido más amplio) en lado de la oferta, y por las conveniencias de la cercanía al mercado por el lado de la demanda.

De esta forma, la conclusión esencial a que llega nuestra abstracción de las tendencias del proceso de desarrollo capitalista es que la naturaleza misma de dicho proceso genera, necesariamente, el fenómeno del subdesarrollo en otra parte del mismo sistema.

Tomando en cuenta este marco general del proceso de desarrollo capitalista, procederemos a analizar su expansión a escala internacional de acuerdo a su secuencia histórica.

La primera etapa en la explicación del fenómeno del subdesarrollo en su perspectiva histórica es, inescapablemente, el impacto de la acumulación originaria de capital durante la expansión del capitalismo comercial a escala mundial en los siglos XVI y XVII. Con el Colonialismo comenzó una superexplotación de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales de las áreas atrasadas, lo que provocó una exacción substancial de riqueza (o excedente económico) en las colonias que fue transferida a las áreas metropolitanas, habiendo sido, sin duda, una influencia importante (si no es que determinante) en el proceso de la acumulación originaria de capital.

Sin embargo, esto fue solamente una forma exagerada de explotación (en el sentido técnico) dentro del establecimiento de un proceso más general a través del cual ha existido una constante exacción de excedente desde las áreas atrasadas: un intercambio desigual (en su sentido más amplio) a través del establecimiento de una división internacional del trabajo desfavorable a las áreas atrasadas. La transición al capitalismo industrial significó la con-

¹ P. Patnaik, "The Political Economy of Underdevelopment", Bulletin of the Conference of Socialist Economists, Spring 1972, London, England.

solidación del sistema de intercambio desigual, a pesar de la independencia política (formal) que alcanzaron algunas colonias durante el siglo XIX; se introdujeron relaciones capitalistas de producción en todas las áreas atrasadas, aunque solamente en algunas áreas específicas dentro de cada país periférico, principalmente en la forma de plantaciones agrícolas (haciendas) totalmente orientadas hacia un mercado exterior (por lo que sus economías se convirtieron en entes cuya expansión o crecimiento era totalmente dependiente de factores externos, o sea de la demanda externa por sus productos agrícolas). De esta forma, una más clara configuración de la economía mundial capitalista fue establecida: por un lado los países atrasados (o mejor dicho subdesarrollados) que producen bienes agrícolas y minerales para proveer a los países avanzados y, por el otro, los países avanzados especializados en la producción industrial.

El suceso más importante durante la segunda mitad del siglo XIX en los países industrializados de Europa Occidental fue en definitiva, la transición de la libre competencia al monopolio como esencia del mercado capitalista. Desde 1860-1870 comenzaron a aparecer Cartels en la vida económica, pero es solamente hasta 1900-1903 cuando se convierten en el cimiento principal de las economías industriales. El sistema bancario también tuvo un crecimiento impresionante, tendiendo asimismo hacia el monopolio. De esta manera se estableció una fuerte unión entre los monopolios bancarios y los más grandes monopolios comerciales e industriales, lo que constituyó la creación del capital financiero. Es así como el siglo XX marca el pico donde el viejo capitalismo se transforma en nuevo, significa el paso del dominio del capital en general al dominio del capital financiero, significa la aparición de un reducido número de Estados sumamente poderosos, significa, en esencia, la aparición del imperialismo.²

Aunque es posible hablar de imperialismo (en su sentido más amplio) desde la historia antigua, aquí nos referiremos a él únicamente como la última fase o etapa del capitalismo o capitalismo monopolista. Lenin acertó al afirmar que la característica económica fundamental en el desarrollo del capital financiero o monopolista fue la exportación de capital; consideró asimismo que la causa de dicha exportación se debía a la falta de campos de inversión suficientemente rentables en las regiones o países altamente capitalizados, lo que a su vez era el resultado del decremento en la tasa de ganancias producida por la existencia de una elevada composición orgánica del capital, mientras que en las áreas atrasadas

² V. I. Lenin, "Imperialismo, la Última Fase del Capitalismo" (1917).

una baja composición orgánica del capital podría ofrecer tasas de ganancias más elevadas y por tanto más rentables. Al asentar esto, Lenin casi cayó en una teoría de bajo consumo o de mercados estrechos así como en el argumento (neoclásico) que identifica a los diferenciales en las tasas de ganancias como el factor fundamental que explica la exportación de capital (estas tesis estarían, sin lugar a dudas, equivocadas). Sin embargo, al definir al imperialismo como la última etapa del capitalismo monopolista, Lenin implicó una clara concepción de un sistema capitalista mundial dentro del cual el imperialismo era solamente el resultado de la propia expansión del sistema, lo cual a nuestro juicio representa el marco de análisis correcto.

Por tanto, consideramos que la exportación de capital (imperialismo) debe considerarse como el producto de un proceso a través del cual el capital monopólico busca excedentes —en particular excedentes de fuerza de trabajo explotable (en este punto es conveniente recordar que es frecuente encontrar niveles muy bajos de población excedente en las áreas capitalizadas, así es que el capital tiene que buscar y conseguir fuerza de trabajo disponible de alguna forma)— y busca usar sus propios excedentes donde quiera que puede a través de la incorporación de nuevas áreas de la economía mundial dentro de su sistema de acumulación. Así, la acumulación de capital continúa siendo la variable determinante del sistema, y el imperialismo puede considerarse como un instrumento a través del cual se expande el modo de producción capitalista internacional, o sea como una herramienta que permite el proceso autónomo de expansión del capital monopolista.

Llegamos al punto en el cual debemos analizar como nuestra conclusión de que el desarrollo capitalista de una región necesariamente produce subdesarrollo en otra región del mismo sistema, se correlaciona con el proceso histórico de expansión mundial del modo de producción capitalista. Para ello procederemos a analizar los principales modelos estructurales que han intentado descifrar y explicar el fenómeno del subdesarrollo.

Comencemos viendo el modelo presentado por Celso Furtado: Considera que "(el subdesarrollo) no es una etapa necesaria en el proceso de formación de las economías capitalistas modernas. Es un proceso especial debido a la penetración realizada por firmas capitalistas modernas dentro de estructuras arcaicas. El fenómeno del subdesarrollo ocurre de maneras diferentes y en varias etapas."³ De esta forma, Furtado reconoce una causa común y

³ C. Furtado, "Development and Underdevelopment", Berkeley: University of California Press, p. 138, traducción libre.

final del subdesarrollo: la penetración de firmas capitalistas; pero asimismo asienta que el subdesarrollo no es un fenómeno único y que tiene cierta dinámica interna, lo cual pensamos es un punto importante en el análisis del subdesarrollo.

Furtado menciona una amplia gama de etapas o fases (aunque no se encuentra muy clara su secuencia histórica) que van desde la simple coexistencia de firmas extranjeras que exportan productos primarios con una amplia gama de actividades de subsistencia, hasta etapas complejas donde los núcleos industrializados se diversifican y son capaces de producir parte del equipo que se necesita para la expansión de la capacidad productiva. Sin embargo, en el último caso o etapa, la estructura de precios relacionada con el mercado interno tiende a ser similar a aquellas que prevalecen en los países altamente industrializados y, por lo tanto, la tecnología usada (uso intensivo del factor capital en relación a la fuerza viva de trabajo, o una elevada composición orgánica del capital) se relaciona con aquellas estructuras de costos y precios, en lugar de que se utilicen otra clase de tecnologías que pudieran permitir una más rápida absorción del sector de subsistencia. Así, "esto explica por qué una economía en donde la producción industrial ha alcanzado un alto grado de diversificación —...— puede presentar una estructura ocupacional abiertamente precapitalista y tener una gran parte de su población marginada de los beneficios del desarrollo."⁴ No obstante, dentro del modelo de Furtado no queda perfectamente claro cuál de los factores o estructuras relacionadas con el fenómeno del subdesarrollo (ya sea estructuras internas o externas) es la dominante o principal para explicar la permanencia de dicho fenómeno.

Veamos ahora uno de los modelos que, en nuestro juicio, representa uno de los esfuerzos más importantes realizados dentro de la línea estructuralista, siendo sin duda uno de los pioneros, aun cuando (como veremos más adelante) ha sido objeto de serias críticas: se trata del modelo de André G. Frank.⁵ La tesis principal de Frank es que las contradicciones inherentes al desarrollo histórico del sistema capitalista internacional, son las raíces o causas íntimas del estado de atraso y subdesarrollo del llamado tercer mundo. Distingue tres características básicas del sistema capitalista que son la esencia misma de los procesos de desarrollo y subdesarrollo:

La primera es la expropiación/apropiación del excedente económico, que consiste en el poder monopólico que ejercen los rela-

⁴ *Ibid.*, p. 139, traducción libre.

⁵ A. G. Frank, "Capitalism and Underdevelopment in Latin America", New York; Monthly Review, 1971.

tivamente pocos capitalistas "de arriba" sobre los muchos "de abajo", expropiando todo o parte del excedente económico generado y, en la medida en que ellos no son a su vez sujetos de expropiación, apropiándose dicho excedente para su uso; este proceso ocurre "a todo lo largo" de los diferentes niveles que forman el sistema capitalista mundial. La segunda es el proceso de centralización del sistema capitalista, que ha creado inmensas diferencias (de todo tipo) entre las áreas centrales y las periféricas del sistema, tanto al nivel nacional como internacional. Y la tercera es la continuidad y ubicuidad de las características estructurales de los procesos de desarrollo y subdesarrollo, a través de la expansión y desarrollo del sistema capitalista mundial.

Es así como a través de estas características estructurales del sistema, Frank muestra que el subdesarrollo no es sino la otra cara de una misma moneda, que se ha debido desde un principio a la expansión de las relaciones capitalistas de producción.

Para el caso de América Latina, la tesis de Frank respecto al "Problema Indio" consiste en que la más pequeña comunidad indígena de cualquier país latinoamericano, ha estado completamente integrada a las relaciones explotativas de la estructura metrópoli-satélite implícita en el desarrollo capitalista, desde las conquistas española y portuguesa. Así, Frank considera que el verdadero problema no consiste en la falta de integración económica y cultural de la comunidad indígena al sector moderno, sino que muy por el contrario se encuentra en el carácter explotativo de las relaciones metrópoli-satélite, estando el subdesarrollo de la comunidad indígena en función del desarrollo del modo de producción capitalista internacional.

Más adelante, Frank procede a analizar lo que llama el mito del feudalismo en la agricultura; analiza los llamados "modelos dualistas" caracterizados por argumentar que el desarrollo económico y el subdesarrollo son producto del capitalismo y del feudalismo respectivamente, teniendo ambos una dinámica independiente. Entre las profundas críticas de Frank a este tipo de modelos se encuentran las siguientes: No debe confundirse la existencia de formaciones pre-capitalistas como una característica fundamental de una economía, con la existencia de formaciones pre-capitalistas que se encuentran insertas o dentro de una economía enteramente capitalista y que son únicamente la expresión, aparentemente diferente, del sistema capitalista de producción. Asimismo, Frank señala que un aspecto crucial de un sistema feudal consiste en que es un sistema cerrado, o solamente ligado muy débilmente con el mundo exterior, lo cual en definitiva no puede decirse que sea el caso en

la mayoría de los países subdesarrollados. Por tanto, el mito del feudalismo en la agricultura sugerido por los modelos dualistas que niegan una dinámica común para los sectores "moderno" y de subsistencia, necesariamente evita el adecuado análisis de un sistema capitalista único y global.

El modelo de Frank ha sido expuesto a muchas críticas tanto por la "derecha", el "centro", y la llamada "nueva izquierda". Consideremos únicamente algunas de las críticas más importantes de la "nueva izquierda", por ser las únicas relevantes. Estas críticas se han realizado, en especial, con relación a:

- 1) aspectos teóricos, y
- 2) su teoría de la dependencia:
 - 1) La tesis sustentada por Patnaik⁶ introduce un nuevo elemento de análisis dentro de su modelo estructural (que es muy similar al expuesto por Frank), que consiste en una Teoría del Estado. Este autor argumenta que la intervención del Estado modifica, de una u otra forma, las tendencias de las leyes del desarrollo capitalista, por lo que las relaciones metrópoli-satélite y la expropiación/apropiación del excedente económico son, en algún sentido, modificadas por las políticas del Estado al nivel nacional, siendo de esta forma un factor fundamental para la teoría del subdesarrollo. Ciertamente consideramos que este enfoque tiene una gran relevancia para el entendimiento de la dinámica del subdesarrollo; sin embargo, desafortunadamente todavía no ha sido suficientemente desarrollada una Teoría del Estado, y por el momento únicamente puede dar explicaciones sumamente esquemáticas sobre la naturaleza y el papel del Estado en los países subdesarrollados.

Ernesto Laclau⁷ realiza una serie de profundas críticas a las concepciones teóricas de Frank: Primeramente, nos dice que Frank no explica exactamente lo que entiende por capitalismo; no lo define adecuadamente y, en el mejor de los casos, solamente lo describe como un sistema de producción orientado al mercado cuyo motivo esencial es la maximización de ganancias, que se cristaliza en el beneficio de otros que ciertamente no son los productores directos. Por otro lado, Frank entiende por feudalismo solamente una economía de subsistencia cerrada. De esta manera y sorprendentemente,

⁶ P. Patnaik, *op. cit.*

⁷ E. Laclau, "Feudalism and Capitalism in Latin America", *New Left Review* No. 67 (1971).

Frank deja totalmente afuera de su concepción del capitalismo y del feudalismo el papel de las relaciones de producción, y por ende el concepto de modo de producción, los cuales son sin lugar a dudas las herramientas básicas de análisis de la metodología marxista.

Con referencia al "Problema Indio", Laclau argumenta que desde la perspectiva de modos de producción, cuando se analiza la evidencia actual en zonas indígenas densamente pobladas de América Latina, se encuentra uno con que los productores directos no han sido despojados de la propiedad sobre sus medios de producción, por lo que los campesinos todavía continúan dentro de algún modo de producción pre-capitalista, independientemente de que estén siendo explotados o no por las relaciones desiguales de mercado.

Aún más, Laclau señala que el régimen feudal de las haciendas tendió a incrementar las exacciones serviles sobre el campesinado dado que una creciente demanda del mercado mundial estimulaba la maximización de su excedente: de esta manera, la expansión de mercados externos en lugar de actuar como una fuerza desintegradora sobre el feudalismo, sirvió para acentuarlo y consolidarlo. Sin embargo, dice Laclau, "el afirmar el carácter feudal de las relaciones de producción en el sector agrícola no implica que necesariamente se sostenga una tesis dualista". Dualismo implica que existen conexiones entre los sectores "moderno" y "tradicional"; opuestamente, Laclau afirma que la "modernidad" de un sector se encuentra *en función* del atraso del otro, por lo que el sistema debe ser visto como un todo, mostrando la unidad indisoluble que existe entre el mantenimiento de un atraso feudal en un extremo, y el progreso aparente del sector capitalista en el otro. Es así como a final de cuentas Laclau también cree, al igual que Frank, que el desarrollo capitalista necesariamente genera subdesarrollo, pero él llega a esa conclusión basándose no sólo en las relaciones de mercado sino también en las relaciones de producción como categorías fundamentales de análisis.

- 2) Frank se refiere durante todo su trabajo a las relaciones de dependencia entre metrópolis y satélites, lo cual desde su punto de vista ha provocado una cada vez más profunda subordinación y dependencia de las burguesías metropolitanas. Una de las críticas más importantes a este punto de vista es la realizada por Theotonio Dos Santos, quien sostiene una teoría de la dependencia como su herramienta analítica principal en el estudio del subdesarrollo. Coloca a la dependencia dentro del marco general de la teoría del imperialismo, pero visto desde la perspectiva de las economías subdesarrolladas: "Entiendo a la dependencia y conceptualizando

y estudiando sus mecanismos y su fuerza histórica, se puede expandir y reformular la teoría del imperialismo".⁸ A nuestro juicio las teorías del imperialismo y la dependencia no son líneas alternativas de análisis, son en realidad complementarias; la penetración de los intereses capitalistas imperialistas en las áreas atrasadas provocó, además de una explotación y dependencia directas, cierta deformación de los mecanismos internos del capitalismo dentro de dichas áreas, o sea un proceso de capitalismo dependiente, que viene a consolidar y perpetuar las relaciones imperialistas de explotación con las metrópolis, y por tanto genera el llamado desarrollo del subdesarrollo. De esta forma, la teoría de la dependencia estudia las manifestaciones concretas del subdesarrollo, en el interior de las economías dependientes, que se encuentran condicionadas por las relaciones imperialistas impuestas por las metrópolis. Dentro de este marco de análisis, Dos Santos llega a la conclusión de que en realidad no existe una subordinación o alineación de las burguesías nacionales con respecto a las metropolitanas, sino que por el contrario existe un "compromiso entre los varios elementos nacionales e internacionales que forman la situación dependiente. Este concepto de compromiso o colusión de los diversos intereses comprendidos es un elemento esencial en la elaboración de una teoría de la dependencia".⁹ De esta manera, la colusión entre las burguesías de países subdesarrollados y las burguesías de los desarrollados es un elemento muy importante en las teorías dependentistas, ya que rompe con el esquema simplista de una jerarquía explotativa del sistema capitalista mundial.

Cabe señalar, sin embargo, que en una de sus últimas publicaciones Frank reconoce, en su *Mea Culpa*, que las burguesías "nacionales" aceptan y reproducen el sistema de dominación imperialista precisamente porque de ello obtiene la reproducción de sus privilegios dentro de las áreas dependientes, adjudicándole así el término de Lumpen-burguesía, que es la co-responsable del mantenimiento de un estado de Lumpen-desarrollo. "La dependencia es también, y en igual medida, un elemento 'interno' e integral de la sociedad latinoamericana. La burguesía dominante en Amé-

⁸ T. Dos Santos, "The Crisis of Development Theory and the Problem of Dependence in Latin America", in H. Bernstein (ed.), *Underdevelopment and Development* (Harmondsworth: Penguin, 1973), p. 73.

⁹ *Ibid.*, p. 79.

rica Latina no acepta consciente y voluntariamente la dependencia, pero es no obstante moldeada por ella.”

Podemos así señalar que el fenómeno del subdesarrollo debe analizarse dentro del marco de las leyes de movimiento y desarrollo del modo de producción capitalista mundial, a través de su variable independiente, la acumulación de capital, y de sus interrelaciones con las teorías del imperialismo y la dependencia.

Presencia del Pasado

FLORES Y JARDINES DEL MEXICO ANTIGUO Y DEL MODERNO

(MATERIALES PARA UN DOCUMENTAL
CINEMATOGRAFICO)

Por *Rafael SÁNCHEZ VENTURA*

IMPRESIONANTE y gratísima impresión espera al viajero que ingresa en el país por Veracruz con destino a México, D. F. (sobre todo si viene de la Europa enloquecida y crucificada en la swástica) al llegar a la estación de Córdoba. Docenas y docenas de indígenas se acercan simultáneamente al tren por los dos andenes, ofreciendo flores variada e ingeniosamente aderezadas en ramilletes, guirnaldas o típicos troncos ahuecados de plátano, y formando un extenso friso del más inolvidable efecto.

Comprendemos ahora la emoción que sentiría Cortés, el conquistador conquistado por su conquista, cuando entró en Cempoalla, poco después de su desembarco en Veracruz. Salieron a recibirle hombres y mujeres con ramos y coronas de flores, que se mezclaron en la formación de aquellos rudos soldados, obsequiándoles con los más bellos frutos de sus vergeles. Cubrieron de flores el caballo de Cortés y rodearon el yelmo de éste con un collar de rosas, poética prenda de una amistad, llena de alternativas, luego, en su desarrollo...

El dibujo de la página siguiente, de autor indígena no posterior en muchos años a la conquista, puede servir como ilustración ingenua de la escena.

Pero volvamos a nuestros tiempos y veamos cómo queda el interior de los vagones del tren, a los pocos instantes de la gozosa invasión.

Y no tan sólo, ni siquiera principalmente, los vagones de lujo ocupados por turistas y gente adinerada, pues el espectáculo que acabamos de presenciar no es una manifestación organizada por las agencias de turismo.

Los mexicanos humildes que viajan en segunda son, acaso, quienes más pronto se apresuran a comprar unas flores que amenicen el curso de su viaje.



Del Lienzo de Tlaxcala.

Y es que México, por secular tradición que no tiene paralelo en ningún otro país, es el pueblo más amante de las flores y de los jardines.

Asistido por la naturaleza con una extraordinaria diversidad de alturas y de climas a cortas distancias, su flora es más rica y variada que la de cualquier otro lugar de la tierra, y en el Valle de México pueden reunirse todos los días las flores y frutos más frescos, distintos y espléndidos de las zonas tropical y semitropical.

Los mercados de la capital ofrecen un aspecto deslumbrador con sus numerosos puestos rebosantes de flores.

Las flores más raras y preciadas en otros países pueden encontrarse aquí con seductora facilidad. Estas orquídeas, estas gardenias y camelias, no cuestan (aunque lo valgan) una fortuna. Podemos adquirirlas sin arruinarnos... Y son el adorno de todos los hogares.

No es de extrañar el asombro que produjo a los primeros conquistadores ver los famosos mercados de Santiago de Tlatelolco, de Tlaxcala (donde se reunían, según cuenta Cortés al César, *"treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes"*, maravillándole que *"entre ellos hay toda manera de buen orden y policía, y es gente de toda razón y concierto"*) o de México, ciudad que *"era la más hermosa cosa del mundo"*.

En estos mercados se vendían grandes cantidades de flores, y es increíble lo enorme de las remesas que habían de llevarse cada día

a la capital, pues sólo expendiase el remanente de lo que se empleaba en el ornato de los templos, en las danzas ceremoniales y para el uso personal de los grandes señores, así como en la severa etiqueta palaciega. El Padre Torquemada, informado por indígenas, cuenta que nadie podía llegar a la cámara de audiencias de Moctezuma sin la correspondiente ofrenda de flores selectas. Y nos refiere muy curiosas anécdotas al respecto. También solían ofrecerse a las autoridades, en señal de acatamiento, collares, ramos y guirnaldas de flores. Fray Diego Durán, con igual referencia de nativos autorizados, dice que "*tributaban destas provincias (de la 'tierra caliente') todos los días desta vida grandes cargas de rosas hechas y aderezadas de mil diferencias de rosas... y juntamente traían de los árboles destas rosas con sus raíces para plantar en las casas de los señores*". Estos jardines particulares de los nobles, a que alude Fr. Diego, ocupaban en su vida habitual un lugar destacado, pues el P. Sahagún cuenta en un capítulo destinado a los "Pasatiempos y recreaciones de los señores" que "*también, para su recreo, plantaban (ellos mismos) vergeles o florestas donde ponían todos los árboles de flores*". Los dignatarios y los jefes guerreros mexicanos, siempre que se presentaban en público, llevaban ramos de flores como signo de su grandeza. Todavía a fines del siglo XVI nos habla el Padre Acosta de la costumbre indígena de obsequiar con ramos a sus huéspedes y de ofrendarlos a los nobles.

(Los párrafos anteriores pueden ilustrarse puntualmente con otros dibujos del *Lienzo de Tlaxcala*, del *Atlas* de Durán, de los códices de Sahagún reproducidos por Troncoso, etc., etc.)



Del *Atlas* de Durán.



Del *Códice florentino*.

Aunque ya no en calidad de tributos, siguen viniendo a la capital "todos los días desta vida" imponentes remesas de flores, cuya distribución, primero en camiones, como vemos, y luego en canastos sobre los hombros de innumerables porteadores, aumenta la alegre policromía de las inefables, mágicas, mañanitas de México.

En su *Historia de las Indias*, describe el Padre Durán distintas danzas que tenían lugar en los templos y en los palacios, y opina que "el baile de que ellos más gustaban era el que con aderezo de rosas se hacía, con las cuales se coronaban y cercaban... y hacían una casa de rosas, y hacían unos árboles a mano muy llenos de flores olorosas a donde hacían sentar a la diosa Xochiquetzal..." Los indios actuales no han olvidado aquellas danzas, y, al son de iguales ritmos probablemente, siguen representando análogos *ballets* en honor de la Virgen, con igual devoción que antes lo hicieron a Xochiquetzal. En algún caso, la imagen misma de esta diosa ha sido objeto modernamente de su culto, más o menos desfigurado, como en Xochicalco, donde los indios impidieron que se llevase al Museo de México una escultura de Xochiquetzal, instituyéndola ellos en el cementerio católico del pueblo.

En el riquísimo folklore mexicano encontramos multitud de danzas que se practican en las iglesias o al aire libre con motivo de muchas festividades. Veamos a estos danzantes, caprichosamente vestidos, que parecen ilustrar en vivo el pasaje antes citado del Padre Durán, con sus guirnaldas y ramos florecidos y la gruesa cadena de flores que entre todos sostienen.



Del Códice florentino de Sahagún.

Obsérvense los dibujos de mano indígena, que ilustran el *Códice florentino* con las noticias, curiosísimas, que suministran los informantes, también indígenas, del Padre Sahagún. Aparece primero un dignatario con corona y enorme collar de flores, ante tres jóvenes, floridos también; vienen luego diferentes personajes con ramos en las manos, guirnaldas en la cabeza, grandes rosarios de flores, etc., y por fin algunos jardineros cultivando flores, los unos, vendiéndolas y aderezando ramos, guirnaldas y collares, los otros, y componiendo, este último, uno de esos mosaicos florales en los que llegaron a virtuosismos de técnica jamás superados. Los relatos sobre el jardín



Del Códice florentino de Sahagun.

de Moctezuma, nos hablan de preciosos retratos ejecutados con flores y hojas. El Padre Acosta, otro cronista del siglo xvi con informaciones directas, cuenta que los indios "*hacen varias clases de ramos con tanto primor y variedad que nada puede ser más agradable a la vista*".



Del Códice florentino de Sahagún.

Y no se ha perdido enteramente la tradición, ni mucho menos, como puede comprobarse con tantas muestras de la legendaria maestría conservada por los jardineros de nuestros días.

Los corpulentos cordones de flores, que figuran en uno de los cuadritos dibujados, todavía se usan por los indios en ciertas festividades como el Viernes de las Amapolas en Santa Anita, donde la algarabía cromática que producen tantas flores en manos de los peregrinos y en el ornato del templo, la turbación sensual que causa tanto aroma, y las guirnaldas de frutos que halagan la vista y humedecen la boca con sólo mirarlas, alejan del pensamiento los dolores de la Virgen, no obstante ser el pretexto de la fiesta.

Y los mosaicos florales que antes se aludieron, tienen su manifestación contemporánea en las soberbias alfombras de flores que cubren el pavimento de las iglesias frente al altar mayor en determinadas solemnidades, como el Jueves Santo en Xochimilco y Coyoacán, o las fiestas de la Asunción, en Huamantla, y de Guadalupe en la Basílica. Los indios de hoy, igual que los precortesianos, en

las obras de más empeño, emplean arena y semillas coloreadas para conseguir mayores efectos. En la región de Cholula usan también el serrín teñido.

Parecida habilidad exhiben los actuales representantes de aquellas importantes corporaciones de jardineros aztecas, los *xocbimanche*, mencionados por los cronistas, al levantar esos floridos arcos de gracioso dibujo que ornamentan las puertas de iglesias o de residencias con ocasión de diversas celebraciones.

Más importantes aún y significativas que las noticias históricas, susceptibles si se quiere de interpretación acomodaticia, son los testimonios, irrecusables y objetivos, de la Filología. Y ésta nos demuestra que los antiguos mexicanos sintieron más entrañablemente que ningún pueblo del mundo el amor (que siempre conduce al conocimiento) por las plantas y las flores.

No es del caso exponer, ni puede hacerse en tan pocas palabras, el sabio y expresivo sistema de nomenclatura botánica (fruto de una apasionada experiencia milenaria) que tenían los mexicanos. Pero será interesante presentar algunos ejemplos curiosos. En idioma nahuatl, mediante un perfecto juego de prefijos y sufijos, se obtienen nombres de plantas cuya sola dicción ilustra acerca de todas sus cualidades características. Y así tenemos la palabra *tonalchichicatquilitl*, que nos dice criarse esta planta en verano (*tonal*), que es amargo su sabor (*chichic*), que se come (*quilitl*), y que se desarrolla cerca del agua (*at*, abreviatura de *atl*, agua). Otros afijos y abreviaturas nos indican que una planta es medicinal o que se cría entre rocas, montañas o arena...

Francisco Hernández, médico de Felipe II, que vino a México para estudiar la flora del país, en sus copiosos escritos e ilustraciones sobre la botánica mexicana, recogió más de tres mil nombres en nahuatl de plantas diferentes.

Los maravillosos libros de Sahagún (escritos originalmente en lenguaje nahuatl, al dictado de viejos indígenas que vivieron los tiempos anteriores a la conquista y fueron elegidos entre los más sabios depositarios de la cultura aborigen) están llenos de noticias, increíblemente llenos de noticias referentes a la importancia que tenían las flores en la vida religiosa, doméstica y social de los mexicanos. Abundan, además, las palabras, pintorescas y significativas, que nos permiten intuir notables aspectos y poéticas facetas de la mentalidad mexicana. Existen verbos expresando acciones como "ofrecer un ramillete de flores", "coronar a una persona y ponerle un collar de flores", "acariciar frotando suavemente con una flor", "despertar al amado murmurando una dulce canción de flores"... Y muchas más por el estilo.

Las poesías indígenas anteriores a la conquista están saturadas de una imagería casi exclusivamente sacada de las flores, hasta el punto de que es difícil hallar una composición donde no predominen las sugerencias, metáforas o epítetos florales, y pueden espigarse ad libitum expresiones tan delicadas como éstas: "Con corazones embriagados por el aroma de las flores, se abrirán como corolas nuestros cantos", "mi corazón florece cuando el perfume de la flor se confunde con mi canto"...

No puede sorprendernos, pues, que Xochiquetzal, diosa del amor y de las flores, y, sobre todo, su compañero Xochipilli, *el joven dios del placer y las flores, del verano y los juegos*, sean deidades muy importantes de la teogonía azteca. Véanse las representaciones de la diosa, que figuran en los códices *matritense* y *borbónico* de Sahagún.



Xochipilli y su compañero Macuilxochitl, según los códices *matritense* de los Primeros Memoriales y *borbónico*, respectivamente, de Sahagún, son, acaso, dos nombres de una misma deidad, por lo que dice Simeón y el Padre Bernardino.

Ahora veamos a Xochipilli, según un dibujo del mismo código *matritense*, dibujo amable y gracioso, en lo que cabe con el concepto esotérico y abstracto del arte azteca. Más importancia tiene la escultura del mismo dios, también conservada en el museo de México. Ostenta en la mano, como atributo significativo, un bastón con un corazón ensartado; pero es de mayor alcance la decoración de flores y mariposas en relieve que lleva por todo el cuerpo, pues ella nos permite considerar a Xochipilli en la órbita mitológica de Quetzalcoatl, el héroe espiritual y civilizador de los mexicanos, que "se tapaba los oídos cuando oía hablar de guerra" y, enemigo de la efu-

sión de sangre, recomendaba, según Mendieta y Sahagún, que se sacrificase a los dioses con flores y mariposas. Es el sentimiento que inspira al poeta aborigen cuando canta:

La mariposa dorada liba las flores:
en flores estalla mi corazón, oh amigos,
y flores perfumadas derramo.

Quetzalcoatl se representa de manera terrífica en el arte mexicano. Estas serpientes emplumadas que aquí vemos, tan frecuentes en monumentos aztecas, toltecas, mayas y quichés, desparramados por todo el país (lo cual demuestra la excepcional importancia de su culto), estas serpientes emplumadas representan —por una obscura simbología teológica— a Quetzalcoatl, el dios de más pura espiritualidad, rey mítico de Tula y Cholula que enseñó a los hombres el arte de las flores y de la orfebrería. Algunas leyendas le presentan como el amado de Xochitl, la flor, es decir, la tierra florida. Y otras le adjudican la invención del calendario ritual que divide el año en veinte trecenas, apellidando a la vigésima *Xochitl*, la flor, a la cual estaba consagrada, celebrándose con rutilantes fiestas, prolijamente descritas por el Padre Sahagún. Su época recuerda, en la mitología mexicana, la edad de oro de la mitología helénica. La tierra se cubría entonces, sin necesidad de cultivo, de flores y frutos portentosos: una espiga de maíz fatigaba a un hombre con su carga, el algodón se producía en el árbol teñido ya de todos los colores, brillaba el aire, fragante de flores y canoro y pintado de pájaros. . .

Este Quetzalcoatl, padre del Sol, también, y señor de los vientos, según otras tradiciones de sentido más cósmico y menos humano, es caracterizado plásticamente, al considerarle bajo la última advocación, con distintos atributos, que pueden observarse en un relieve perteneciente a las colecciones del Museo mexicano.

Pero la versión más influyente del mito, la que promovió los templos maravillosos que vamos a ver sucesivamente, erigidos en Teotihuacán y en Chichén Itzá, es de suponer fue la del Quetzalcoatl amigo de los hombres, a quienes reveló el secreto de la tierra e instruyó en las técnicas agrícolas, artísticas e industriales. Su vaticinio de que "*en los tiempos venideros habían de venir por la mar, de hacia donde sale el sol, unos hombres blancos que serían señores de la tierra*" facilitó la empresa heroica de Cortés y sus compañeros, al ser recibidos por Moctezuma como temibles emisarios y vengadores de la deidad.

Los cultos cruentos, los sacrificios humanos y festines canibalescos son —dicen— posteriores y contrarios a la doctrina primitiva,

que pueden representar Quetzalcoatl y, acaso, Xochipilli. Tales extravíos constituyen una degeneración de los ritos antiguos y obedecen a una turbia complicación de los dogmas con la interferencia de apremiantes circunstancias políticas suscitadas por las constantes rivalidades nacionales que originaban una pugna por la hegemonía, promotora de frecuentes guerras de exterminio.

Los sacrificios propiciatorios de ciertos animales son práctica universal derivada de prístinos conceptos totémicos, que pueden llevar, por una serie de asociaciones congruentes en la turbia mentalidad primitiva, a la aberración de magnificar la solemnidad del culto superando la calidad de la víctima. Con esta lógica se glorifica más a los dioses con un toro que con una paloma, y con un hombre más que con un toro. Un paso más en el monstruoso refinamiento de la liturgia provoca la identificación del hombre sacrificado con la esencia divina del numen a quien se le ofrece en holocausto la sangre propiciatoria, y esa carne, entonces, consagrada a la divinidad y santificada por su espíritu, se reparte sacramentalmente entre los fieles y es comida místicamente a manera de comunión.

En una sociedad de base teocrática, el misterio y el temor tienen que prevalecer, y la casta sacerdotal, para subsistir, ha de subyugar al pueblo con las concepciones fantásticas del dogma, alucinándole con el fastuoso esplendor de las ceremonias rituales. Pero la triste realidad histórica de tales abominaciones no justifica el sambenito de antropofagia que pesa sobre los aztecas, pues un acto ritual de supremo carácter religioso, por muy repugnante que nos parezca, no es lícito confundirlo con la satisfacción de un inmundo y trivial apetito doméstico, que es lo que mereciera la acusación de canibalismo. Durante el sitio de Tenochtitlan y rodeados de miles de cadáveres, se morían de hambre los compañeros de Cuauhtémoc, sin que a ninguno se le ocurriera aliviar su tormento con aquellos cuerpos tan a su alcance.

La clase sacerdotal consiguió arraigar esos lamentables sentimientos hasta el punto de que una de las instituciones más exaltadas por los poetas y que más entusiasmo infundía entre los nobles era la llamada *Xochiyaauh* o *Guerra Florida*. Para prevenir la improbable circunstancia de que una etapa de prolongada paz estorbase la provisión de víctimas que necesitaban los sacerdotes, se recurría a los combates mensuales (*Guerra florida*) que se concertaban entre los reinos confederados de México, Texcoco y Tlacopan, de una parte, y la ciudad teocrática de Cholollan, con la república de Tlaxcala y el estado oligárquico de Huexotzingo, por la otra. Y a estas reverentes guerras, sin más objeto que hacerse prisioneros con el inexorable destino de ser luego honrosamente sacrificados, iban los guerreros revestidos y armados con su mejor equipo, y poseídos de

alegría delirante y enardecida. La muerte de los caídos en estas luchas se llamaba *xuchimiquitzli*, que quiere decir *muerte rosada, dichosa y bien afortunada*, según el Padre Durán.

Entre aquellos enigmáticos pueblos —de severa moral, por otra parte, en los demás aspectos de la vida— hasta sus místicos paroxismos de una crueldad repelente y bestial, van siempre asociados al culto de las flores y a ceremonias llenas de dignidad y de elegancia.

(Los precedentes párrafos podrían acompañarse con imágenes representando guerreros engalanados, efigies de dioses, escenas de luchas y holocaustos, imágenes del paraíso azteca... fáciles de encontrar, tantos como se quiera, en códices indígenas del siglo XVI. Asimismo pudieran proyectarse piedras de sacrificio, esculturas de *caballeros águilas* y *caballeros tigres*, armas diversas empleadas por los guerreros, y cuchillos ceremoniales usados por los sacerdotes).



Del *Atlas* de Durán.

Diminutos templos de barro, que abundan por todos los museos, se han hallado copiosamente en las excavaciones, y eran objetos devotos ofrendados a las deidades, que se cree conservábanse en las casas con las advocaciones del dios predilecto. Es significativo observar que predominan los dedicados a Xochipilli y Quetzalcoatl, lo cual constituye otra elocuente expresión popular de ese religioso fervor por las flores que manifiestan tradicional y obsesivamente los mexicanos en todas las circunstancias. También los hay de Xochiquetzal, la otra deidad de las flores, cuyo nombre ha pasado, apenas modificado, a la toponimia, pues ahí tenemos el pueblo de Juchiquesalco, donde antes debió haber templo muy venerado o conspicuas floralias de la no olvidada diosa. Y son frecuentísimas, por

doquiera existen ruinas aztecas, unas figurillas antropomorfas representando deidades, con revelador predominio de Xochiquetzal y Xochipilli.

No sorprenderá, pues, que tanto las tradiciones indígenas recogidas por los cronistas, como las observaciones directas de los conquistadores, expuestas en sus relatos (principalmente los de Cortés, Bernal Díaz y el *Conquistador anónimo*), se hagan lenguas de los prodigiosos jardines mexicanos. Constituían verdaderos museos vegetales, donde reunieron las flores y árboles más notables, ordenados sistemáticamente como en los llamados Jardines botánicos, establecidos en Europa con mucha posterioridad. Tenían también su sección especial para pájaros y peces brillantes y para otros animales de muy numerosas clases, incluso las más feroces, anticipándose igualmente a los parques zoológicos europeos. No era menos notable la disposición arquitectónica de las plantaciones, aprovechando y realzando las colinas y demás accidentes del terreno mediante rampas, escalinatas, artificios hidráulicos y estatuas, suspendiendo las platabandas con terrazas superpuestas, como en los fabulosos jardines colgantes de Babilonia, y elevando las construcciones palaciegas en los sitios de más pintoresca visualidad.

Procuraban con estas esplendideces dar realidad a su *Xochitlapan* o *Tierra de las flores*, que era algo así como el Paraíso terrenal azteca, donde se criaba el *Xochimahuil*, o sea *el Arbol Florido*, que producía como frutos las vidas de los hombres y los cantos, es decir, la Vida, la Poesía y la Música. Se descubrió en Teotihuacan una pintura mural, de superlativo interés arqueológico, en la que se representa ese lugar de la geografía mitológica indígena.¹



Del Códice florentino de Sahagún.

¹ Véase Alfonso Caso, *El Paraíso terrenal en Teotihuacán*, en *Cuadernos Americanos*, No. 6, pág. 127.

No es mucho lo que resta, aparte el recuerdo literario, de tan miríficos jardines. Pero bien vale la pena detenerse en la contemplación de algunos evocadores vestigios.

Veamos las impresionantes ruinas de Xochicalco. ¿Fueron templo, fortaleza o palacio? Quizá las tres cosas. Su nombre (*casa de las flores*) nos induce a pensar que hubo en los alrededores jardines muy prestigiosos. Pero no queda rastro de ellos. Quedan, sí, ruinas arqueológicas de suma importancia. Sobre un cerro convertido artificialmente en pedestal (dividido en cinco pisos escalonados) de un templo piramidal desaparecido ya, casi por completo, vemos algunas piedras y paramentos esculpidos con estilo primitivo y grandioso. Quedan también románticos restos de subterráneos, uno de ellos arreglado para facilitar su acceso a la efímera emperatriz Carlota.

Y tenemos también el leitmotiv pasmoso de cualquier excursión por México: la naturaleza. Inolvidable paisaje divisamos desde estas ruinas. Vastísimo *panorama* ceñido por las sierras lejanas de Omitlán, Huizteco, Malinalco, Cempoalla, Palpan y Huitzilac, sobre las que más allá aun asoman sus excelsas cumbres el Popocatepetl, por Oriente, y el Nevado de Toluca, por Occidente. En los primeros términos, la feraz campiña de varios pueblecillos; luego, la gran barranca del Toto, el lomerío de la falda meridional del Huitzilac, y la cañada de Cuernavaca.

Más interesante para nuestro objeto son los restos del famoso alcázar de Netzahualcoyotl, el legislador, filósofo y poeta-rey de Texcoco, uno de los hombres más notables del Continente en los tiempos prehispánicos. Su corte fue la más brillante de esta parte de América y su ciudad de Texcoco la más culta, espiritual y opulenta, la Atenas del mundo aborigen. La fama de sus jardines incomparables supera todas las ponderaciones, y las ruinas arqueológicas de ese cerro, llamado el Texcotzingo, donde existió el más formidable de aquellos jardines, confirman la verdad de las narraciones indígenas, recogidas con fidelidad por los cronistas. Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, descendiente del rey-poeta y cuyo nombre (igual al de los últimos reyes de Texcoco, sus antecesores) significa *ojo florido*, cuenta con sorprendentes pormenores en su *Historia chichimeca* —escrita por el 1600— las maravillas de los jardines que se extendieron por las laderas de la ilustre colina, destinando un capítulo al relato "De cómo hizo Netzahualcoyotl casas de recreación, bosques y jardines, y la gente que mandó ocupar en su adorno y en el de las casas reales y cerco de ellas". Poco es lo que ahora permanece del "jardín cercado", que también describió Fr. Toribio de Benavente a mediados del siglo xvi, y donde aun pudo hacer, poco después, el doctor Hernández valiosas investiga-

ciones botánicas y dibujos de plantas desconocidas: restos del acueducto que surtía el gran receptáculo nutriz de otros tres inferiores, decorados con estatuas gigantescas, desde donde se repartía el agua en todas direcciones mediante una red de canales construidos con singular perfección; el imponente estanque llamado hoy por los nativos "el baño de Netzahualcoyotl"; y esos venerables ahuehuetes, quizá plantados por el mismo rey, quien no solamente manifestaba su amor al árbol en los pensiles para su recreo, sino que dictó (a principios del siglo xv, nótese bien) acertadas leyes reglamentando el corte de árboles, con el fin de proteger la conservación de los bosques.

Desde la cima de este cerro, al que se ascendía en su época de gloria por una escalinata de 520 peldaños, se admira uno de los paisajes más wagnerianos que pueden contemplarse. Torrentes de vegetación selvática se precipitan por las pendientes laderas de los grandes montes lejanos, para remansarse en la zona cultivada del inmenso llano, donde escintila el evocador lago de Texcoco. Velasco, el patriarca de la moderna pintura mexicana, ha interpretado sinfónicamente estos lugares con maestría que resiste la confrontación de los cuadros con el natural. Véanse su grandilocuente versión del Valle de México y su aérea visión del *Baño de Netzahualcoyotl*, para las que parece haberle prestado sus ojos el águila heráldica de Tenochtitlán.

No debió ser muy inferior la importancia de los jardines que el señor de México ofreció a Netzahualcoyotl, en agradecimiento por su victoria sobre el tirano de Azcapotzalco, y que el poeta-rey disfrutó durante su accidental residencia en Chapultepec. Todavía quedan más de trescientos ahuehuetes gigantescos, plantados personalmente por él mismo y que prestigian en la actualidad las avenidas del célebre Bosque, orgullo legítimo de la República. Algunos ejemplares tienen troncos cuya circunferencia pasa de los quince metros.

El mismo origen eximio tienen los ahuehuetes del *Contador*, y los que con igual orgullo se yerguen en Chiautla.

Al regresar Netzahualcoyotl a su ciudad de Texcoco, los soberanos aztecas hicieron de Chapultepec su morada placentera, aumentando con el tiempo los hechizos del real sitio, que llegó a ser con Moctezuma trasunto fiel de Xochitlalpan, la poética región del edén azteca, adonde un vate aborigen manifiesta sus deseos de ir, exclamando:

¡Vaya yo allá en unión de las variadas aves preciosas
disfrute yo allá de las bellas flores,
las fragantes flores que deleitan el corazón,

las que alegran, perfuman y embriagan,
 las que alegran, perfuman y embriagan!

Conquistadores y cronistas ensalzan a porfía las magnificencias del Chapultepec de Moctezuma, así como los demás jardines de este desdichado emperador, cuya pasión por las flores le llevó a invadir los dominios del régulo Malinal, cerca de Oaxaca, porque no quiso éste (a pesar de ofrecérselo *cuanto quisiera* en cambio) obsequiar al primero con un árbol que producía muy exquisitas flores. Malinal, igualmente entusiasta y obcecado, perdió la vida por defender el árbol, y el árbol enriqueció las colecciones de Moctezuma. Otro jardín tenía éste, que parece por las descripciones tan estupendo como Chapultepec: el de Huaxtepec, en la "tierra caliente", cuyas ruinas, descubiertas hace pocos años, merecen verse aunque defrauden a quienes conozcan las referencias históricas aludidas. En medio de una vegetación tropical que dificulta la observación de los restos, y en abrupto terreno que hace fatigosa la expedición, encontramos numerosas esculturas rupestres con figuras entre las que puede identificarse a los dioses de las flores Xochipilli y Xochiquetzal, nuestros viejos amigos ya.

Queda menos aún de los palacios aztecas de Coyoacán e Ixtapalapa; ambos tenían jardines famosos, y Cortés, que se alojó algún tiempo con sus cuatrocientos compañeros en el último, describe los jardines con admirativas palabras.

Si los jardines suspendidos mediante terrazas superpuestas produjeron el asombro de los conquistadores, todavía les causó mayor impresión la existencia de las *chinampas* o jardines flotantes. Algún amasijo casual de hierbas, ramas y raíces sueltas, sosteniendo motas de tierra accidentalmente caída encima, al ser visto errante por la superficie del agua, debió sugerir a los habitantes del lago la idea de formar artificialmente con raíces y carrizos entretejidos cubiertos de una capa de tierra, unas a manera de grandes balsas que pudieran soportar determinados cultivos. El término azteca *chinampa*, quiere decir "sobre tejido de cañas o varas", y acerca de su origen existen tradiciones mitológicas que demuestran lo remoto de su abolengo. Las chinampas fueron, pues, islas flotantes, floridos vergeles flotantes susceptibles de ser conducidos a voluntad a través de las aguas; pero ya han anclado casi todas, a causa de la escasa profundidad del famoso lago, donde penetraron con fuerza las raíces de los esbeltos y melancólicos huejotes. Hoy constituyen un verdadero archipiélago, exultante de flores y formando multitud de canales bellísimos.

Se encuentran en Tezompa, Ixtapalapa y, sobre todo, Xochimilco, lugar éste universalmente famoso por ser visita obligada de los tu-

ristas que llegan a México, quienes han esparcido por el mundo entero el renombre de sus románticos canales bordeados de flores.

Un breve paseo en cualquiera de las graciosas embarcaciones que se nos ofrecen, justificará la razón del prestigio que tiene ese paraje de embeleso inolvidable. Pocos nombres tan acertados como este de Xochimilco, que en idioma nahuatl significa *en las sementeras de las flores*.

ORGANIZACION DE LA SOCIEDAD EN EL PERU PREINCAICO

Por José MEJIA VALERA

Los hombres de la época preincaica creían en un orden mítico que explicaba su origen: después del diluvio, el Creador formó de barro a los seres humanos, pintó sus vestidos y les señaló el idioma que debían hablar y los cantos que debían entonar. En seguida les ordenó hundirse bajo la tierra y surgir en los lugares más disímiles. De este modo, unos brotaron en las cuevas, otros en los cerros, aquéllos en las fuentes, éstos en los árboles en un proceso de multiplicación que los transformó en piedras, halcones, cóndores y otros diversos animales, con lo que adquirieron definitivamente el carácter de Huacas que fueron las deidades de sus descendientes.¹

Los hijos de las Huacas recibieron el nombre de Malquis cuyos hijos, a su vez, así como sus demás descendientes, vinculados por la sangre y por todos los grados de parentesco, fueron el Ayllu, institución social que es la clave para interpretar y comprender el universo humano del Perú precolombino.

En la leyenda del origen del Ayllu destacan dos elementos: el lugar de aparición y el primer progenitor, estando enlazados ambos sentimentalmente, lo que les hizo participar de una misma naturaleza divina y sobrenatural dando por resultado que ellos fueran la síntesis unitaria de todo el grupo social.

El lugar geográfico en que había aparecido el ser creado por el Hacedor se llamó Pacarina y determinó el apego profundo al territorio en que se establecieron los progenitores.² Una vez reproducido biológicamente el primer progenitor, se convirtió en un animal o en un peñasco al que denominaron Huaca, nombre genérico dado a todo lo que tenía una participación de la divinidad.³

Así entendía la ancestral fantasía razonadora el parentesco entre los hombres. Se era pariente porque se tenía como común ancestro

¹ Cristóbal de Molina, *Relación de las fábulas y ritos...* Lima, 1916, p. 6.

² Guerra y Céspedes, *La descripción que hizo en la provincia de Xauxa por instrucción de S. M.*, Madrid, 1881, p. 85.

³ Pablo Joseph de Arriaga, *Extirpación de las idolatrías del Perú*, Lima, 1920, Cap. II.

a un símbolo materializado, a una Pacarina y una Huaca gentilicia propias. Fue tal la reverencia hacia este mito simbólico, que los hombres preferían ser devorados por el animal del que se reconocían como hijos, antes de huir o dejar de adorarlo.⁴

En esta concepción mítica es donde debe buscarse el fundamento de la unidad social del Ayllu. Todos los individuos que se sabían descendientes de una misma Pacarina y Huaca gentilicia, fortalecían el vínculo cansanguíneo que mantenía la estabilización del parentesco. Así se formó una correlación interna, mediante la cual los agregados humanos se cohesionaban para que su total reunión adquiriera el equilibrio suficiente que la convirtiera en una unidad de amparo y protección mutua con la que subsistirían a través del tiempo.

Pero no solamente la Pacarina sirvió de vínculo y unidad interna, sino también permitió la delimitación exterior, depurando el parentesco que no hubiera satisfecho el requisito genealógico común a todo el grupo, y separando, en esta forma, a personas que acataran a otra Pacarina o que no tuvieran ninguna.⁵

Interesa destacar que la Huaca gentilicia representaba al progenitor convertido en símbolo, como por ejemplo el halcón, muy común en la sociedad precolombina. En cambio, la Pacarina era el elemento que distinguía las distintas familias mediante la diversificación geográfica. En este sentido, la Pacarina adquiere mayor significación porque fue el ángulo que dividió las Huacas gentilicias semejantes, anulando así toda posibilidad de parentesco entre los descendientes de un mismo animal simbólico.⁶

Cada Ayllu, pues, para tener una existencia independiente, necesitaba un origen remoto y simbólico que le otorgara la unidad dentro de la multiplicidad, y le precisara el contorno de su agrupación. La Pacarina y la Huaca gentilicia fueron los elementos de integración interna del Ayllu, del que se derivaron generaciones sucesivas en un ordenamiento sistemático y cronológico.⁷

El símbolo representó el deseo de veneración del hombre a lo eternamente desconocido y sirvió para materializar un hecho indecifrable e inmaterial, convirtiéndose en la fuerza más potente con que contó la sociedad precolombina peruana para su ordenamiento y estabilización a través de centurias y milenios.⁸ El símbolo fue, pues, el origen mitológico del parentesco dentro del esfuerzo supre-

⁴ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, Lima, 1918, Lib. I, Cap. IX.

⁵ Garcilaso de la Vega, *Comentarios...* Lib. I, Cap. XVIII.

⁶ Pedro de Mercado y Peñalosa, *Relación de la provincia de los Pacajes*, Madrid, 1885, p. 57.

⁷ Garcilaso de la Vega, *Comentarios...*, Lib. I, Cap. IX.

⁸ Arriaga, *ob. cit.*, Cap. VII.

mo de expiación del sentimiento mediante una lógica fantástica. El saberse parientes entre sí se materializaba en la leyenda, es decir, la emoción del parentesco tuvo su explicación causal en el símbolo.

Esta vinculación invisible y puramente emocional originó el acercamiento de los individuos, convencidos de que procedían de un solo generador común. El Ayllu tuvo que involucrar, por esto, los grados de parentesco más lejanos, tanto en la línea directa como en la colateral para formar, de esta manera, una agrupación homogénea con un sentimiento colectivo uniforme.⁹

Por otra parte, era natural que existiera una objetivación precisa para identificar a una persona dentro del concepto del parentesco emocional. Por ello, se hizo necesario dar un nombre particular a cada persona a fin de distinguirla de las demás y usar un nombre genérico que indicara la procedencia genealógica para precisar la estimación social que merecía un miembro del mismo Ayllu, es decir un Ayllamasi, como se designó a los parientes gentilicios en general.

La importancia de la nominación personal en la sociedad del Perú precolombino llegó a tener un simbolismo tan significativo que fue necesaria una ceremonia apropiada para la adjudicación del nombre. A los pocos días de nacida una criatura,¹⁰ en un rito dedicado solemnemente a los parientes más próximos del padre, se imponía al infante el nombre individual que, generalmente, correspondía a un hecho notable ocurrido en los días cercanos a su nacimiento o a una peculiaridad de su propia constitución física. Este era el nombre que iba a diferenciarlo de los demás miembros del Ayllu. Posteriormente, cinco años después en algunas regiones, o pasados doce o dieciocho en otras, se efectuaba una nueva ceremonia, esta vez en presencia del Ayllu al que pertenecía el padre con la asistencia de los hermanos de la madre que, en la época a la cual me refiero, pertenecía a un Ayllu diferente. En esta ocasión, el jefe del Ayllu, el más anciano y estimado, cortaba el pubis, los cabellos y las uñas y autorizaba al adolescente a usar el apelativo de la Huaca o del Malqui, hijo legendario de ésta y padre primero del Ayllu, bajo cuyo amparo había nacido.¹¹

De todo esto puede deducirse la extraordinaria significación del apelativo personal, que determinaba la incorporación de una persona en el seno de la agrupación protegida por un mismo símbolo y del cual aquélla se creía descendiente. Hubo, pues, una selección de carácter religioso entre los que aspiraban a ser miembros del Ayllu lo que, posiblemente, nunca impidió el reconocimiento del parentesco emocional. Recordemos que en el momento oportuno se

⁹ Arriaga, *ob. cit.*, Cap. II.

¹⁰ Cieza de León, *Crónica general del Perú*, Madrid, 1932, Cap. LXV.

¹¹ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. LXV.

improvisaba un discurso para señalar al recipiendario los deberes y las obligaciones a que, desde ese momento, estaba sometido por la situación del parentesco que se le reconocía. A manera de recuerdo del ceremonial que he descrito, los cabellos y las uñas cortadas se guardaban en el hogar de los padres como una reliquia preciada.

El nombre tuvo, como ya he indicado, dos significados: uno, el que señalaba la diferencia individual, y otro, el que vinculaba a la persona con todos los componentes del Ayllu, mediante la adopción del apelativo genérico de la Huaca común y del hijo legendario de ésta. Al respecto, citaré el ejemplo que da el sacerdote Pablo José de Arriaga, venido al Perú en 1585, en su obra *Extirpación de las idolatrías del Pirú* (Lima, 1621). Arriaga consigna el nombre de Paucar Libiac, cuya primera palabra corresponde a la Huaca y la segunda a la circunstancia ocasional —el rayo— a que se refiere la dicción.

El espíritu de unidad entre los miembros del Ayllu no solamente se evidencia en las referidas ceremonias de adjudicación del nombre genérico sino también, y aún con mayor fuerza, en las ocasiones en que se infería una ofensa a cualquiera de los Ayllumasi.

El parentesco derivado de un símbolo había reunido a hombres y mujeres en una vinculación emocional que duraba toda la vida, y así al nacer un nuevo ser era necesario admitirlo dentro del Ayllu mediante la ceremonia del nombre, ya mencionada, con lo que se extendía sobre el recién nacido la protección material de todo el conjunto humano, de tal suerte que la ofensa inferida a una sola persona bastaba para que todo el Ayllu se sintiera vejado y con la obligación de tomar venganza, igualmente, contra cualquier persona del Ayllu ofensor.¹² La venganza expresa en toda su amplitud la profunda interrelación de sentimientos de los componentes del Ayllu que formaron una conciencia común inclinada al reconocimiento de ciertos valores morales unificados en una psicología general, cuya más alta expresión fue la generalización de la ofensa y la réplica unánime de la venganza.

Los cementerios comunes y exclusivos para cada Ayllu constituyeron otra característica especialísima. La arqueología ha descubierto una sorprendente variedad de formas de sepultar a los muertos, pero dentro de ellos prevalece un solo espíritu inspirado en la unidad sentimental del Ayllu. Esta unidad se evidenciaba no solamente mediante la ceremonia del nombre y la toma de venganza sino, como hemos señalado, aun después de la muerte. Todo Ayllu tenían un lugar determinado en el cementerio común de los miem-

¹² Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1890-93, Lib. III, Cap. VIII, p. 42.

bro de la comunidad, y se dio el caso notabilísimo durante la época de la dominación hispánica de que los naturales robaran los cadáveres sepultados en las iglesias para trasladarlos a los cementerios de sus antepasados. Dede luego, el cementerio guardaba los cuerpos de todos aquellos que en vida velaron por la conservación de la familia. Tuvo, pues, la categoría de Huaca, es decir se le consideró un recinto *sagrado*.

Todo esto tiene una íntima vinculación con el culto de los muertos. La especial concepción que del mundo tenían los hombres del Perú precolombino determinó la formación de creencias ultraterrenas, creencias que engendraron, a su vez, prácticas rituales vinculadas con los funerales y con el cuidado de los cadáveres.

La Huaca gentilicia —creían— había tenido hijos de los cuales ellos eran descendientes, y a estos primeros pobladores se rendía todo el respeto y la veneración que reclamaba su origen legendario y semidivino. Generalmente se conservaba el cuerpo o una réplica del mismo, cubierto con las mejores galas y rodeado de la más profunda reverencia. Al igual que la Huaca gentilicia, el Malqui, como se le denominaba en la sierra, o el Munao, como se le llamaba en la costa, exigían fiestas religiosas solemnes, llegando a tener hasta sacerdotes particulares que se encargaban, únicamente, del culto a los muertos del Ayllu.

Las ceremonias religiosas variaban de acuerdo con las diferentes regiones. En la meseta del Collao, por los datos que he podido obtener, a la muerte de un ayllumasi se congregaba toda la sociedad que descendía de la Huaca, llevando presentes tales como pequeños animales domésticos y maíz. Con este grano y con el que poseyera el difunto se preparaba la chicha, que guardaba relación estrecha con la honra que mereciera el difunto. Después de un ostentoso llanto que duraba varios días, en procesión fúnebre se trasladaba el cuerpo al son de cánticos y música, hasta el cementerio del Ayllu donde descansaría definitivamente. Junto al cadáver colocaban los objetos que hubieran sido de la mayor estimación del difunto, y si era hombre y tuvo en vida más de una mujer, daban muerte a una de ellas o la enterraban viva para que acompañara a su marido en los apremios que pudieran acosarle.

En la costa, diez días después del entierro se reunía nuevamente todo el Ayllu para sumergir tres veces en el agua del río al pariente más cercano del difunto y luego lavaban minuciosamente la ropa que había sido usada por el muerto. Después se servía un banquete en el que los comensales arrojaban el primer bocado que

¹³ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. LXIII.

¹⁴ Arriaga, *ob. cit.*, Cap. II.

¹⁵ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. C.

se habían llevado a la boca. Como epílogo, derramaban chicha para que bebiera el ánima del difunto antes de ingresar para siempre en la Casa del Descanso.¹⁶

Fue general la creencia de la existencia de necesidades biológicas en la vida ultraterrena, por lo cual hubo de implantarse la práctica de las comidas fúnebres periódicas, en las cuales se quemaba cebo y se vertía chicha sobre los sepulcros.¹⁷ Se ve, pues, la relación que hubo entre las creencias funerarias y los cementerios de un Ayllu. Así como todos los miembros de esta agrupación acompañaban al difunto a su última morada, igualmente, todos ellos tenían reservado ya el sitio donde reposarían para siempre. En consecuencia, existían tantos cementerios como Ayllus había.

Cabe ahora una explicación. Hasta aquí se ha hablado del Ayllu como la reunión que congregaba todos los grados de parentesco, cercanos o lejanos, a condición de que tuvieran como origen reconocido una Huaca común y una determinada Pacarina. Pues bien, podría creerse que el término reunión significara que todos los componentes tuvieran una íntima convivencia, lo cual sería una apreciación falsa. Ya he citado los casos en que los miembros del Ayllu se juntaban, como sucedía en las ceremonias del nombre y en los entierros, además de las de los matrimonios. Faltando estos acontecimientos, el Ayllu se hallaba disperso.

Ahora debo hacer hincapié en la cronología. El Ayllu no existió solamente durante la vigencia del Estado Inca sino que fue, precisamente, el fundamento para la constitución de dicho Estado. En consecuencia, hasta el momento me he referido solamente a la organización social que existía en vísperas de la aparición del Incario, lo cual no significa que el origen del Ayllu no haya que buscarlo en los más remotos ancestros.

En esta época, por lo menos, los miembros de un Ayllu estaban repartidos en familias monogámicas, formadas en su generalidad por el padre, la madre y los hijos que no se hubieran casado.¹⁸

Esta configuración social tuvo que reflejarse en las costumbres que regían la vida comunitaria. La monogamia, casi generalizada en la época inmediata anterior al Estado Inca que estoy analizando, se manifestó no solamente en las relaciones de los sexos, sino que se reflejó en la disposición del recinto conyugal. En la región de la Costa las casas se construían con dos clases de materiales: las de los "Quencha", hechas de caña brava y carizos, muy próximas unas de otras, y las construidas con "tapias", paredones de barro que formaban la habitación. Por su misma consistencia no podían ser

¹⁶ Villagómez, *Carta pastoral*, Cap. XLVI, pp. 170-71.

¹⁷ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. CI.

¹⁸ Castro y Ortega Morejón, *Relación*. . . , p. 147.

más altas que las de los "quencha". Se empleó también, en algunos lugares de la costa, el adobe en dos tamaños: grande y chico. Ambos tipos de casa tenían la particularidad de disponer de un espacio limitadísimo, el indispensable para albergar a una familia corta.¹⁹

En la sierra las casas eran redondas, de cinco o seis metros de diámetro, aunque había muchas que semejaban el brocal de un pozo si se les quitara el techo, el cual tenía forma de un cono formado por maderos que se juntaban en el vértice, cubierto con paja. No eran raras, también, las casas cuadradas con techo de dos aguas y, al igual que las anteriores, de paredes de piedra, pero de pequeñas dimensiones.

Se comprueba, así, que las casas respondían a las necesidades de la monogamia, suficientes sólo para el corto número de miembros que debían albergar. Sin embargo, cuando se trataba de una familia numerosa en la que había varios matrimonios, las casas podían ser de mayor tamaño y disponer de más de una habitación, lo cual no correspondía a la regla habitual.

Es interesante advertir que hubo casas grandes, con las dimensiones de un templo de nuestros días, recintos que se usaron como lugar de ceremonias, pero es muy posible que en tiempos remotos se destinaran a albergar a todo el Ayllu, cuando aún no se había producido la dispersión originada por la agricultura o la monogamia generalizada.

Otra particularidad que debo subrayar es el número de personas que componían el Ayllu. La naturaleza de esta agrupación social hacía que fueran varios cientos sus componentes, ya que el Ayllu aglutinó a todos los parientes lejanos y cercanos. Sin embargo, el número de miembros estaba en relación con las fluctuaciones propias de la mortalidad. Prueba de ello es que hubo Ayllus que apenas contaban con diez o veinte personas.²³

La distribución de las casas dependía de las necesidades económicas de cada familia. Sus miembros se instalaban a lo largo de las tierras labrantías para reducir el esfuerzo del viaje hasta las sembraderas, cuidando siempre de no avencindarse en terrenos cultivables. Las viviendas de las familias monogámicas se levantaban, así, dentro de una zona más o menos amplia, pero siempre manteniendo cierta unidad bien notoria porque todas se orientaban hacia un

¹⁹ Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo, ob. cit.*, T. IV, Cap. III, p. 164.

²⁰ Cobo, *ob. cit.*, T. IV, Lib. XIV, Cap. III, p. 166.

²¹ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. LXVII.

²² La Bandera, *Relación de la provincia de Guamarca*, Madrid, 1897, p. 97.

²³ Juan Lozano, *Carta al virrey del Perú en donde se describe la provincia de los Lipes*, Apéndice III, p. XXII.

mismo punto cardinal. No obstante, hubo otras agrupaciones más o menos densas que formaban pequeños poblados donde se concentraban todos los miembros de un Ayllu, sin orden ni concierto, dando la impresión de que habían surgido al azar. A esta agrupación amorfa de casas se denominó en lengua quechua: Llacta; y en lengua aymara, Marca.²⁴

Pero el sentimiento de integración en el seno del Ayllu presidió toda actividad, ya fuera mediante el poblado o merced al reconocimiento de una faja de terreno donde fuera posible la construcción de viviendas, de acuerdo con los reclamos de la agricultura.

Cuando era necesario construir una nueva casa, todos los miembros del Ayllu colaboraban de la siguiente manera: Humedecían con chicha los cimientos para que tuvieran consistencia y cuidaban que al preparar este licor no se derramara ni una gota. Así, según la mente mágica de los integrantes del Ayllu, la casa no adolecería de goteras.²⁵ He aquí otra prueba del espíritu unitario que aglutinaba a todos los individuos en una institución social, más por los sentimientos que por los vínculos de sangre.

Esta unidad espiritual hubo de evidenciarse objetivamente, es decir, requirió de un elemento estable que representara simbólicamente a toda la agrupación social y que impusiera las normas creadas por ellos mismos a través de los siglos. Así fue como el más anciano y respetado de los Ayllumasi asumió la representación patriarcal del Ayllu, denominándose Camachicuc.²⁶ Además de personificar la sociedad a que pertenecía, tenía atribuciones de consejero y de primado en las fiestas religiosas. Como tal, concedía autorización para que todo nuevo miembro usara el nombre gentilicio. También recibía el pago simbólico que hacía el novio a todos los miembros del Ayllu antes de entregar el pago definitivo al padre de la futura esposa. El Camachicuc, pues, ejercía las funciones de un organizador talentoso y respetado.²⁷

En conclusión, la organización social que prevaleció en vísperas de la implantación del Estado Inca, tuvo su expresión en el Ayllu, entidad estable que fue el basamento de las demás instituciones.

Para estudiar la génesis del Ayllu, el investigador tiene que examinar los datos aportados por los cronistas así como las remanencias de esta agrupación, que por suerte han permanecido soterradas dentro de las nuevas formas de organización social.

Si se recuerda que la esencia del Ayllu fue el sentimiento de parentesco nacido de un simbolismo mítico y agigantado por las

²⁴ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. XCII.

²⁵ Garcilaso, *ob. cit.*, Libro IV, Cap. VIII.

²⁶ Arriaga, *ob. cit.*, Cap. II.

²⁷ Cieza de León, *ob. cit.*, Cap. LXV.

relaciones de los sexos, hay que convenir en que es preciso el estudio detenido del ordenamiento consanguíneo vigente en la última etapa del Ayllu, a que me he referido hasta ahora. Así conoceremos no solamente el régimen en que vivió hasta entonces sino, primordialmente, los rezagos de posibles planificaciones anteriores, supervivientes por la fuerza de la tradición. De este modo no incurriremos en la confusión de creer a ciegas que un sistema de parentesco, con alteraciones notables, fuera producto caprichoso de una sociedad que lo creó sin más taxativa que la invención casual o el antojo idiomático.

Para intentar este estudio me he valido de las voces lingüísticas que emplearon los hombres de entonces para designar los grados de consanguinidad.²⁸ Es evidente que estas denominaciones no fueron el trasunto de palabras vacías, sino que tradujeron, fielmente, una realidad sentida y respetada, y a la cual trataré de interpretar.

Para mayor ilustración ofrezco una relación de los diferentes grados de consanguinidad, tanto en quechua como en aymara, y de los cuales debe surgir la planificación misma del sistema que más adelante he organizado:

En keshua

Parientes lejanos	Caru Ayllu
Tatarabuelo (paterno o materno)	Machuypa Machun
Tatarabuela (paterno o materno)	Payaypa payan
Bisabuelo (paterno o materno)	Yayapa Machun
Bisabuela (paterno o materno)	Mamapa payan
Abuelo (paterno o materno)	Machu
Abuela (paterno o materno)	Payu
Padre	Yaya
Hijo del padre	Churi
Hija del padre	Usuri
Nieto-a	Hahua
Bisnieto-a	Huillca
Tataranieto-a	Chupuyu
Madre	Mama
Hijo-a de la madre	Huahua
Nieto-a	Hahua
Bisnieto-a	Huillca
Tataranieto	Chupuyu
Tío (hermano del padre)	Yaya

²⁸ Véase *Vocabulario castellano aymara*, de Fr. José Gregorio Castro, Lima, 1905; *Vocabulario castellano quechua del Cusco* de Diego González Olguín, Lima, 1901.

Tía (hermana del padre)	Caca
Tía (hermana de la madre)	Mama
Hermano del hombre	Huauk
Hermano de la mujer	Tura
Hermana del hombre	Pana
Hermana de mujer	Ñaña
Sobrino-a de hombre	Concha
Sobrino-a de la mujer	Mulla
Primo 1o. de hombre	Sispa Huaukque
Prima 1a. de hombre	Sispa pana
Primo 2o. de hombre	Ccaylla huaukque
Prima 2a. de hombre	Ccaylla pana
Primo 3o. de hombre	Caru huaukque
Prima 3a. de hombre	Caru pana
Primo 1o. de mujer	Sispa tura
Prima 1a. de mujer	Sispa ñaña
Primo 2o. de mujer	Ccaylla tura
Prima 2a. de mujer	Ccaylla ñaña ,
Primo 3o. de mujer	Caru tura
Prima 3a. de mujer	Curu ñaña

En aymara

Pariente lejano	Masi
Tatarabuelo (paterno o materno)	Achachi!ajan Achachilapa
Tatarabuella (paterno o materno]	Auichaccan auichapa
Bisabuelo (paterno o materno)
Bisabuella (paterno o materno)
Abuelo (paterno o materno)	Achachila
Abuela (paterno o materno)	Auicha
Padre	Auqui
Hijo del padre	Chachan yocapa
Hija del padre	Chachan phuchapa
Nieto-a	Alchchi
Bisnieto-a	Alchchijan uauapa
Tataranieto-a	Alchhijan alchhipan
Madre	Taica
Hijo-a de la madre	Uarmin phuchapa
Nieto-a de la madre	Alchhi
Bisnieto-a de la madre	Alchhijan uauapa
Tataranieto-a de la madre	Alchhijan alchhipan
Tío (hermano del padre)	Auqui
Tía (hermana del padre)	Sulca auqui taica

Tío (hermano de la madre)	Lari
Tía (hermana de la madre)	Sullca auqui
Hermano de hombre	Jilata
Hermana de hombre	Cullacaru
Hermano de mujer	Jilata
Hermana de mujer	Cullaca
Sobrino-a de hombre	Jaquiri
Sobrino-a de mujer	Pasari
Primo 1o. de hombre	Jila
Prima 1a. de hombre	Cullaca
Primo 2o. de hombre	Primo jilata
Prima 2a. de hombre	Prima Cullaca
Primo 3o. de hombre	Primo jilata
Prima 3a. de hombre	Prima Cullaca
Primo 1o. de mujer	Jila
Prima 1a. de mujer	Cullaca
Primo 2o. de mujer	Primo jilata
Prima 2a. de mujer	Prima cullaca
Primo 3o. de mujer	Primo jilata
Prima 3a. de mujer	Prima cullaca

Si se estudian con atención los cuadros de las páginas siguientes asombrarán las variantes y los matices de parentesco, comparados con los que rigen en nuestra época en los países de filiación románica.

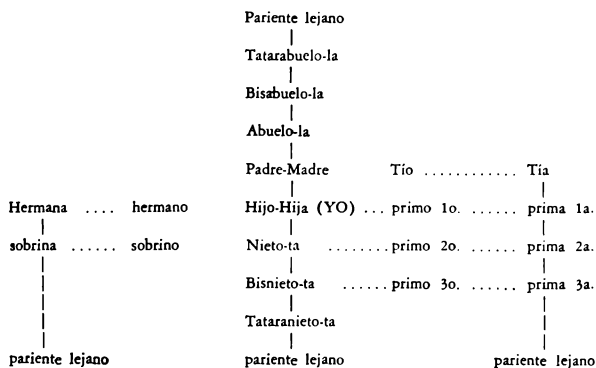
La primera característica notable es la identidad entre los apelativos padre y tío, es decir que no existió una diferenciación expresa entre ambos términos, pero a condición de que se refirieran a un mismo género gramatical. En caso contrario, si los aludidos con estas denominaciones fueran de diferente sexo, la distinción es precisa. Idéntica situación se advierte en los grados similares que siguen la línea paterna donde la variación se encuentra en el apelativo masculino. De esta manera, los padres y los tíos, separados en líneas masculina y femenina, eran considerados igualmente como padres. Tanto es así que se decía Yaya al padre de Yo y Yaya también para indicar al hermano del padre de Yo. Es aquí donde encontramos una prevalencia social que indudablemente viene de muy lejos. Si se tiene en cuenta que tanto Yo como mis hijos e hijas tenemos que usar la palabra Yaya o Mama, refiriéndonos a tal categoría consanguínea, se manifiesta clara, entonces, una forma de parentesco antiquísima en la que se consideraba como padres a quienes fueron miembros de la generación inmediata superior. Cada individuo, pues, tendrá como padres a todos los hermanos de la generación de

su padre, y como madres a todas las mujeres de la generación de su madre.²⁹

Este tipo de parentesco mantuvo las formas de prevalencia encontradas en la planificación que analizo y por eso, poco antes del establecimiento del Estado Inca, los matrimonios se realizaban todavía dentro de una misma generación, llamándose los cónyuges, entre sí, hermanos. También hay noticias de que los apelativos padre, madre y hermano o hermana, eran comunes a todas las personas que pertenecieran a la generación correspondiente como sucedía, por ejemplo, con un primo hermano a quien, según este dato, también se llamaría hermano.³⁰

Cuadros de consanguinidad que presentan el sistema vigente en vísperas del Estado Inka

Cuadro General de Orientación

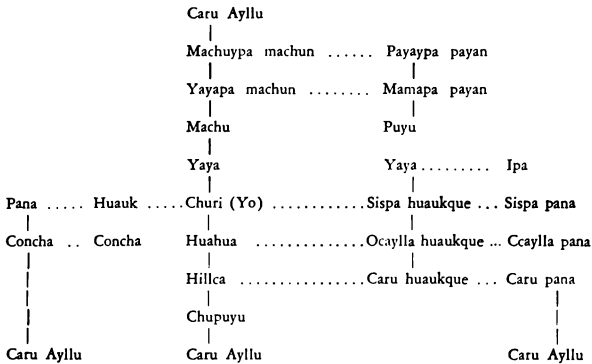


El presente cuadro muestra la consanguinidad referida a Yo, que en este caso es el hijo o la hija, referencia que se mantendrá en lo sucesivo. Las líneas punteadas muestran la relación de parentesco entre las diferentes categorías consanguíneas.

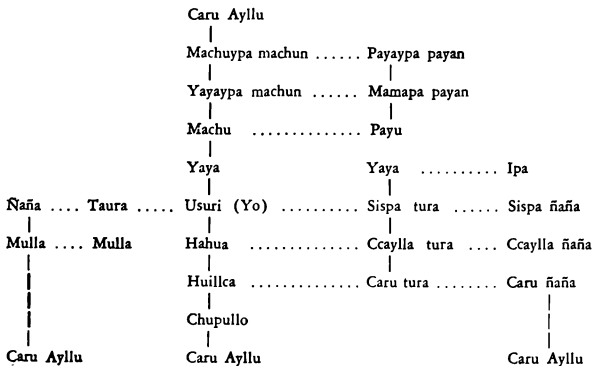
²⁹ Lewis Morgan, *Ancient society*, 1877.

³⁰ Vaca de Castro, *Discurso sobre la descendencia ...*, T. III, p. 24.

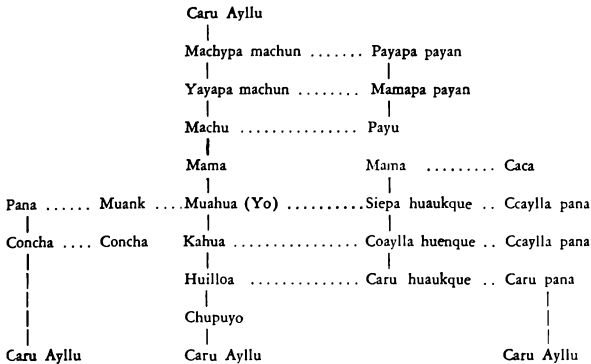
Consanguinidad referida a Yo, masculino, en la línea materna en Keschua



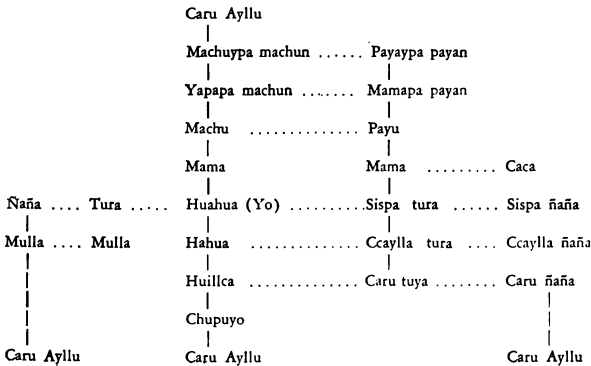
Consanguinidad referida a Yo, femenino, en la línea paterna en Keschua



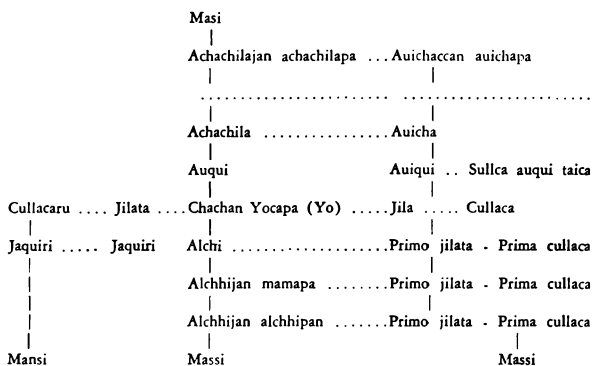
Consanguinidad referida a Yo, masculino, en la línea materna en Keschua



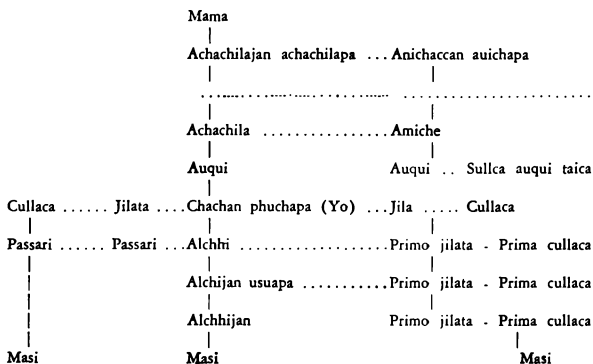
Consanguinidad referida a Yo, femenino, en la línea materna en Keschua



*Consanguinidad referida a Yo, masculino, en la línea paterna
en aymara³¹*



*Consanguinidad referida a Yo, femenino, en la línea paterna
en aymara*



³¹ José Gregorio Castro, *ob. cit.*

*Consanguinidad, incompleta, en mochica**

	(abuelo)		(abuela)
	Quixmic		Shoponic
(tío pat)	(tía pat) Padre	madre (tío mat)	(tía mat)
	Cocaed	Ef	Eng
			Nier
		(hijo-a)	
		Eiz	

* Fatalmente, en el reducido vocabulario que se puede extractar de la obra de Fernando Carrera, vicario del pueblo de Reque, no existen las voces de los demás grados de parentesco, en especial del tío paterno y de la tía materna. No se puede suponer sino que fue la misma planificación encontrada en keshua y aymara, cuanto más si se recuerda que se trata de la tierra de las Capullanas.

Toda la planificación anterior concuerda con el ordenamiento que regía durante la dominación Inca. En aquella época, se tomaban en cuenta hasta doce edades diferentes que sirvieron de base para la organización del tributo. Corresponden a una subordinación cronológica que desciende —curioso dato— desde los cincuenta años y más, que forman la primera categoría, hasta los veinticinco, que integran la segunda. De los veinticinco se desgrana una serie de edades sub-divisionarias hasta que llegan a la última que es el recién nacido.³² En general se puede integrar todas estas gradaciones en tres planos sucesivos. Una, representada por el abuelo; otra, por el padre; y otra por el hijo que acaba de nacer. Si se reconoce que la vida de un hombre generalmente alcanza tres generaciones, tendremos el cuadro completo de este sistema de parentesco.

Cabe todavía otra observación. En los Ayllus de los Incas hubo una correlación de jerarquía que se adecuaba precisamente a dos generaciones, silenciándose la tercera porque se refiere a la del monarca muerto, considerada como la cabeza del linaje. Capac Inca tiene su correlativo en Coya y Mamacuna, nominativos que corresponden a la generación de los padres. La que nace de ésta se denomina aquí para el masculino y ñusta para el femenino.³³

Si dejamos de lado el idioma quechua, del que hasta ahora nos hemos valido, y recurrimos al aymara, se puede apreciar el mismo fenómeno, aunque algo más restringido. Solamente se conserva el parentesco por generaciones en la rama paterna, donde se usa aquí para designar al padre de Yo, y aquí también para el hermano del padre de Yo. En cambio, en la línea materna hay una verdadera

³² Fernando de Santillán, *Relación del origen y descendencia...*, Cap. XI, p. 18.

³³ Garcilaso, *ob. cit.*, Lib. I, Cap. XXVI.

revolución, pues, al contrario de lo que podía esperarse, existe un término especial para designar a la hermana de la madre de Yo. Sin embargo, a pesar de encontrarse en este idioma rastros menores del parentesco por generaciones, hay que convenir en que, en una época remotísima, tuvo amplia vigencia entre los habitantes del Collao.

Se advierte, pues, con toda claridad, este arcaico sistema de parentesco que vivía ya agónico, solamente mantenido por la fuerza poderosa de la tradición. Apenas si a la generación padre se le reconocía esta indiferenciación entre sus miembros, es decir, que se hallaba en franca decadencia. En cambio, en la generación de los hijos hay una verdadera policromía de apelativos, en la que se señala con toda precisión el grado de consanguinidad de los diferentes miembros de ella. Pero no es solamente esto. El padre y la madre no tienen un nombre genérico, común para ambos y que designe a los hijos. Así, en tanto que el padre usa las palabras *churi* y *usuri* para el masculino y femenino, respectivamente, la madre tiene que conformarse con la de *huahua*, usada indistintamente.

Este hecho, demasiado significativo, debe analizarse detenidamente. En efecto, tan complicada sistemática obedece, a no dudarlo, al origen ancestral y a la robustez de otro ordenamiento que vivía refugiado y semioculto en el parentesco vigente de esa época. Hay en la línea colateral vocablos diferentes para designar un mismo grado de parentesco, según sea el sexo de la persona vinculada a él. Así, para denominar al hijo o hija sin distinción de género, del hermano o hermana de Yo, se usa *Concha* o *Mulla*, según sea el masculino o femenino, respectivamente. Ahora bien, dentro de una misma generación, para designar a los hermanos hay concordancia entre el sustantivo por usarse, el género de la persona que lo usa y el de la que es destinataria del apelativo. Si es masculino el que habla, dirá a su hermano del mismo sexo, *Huauk*; y al del otro sexo, *Pana*. Si es mujer dirá al sexo opuesto *Puray* al suyo *Ñaña*. Pero el problema no es tan simple: sería lógico que el masculino y el femenino tuvieran vocablos especiales para designar a su hermano y hermana, ya que cada sexo estaría representado por un vocablo distinto. No obstante, la distinción no radica precisamente en el sexo del destinatario sino en el del causante de la comparación y así la traducción del espíritu de las dicciones sería: hermano de varón; hermana de varón; hermano de mujer y hermana de mujer. Es decir, una bipartición de los dominativos según el género masculino o femenino que sirve de comparación. En el Aymara, en cambio, hay solamente dos dicciones que indican los respectivos sexos: *Jilata* para el masculino y *Cullaca* para el femenino, usados indistintamente sin considerar más que al destinatario del parentesco.

Esta distinción bipartita que encontramos en el quechua es otra reminiscencia de un sistema de parentesco posterior al de generaciones. En esta nueva capa de formas de consanguinidad era necesario deslindar los parientes de la mujer —sobre todo los hermanos— de los del varón.

Lo anterior se completa con la diferenciación del parentesco en la línea de los padres. Así, para designar a la hermana del padre de Yo, se dice *Ipa*; y al hermano de la madre de Yo, *Caca*. Si se apela nuevamente al aymara encontramos que sólo para los varones hay esta distinción arcaica entre el hermano del padre de Yo: *Auqui*; y el hermano de la madre de Yo: *Lari*. Para el femenino hay voces compuestas, a todas luces de tiempo más reciente.

Por otra parte, existe una bifurcación entre los hijos del padre y los hijos de la madre, como ya hice notar antes. Si la madre ha unido el masculino y femenino de hijo con la palabra *Huaca*, es evidente que ha perdido el género, o sea que ha habido una degeneración lingüística que prueba su próxima desaparición como referencia expresa para adoptar las denominaciones que usa el padre, como sucede con el aymara. Se nota, pues, una superposición de otro sistema de parentesco sobre el ya descubierto antes, pero también caduco según aparece con mayor evidencia en el aymara.

Tan sólo ahora se puede apreciar esta segunda planificación consanguínea que tenía como eje de comparación a las madres, o sea que representa la vigencia absoluta (en época anterior a la aparición del Estado Inca y posterior al sistema de generaciones) del Derecho Materno. El parentesco se computaba entonces por la vía uterina, debido sin duda a la poliandria de la mujer y a la poligamia del varón, restringidas.⁸⁴

En efecto, para que hubiera tenido valor la sistemática de generaciones, se requería de una promiscuidad sexual entre los individuos de la misma generación a fin de que se consideraran padres de todos los de la generación posterior y que éstos los reconocieran como tales. En el Derecho Materno la poliandria y poligamia se restringieron de tal manera que excluían del comercio sexual a los hermanos uterinos, como lo prueba el hecho de que en el quechua todos los hermanos del yaya de Yo sean también yayas, del mismo modo que todas las hermanas de la Mama de Yo sean también mamas. Lo lógico sería suponer entonces que la hermana del yaya de Yo sea, de igual manera, mama; pero, y he aquí la prueba de lo que sostenemos, se le llamaba *ipa*, es decir quedaba fuera de la categoría de madre, lo mismo que *caca* quedaba fuera de la categoría de padre. Todo esto demuestra que no había confusión sexual entre

⁸⁴ J. Johan Bachofen, *Das mutterrecht*, 1861.

hermanos uterinos, porque de lo contrario todos los hermanos de la madre habrían sido yayas y todas las hermanas de la madre, mamas. De esta inducción, cabe ahora una deducción lógica. Si la promiscuidad sexual se había restringido en su círculo interior, también lo había hecho en otro exterior, ya que, siendo todos los hermanos del padre de Yo, yayas, fácil es suponer que eran también maridos de mis mamas, con lo que se habría dado un paso más hacia la reducción de la poligamia y poliandria. Cosa igual no ocurre en el aymara. Prueba esta costumbre el hecho de que a la mujer o mujeres del hermano que moría las heredaba el hermano vivo.

Por otra parte, a pesar de haberse reducido, interior y exteriormente, el comercio sexual, aún era casi imposible, por la debilidad de los lazos matrimoniales, determinar expresamente la paternidad. Por lo demás, la cohesión del grupo se había acentuado y de la indiferenciación de la masa aparecieron subdivisiones orgánicas que reconocían un origen mitológico común y el sentimiento de parentesco por la madre era el único dato cierto que podía obtenerse de la promiscuidad sexual restringida. Esta agrupación consanguínea, real o ficticia en su origen, fue necesaria para dar robustez y consistencia a cada uno de sus componentes que se refugiaban en el apoyo común del Ayllu y en la estabilidad del parentesco. El Derecho Materno fue una necesidad social en la forma arcaica de la familia que necesitó de este margen constante para mantener la tradición de una misma Pacarina.

He aquí el germen primero que apareció en lejanísima época y al que me he referido al iniciar el estudio del parentesco en la sociedad precolombina peruana. De la amorfosis social que reinaba dentro del grupo, en el que apenas se distinguía una generación de la otra, se pasó a un nuevo ordenamiento gracias al Derecho Materno, mediante el cual todos los descendientes de una madre, junto con los suyos propios en todos los grados de consanguinidad, se juntaron para formar el Ayllu.

Vemos así erigirse el Derecho Materno como origen de esa formidable estructura social que trató de encontrar en sí misma la energía necesaria para afrontar el problema de la existencia. Fácil es comprender que hubo fuerzas poderosas que incidieron en la formación de este organismo, y que no es posible analizarlas detenidamente en un estudio necesariamente breve. Una forma social no aparece por un devenir misterioso e inevitable ni puede adquirir la robustez necesaria para convertirse en permanente por factores mecánicos e inexplicables. Fácil sería aceptar que un tipo de parentesco sustituyó a otro, solamente porque se supone la existencia de una ley de evolución, cuyo origen por ser tan oscuro y difuso ha obligado a convenir en este esquema, sin más. Pero el estudio de la realidad

social nos obliga a estudiar mutaciones de diferente índole que nada tienen que ver con los movimientos de cambio fatalistas y en una sola dirección.³⁵

El Derecho Materno no apareció, pues, como consecuencia lógica del parentesco por generaciones. Fue necesario que una gran fuerza social actuara durante siglos, quizá, para imponer a la sociedad entera una forma de consanguinidad hasta entonces desconocida. ¿Cuál es esa fuerza que impulsó a los hombres del antiguo Perú a aceptar la filiación uterina? He aquí el gran problema de la sociología: la racionalización de las causas.

Lo evidente es que el Derecho Materno engendró al Ayllu en su forma general y dio comienzo a la vida de sociedades reducidas que reconocían, cada una, cierta Huaca y Pacarina como origen remoto.

Y aquí surge el punto culminante del análisis filológico del sistema de consanguinidad. El Derecho Materno, en una época muy anterior a la formación del Estado Inca, fue abolido y reemplazado por el Derecho Paterno.³⁶ En efecto, si se examinan los cuadros ya citados no será difícil advertir que el padre posee denominaciones propias y exclusivas para nombrar a su hijo e hija, totalmente diferentes a las que usa la madre que, como ya he dicho, se la designa con una sola expresión, a todas luces atrofiada. En el idioma aymara se encuentra el mismo procedimiento: para significar hijo del padre se emplea el vocablo Chachan yocapa, con su femenino Chachan phuchapa, debiendo destacarse que Chachan significa hombre. Madre se dice indistintamente, como en quechua, para el femenino y masculino, Uarmin phuchapa, teniendo en cuenta que Uarmi es la traducción aymara de mujer. De todo esto se colige la gran división que hay entre hijos de hombre e hijos de mujer. Por otra parte, en esta misma lengua, para designar a la hermana del padre de Yo se dice Sullca aquí taica, es decir que hay una integración de las palabras sullquiri, que quiere decir menor; aquí, que es padre; y aquí, que significa madre. En cambio, para señalar a la hermana de la madre de Yo se usa Sullca aquí. He aquí un problema demasiado nebuloso, cuya única explicación posible es el predominio del Derecho Paterno sobre el Materno, que quedó relegado a un plano inferior.

El Derecho Paterno tuvo su más alta expresión, al aproximarse la consolidación del Estado Inca, en la compra de la esposa, en el

³⁵ La teoría evolucionista es casi tan vieja como la misma Sociología. La evolución, para los positivistas, es evidente y tangible; pero cuando se les pregunta sobre el origen mismo de esta consecuencia que toman por ley, sus respuestas no satisfacen las exigencias de una crítica profunda.

³⁶ Garcilaso, *ob. cit.*, Lib. I, Cap. XXVI.

sentimiento del derecho de propiedad sobre la mujer, en los crueles castigos de los adulterios y, en especial, en el desplazamiento de la mujer de su Ayllu de origen al Ayllu del marido.

Claramente se advierten los tres ordenamientos consanguíneos sucesivos, que fueron superponiéndose unos a otros de acuerdo con la variación de las formas de matrimonio. En la época pre-inca llegó a imperar el parentesco por línea paterna aunque sin desplazar las viejas costumbres que subsistían a manera de prevalencias olvidadas.

Es evidente que este sistema de parentesco no podía abarcar la totalidad de los miembros del Ayllu mediante denominaciones parecidas que indicaran la situación de cada persona con respecto al que hiciera la comparación consanguínea. Y es aquí donde surgen, como complemento y a modo de imperativo desprendido del reconocimiento de una consanguinidad remota, nuevos apelativos que sirvieron para nominar a un pariente de consanguinidad próxima y a otro de afinidad lejana. Al primero se le llama Ayllumasi o, en su defecto, Yahuarmasi, usando la raíz Yahuar, traducción de sangre. En cambio, el segundo recibe el apelativo de Caru Ayllu, esto es, usando la raíz Ayllu que indica, en general, que pertenece a una misma agrupación.

En aymara también hay una duplicación de grados. Uila masi se emplea para designar un consanguíneo cierto y masi para un pariente lejano, con la particularidad de que masi también se emplea para nombrar a un prójimo. De esta manera se completó la sistemática con la inclusión en el vínculo consanguíneo de todos los parientes por más alejados que estuvieran, formando así una unidad constante que fue el germen poderoso de la energía social del Ayllu y causa de su supervivencia milenaria.

He aquí las principales características de un Ayllu en vísperas de la aparición del Estado Inca. El Ayllu, sin embargo, no tuvo una existencia aislada, y, este proceso de integración hacia una forma más amplia que desborda el plano del individuo y la familia, formó agrupaciones definidas, que tomaron el nombre de Sullu.

DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA

Por *Francisco GINER DE LOS RIOS*

Es ya casi un tópico que la historia cultural de España e Hispanoamérica está por hacer. Y de tan tópico, el hecho parece llevar adheridas una como conformidad fatalista, que se consuela con algún hallazgo afortunado de vez en cuando, o una seguridad en lo propio que no necesita de más investigaciones ni seguridades. Nos volvemos siempre a lo de fuera, en busca de las novedades últimas, o también en busca corroboradora en sus resultados de fenómenos históricos que, por lo visto, no han tenido raíz más que lejos de nosotros. La Ilustración, la pasión histórica, los fermentos todos de la modernidad —por no citar más que temas que han estado de moda en estos últimos tiempos en México— los estudiamos y los vemos en fuentes extrañas a nuestro medio, como si fuera inútil intentar su encuentro en los orígenes de nuestros actuales días hispánicos. Hablamos de la independencia de los países americanos, de la renovación española que trajo la perdida república por ganar, como de cosas tan sabidas, tan evidentes por sí mismas que no pareciera necesario encontrarles explicación más honda y definitiva. Y las corrientes que movieron y dieron vida a los fenómenos citados, podrían identificarse con esa Ilustración, con esos fermentos de modernidad a que antes se hacía alusión y que alcanzaron entre nosotros la intensidad necesaria para ser parte importante en su provocación y logro.

Triste es tener que reconocer que entre los pocos esfuerzos de valoración auténtica de nuestra cultura puede considerarse caso único y ejemplar el de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Y digo triste, porque al hecho, ya lamentable de por sí, de poder contar casi un solo nombre en este tipo de actividades, se une la limitación inevitable de las condiciones que en ese nombre se daban. Español por los cuatro costados, Menéndez y Pelayo había de ser banderizo necesariamente; y su catolicismo recalcitrante, pese a la libertad artística y pensadora que comportaba en él su calidad extraordinaria de humanista, hubo de ofrecernos una visión parcial de la cultura española, visión negadora y negativa precisamente de aquellos fermentos a que antes se aludía. Pero basta con leerle, con sentir su

aliento vivificador aun de aquello a que estaba enfrentado, para comprender todo ese ángulo importantísimo de la cultura hispánica que él mismo trataba quizá de borrar. Y es que de rondón —y a veces sin necesidad de ello: por descuido liberal, por objetividad humana y triunfante, por urgencias de discusión— se le entraban a Menéndez y Pelayo los aires de fronda. Y en su misma negación constante, de ellos se venía hacia nosotros, con nombres, títulos, hechos y sucesos, esa fronda imprescindible para la mejor comprensión del desarrollo de nuestra historia. En sus *Heterodoxos*, tan banderizos, tan llenos de esa pasión que nos pierde y nos salva a los españoles; en su *Ciencia española*, tan generosa, por necesidades dialécticas y banderizas también, con lo que en la obra anterior era condenable, está hecha, con magnífico trazo precursor, esa historia por hacer. (Y no hablemos ya de la mayoría de sus otras obras, sobre las que hay que volver cada día con mayor insistencia y atención, y en las que el gran humanista que llevaba dentro había ganado la partida del todo al político y al fanático. Sin contar con la *Historia de las ideas estéticas* es imposible hoy por hoy, hacer nada en las del pensamiento y la literatura españoles).

En estos años últimos —y no es que olvidemos trabajos importantes en España de continuadores inmediatos de Menéndez y Pelayo en uno y otro bando español, ni esfuerzos de gran valor en el campo mexicano, que es el único que se ha hecho algo patente en nuestro conocimiento y aprendizaje actuales de América— parece rectificarse en nuestro medio esta apatía frente al pasado común. Nos estamos buscando al fin; y da un poco lo mismo que lo hagamos apasionada u objetivamente: lo importante y sintomático es esa inquietud despierta que nos remueve y encierra. Y tanto más importante cuanto que esa inquietud e interés por nuestra historia no descansan en afanes tradicionalistas ni en posiciones estáticas, sino que son función de una actividad creadora, e incluso soñadora, frente al presente y el porvenir. Tenemos plena conciencia de la necesidad de conocernos, de saber de dónde venimos, de comprobar las causas a que obedecen los fenómenos de nuestro tiempo propio, de hallar las raíces reales del árbol que nos ampara y sostiene en el mundo. Viendo a España e Hispanoamérica reunidas bajo un signo hispánico bien distinto del que preconizan y mueven los españoles "oficiales" de hoy, opuesto del todo a esa hispanidad que se nutre en el más ridículo —aunque nada inofensivo— de los imperialismos, se dan para el fenómeno que ponemos sobre el tapete las circunstancias más favorables. De un lado, el destierro y esperanza en América de unos españoles que supieron encontrar la luz de España combatiendo por su libertad, y que, en su transitoria de-

rrota y extrañamiento, buscan a España y se buscan España en todos los sitios y por todos los medios, seguros de lo español de su propia raíz y de lo español entero del hilo que les condujo a su coyuntura y fe actuales. Del otro, y con una fuerza avasalladora de juventud y de acción constante, esa conciencia hispanoamericana que se ha levantado por sus propios fueros en estos años cruciales en la historia del mundo, buscadora de su propio sitio y de sus hasta hoy desdibujados genio y figura.

No intentemos ahora encontrar los perfiles políticos de esta coincidencia, que además podrán parecer a muchos débiles e indecisos, e incluso sin realización posible. El que a nosotros nos parezcan evidentes en un futuro más o menos inmediato y prometedor podrá ser espejismo de ilusiones o sólo un buen sueño merecedor de esfuerzo en una España libre y puesta en su camino. Volviéndonos únicamente al limitado campo —pero no por limitado menos fundamental— de la actividad de una cultura militante, esa coincidencia tiene ya realidad propia, aunque sea en esfuerzos aislados y pobres quizá, mas no por ello carentes de importancia en lo que tienen de significado y razón de un quehacer. En la atención y memoria de todos están presentes los libros, seminarios, mesas redondas y rodantes, cursillos y conferencias tendientes a esclarecer y manifestar de una vez por todas el perfil de nuestra historia y de nuestro ser. Pero no por evidentes y enraizados en las horas que vivimos, hemos de pasarlos por alto una vez más.

¿Caminos mejores para esta labor de revalorización y necesario autoconocimiento? Todos son buenos en cuanto caminos y en cuanto indicio de actividad creadora. Pero en un intento de delimitación de campo tan vasto y, en apariencia, inabarcable, creemos, aunque quizá parezca paradójico, que lo primero y más urgente es la síntesis total. Podrá decirse que lo ortodoxo científicamente sería comenzar por una extensa serie de monografías parciales que pudieran sumar luego el material necesario para aquella síntesis que se nos ofrece como más urgente, y que donde la casa está por hacer casi por entero es absurdo empezar por el tejado. Pero seguiríamos estancados en la meritoria labor de tantos y meritorios eruditos, que han gastado y gastan sus vidas en reunir y publicar todas las papeletas referentes a fenómenos microscópicos y locales dentro del gran campo a explorar. Fuentes y más fuentes, bibliografías y más bibliografías, todas útiles y necesarias sin duda, pero inoperantes e ineficaces para la gran tarea de ofrecer el paisaje que encierra la razón y clave de nuestro desvelo.

Lo necesario es buscar y ordenar dentro del caos multiforme y tremendo de nuestra cultura los rasgos esenciales que nos permitan construir el esqueleto completo, por hacer, de su historia. Luego

vendrá el relleno de ese esqueleto, la encarnadura que pueda llegar a entregarnos el aliento total que nos sustenta.

TENEMOS en las manos una obra pequeña en sus dimensiones pero grande en su ambición, y que es susceptible, además, de ofrecernos en sus páginas esa síntesis que nos parecía necesaria.* No es que sea una síntesis de la cultura hispánica toda, ni aun de la hispanoamericana, mas sí una historia cultural de un período lo suficientemente grande y lleno de significación como para alcanzar vida propia por sí solo: de la conquista a la independencia, es decir tres siglos de cultura colonial hispanoamericana, sustento y razón de toda la historia inmediatamente anterior a nosotros, origen y explicación de nuestros días.

Mariano Picón-Salas ha sabido en ocho capítulos breves contar-se y contarnos (y contar a los demás, a los de fuera: el libro es resultado de unas conferencias en los Estados Unidos) la historia de esos tres siglos de la dominación española en América. Y lo ha hecho con ese nervio suyo, en el que saltan con frecuencia los trazos delicados y finos, que sabe marchar siempre como sobre el pulso mismo, atento y alerta a las solitaciones de fuera y a los consonantes latidos internos. Campea, por encima de la sequerona erudición del dato y la noticia bibliográfica, la cultura —¿cómo se adivina en Picón al lector constante!— del escritor venezolano, jugosa y fresca, enamorada de sus temas, gozadora de todos los manaderos en que ha ido a encontrarlos. Y el resultado es este pequeño libro lleno de caminos, de sugerencias, de inquietudes. Porque, sobre la seria información que nos ofrece, el libro de Picón es fundamentalmente eso: un acicate, un empujar continuamente al lector hacia los caminos que ya transitó él con despierta curiosidad y atención cuidadosa. El investigador de la cultura hispanoamericana, el estudioso de sus problemas, tendrá con esta obra de Picón-Salas una especie de guía, de temario y programa de trabajos.

Estudia primero —trasfondo ineludible de todo, necesario camino a recorrer para llegar a la colonia— lo que él llama el legado indio. Unos datos sumarios de arqueología nos conducen a un intento de exploración y expresión de lo que el espíritu indígena trae consigo al mestizaje. Las deidades indias, los monumentos arquitectónicos y poéticos, la mitología toda del indígena americano sirven para fijar las señales e influencias en la historia hispanoamericana de ese ingrediente suyo que nada ni nadie ha podido bo-

* Mariano Picón Salas, *De la conquista a la Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme, No. 4), 1944.

rrar, y sin contar con el cual sería imposible una comprensión exacta de la misma.

Examina después el fenómeno de la conquista a través de las dos tesis históricas contrapuestas, de los complejos sociales de la época que la presencié y de una posible psicología de la empresa española en que la cal —espíritu— y la arena —aventura— saben conjugarse en generoso echar de una y de otra, con resultados lo bastante objetivos como para acabar con las leyendas de todos colores.

Con siete puntos fundamentales deja caracterizado el siglo xvi colonial, que él considera de tránsito de lo europeo a lo mestizo, adoptando la palabreja —a lo que se ve esclarecedora— de don Fernando Ortiz: "transculturación". Santo Domingo como primera ciudad indiana; la conquista de México como problema típico de toda la conquista; las formas renacentistas mexicanas como cuajar primero de la cultura que viene; la pedagogía de la evangelización como vehículo primordial de aquella transculturación y la historiografía misionera como expresión de sus primeros resultados y contrastes; las utopías sociales como índice de las inquietudes del siglo y de las posibilidades creadoras —¡manes de don Vasco!— del mundo nuevo; y las fiestas, teatro, etc., como formas ya mestizas de ese mundo, serían, sumariamente expuestos, los hitos fundamentales del paseo de Picón-Salas por el primer siglo hispanoamericano.

El paseo termina con una "entrada al siglo xvii", en que se estudia la decadencia española en la historia indiana, la sociedad mestiza del siglo y la Inquisición y el espíritu de Contrarreforma, trasladados a América, con que la monarquía imperial española, considerando a ambos como dique de protección contra las inundaciones inminentes, acabaría de dar cerrojazo a su grandeza. Perdiendo ya la dirección del mundo, se obstinaba España en mantenerse cerrada a los aires de la época, terne en su actitud de abanderada intransigente de lo que la naciente modernidad comenzaba a derrotar en toda la tierra.

La parte central del libro la ocupan dos capítulos dedicados al estudio del barroco hispanoamericano y a la erudición, temas y libros de la época barroca. Después de un agudo análisis del fenómeno del barroco en su complejidad y contradicción, y de situar dicho fenómeno en la perspectiva histórica americana, pasa Picón-Salas a señalar sus manifestaciones literarias y plásticas; el gongorismo; la riquísima geografía poética cimentada en la curiosidad exótica; la importancia de la arquitectura, reflejo de la pomposidad de estado, iglesia y enseñanza; el enciclopedismo precursor del peruano Peralta y Barnuevo y del mexicano Sigüenza y Góngora; el casi gracianismo de Espinosa Medrano; el humorismo sombrío de

Juan de Caviedes, prolongación en América de la "línea desenfadada y vital de la picaresca"; el "caso" Sor Juana Inés de la Cruz, que expresó mejor que nadie "el drama de artificialidad y represión del barroco americano"; la "extrañeza americana", que nosotros calificamos quizá de asombro, en la obra del padre Acosta; la influencia modeladora de la escolástica en todo el espíritu de la época, etc.

Cierran la obra dos capítulos que se nos antojan —desde nuestro punto de vista actual— casi uno solo: "el humanismo jesuítico del XVIII" y las "vísperas de revolución". Y decimos que se nos antoja uno solo porque en la polémica sobre el gusto —fray Gerundio colectivizado en la Compañía de Jesús—; en la incorporación —no por latente menos fuerte— de la ciencia y la filosofía del siglo a los colegios de jesuitas; en las tesis "ilustradas" de un historiador como Clavijero, de teólogos como Alegre y Lacunza, de estéticos como Márquez o naturalistas como Molina, de poetas de sentimiento nacional y social como Landívar (al que Picón dedica páginas aparte para estudiar sus "motivos nativistas"; caso típico para nosotros de poeta desterrado, entregado a contarse amorosamente los campos perdidos), están ya los gérmenes de la independencia. Méndez Plancarte lo señaló. Vizcardo y Guzmán, que abandonó la orden, pero que *salió* de ella, debía recordarnoslo más todavía, si se prestase más atención y se hubiera explorado con más detenimiento todo ese movimiento dieciochesco tan revelador. Los perseguidos por la Ilustración fueron —ya no tan paradójicamente como a primera vista pudiera parecer— los primeros, y en muchos casos los más importantes, portadores de ella. Y se nos entran por entero en el capítulo de vísperas de revolución que Picón-Salas nos da separadamente. Sin el fermento "ilustrado" de los desterrados jesuitas, el terreno no hubiera estado bien dispuesto para la siembra de los Miranda y los Bolívar, de los Caldas y los Espejo.

Eso es lo magnífico de este libro de Picón-Salas: todos los hilos están juntos y los diversos sentidos que llevan, así reunidos, en sus aparentes contradicción y separación, nos dan la consistencia de la madeja total. Gran esfuerzo de síntesis aclaradora estas páginas del escritor venezolano. En esa labor urgente que señalábamos al principio de esta ya larga nota, pueden ocupar sin duda un lugar muy importante. Caminos y orientaciones nos brindan. ¡Ojalá no sean desaprovechados y se sometan a la discusión e investigación necesarias!

EN EL ARTE Y LA AVENTURA.—PASCIN

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

EN 1913, el "Maniere", en París, era un restorán muy reputado por su buena cocina. Lo frecuentaban conocidos escritores, artistas y actores. Entre los escritores, de vez en cuando, la alta silueta de Anatole France, trajeado con descuidada elegancia; Tristan Bernard, el de la florida barba; la frágil figura de Henry Bataille y otros literatos de categoría. Entre los pintores, el italiano Boldini, retratista de moda, buen gástronomo de nutrido vientre, acompañado de su inseparable amigo, el caricaturista Sem. En otras mesas de asiduos parroquianos, el espiritual Poulbot, dibujante de pilluelos; Maurice Proncet, matemático del cubismo, y los traviesos redactores de "Le Crapeuillot".

Asiduo concurrente era Pascin, aspecto deportista, de mediana altura, alborotada cabellera rojiza y palidez oriental. Lo que más resaltaba en su persona era la mirada altiva, directa. Inspiraba confianza y simpatía. Nada indicaba en su persona que fuera artista. Su juventud le daba cierta agilidad de movimientos, palpables en sus continuos desplazamientos de una mesa a otra.

Aquel día yo celebraba la infantil quimera de la admisión de mi cuadro al Salón de Artistas Franceses. Me acompañaban Durrio y el pintor Beltrán Masses, caracteres opuestos, pero unidos en mutua comprensión. ¡Lo que gozaba Durrio con las ocurrencias de Federico!

Al distinguir a Durrio, Pascin se acercó a saludarle y tomar café en nuestra compañía. Desde los primeros momentos nos hicimos amigos. Nos reconocimos en el arte. En aquel tiempo los artistas se buscaban y comprendían sin reservas ni ocultamientos.

CIUDADANO de los Estados Unidos de Norteamérica, el pasaporte de Pascin decía: Julio Pincas. Nacido en Vidín, Bulgaria, 1885. Profesión: "Pintor". En realidad Pascin descendía de judíos sefarditas establecidos, desde el siglo XVI, en Bulgaria, país de Oriente que produce las flores más perfumadas. A los diez y ocho años es uno de los dibujantes más destacados y, quizás, el de mayor personalidad, entre los artistas contemporáneos europeos.

Inicia su carrera artística colaborando en el *Simplisísimus*, de Berlín. Ahí palpó la insolente estupidez del militarismo prusiano. Desde las páginas de la revista zahirió el erotismo que deleitaba a los lectores del famoso semanario. Con el lápiz, la pluma y el pincel caló en la sátira con originalidad. Su arte llegó a influir en otros artistas de talento. Inspiró a los expresionistas del "Munch" y al arte post-expresionista que a tan alto nivel llevó George Gross, el autor del "Cristo de las Trincheras".

Otros méritos tiene mi nuevo amigo para representar a la Escuela de París. Andrés Salmón le considera uno de los más sobresalientes: "Forma parte del grupo de hombres que son instrumentos entusiastas de la ortodoxia que existe en el fondo de toda idea".

CONVENCIDO Pascín de que todo estado militar esclaviza al hombre y roba su libertad, concentró su enorme talento en atacar al militarismo, a tal extremo que extendió su odio a todos los alemanes, incluso a los judíos de ese país.

La discriminación racial es rara entre los israelitas, y Pascín, emocionalmente recto y serio, tenía prejuicios cuando se trataba de acciones favorables o desfavorables a sus puntos de vista. Entre los franceses, judíos o no, vivía a sus anchas. Sentía vibrar su temperamento, sobre todo en este París que conocía desde 1905. "Me siento feliz —solía decir— cuando estoy rodeado de franceses. En los Estados Unidos todo lo digiero mal. Los yankis sólo ofrecen dólares y confort de nalgas. Según los etnólogos, los judíos las tenemos redondas, por eso seremos siempre malos jinetes. En cuanto al arte norteamericano, pura publicidad. Los artistas han sucumbido a esa epidemia que Henri James define como "apetito del color y la forma". Lo anecdótico y romántico a cualquier precio. Hasta el más realista de los pintores norteamericanos, es pintoresco... ¿Y los marchantes? Unos verdaderos *racketeers*. Sargent, Whistler o Mary Cassat. Puro romanticismo...".

NUNCA fui partidario del arte con mensaje. Estaba convencido, como lo estoy hoy, que el artista, por su capacidad intuitiva, recibe de la sociedad el mensaje despojado de razonamiento. Un aporte a la historia del desenvolvimiento de la cultura humana: Esto no significa que el artista viva al margen de la política o la filosofía. El conocimiento intelectual nunca perjudicará su obra. Al contrario, afinará su sensibilidad, su poder receptivo, para transmitir con claridad el espíritu de los hechos que le rodean.

Hay artistas que se colocan al lado del político y el filósofo. No por eso dejan de ser artistas, pero la preocupación del mensaje limitará la función creativa. Pequeña y temporal será su aportación, sin impedir que la ceniza siga siendo un símbolo imperativo en la historia de la Humanidad.

Las teorías del "Arte por el arte", sustentadas por Tolstoy, y la "Utilidad del arte" sustentada por Guyeau, en aquellos años se subdividían en múltiples doctrinas y escuelas, la mayoría opuestas a la tradicional Escuela Francesa. Aún no entraba plenamente en escena Pablo Picasso ni se hablaba de la "Nueva expresividad".

Pascin, emocionalmente conservador, estaba en guardia contra aquellos que "buscaban" reglamentar la tesis de un "arte del futuro". Nutrido de presente, dejaba que "las hadas usen el don de adivinación"... No dejar que la literatura desvíe al artista de la realidad que prima en el ambiente social; de lo que el artista descubre para darnos la imagen de nuestro tiempo. Por el arte conocemos los sentimientos, las aspiraciones, los gustos temporales, los vicios y las pasiones que nos mueven. Por voluntad propia no podemos cambiar el sentido de la representación. "El verdadero artista, no está obligado a sustituir la claridad y la belleza plástica, el orden y la gracia por el enigma, la fealdad, el absurdo, la inquietud".

Hacia tiempo que conocía y admiraba la obra de Pascin. Ahora me tocaba admirar de cerca la naturalidad que acompañaba su talento. Por su parte, no sé lo que encontró en mi persona al brindarme amistad con tanta confianza. Sin duda la petulancia que yo exhibía al exponer mis opiniones, y que no tenía otra excusa que mi juventud. Además, le interesó saber que venía de tierras lejanas. Para Pascin todo lo lejano era atrayente. Quizás fuera éste el principal motivo de la simpatía que me demostró. Le fascinaba todo lo que pudiera sugerir exotismo o misterio.

Pascin, tan difícil de intimar, me invitó ese mismo día a tomar el aperitivo a la "Nouvelle Athenée", el popular café de la Place Blanche, lugar de cita de artistas, actores, y distinguida ralea trajinante. Al caer la noche acostumbraba llegar al Café para descansar del trabajo cotidiano. El camarero le tenía reservada una mesa junto al ventanal que daba al boulevard de Clichy. Desde ahí observaba el mundo que inspiraba su pintura: empleados y nudinetas camino de sus casas al terminar sus labores; prostitutas y chulos a comenzar las suyas.

Rara vez se encontraba sin compañía de amigos y amigas, sobre todo gente de color. Su cultura se nutría de retazos de religiones y filosofías orientales. En francés purísimo, mezclaba frases de *patois* mediterráneo, y hablaba el inglés con acento de Brooklyn. Fastuoso

como un nabab, distribuía consejos y dinero a quien se los pedía, sin que le preocupara mucho el alivio que pudiera traer su generosidad.

En esa primera cita, Pascín me trató como a viejo amigo, digno de hacerle confidencias, de contarle sus angustias y alegrías. Las piernas estiradas bajo la mesa, en relax, costumbre que sin duda adquirió en Norteamérica, mientras contemplaba gotear el agua del terrón de azúcar al ajeno de su vaso, escuchaba el relato de las cosas que yo evocaba del Perú, de Piura, en el extremo norte del país. Le decía que si me hubiera sido dado escoger un sitio donde nacer, no hubiera sido otro que San Miguel de Piura, la tierra "donde el sol quema", como dicen mis paisanos. No se puede imaginar lugar más bello, naturaleza más generosa. ¡Qué paradisiaca belleza! La magia de la luna de Paita, el ardor del sol de Colán, la suave brisa cargada de sales marinas, ahí donde la fría corriente de Humbolt se entrevera con las tibias aguas ecuatoriales. Hervidero de peces donde el feroz tiburón azul da cita a la corbina. Tierra adentro, arenas y oasis, ciudades y pueblos de nombres indios, entre bosques de palmeras y algarrobos: Yapatera, Chulucana, Catacaos, Sullana, hasta llegar a las cimas boscosas de la cabecera de los Andes. Ahí está Canchaque donde la primavera jamás se ausenta. Frutos ácidos y perfumados, hombres recios y bravos. Pascín, olvidando el ajeno, me oía con la avidez que muestran algunos viejos cuando hablan de vicios. Su vicio, no le descubrí otro, era correr mundo. Durante temporadas enteras desaparecía por los más exóticos confines. En el Caribe su imaginación se abría de par en par a la aventura: Islas Vírgenes, Cuba. La Guadalupe. Cortos períodos que alumbraban con sol su melancolía.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Pascín desapareció de París. Establecido en Nueva Orleans inicia viajes de exploración por las islas del Caribe. Con disciplina de antropólogo, estudia los diferentes mestizajes, sus habitáculos, tipos y costumbres. En las razas de color encuentra una fuerza expresiva, propicia a la representación plástica.

Después del armisticio, sus estadías en París se hicieron prolongadas. ¿De dónde venía? De Estados Unidos, de Londres o de alguna gira por geografías remotas. Misterioso como un mago, traieado de negro, de impecable elegancia, cuello duro y vistosa corbata. La cabeza siempre cubierta, el sombrero sobre las cejas, balanceando los pies, Pascín daba la impresión de estar sumido en profunda meditación.

"¿Qué quieres —me decía— no puedo deshacerme de esta nostalgia que me hace desdeñar las alegrías terrestres. Parece que un obstáculo se interpone entre el externo gozo y una misteriosa causa interna. Algo que me induce a pensar en cosas tristes. El deseo de

llegar a una solución libertadora. Destruir algo que se opone a esa libertad”.

¿Cuál era su terrible secreto? Hay preguntas que no tienen respuesta.

SIETE años transcurrieron desde que terminó la Primera Guerra. En 1925, cansado de barcos y trenes, Pascin vino a instalarse en el número 36 del Boulevard Clichy. Un apartamento reducido, sobriamente amueblado, sin mucha luz, de acuerdo a su pintura sombría. En el taller, una amplia mesa de dibujo y un magnífico caballete de fabricación americana, a juzgar por las cremalleras y manivelas, ocupaban casi por completo la habitación. En las paredes, sobre los muebles, por todas partes, telas y carpetas de dibujo. Un fortuna con la que hubiera podido comprar un yate, un automóvil o una casa de campo, pero Pascin se preguntaba: ¿Para qué? ¿Para ser admirado por los idiotas?

Vivíamos esa madurez “plenamente histórica” que Ortega sitúa de los veinte a los treinta. Nos separaba una pequeña diferencia de años, y nos unía gran afinidad de ideas sobre lo que debe de ser el arte. En cuanto a gustos, ya era otra cosa. Jamás compartí su predilección por la comida cargada de especias, ni aprobé su inclinación por modelos sensuales de senos prominentes. Sin esperar lo Pascin pasaba de lo espiritual a lo vulgar. Pocas veces mantenía el mismo tema en la conversación. Sólo en pintura: las Venus de piel dorada de Botticelli o de Tiziano emparentadas con sus desnudos.

LA guerra del 14 dejó al mundo tan absurdo como antes; consistente de vivir una existencia precaria. Las cosas, aparentemente, volvieron a transcurrir por los mismos cauces. Las guerras, al destruir, reclaman nuevos esfuerzos para reconstruir. Son viejas prácticas. Una de ellas, las Exposiciones Universales. El Gobierno de la República Francesa, para mostrar el resurgimiento de la nación, organizó la Exposición Universal de Artes Decorativas (1925). La civilización artística iba a demostrar la perennidad del espíritu sobre la deleznable materia.

Pascin aceptó formar parte de una comisión oficial norteamericana, lo que le obligó a exponer en el pabellón de Nueva York. Me explicaba las ventajas que le traería la publicidad. “Puesto que me ha tocado colaborar, no tendré más remedio que hacerlo. Los yanquis saben sacar partido de todo, y saben pagar”. Con esto me invitaba a exponer un *vitrail* que acababa de terminar para una iglesia del Cuzco.

Preferí mi entrada al Salón de Otoño, entonces la meta de las nuevas tendencias, al lado del Salón de los Independientes que ya incubaba a los *fauves*.

Mi desinterés fue aprobado por Pascin. No hice sino identificarme con el país que me prestaba ayuda. La mayoría de los artistas de aquel tiempo, sin poseer muchos bienes materiales, nos sentíamos enriquecidos por lo existencial que el arte representa. Teníamos la certidumbre de que esta Exposición iba a demostrar, una vez más, que el arte es una experiencia profética. Ayuda a renovar. A los artistas, incumbe cumplir el consejo de Platón: "Cada uno haga lo que le toca hacer, aquello para lo cual es más idóneo".

AL volver Pascin de un viaje a Florida, noté un sorprendente cambio en su persona. Un velo enturbiaba el brillo de sus ojos castaños. Parecía haber perdido interés por las cosas y las gentes que le rodeaban; su audacia optimista se perdía en recelo, como ante una amenaza de ataque y persecución. ¿Qué obsesión le llevaba fuera de su propio mundo? En su boca, de labios finos, reflejaba un cansancio triste, casi animal.

Mucho tiempo después me enteré de que estos cambios se producían a raíz de sus crisis epilépticas. La enfermedad daba paso a esa angustia que los israelitas llevan dentro, indestructible, desde que la principal forma de abstención es suprimir la relación sexual. Claro que no pienso juzgar la vida de Pascin por su epilepsia, como no juzgaría la literatura de Dostoievski por la misma enfermedad y a Nietzsche por la sífilis.

En esta segunda etapa de nuestra amistad, Pascin llevaba consigo, muy adentro, el "suplicio eterno": la sexualidad. No tan impositiva como para descartar su aspiración al amor ideal.

"La pasión —me confiesa con la voz saturada de tristeza— es un misterio que la ciencia jamás podrá develar. Las religiones y las filosofías inventan sedantes para aplacar la angustia que produce el amor, pero no logra hacerla desaparecer. Sigue siendo un mandato que tenemos que acatar como divino. Por siglos y siglos la Humanidad entera obedece al sexo. Por eso mismo, el arte no es sino un mensaje del sexo". ¿Qué impulsa a las ballenas —se pregunta— a concurrir a la cita que se dan, desde hace siglos en una isla al noroeste de Francia, a recorrer miles y miles de millas para cumplir el mandamiento que la naturaleza impone a todo ser humano?

En otra ocasión Pascin me declara su máxima preocupación: Comprender la creación, tan misteriosa como la muerte. Había visitado México. Lo conocía desde Yucatán hasta la capital Azteca. En las noches yucatecas ha palpado el misterio de la vida. En la

capital ha contemplado el cráneo de obsidiana, las terracotas de Nayarit, las hachas toltecas y la astrología azteca. Ha palpado el dominio de la sangre en el misterio de dioses carniceros y protectores. Ha meditado ante Coatlicue, madre del Río de los muertos, coronada de serpientes.

"En mis viajes, lo que observo con mayor interés, más que el paisaje y los tipos humanos, es el misterio que impulsa a todos los seres a reproducirse, y que la sociedad, hasta hoy, trata de disimular. París está tratando de destruir la hipocresía puritana; de ella parte la erotización de las costumbres".

VARIAS veces acompañé a Pascin en incursiones nocturnas. Como a Utrillo, le gusta recorrer las calles en la quietud de la noche. ¿Buscaba, en realidad, jóvenes que le sirvieran de modelo? En los *Dancing*, como el de la rue Blomet, encontraba de todo: la profesional prostituta deformada por la perversidad; muchachas con restos de inocencia campesina; señoras de aspecto respetable. Todas las razas y todos los colores. Ahí pesca Pascin el material que inmortalizará en sus elegías. Esos desnudos de piel nacarada entre verdes agrios y escarlatas, sombras grises y sepias de una riqueza tonal pocas veces lograda por otro pintor con tan mínima paleta.

Ante el caballete, parecía impulsado por narcóticos. Ausente para todo, a no ser para el papel o la tela que tiene delante, apretados los labios, sumergido en intensa comunión teológica, guía el pincel en trazo cuidadoso, ya que nunca repetía el esfuerzo. Terminado el cuadro en una sola sesión, cae agotado en un sillón. Es cuando abre su corazón a las confidencias.

¡Con qué ternura habla de cada nuevo amor! La última fue Lucy. El deseo sin fin. El amor platónico, "delirio divino". El Eros que viene a parar en el "no deseo". A modo de excusa explica: "La castidad como disciplina es relativa a la vida, no al espíritu. El eugenismo de Licurgo no significa ascetismo. Tiende a mejorar la especie, a que los hijos nazcan más robustos".

Antes de presentarme a Lucy me explica: "La dialéctica de Eros introduce en la vida algo extraño a la atracción sexual. Un deseo que nada puede satisfacer, que rechaza la tentación porque sólo quiere abrazar el todo".

LUCY me produjo una agradable impresión. La encontré graciosa y vulgar; típica *midinette*, de finales de la *Belle Époque*; nariz respingada, negros ojos vivarachos, cabecita rizada sobre cuello bien torneado, como lo suelen tener las francesas. Nada del tipo sensual

que generalmente le impresionaba. El principal encanto de Lucy estaba en la voz. Ella lo sabía. La oí cantar en la casa de campo de su madre, donde me llevó Pascin, en La Varenne, a orillas del Marne, precioso lugar, preferido por las "matronas" retiradas. Lucy cantaba sin hacerse de rogar. Probablemente se entregaba de igual manera, sin ruegos ni preocupaciones, y sin pedir dinero. Como si cantara *Le temps des cerisses*, después del postre, en cuanto se lo pedían.

Al volver de La Varenne, Pascin me habló de Lucy en tono serio, casi trágico. No dejó de preocuparme:

—Qué quieres, soy un loco que busca refugio en personas demasiado humanas. No sé qué hacer. Estoy en equilibrio entre Patrarca y Sade. El primero se castiga a sí mismo, hasta el sacrificio, para conservar el objeto amado; mientras que Sade, se empeña en matarlo. ¿Cuál será mi fin?—.

ME enteré de la muerte de Pascin leyendo "Le Matin", una mañana del mes de junio de 1930.

El relato de su suicidio era granguñolesco. El reportero lo describía con lujo de detalles: "Al amanecer, el pintor se abrió las venas con una navaja. Como la muerte tardara en llegar, puso agua a calentar y sumergió las muñecas heridas en el cubo. Desesperado por tan lenta agonía, casi sin fuerzas, logró atar el cinturón a la perilla de la puerta del estudio donde se ahorcó después de escribir en la pared con los dedos tintos en sangre: "Lucy *Je l'aime*".

En realidad, conociéndole, como le conocí, estoy seguro de que Pascin preparó cuidadosamente su fin. Obsesionado por su enfermedad, concibió la muerte como una bella liberación. La máxima felicidad a la que aspiran los héroes de Herodoto al término de sus hazañas: "La Muerte Bella". Eso de la frase escrita con sangre sobre el muro fue, sin duda, una idea truculenta del reportero. La verdad es que Pascin dejó una carta para Lucy. Semanas después, ésta la vendió a un coleccionista de autógrafos.

CONVERSACION CON JEAN CASSOU

Por Dardo CÚNEO

¿POR qué se nos han venido a la conversación de esta mañana de domingo los temas —y los climas— de Europa que enfrentó al fascismo? ¿Comodidad de memorialistas? Esos temas no traen conformidad. ¿Gusto por la rememoración? Esos temas no prestan placer. Me preguntaría, primero, por qué al día siguiente de llegar a París lo busqué en su departamento de Cardenal Lemoine y convinimos darnos esta mañana entera para la conversación. Sabía lo que buscaba. París era estación final de mi excursión europea. Europa me había dispuesto a secretas y públicas alarmas. Sólo en Madrid, donde no lo esperaba, me deshice un rato de ellas. Fue visitando, en la pista de una investigación sobre Mariano José de Larra, el Museo Romántico. Le pregunté al bedel, que prefirió compensarse de la soledad del Museo acompañándome por sus salas: Cómo que la guerra no afectó esto. Y su respuesta: Señor, los milicianos lo cuidaron. No dijo los rojos. No dijo que a pesar de los rojos. Ha reintegrado a su nombre propio a los defensores de Madrid de entonces, lo que me dijo que algo está ocurriendo en este Madrid de ahora. ¿Apertura? Sí, desde abajo, desde los miedos que se les van a la gente en hablar, con propiedad, de cosas prohibidas. Más allá de esta clave provista por el bedel de un museo madrileño nada visitado, poco hay sino alarmas de confusos neofascismos europeos entre fatigas que inmovilizan expectativas, entre tanto fracaso de respuestas desde instituciones viejas, entre tanto condicionamiento desde todas partes, lo que supone un paisaje de alteraciones sin salidas liberadoras. Necesitaba conversar con Jean Cassou en ejercicio de conciencia confesada, explicada. De entre los amigos de París, el mejor. Me le amisté, por mi parte, leyéndole, distante lector argentino, en *Claridad*, el diario madrileño de Luis Araquistain, su discurso solidario en el Ateneo de la capital republicana, vísperas inmediata de la guerra contra el pueblo español. Mucho de lo que estaba a saber de España lo venía sabiendo por él que bien la sabía desde sus fuentes entrañables, vertiendo él de ellas: su edición al francés, primera edición de *La Agonía del Cristianismo* de Unamuno desterrado; su conferencia sobre el secreto

español a través de Velázquez y Goya, donde procuró esta definición del barroco quevediano: "mezcla de refinamiento intelectual y de brutalidad, de primor e infamia"; su indispensable ensayo cervantino. Y, además, su perspectiva hacia América Latina: traductor de *Las Lanzas Coloradas*, de Uslar Pietri. Y, sobre todo, sus constantes —muy concretas relaciones entre inteligencia y política— hacia las causas populares. Todo un perfecto hermano mayor. Hubiera querido, muchacho, saberme, llevado de su mano. En un curso en que, años después, me ocupé, en la Casa del Pueblo, de Buenos Aires, sobre el centenario del 48, lo cité con reiteración de segura guía. A un libro reciente, antológico, le di por título *Las propias vanguardias*, sugerido por él como divisa anticolonial para el pensamiento de creación argentina. Y esta mañana volví al primer piso de Cardenal Lemoine, después de recorrer los vecinos puestos del Sena, procurando al alcance de mis francos los libros que faltan en mi arsenal peguiano. Y comenzamos por Péguy, a propósito de uno de mis hallazgos, *Péguy socialista*, de Felicien Challaye.

—Ha entrado en la historia de las ideas de Francia en un momento de extrema crisis, el 14, que está cronológicamente lejos, pero muy cerca aún por sus significados. Péguy muere cuando muere una época. Sus propias crisis eran las de la conciencia de una época sentenciada. ¡Aquella guerra sin razón para Francia! ¿Quién la quiso en París? ¿Quiénes inspiraron que esa época sentenciada tuviera el carácter monstruoso de una guerra europea? Locuras del capitalismo imperialista. Aquella época se cierra abriendo canales monstruosos para el resto del siglo xx. En cuanto intérprete de una crisis de esa índole, la conciencia de Péguy era inquietantemente compleja. Pero, la sustentaban sentimientos socialistas. Y éstos estaban entroncados en una interpretación visceral, rústica, que hacen de la realidad los campesinos de su tierra. Desde ahí, ¿no nos viene, acaso, la idea carnal, concreta, popular que define la tradición del pueblo francés? Catolicismo sin prescripciones de Roma. Amor a la nación sin desviaciones nacionalistas. Eso fue Péguy. El gran enemigo de la tradición socialista que representaba Péguy fue Maurras; fue el gran enemigo del siglo xx francés. La Acción Francesa fue el germen del fascismo en Francia. Las culpas de Barrés fueron más difusas, pero no menores. Su influencia era encantadoramente peligrosa. Maurras dominaba entre estudiantes del Barrio Latino. Barrés, buen violín, encantó a los escritores de mi generación. Todos nosotros, Malraux incluido, incluido los surrealistas, estuvimos sometidos al imperio de la frase barresiana, de su anarquismo musical. Detrás de eso, se escondía el demonio fascista. El nacionalismo de Maurras era la primera forma de fascismo. En Barrés se daba un ambiguo antisemitismo, a pesar de haber sido seducido por el Toledo hebreo.

Los recuerdos, así alistados, no declinan en su voz a crónica muerta, a reminiscencia, a alejamiento. Sus setenta y siete años no se esconden detrás de los recuerdos. No le piden asilo. Los recuerdos son actos vivos de una jornada pendiente, desafiante y lúcida. La voz que los dice no es de clausura; los hace recuento y los devuelve en abierta perspectiva de recreación, porque las cuentas del hombre, que no se clausuran, son proposiciones del hombre, que no se encubren en la reminiscencia, no se disimulan en el alejamiento, no se dejan morir en forma alguna de sosiego. La voz rehace el curso de los recuerdos para saber mejor desde dónde le vienen estas claras energías con que este Jean Cassou se suma desafíos, se alerta de los signos del futuro curso y juega a lo probable con el sereno coraje y la intranquila madurez de quien se asiste de los significados de la tradición de su pueblo, de su nación, y en ella legitima las relaciones entre inteligencia y política. De los significados de esa abierta tradición hablamos. Es Hugo. Es la Comuna. Es el antifascismo. Es la Resistencia. El escritor aristocratizante no tiene lugar en esa tradición. No integra la cultura de su pueblo. El escritor aristocratizante —Maurras es el enemigo— pactará con el invasor extranjero a nombre de un nacionalismo de minorías desentendidas de la tradición nacional, popular, de un nacionalismo de exclusiones y represiones, de complejos racistas, de cobardías antisemitas, de un nacionalismo que mutila la idea de nación, que resta soberanía a la vida de la nación. No sólo un anacronismo irresponsable de literatos aristocratizantes. Un crimen contra la nación.

—La convocatoria antifascista del Frente Popular más allá de su inmediata circunstancia de combate político, sirvió para advertir a los de mi generación que la tradición popular de Francia era una misma con la de su gran literatura. Esa tradición es un mismo Hugo en *Las contemplaciones* y en *El año terrible*. Aislar o enfrentar la labor del escritor al margen o en contra de esta tradición es falsear las realidades y empequeñecer los alcances del oficio. La libertad del hombre es el objetivo. La más completa y profunda libertad. La libertad en todas sus formas previsibles e imaginables. La libertad como experiencia del ser humano, como tradición popular. El antifascismo de los años 30 significó el regreso del escritor a esa tradición. Mucho más que una literatura comprometida. Una literatura que se integra en la tradición del pueblo del 48, del pueblo de la Comuna y del pueblo de Hugo, la más rica tradición nacional, de la que había renegado y seguiría renegando Maurras. Los Maurras prepararon la derrota de Francia. La convocatoria antifascista de los años 30 preparó la resistencia patriótica.

Aquí, un testimonio de Jean Cassou que traigo a la conversación: su sátira acusatoria de *Legión*, su personaje imbécil medio,

arribista, trepador, que concurre, con el pretexto de confusos sobrantes espirituales, a replegarse en proposiciones de resentimiento fascista. Decía el personaje oscuro: "Llama fascismo a eso, si te place, o como quieras, pero deberemos devenir, ¿sabes qué?, los pastores y dirigentes del mito. Debemos rehacer una sociedad primitiva". Se llamaba —y continúa llamándose— fascismo.

—Los Maurras —remarca Jean Cassou— prepararon la gran traición al pueblo francés. La convocatoria antifascista preparó la resistencia contra el invasor. Yo, de oficio escritor y conservador de museos, en lo ideológico algo en un todo de socialista-revolucionario-anarquista, me supe patriota de esa tradición nacional sin necesidad de pregones de fanatismo nacionalista. Nuestro antifascismo era la cara contemporánea de esa tradición. El nacionalismo y su desfiguración impopular y anacrónica resultaba, en definitiva, una agencia interna de los enemigos exteriores de la nación. Corría mucho dinero alemán.

—¿Fue Blum quien había denunciado que la prensa francesa, incluso la gran prensa, en los años 30, podría ser dividida entre la que recibía subsidios del nazismo alemán y la que lo recibía del fascismo italiano?

—Sí, fue Blum.

El recuerdo de Blum. Vicent Auriol, su compañero, cuenta en *Hier. Demain*, sus dos tomos de memorias, que el líder socialista sufrió la traición dentro de su propio partido durante el período de Vichy. Algunos supusieron a Petain un socialista nacional. Era una propuesta que venía de Deat, caudillo partidario que, en vísperas de la guerra, se escindió para especular con supuestos populistas y pactar con los nazis. Blum razonó su socialismo en el proceso de Riou, defendiendo su gestión de primer ministro del Frente Popular; en las cárceles alemanas, reactualizando sus tesis humanistas de cambio social en *L'Echelle Humaine*.

—Blum se murió —testimonia Jean Cassou— diciéndose: "Tengo una cosa que me pesa en el corazón: España. La tengo, la tengo".

Tras el sacrificio de España, no tarda el sacrificio de Francia. Jean Cassou, conservador de museos, se afana en los primeros días de la derrota en resguardar las colecciones del patrimonio nacional en castillos que podían suponerse alejados de la invasión, pero hasta ellos llega la ocupación extranjera, y Radio Vichy se ocupa de Jean Cassou, frentepopulista y judío. Jean Cassou se integra en la resistencia. Primero, en el *réseau* de Pierre Brossolette, surgido del Museo del Hombre y en que la Gestapo hace rápidas cosechas: siete hombres fusilados, dos mujeres deportadas. Luego, en Toulouse, donde su cuñado, el bergsoniano profesor Vladimiro Jankelevitch (su padre había sido el primer traductor de Freud al francés) ha dictado

filosofía. Ahí, es arrestado por policías de Vichy y un tribunal de oficiales al servicio de Petain le condena a años de encarcelamiento que soporta en varios campos de concentración en el Mediodía. Cuando lo liberan, ya está toda Francia ocupada. Entonces, la lucha clandestina ha acrecido en hombres, corresponsales, jefaturas. Centro de su actividad: Lyon. Un encuentro con la jefatura de la resistencia en París y regresa con papeles a nombre de Jean Combess, para desempeñarse en misión de responsable del movimiento nacional en el sudoeste. Sus nombres de clandestinidad serán, primero, Alain, y, luego, cuando más riesgoso por intensamente usado, Fournier.

—Era un verdadero encanto. Los días más dichosos de mi vida. Detrás de los nombres supuestos podía adivinarse al viejo amigo (los oficiales del Tecnológico usaban nombres tomados de la geometría, empecinamiento inocente del oficio, tal como yo lo había tomado de mi literatura preferida), o anunciársenos amigos nuevos y nacernos la más fuerte fraternidad sin sabernos quiénes éramos. No saber quiénes éramos, pero sí lo que habíamos elegido. Era cosa fantástica. No tener identidad civil. Lo más maravilloso del mundo. Era la libertad completa. Era un estado moral magnífico. Esperamos a una persona que se nos revelaría por llevar una cerrilla en los labios; y nos dirá vaya a tal número de esa calle o de otra, lleve un diario alemán debajo del brazo, y dirá Buen día, Carlos, y con este Carlos subo al tercer piso llamando dos veces. Eran reuniones ahí, o en donde conviniera, con diferentes previsiones, para organizar la información y la acción. Una vez por mes a París para dar cuenta en la reunión de los diecisiete comandantes regionales de la resistencia. En julio del 44, a la espera del segundo frente, me designan comisario de la región de Toulouse, y designo a los siete prefectos departamentales entre guerrilleros que los hay españoles, entre los mejores. Cada uno en su puesto. Cuando Radio Londres diga Gilberto está enfermo, esperaremos paracaidistas con instrucciones para distorsionar las vías de los trenes de las tropas nazis. Esperamos el día J. llega un delegado de De Gaulle ante el comando central de la resistencia. Llega agotado. Creo, me dice, que tendré aún tiempo de pasar dos días en el campo y me llevaré para leer *Las Harmonies Viennoises*. Me estaba identificando, aludiendo a mi novela juvenil. El se llamaba Burguelle, ingeniero Burguelle. La Gestapo lo encontró antes de los dos días y murió en sus manos. Yo tuve tiempo de alejarme a los bosques, a quince kilómetros de la ciudad, para ver a mis hijos, a mi mujer, a sus padres. Silbé junto a la casucha que los escondía. Oí al hijo: Sí, papá. Abrazos y regreso. La Gestapo y las milicias de Petain se cerraban sobre

la resistencia en las ciudades, someténdola a su cerco de muerte. Difíciles horas tremendas. A cada una de esas horas, me extrañaba no haber sido prendido. Pero, los maquis acosaban fieramente a las tropas alemanas que comenzaban a replegarse. Era el día J. Hicimos reunión de responsables en una fábrica inmediata a la estación, desde cuyos techos los ferroviarios tiroteaban a los convoyes alemanes. Todo cambiaba. El comité de responsables sería el nuevo poder en la región. De esa reunión se decidió ocupar al día siguiente la Prefectura. El delegado socialista le dice a su mujer: es el día más hermoso de nuestra vida. Todos lo sabíamos así. En camino a la Prefectura, nos detiene una fuerte partida nazi. ¿Papeles? Se me ocurre decir: ¿No somos nosotros quienes debiéramos pedírselos a ellos? El futuro Prefecto, me contesta: Muy gracioso, pero aún no es el momento. No lo era. Nos estaban ya golpeando con las culatas de sus armas la cabeza, las espaldas, las costillas. Descargan sus armas. Se van cuando creen haber terminado. Se equivocaban. Había uno con vida, con poca vida, pero no muerto del todo. Era yo. Quince días sin conocimiento. Ningún recuerdo inmediato. ¿Fue un accidente?, pregunté a mi mujer. No, los alemanes. Le contesté: Ah, mejor.

—Ese era el patriota francés, pero, ¿el escritor durante la resistencia, la prisión, la clandestinidad, la acción organizativa, la lucha? Le sabía la respuesta:

—Pues, era el mismo patriota resistente, preso, clandestino. El mismo. Justamente, el mismo, sólo que escribía para prensa resistente, para papeles clandestinos. Y algo más. En la cárcel, durante dos meses de incomunicación, sin lecturas, sin papel ni lápiz, sin correspondencia, sin patio, la única cosa que puede hacer un preso es dar ocupación a sus facultades cerebrales y lo hice componiendo poemas. Versos libres hubiera sido imposible como no lo fue la forma del soneto, más apropiada para el juego mental y mejor dispuesta para memorizarlo por su estructura. Los componía en las noches del calabozo y los guardaba en la memoria, los corregía y los volvía a guardar, me los repetía y quedaban guardados. Fueron treinta y tres sonetos así trabajados y salvados. En el primer período de libertad condicional, los puse en papel. Funcionaban las prensas clandestinas de *Editons de Minuit*, y allá fueron. Aragón les dio título: *Trente-trois sonnets composés au secret*. Aparecieron firmados por Jean Noir, con prólogo que Aragón firmó François la Coléra. Darius Milhaud, exilado en Estados Unidos, hizo música para seis de ellos. Terminada la guerra, viajé a Nueva York, y desde San Francisco, donde quedó viviendo, me dio alcance su llamada telefónica en casa de Levy Strauss, donde yo estaba almorzando. Mier-

da, gritó, yo estaba seguro que ese Jean Noir era usted. Hace diez años, los he vuelto a publicar en *Mercure de France*. Acá están.

Y pone en mis manos la pequeña edición: "estos sonetos salvados de un naufragio, con el recuerdo de una conversación llena de recuerdos".

Recuerdos de conciencia cumplida. Por cumplida, alertada.

Jean Cassou

SONETOS COMPUESTOS EN LA CARCEL

(Versión de D. C.)

II

Muerto a toda suerte de esperanza y espacio,
mas no hacia los tiempos que labran sus cosechas.
Al que muere, forzado, le cedo mi lugar
y desde los despojos se ensancha mi pasión.

Conmigo la llevo hacia un país sin nombre
donde múltiples noches someten y olvidan.
Las sombras se devoran y afirmo mis sienes
cuando un muro de sombras bebe mis huellas.

Vida que no es, menos que nada. En mi vigilia
los niños recién muertos solos peregrinan.
Traslúcida claridad se rehace y muere,

fuerzas sin devenir, recuerdos sin pasado,
declinan de su gozo, expían de su juego,
y el Alma entonces arde, extendidas las alas.

XI

Tú, La Compañera, conoces de mi estrella
sólo la cara nocturna y los ojos cegados,
esta dura boca, sumas de aridez, apenas
la quebrada imagen de caudalosa sombra.

¿Para quién mis visiones, las aguas musicales
que retenían mis manos en los claros días?
Mis augurios de Asia pronto se derramaron
hacia el último extremo de la esfera fatal.

Vuelve a tu luz, inclínate sobre ti misma
—mientras tú, tu angel, no cesa en crecer—, serás
Narciso sin orgullo, deseo ni lágrimas,

confusa y encarnada en saberse tan bella.
Sólo tú pudiste que ofrezca a mis altares
una felicidad trabajada entre alarmas.

XIX

Yo soy Juan.

Victor Hugo

Yo soy Juan. Y no cargo con mensaje alguno.
Nada he visto en la isla en que fui confinado.
Nada grité en el desierto. Sólo le traigo
testimonio al sueño de una noche en verano.

Para el sueño de una recobrada juventud
bajo cálidas constelaciones de otra edad,
porque quiero ahora entender el lenguaje
ardiente y vital del firmamento encendido.

En cuanto a mí, callaré, siendo el indigno
de anudar el cordón de insignes camaradas
que van hacia el alba, o en sosegar mi frente

al resplandor de los himnos revelados:
precursor y discípulo se abolirán en ti,
oh, noche de sombra blanca y reflejo total.

Dimensión Imaginaria

UNA PEQUEÑA ANTOLOGIA DE NICOLAS GUILLEN

Por Alfredo S. DUQUE

DEL libro *Obra Poética de Nicolás Guillén*, publicado en La Habana por el Instituto Cubano del Libro en dos tomos, tomamos los datos biográficos que se copian a continuación:

"Nicolás Guillén nació en Camagüey el 10 de julio de 1902. Hizo estudios primarios en su ciudad natal. Aprendió el oficio de tipógrafo en la imprenta del periódico que dirigía su padre —periodista y político— y, al morir éste en la guerra civil de 1917, trabajó en una imprenta de obra. Bachiller en 1920, cursó un año de Derecho en la Universidad de La Habana. De regreso en Camagüey, dirigió la revista *Lis* y fue redactor en *El Camagüeyano*. A fines de 1926 se trasladó a La Habana y trabajó en la Secretaría de Gobernación. Comenzó a destacarse con sus colaboraciones en la página "Ideales de una Raza", del *Diario de la Marina*. Con la publicación de *Motivos de son* (1930) y de *Sóngoro cosongo* (1931), inició una obra poética de significación excepcional en la literatura cubana. Después del derrocamiento de Machado en 1933, se consagró más plenamente a la poesía y el periodismo. Redactor del diario *Información* y jefe de redacción del semanario *El Loco*. Vinculado al Partido Comunista de Cuba desde 1935 —en el que ingresó en 1937—, fue redactor del semanario *Resumen*, director de la revista *Mediodía* (1936-39), redactor del diario *Hoy* (1938-1953). Colaborador de publicaciones de Cuba y del extranjero. Ha viajado por distintos países de América, Europa, Asia y África. Sus libros de poesía han sido traducidos a numerosos idiomas. Fue miembro del Comité Nacional del Partido Socialista Popular, y por su obra y acción revolucionarias ha sufrido persecución, prisión y exilio. En 1954, le fue otorgado el Premio Internacional Lenin por la Paz. Ha participado en congresos de escritores y en los del Comité Mundial por la Paz, en distintos países. Desde 1961 es presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC)."

Agregamos por nuestra cuenta: estuvo en México en el mes de septiembre de 1975 invitado por el presidente Luis Echeverría.

BARLOVENTO

(Venezuela)

Cuelga colgada,
cuelga en el viento,
la gorda luna
de Barlovento.

Mar: Higuerote.
(La selva untada
de chapopote.)

Río: Río chico.
(Sobre una palma,
verde abanico,
duerme un zamuro
de negro pico.)

Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.

El mismo canto
y el mismo cuento,
bajo la luna
de Barlovento.

Negro con hambre,
piernas de sogá,
brazos de alambre.

Negro en camisa,
tuberculosis
color ceniza.

Negro en su casa,
cama en el suelo,
fogón sin brasa.

¡Qué cosa cosa,
más triste triste,
más lastimosa!

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

Suena, guitarra
de Barlovento,
que lo que digas
lo lleva el viento.

—Dorón dorando,
un negro canta,
y está llorando.

—Dorón dorendo,
amigos, sepan
que no me vendo.

—Dorón dorindo,
si me levanto,
ya no me rindo.

—Dorón dorondo,
de un negro hambriento
yo no respondo.

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

UNA CANCION EN EL MAGDALENA

(Colombia)

Sobre el duro Magdalena,
largo proyecto de mar,
islas de pluma y arena
graznan a la luz solar.
Y el boga, boga.

El boga, boga
preso en su aguda piragua,

y el remo, rema; interroga
al agua.

Y el boga, boga.

Verde negro y verde verde,
la selva elástica y densa,
ondula, sueña, se pierde,
camina y piensa.

Y el boga, boga.

¡Puertos
de oscuros brazos abiertos!
Niños de vientre abultado
y ojos despiertos.
Hambre. Petróleo. Ganado. . .

Y el boga, boga.

Va la gaviota esquemática,
con ala breve y sintética,
volando apática. . .
Blanca, la garza esquelética.

Y el boga, boga.

Sol de aceite. Un mico duda
si saluda o no saluda
desde su palo, en la alta
mata donde chilla y salta
y suda. . .

Y el boga, boga.

¡Ay, que lejos Barranquilla!
Vela el caimán a la orilla
del agua, la boca abierta.
Desde el pez, la escama brilla.
Pasa una vaca amarilla
muerta.

Y el boga, boga.

El boga, boga
sentado,
boga.

El boga, boga
callado,
boga.

El boga, boga,
cansado,
boga . . .

El boga, boga,
preso en su aguda piragua,
y el remo, rema: interroga
al agua.

MI PATRIA ES DULCE POR FUERA . . .

Mi patria es dulce por fuera,
y muy amarga por dentro;
mi patria es dulce por fuera,
con su verde primavera,
con su verde primavera,
y un sol de hiel en el centro.

¡Qué cielo de azul callado
mira impasible tu duelo!
¡Qué cielo de azul callado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
con ser tan azul tu cielo!

Un pájaro de madera
me trajo en su pico el canto;
un pájaro de madera.
¡Ay, Cuba, si te dijera,
yo que te conozco tanto,
ay, Cuba si te dijera,
que es de sangre tu palmera,
que es de sangre tu palmera,
y que tu mar es de llanto!
Bajo tu risa ligera,
yo, que te conozco tanto,
miro la sangre y el llanto,
bajo tu risa ligera.

Sangre y llanto
bajo tu risa ligera;

sangre y llanto
bajo tu risa ligera.
Sangre y llanto.

El hombre de tierra adentro
está en un hoyo metido,
muerto sin haber nacido,
el hombre de tierra adentro.
Y el hombre de la ciudad,
ay, Cuba, es un pordiosero:
anda hambriento y sin dinero,
pidiendo por caridad,
aunque se ponga sombrero
y baile en la sociedad.
(Lo digo en mi son entero,
porque es la pura verdad.)

Hoy yanqui, ayer española,
sí, señor,
la tierra que nos tocó,
siempre el pobre la encontró
si hoy yanqui, ayer española,
¡cómo no!
¡Qué sola la tierra sola,
la tierra que nos tocó!

La mano que no se afloja
hay que estrecharla en seguida;
la mano que no se afloja,
china, negra, blanca o roja,
china, negra, blanca o roja,
con nuestra mano tendida.

Un marino americano,
bien,
en el restaurant del puerto,
bien,
un marino americano
me quiso dar con la mano,
me quiso dar con la mano,
pero allí se quedó muerto,
bien,
pero allí se quedó muerto,

bien,
pero allí se quedó muerto
el marino americano
que en el restaurant del puerto
me quiso dar con la mano,
¡bien!

EL ABUELO

Esta mujer angélica de ojos septentrionales,
que vive atenta al ritmo de su sangre europea,
ignora que en lo hondo de ese ritmo golpea,
un negro el parche duro de roncós atabales.

Bajo la línea escueta de su nariz aguda,
la boca, en fino trazo, traza una raya breve,
y no hay cuervo que manche la solitaria nieve
de su carne, que fulge temblorosa y desnuda.

¡Ah, mi señora! Mírate las venas misteriosas;
boga en el agua viva que allá dentro te fluye,
y ve pasando lirios, nelumbios, lotos, rosas;

que ya verás, inquieta, junto a la fresca orilla
la dulce sombra oscura del abuelo que huye,
el que rizó por siempre tu cabeza amarilla.

UN SON PARA NIÑOS ANTILLANOS

Por el Mar de las Antillas
anda un barco de papel:
anda y anda el barco barco,
sin timonel.

De la Habana a Portobelo,
de Jamaica a Trinidad,
anda y anda el barco barco,
sin capitán.

Una negra va en la popa,
va en la proa un español:
anda y anda el barco barco,
con ellos dos.

Pasan islas, islas, islas,
muchas islas, siempre más;
anda y anda el barco barco,
sin descansar.

Un cañón de chocolate
contra el barco disparó,
y un cañón de azúcar, zúcar,
le contestó.

¡Ay, mi barco marinero,
con su casco de papel!
¡Ay, mi barco negro y blanco
sin timonel!

Allá va la negra negra,
junto junto al español;
anda y anda el barco barco
con ellos dos.

GUITARRA

A Francisco Guillén

Tendida en la madrugada,
la firme guitarra espera:
voz de profunda madera
desesperada.

Su clamorosa cintura,
en la que el pueblo suspira,
preñada de son, estira
la carne dura.

Arde la guitarra sola,
mientras la luna se acaba;

arde libre de su esclava
bata de cola.

Dejó al borracho en su coche,
dejó el cabaret sombrío,
donde se muere de frío,
noche tras noche,

y alzó la cabeza fina,
universal y cubana,
sin opio, ni mariguana,
ni cocaína.

¡Venga la guitarra vieja,
nueva otra vez al castigo
con que la espera el amigo,
que no la deja!

Alta siempre, no caída,
traiga su risa y su llanto,
clave las uñas de amianto
sobre la vida.

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca,
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

El son del querer maduro,
tu son entero;
el del abierto futuro,
tu son entero;
el del pie por sobre el muro,
tu son entero. . .

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

SON NUMERO 6

Yoruba soy, lloro en yoruba
lucumí.
Como soy un yoruba de Cuba,
quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba,
que suba el alegre llanto yoruba
que sale de mí.

Yoruba soy,
cantando voy,
llorando estoy,
y cuando no soy yoruba,
soy congo, mandinga, carabalí.
Atiendan, amigos, mi son, que empieza así:

Adivinanza
de la esperanza:
lo mío es tuyo,
lo tuyo es mío;
toda la sangre
formando un río.

La ceiba ceiba con su penacho;
el padre padre con su muchacho;
la jicotea en su carapacho.

¡Que rompa el son caliente,
y que lo baile la gente,
pecho con pecho,
vaso con vaso
y agua con agua con aguardiente!
Yoruba soy, soy lucumí,
mandinga, congo, carabalí.
Atiendan, amigos, mi son, que sigue así:

Estamos juntos desde muy lejos,
jóvenes, viejos,
negros y blancos, todo mezclado;
uno mandando y otro mandado,
todo mezclado;
San Berenito y otro mandado,
todo mezclado;

negros y blancos desde muy lejos,
todo mezclado;
Santa María y uno mandado,
todo mezclado;
todo mezclado, Santa María,
San Berenito, todo mezclado,
todo mezclado, San Berenito,
San Berenito, Santa María,
Santa María, San Berenito,
¡todo mezclado!

Yoruba soy, soy lucumí,
mandinga, congo, carabalí.
Atiendan, amigos, mi son, que acaba así:

Salga el mulato,
suelte el zapato,
díganle al blanco que no se va...
De aquí no hay nadie que se separe;
mire y no pare,
oiga y no pare,
beba y no pare,
coma y no pare,
viva y no pare,
¡que el son de todos no va a parar!

AGUA DEL RECUERDO

¿Cuándo fue?
No lo sé.
Agua del recuerdo
voy a navegar.

Pasó una mulata de oro,
y yo la miré al pasar:
moño de seda en la nuca,
bata de cristal,
niña de espalda reciente,
tacón de reciente andar.

Caña
(febril le dije en mí mismo),

caña
temblando sobre el abismo,
¿quién te empujará?
¿Qué cortador con su mocha
te cortará?
¿Qué ingenio con su trapiche
te molerá?

El tiempo corrió después,
corrió el tiempo sin cesar,
yo para allá, para aquí,
yo para aquí, para allá,
para allá, para aquí,
para aquí, para allá...

Nada sé, nada se sabe,
ni nada sabré jamás,
nada han dicho los periódicos,
nada pude averiguar,
de aquella mulata de oro
que una vez miré al pasar,
moño de seda en la nuca,
bata de cristal,
niña de espalda reciente,
tacón de reciente andar.

IBA YO POR UN CAMINO

Iba yo por un camino,
cuando con la Muerte di.
—¡Amigo! —gritó la Muerte—
pero no le respondí,
pero no le respondí;
miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Llevaba yo un lirio blanco,
cuando con la Muerte di.
Me pidió el lirio la Muerte,
pero no le respondí,
pero no le respondí;

miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Ay, Muerte,
si otra vez volviera a verte,
iba a platicar contigo
como un amigo:
mi lirio, sobre tu pecho,
como un amigo:
mi beso, sobre tu mano,
como un amigo;
yo, detenido y sonriente,
como un amigo.

BALADA DE LOS DOS ABUELOS

Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.

Lanza con punta de hueso,
tambor de cuero y madera:
mi abuelo negro.
Gorguera en el cuello ancho,
gris armadura guerrera:
mi abuelo blanco.

Pie desnudo, torso pétreo
los de mi negro;
pupilas de vidrio antártico
las de mi blanco!

Africa de selvas húmedas
y de gordos gongos sordos...
—¡Me muero!
(Dice mi abuelo negro.)
Aguaprieta de caimanes,
verdes mañanas de cocos...
—¡Me canso!
(Dice mi abuelo blanco.)
Oh velas de amargo viento,
galeón ardiendo en oro...
—¡Me muero!

(Dice mi abuelo negro.)
 ¡Oh costas de cuello virgen
 engañadas de abalorios...!
 —¡Me canso!
 (Dice mi abuelo blanco.)
 ¡Oh puro sol repujado,
 preso en el aro del trópico;
 oh luna redonda y limpia
 sobre el sueño de los monos!
 ¡Qué de barcos, qué de barcos!
 ¡Qué de negros, qué de negros!
 ¡Qué largo fulgor de cañas!
 ¡Qué látigo el del negrero!
 Piedra de llanto y de sangre,
 venas y ojos entreabiertos,
 y madrugadas vacías,
 y atardeceres de ingenio,
 y una gran voz, fuerte voz,
 despedazando el silencio.
 ¡Qué de barcos, qué de barcos,
 qué de negros!

Sombras que sólo yo veo,
 me escoltan mis dos abuelos.

Don Federico me grita
 y Taita Facundo calla;
 los dos en la noche sueñan
 y andan, andan.
 Yo los junto.

—¡Federico!
 ¡Facundo! Los dos se abrazan.
 Los dos suspiran. Los dos
 las fuertes cabezas alzan;
 los dos del mismo tamaño,
 bajo las estrellas altas;
 los dos del mismo tamaño,
 ansia negra y ansia blanca,
 los dos del mismo tamaño,
 gritan, sueñan, lloran, cantan.
 Sueñan, lloran, cantan.
 Lloran, cantan.
 ¡Cantan!

TENGO

Cuando me veo y toco
yo, Juan sin Nada no más ayer,
y hoy Juan con Todo,
y Hoy con todo,
vuelvo los ojos, miro,
me veo y toco
y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de andar por mi país,
dueño de cuanto hay en él,
mirando bien de cerca lo que antes
no tuve ni podía tener.
Zafra puedo decir,
monte puedo decir,
ciudad puedo decir,
ejército decir,
ya míos para siempre y tuyos, nuestros,
y un ancho resplandor
de rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de ir
yo, campesino, obrero, gente simple,
tengo el gusto de ir
(es un ejemplo)
a un banco y hablar con el administrador,
no en inglés,
no en señor,
sino decirle compañero como se dice en español.

Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un dancin o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.

Tengo, vamos a ver,
que no hay guardia rural

que me agarre y me encierre en un cuartel,
 ni me arranque y me arroje de mi tierra
 al medio del camino real.
 Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,
 no country,
 no jailáif,
 no tenis y no yacht,
 sino de playa en playa y ola en ola,
 gigante azul abierto democrático:
 en fin, el mar.

Tengo, vamos a ver,
 que ya aprendí a leer,
 a contar,
 tengo que ya aprendí a escribir
 y a pensar
 y a reír.
 Tengo que ya tengo
 dónde trabajar
 y ganar
 lo que me tengo que comer.
 Tengo, vamos a ver,
 tengo lo que tenía que tener.

CANCION DE CUNA PARA DESPERTAR A UN NEGRITO

*Dórmite, mi nengre,
 mi nengre bonito...*

E. Ballagas

Una paloma
 cantando pasa:
 —¡Upa, mi negro,
 que el sol abrasa!
 Ya nadie duerme,
 ni está en su casa;
 ni el cocodrilo,
 ni la yaguaza,
 ni la culebra,
 ni la torcaza...
 Coco, cacao,

cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrazo, venga
con su negraza.
¡Aire con aire,
que el sol abrasa!
Mire la gente,
llamando pasa;
gente en la calle,
gente en la plaza;
ya nadie queda
que esté en su casa...
Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrón, negrito,
ciruela y pasa,
salga y despierte,
que el sol abrasa,
diga despierto
lo que le pasa...
¡Que muera el amo,
muera en la brasa!

Ya nadie duerme,
ni está en su casa:
¡coco, cacao,
cacho, cachaza,
upa, mi negro,
que el sol abrasa!

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

¿Qué de cosas lejanas
aún tan cerca,
mas ya definitiva-
mente muertas!

La autoridad de voz abrupta
que cobraba un diezmo al jugador
y otro diezmo a la postituta.

El senador (tan importante).
El representante.
El concejal.
El sargento de la Rural.
El sortijón con un diamante.

El cabaret que nunca se abrió
para la gente de color.
(Este es un club ¿comprende?
¡Qué lástima! Si no...)

El gran hotel
sólo para la gente bien.

La crónica de sociedad
con el retrato de la niña
cuando llegó a la pubertad.

En los bancos,
sólo empleados blancos.
(Había excepciones: alguna vez
el que barría y el ujier.)

En el campo y en la ciudad,
el desalojo y el desahucio.
El juez de acuerdo con el amo.

Un club cubano de beisbol:
Primera base: Charles Little.
Segunda base: Joe Cobb.
Catcher: Samuel Benton.
Tercera base: Bobby Hog.
Short Stop: James Wintergarden.
Pitcher: William Bot.
Files: Wilson, Baker, Panther.
Sí, señor.
Y menos mal
el cargabates: Juan Guzmán.

En los diarios:
PALACIO. El Embajador
Donkey dejó al Presidente
una Nota por
el incidente
de Mr. Long
con Felo, el estibador.
(Mr. Long sigue mejor.)

Los amigos de Chicho Chan
le ofrecerán un almuerzo
mañana, en La Tropical.

La vidriera,
el apuntador,
y lo peor,
sobre la acera
la enferma flor,
el triste amor
de la fletera.

En fin, de noche y de día,
¡la policía, la policía, la policía!
De noche y de día,
¡la policía, la policía, la policía!
De noche y de día,
la policía.

¿No es cierto que hay muchas cosas
lejanas que aún se ven cerca,
pero ya están definitiva-
mente muertas?

NO OLVIDES A SIQUEIROS

Leyendo La Trácala

No olvides a Siqueiros. Su pintura,
oh pueblo amigo, pecho mexicano,
hecha está por tu mano
y es como tú: violenta, enorme y pura.

El resplandor que hay en su celda oscura
viene de ti para arder en su mano:
oh pecho amigo, pueblo mexicano,
no olvides a Siqueiros, su pintura.

Ni su vida, que advierte
con luz de estrella gritando en la altura,
que no hay muerte,
y menos muerte si la vida es pura.
Oh pueblo mexicano, amigo fuerte,
no olvides a Siqueiros, su pintura.

Tú puedes, tú bien puedes
crecer como hace el río,
pujar hasta que caigan esas cuatro paredes,
oh pueblo mexicano, amigo mío.

Tú no pides mercedes.
Tú creces simplemente como un río.
Pujas, caen las paredes
Oh pueblo mexicano, amigo mío.

Ya es tiempo. ¿Cuánto tiempo no ha pasado
desde que tú naciste? Tu pasado
fulgor alumbre tu presente... Pura

truene tu voz como el agua de un río.
Oh pueblo mexicano, amigo mío,
no olvides a Siqueiros, su pintura.

SON DEL BLOQUEO

Kennedy con su bloqueo
nos quiere cerrar el mar,
Quenedí, quenedá,
afeitar a los barbudos,
volvemos a esclavizar.
Quenedí, quenedá,
¡qué bruto que es el Tío Sam!
Quenedá.

Ni un paso atrás, compañeros,
amigos, ni un paso atrás,

Quenedí, quenedá,
 plomo y plomo al enemigo,
 plomo y plomo y nada más.
 Quenedí, quenedá,
 ¡qué bruto que es el Tío Sam!
 Quenedá.

Martí quiso a Cuba libre
 y Fidel dijo: ¡Ya está!
 Quenedí, quenedá,
 con bloqueo y sin bloqueo
 libre por siempre será.
 Quenedí, quenedá,
 ¡qué bruto que es el Tío Sam!
 Quenedá.

¡Lárgate, yanqui, de aquí!
 Quenedí.
 ¡Déjanos, Kennedy, en paz!
 Quenedá.
 Porque si no vas a ver,
 vas a ver,
 el plomo que lloverá.
 Ay, vas a ver
 el plomo que lloverá.
 Quenedá.

PEQUEÑA ODA A VIET NAM

Viet Nam, miro tu rostro, y odio en tu rostro veo.
 Rabia en tu rostro, y fuego. Miro tus manos: uñas
 largas veo en tus manos de hierro, y el fusil
 con el ojo mecánico recto en tu grito puro.
 Miro tus pies. En marcha veo tus pies y firmes
 sobre el camino en armas de piedra y piedra. Miro
 tu dura frente y puedo penetrar su secreto.

¡Muerte al que invada!, dice tu pensamiento. Dice
 la patria es alta Dice está en el viento Dice
 y en la montaña Dice está en los bosques Dice
 está en los héroes Dice está en la espuma Dice

está en el plomo Dice está en el sueño Dice
en el despierto sueño la patria grande y dulce.

El suelto guerrillero apunta y tira y mata.
Al alto avión abajan fijos cañones balas.
Corta el aire sangriento veloz machete filo.
Miro a lo lejos, miro. ¡Mira a lo lejos, mira!
Va la victoria enhiesta en bayonetas últimas.
En los finales mástiles van gritos, mueras, hurras,
y Nunca Más y cantos. Himnos y Nunca Más,
y fuera y Nunca Más. Y Nunca Más, Viet Nam.
Más Nunca, Nunca Más, Viet Nam, y Nunca Más.

CHE GUEVARA

Como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera,
como si el Plata vegetal viniera
con el Cauto a juntar agua y ternura,

así Guevara, el gaucho de voz dura,
brindó a Fidel su sangre guerrillera,
y su ancha mano fue más compañera
cuando fue nuestra noche más oscura.

Huyó la muerte. De su sombra impura,
del puñal, del veneno, de la fiera,
sólo el recuerdo bárbaro perdura.

Hecha de dos un alma brilla entera,
como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera.

CHE COMANDANTE

No porque hayas caído
tu luz es menos alta.
Un caballo de fuego
sostiene tu escultura guerrillera
entre el viento y las nubes de la Sierra.

No por callado eres silencio.
Y no porque te quemen,
porque te sisimulen bajo tierra,
porque te escondan
en cementerios, bosques, páramos,
van a impedir que te encontremos,
Che Comandante,
amigo.

Con sus dientes de júbilo
Norteamérica ríe. Mas de pronto
revuélvese en su lecho
de dólares. Se le cuaja
la risa en una máscara,
y tu gran cuerpo de metal
sube, se disemina
en las guerrillas como tábanos,
y tu ancho nombre herido por soldados
ilumina la noche americana
como un estrella súbita, caída
en medio de una orgía.
Tú lo sabías, Guevara,
pero no lo dijiste por modestia,
por no hablar de ti mismo,
Che Comandante,
amigo.

Estás en todas partes. En el indio
hecho de sueño y cobre. Y en el negro
revuelto en espumosa muchedumbre,
y en el ser petrolero y salitrero,
y en el terrible desamparo
de la banana, y en la gran pampa de las pieles,
y en el azúcar y en la sal y en los cafetos,
tú, móvil estatua de tu sangre como te derribaron,
vivo, como no te querían,
Che Comandante,
amigo.

Cuba te sabe de memoria. Rostro
de barbas que clarean. Y marfil
y aceituna en la piel de santo joven.
Firme la voz que ordena sin mandar,
que manda compañera, ordena amiga,

tierna y dura de jefe camarada.
Te vemos cada día ministro,
cada día soldado, cada día
gente llana y difícil
cada día.
Y puro como un niño
o como un hombre puro,
Che Comandante,
amigo.

Pasas en tu descolorido, roto, agujereado
traje de campaña.
El de la selva, como antes
fue el de la Sierra. Semidesnudo
el poderoso pecho de fusil y palabra,
de ardiente vendaval y lenta rosa.
No hay descanso.

¡Salud, Guevara!
O mejor todavía desde el hondón americano:
Espéranos. Partiremos contigo. Queremos
morir para vivir como tú has muerto,
para vivir como tú vives,
Che Comandante,
amigo.

GUITARRA EN DUELO MAYOR

Soldadito de Bolivia,
soldadito boliviano,
armado vas de tu rifle,
que es un rifle americano,
que es un rifle americano,
soldadito de Bolivia,
que es un rifle americano.

Te lo dio el señor Barrientos,
soldadito boliviano,
regalo de míster Johnson
para matar a tu hermano,
para matar a tu hermano,

soldadito de Bolivia,
para matar a tu hermano.

¿No sabes quién es el muerto,
soldadito boliviano?
El muerto es el Che Guevara,
y era argentino y cubano,
y era argentino y cubano,
soldadito de Bolivia,
y era argentino y cubano.

El fue tu mejor amigo,
soldadito boliviano;
él fue tu amigo de a pobre
del Oriente al altiplano,
del Oriente al altiplano,
soldadito de Bolivia,
del Oriente al altiplano.

Está mi guitarra entera,
soldadito boliviano,
de luto, pero no llora,
aunque llorar es humano,
aunque llorar es humano,
soldadito de Bolivia,
aunque llorar es humano.

No llora porque la hora,
soldadito boliviano,
no es de lágrima y pañuelo,
sino de machete en mano,
sino de machete en mano,
soldadito de Bolivia,
sino de machete en mano.

Con el cobre que te paga,
soldadito boliviano,
que te vendes, que te compra
es lo que piensa el tirano,
es lo que piensa el tirano,
soldadito de Bolivia,
es lo que piensa el tirano.

Despierta, que ya es de día,
soldadito boliviano,

está en pie ya todo el mundo,
porque el sol salió temprano,
porque el sol salió temprano,
soldadito de Bolivia,
porque el sol salió temprano.

Coge el camino derecho,
soldadito boliviano;
no es siempre camino fácil,
no es fácil siempre ni llano,
no es fácil siempre ni llano,
soldadito de Bolivia,
no es fácil siempre ni llano.

Pero aprenderás seguro,
soldadito boliviano,
que a un hermano no se mata,
que no se mata a un hermano,
que no se mata a un hermano,
soldadito de Bolivia,
que no se mata a un hermano.

RAFAEL ALBERTI FRENTE AL DESTIERRO

Por C. G. BELLVER

RAFAEL Alberti, como los otros escritores españoles exilados a raíz de la guerra civil, refleja en su producción posterior a la contienda la soledad, la desorientación, y la angustia del destierro, junto a un deseo insaciable de recobrar, a través del recuerdo, la vida perdida en el pasado. La poesía de Rafael Alberti siempre ha transparentado una visión nostálgica de poeta que vive anhelando unos paraísos que son sucesivamente creados y perdidos por él. "Alberti es el poeta que no está nunca donde quisiera: el desterrado del mar, primero, y desterrado de su tierra después. El que busca siempre: en su mocedad, vuelto hacia el pasado reciente de la infancia y sus litorales, se inventa el huerto feliz de sueño submarino. . . . Mas al alejarse geográficamente de España se inicia el viaje de vuelta. Al huerto submarino y a la tierra también. . ."¹ Pero es más porque "cuando el poeta vuelva algún día al paraíso natal, añorado y recreado desde el destierro, algo le faltará: sentirá entonces la nostalgia del presente, de las verdes barrancas, que al ser fatalmente perdidas con el regreso a la patria se convertirán en el nuevo —y viejo— paraíso."² Es fácil acordar con Solita Salinas de Marichal que Alberti es "esencialmente el poeta del destierro."³ Sin embargo, pese a esta perenne propensión a la nostalgia en Alberti, el motivo de destierro cobra nuevas dimensiones tras el patético destroncamiento espiritual y físico del poeta ocasionado por su exilio de España. El destierro se convierte en una auténtica realidad basada en un hecho material y no, como antes, simplemente en una predisposición psicológica. La separación ahora es absoluta y continua, temporal tanto como espacial.

Las consecuencias del exilio sentidas por Alberti y transcritas, simultáneamente, a su poesía son numerosas y profundas. Desarraigado, el poeta gira sin rumbo fijo, fuera de su órbita y sin sitio donde echar raíces. Negándose a adaptarse al ambiente ajeno que

¹ Solita Salinas de Marichal, "Los paraísos perdidos de Rafael Alberti", *Insula*, Año 18, No. 198 (mayo 1963), 10.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

le ha sido impuesto, siente una enorme soledad dentro de sí y una irremediable incompatibilidad y frialdad hacia el medio en que vive. Por otro lado, sus sentimientos hacia su patria se intensifican hasta el punto en que su nostalgia por ella llega a ser una obsesión y su nacionalismo se traduce en un idealismo acentuado. En su poesía y en su corazón apenas cabe más que la España abandonada. Como no acepta el presente, el poeta intenta evadirse de él, viviendo constantemente en el pasado. Sin embargo, se da plena cuenta de que no vive ni aquí ni allí, ni en España ni en América, que su escape del presente es imposible, y que su retorno al pasado queda incompleto. Frustrado y solo, el poeta siente el peso de una melancolía agobiante que no puede menos de manifestarse en su poesía. "Una terrible carga de mortalidad pondrá plomo en las alas de su canto," dice González Lanuza.⁴ Todo lo que ve el poeta es un recuerdo del pasado "a la manera de esos viudos vueltos a casar y que insisten en no ver en su segunda mujer sino una imagen casi siempre insatisfactoria de la primera que, por olvido de sus naturales limitaciones, asciende a transformarse en paradigma."⁵ La nostalgia se revela en una imposición constante de su pasado perdido sobre su realidad presente, mientras que su frustración se refleja en la impregnación de su psique sobre sus imágenes poéticas y sobre el transcurso acompasado e independiente del tiempo. La voz del poeta alcanza resonancias graves y una tonalidad reflexiva a través del dolor, pero manteniendo siempre, bajo esa gravedad de expresión, chispas de la serenidad y alegría innatas en él para impedir, de ese modo, que su alma se rinda ante la soledad y la desesperación.

Cuando se ve obligado a despedirse de su patria, en marzo de 1939, y a encararse con la dudosa realidad de la expatriación, Alberti encuentra su contrafigura propicia en el Cid. "Como leales vasallos," sección de *Entre el clavel y la espada* (Buenos Aires, 1941), es una glosa libre de los versos del *Cantar de Mio Cid* donde se habla del destierro del héroe y "se refleja la sensación de acoso y abandono, la impresión de desamparo sentida al ver las puertas cerradas, en sombra el campo, incierta el alba."⁶ El desterrado del siglo xx compadece al héroe del siglo xi y al retirarse comparte sus sentimientos de amor, temor, y rabia ante el rechazo de todos:

¿Quiénes son los que así marchan?

⁴ Eduardo González Lanuza "Homenaje a Rafael Alberti", *Sur*, No. 281 (marzo-abril, 1963), p. 59.

⁵ *Ibid.*

⁶ Ricardo Gullón, "Alegrijos y sombras de Rafael Alberti (segundo momento)", *Asomante*, 21, No. 1 (1965), 34.

—Cerrad las puertas de casa.
 ¿Los que con la frente alta
 van arrancando crujidos
 de amor, de temor y rabia?

—Ni pan, ni silla, ni agua.⁷

Los pueblos, los llanos, los ríos, y los aires quieren seguir al héroe; pero éste sólo los puede llevar consigo en sus recuerdos y llorar fuertemente al tener que despedirse de ellos: "¡Qué sofo-cación tan grande: / bajo los arcos, doblada, / y hacia la mar, alejarse!" (532).

El dolor de Alberti, también inconsolable, le hace llorar igual de fuerte. Su lamento puede variar entre añoranza melancólica, pura elegía y lo simplemente patético,⁸ pero es en todo momento hondo y conmovedor. Busca el desahogo de su dolor en el llanto:

Dejadme llorar a mares.
 largamente como los sauces.

Largamente y sin consuelo.
 Podéis doleros...

Pero dejadme. (511)

Su tristeza le envuelve en un manto de viva oscuridad:

Las velas ya derramaron
 cuantas lágrimas tenían.
 No tienen más que llorar.
 Empieza a ver. Me acompaña
 tan solo la oscuridad.

La más viva oscuridad. (1055)

Las tinieblas del desconsuelo en "las horas del despiadado despertar" le rodean como "altas figuras pálidas, sombras exangües," y le arrastran, sin identificarse, hasta terribles abismos subterráneos de tristeza:

⁷ Rafael Alberti, *Poesías (1924-1967)*, Madrid: Aguilar, 1972, p. 535. Las páginas citadas entre paréntesis en el presente estudio proceden de esta edición de las poesías de Alberti.

⁸ Ver Eduardo González Lanuza, "Rafael Alberti: *Entre el clavel y la espada*", *Sur*, No. 86 (noviembre, 1941), p. 75.

donde las voces llegan a ser como un susurro
 de voces, un vencido
 eco solo de voces,
 subterráneas gargantas que murieran
 por romper algún muro,
 subir de alguna sima,
 sacudirse de algo lento que las ahoga. (949-950)

Incapaz de desprenderse de "tanta noche" y de su "interminable desgracia desoída," el poeta llega al punto de la desesperación ("Tú desesperas, tú sufres, / pierdes el sueño. Te irías."), pero esto así ocurre en contra de su voluntad, puesto que su canto es de poeta "que no quiere desesperarse" (1098). Nada parece consolar por completo al poeta abatido; su mujer, su niña, sus amigos no bastan para apaciguar su dolor entrañable. El peso de ese dolor le apremia, en las primeras composiciones después de la guerra y a lo largo de los años de destierro, con su constante e implacable presencia:

Nos dicen: Sed alegres

.....

Está bien. Yo quisiera, diariamente lo quiero,
 mas hay horas, hay días, hasta meses y años
 en que se carga el alma de una justa tristeza
 y por tantos motivos que luchan silenciosos
 rompe a llorar, abiertas las llaves del río. (918)

El tiempo no logra suavizar el dolor, sino, al contrario, como afirma Ciplijauskaite, "El dolor se intensifica a medida que las posibilidades del retorno van disminuyendo."⁹

La voz llorosa que canta sus añoranzas, sus pérdidas, y sus soledades se hace íntima y pensativa. Durante la guerra civil la poesía de Rafael Alberti se sostenía en el presente; el poeta vivía su actualidad con entusiasmo y exuberancia. La acción dejaba a un lado la reflexión y cualquier pensamiento que no le empujara a participar con más fervor aún en el momento actual o no le orientara hacia un futuro de conquista. Pero con el destierro los contornos de su futuro ya no le son claros y peor aún su presente queda deshecho, roto e inseguro. Su visión gira hacia el pasado, porque en él se contiene todo lo que era suyo: sus momentos gloriosos, su patria, sus amigos y su auténtico ser. El desterrado necesita el recogimiento de sus pensamientos para poder juzgar el significado de las nuevas circunstancias en que se encuentra y para intentar recomponer su es-

⁹ Birute Ciplijauskaite, *La soledad y la poesía española contemporánea* (Madrid: *Insula*, 1962), p. 207.

píritu desgarrado. Sus poemas adquieren un tono confesional de diario, de apuntes secretos, de divagaciones mentales. La difusión de estas meditaciones puede encauzarse entre los rieles de la métrica fija o puede salir espontáneamente, como ocurre varias veces en los poemas en prosa incluidos en *Poemas de Punta del Este* donde, trabajando solo entre los pinares de Uruguay, Alberti escucha la voz interior de sus anhelos, recuerdos, dudas y deseos que le canta al compás del mar cercano y al vaivén de la nostalgia que inunda su alma.

A pesar de su lamento y su marcada visión nostálgica, Alberti conserva cierta serenidad y esperanza dentro de la tristeza. "Rafael Alberti se nos presenta en general como el poeta que ha conservado toda la gracia andaluza. Sus cantos nostálgicos son líricos y muchas veces dejan una impresión serena aun siendo tristes."¹⁰ En la obra de Alberti no se adivina el sentido de la vida en términos unamunianos como lucha trágica, como agonía constante, que se percibe en tantos de los exilados españoles,¹¹ ni se ve esa nota de desesperación de un Juan José Domenchina, para quien el vivir a medias en el destierro se asemeja a la muerte y, por consiguiente, no puede ofrecer al poeta ningún consuelo ni vía de escape. Quizá esta disposición positiva de Alberti proceda de su temperamento andaluz y su gracia innata, como sugiere Ciplijauskaite,¹² o quizás sea una prueba de valentía, como señala González Lanuza.¹³ Los largos años de destierro no disminuyen su confianza en la posibilidad de que se realice el día de paz definitiva:

Un día los olivares
se llenarán de palomas

—Más palomas ese día,
madre, que hojas.

—Y, también, más que aceitunas,
hijo, palomas. (1088-1089)

Alberti nunca pierde su capacidad de soñar, de soñar "un futuro / que no le pese el ayer" (1086). El mismo define su canto como

¹⁰ Ciplijauskaite, p. 214.

¹¹ Para noticias sobre la presencia de Unamuno en los españoles exilados ver José Luis Aranguren, *Crítica y meditación* (Madrid: 1957), p. 189 y José Marra-López, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1963, pp. 72-78.

¹² Ciplijauskaite, p. 220.

¹³ Eduardo González Lanuza, "Homenaje a Rafael Alberti", p. 55.

alegre ("...Y, sin embargo, ¡qué alegre, / qué alegre y feliz ha sido / —y volverá a ser— mi canto!" 1082) y afirma con convencimiento su confianza en el retorno a ese canto alegre suyo:

Hoy digo: No estoy alegre.
Algún día voy a estarlo.

(Sin mentirme, voy a estarlo.) (1081)

Esta inherente tendencia a tener fe y a sobreponerse a la tristeza no impide que Alberti sienta, a su modo, el desarraigo, la desorientación, la vaciedad y la gran soledad que el destierro precipita. Alberti coincide con los demás poetas exilados españoles en sufrir las agudas consecuencias del desarraigo. Como dice Marra-López, si el español es, por naturaleza un ser arraigado y la situación del exilio le resulta angustiosa, la situación del escritor desterrado resulta aún más trágica: "pues si el resto de sus compatriotas se ven afectados por el desgajamiento que el exilio supone, el escritor se encuentra doblemente a la deriva, como español y como profesional. Toda expatriación supone, en principio, un aislamiento y fracaso total, desde el punto de vista de la intencionalidad intelectual. El impulso creador necesita ser realizado sobre la base de unos supuestos y unos materiales de experiencia *naturales*, unas 'vivencias' que son las más de las veces fluidas, aprehendidas inconscientemente..."¹⁴ Pero es más; si las circunstancias del destierro de todo escritor español se aproximan a la tragedia, entonces, para un poeta, como Alberti, con su sentido de lo popular y del andalucismo gaditano, tan enamorado de su terruño, el "cercenar sus raíces nutrientes y sustentadores, podría muy bien significar la muerte."¹⁵ Alberti no muere, pero el dolor del desarraigo sí le hiere con corte tajante, como a un árbol de raíces arrancado ("desenraizándote el corazón saliste, / lleno de tierra herida," 948) y posiblemente incapaz de ser transplantado:

Pensaba el árbol pleno,
viéndose las raíces
de fuera, doloridas,
pensaba en lo imposible
de enterrarlas de nuevo
en nueva tierra... (615-616)

¹⁴ José Marra-López, p. 55.

¹⁵ Eduardo González Lanuza, "Homenaje a Rafael Alberti", p. 55.

El desarraigo conduce al peor dolor: al de una existencia rota y ambigua. ("No hay dolor más dolor que un pulso muerto / entre dos hojas no correlativas," 622). El desterrado siente su drama interior como una ruptura, como una tensión entre su pasión por España y sus discrepancias con el régimen actual. No puede vivir plenamente ni en el destierro, ni en la patria. No puede echar raíces en la tierra en que se encuentra, porque no está desarraigado de España. Si volviese, todo le parecería extraño; él se ha vuelto extraño, extrañado, desterrado.¹⁶ No está en España y también rechaza el medio en que se encuentra. No está ni en un sitio, ni en el otro; verdaderamente no está en ningún lado. Aturdida, el alma extraviada pide al río el porqué de su situación:

Perdido está el andaluz
del otro lado del río.

—Río, tú lo conoces:
¿quién es y por qué se vino? (1027)

Sin recibir ninguna respuesta tiene que seguir arrastrando su existencia partida.

Como ha perdido el ancla de su vida, el poeta es inseguro, duda de su propia existencia, y siente que no tiene sustancia:

Pero no sé, viento solo,
perdido de estas barrancas,
si seré al fin lo que tú:
viento.

Algo que tan sólo pasa
y en nadie deja recuerdo.

Viento quizás, solo viento. (1043-1044)

El poeta vaga desorientado, cantando con voz trémula para espantar el miedo e intentando palpar algo que sea familiar. Huye de sus pensamientos agobiadores; y busca a tientas, a modo de sonámbulo, una vía de escape; pero todo es en vano. La confusión de recuerdos le hunde destinándole a la disyunción para siempre:

Quieren sus palmas apretar, baldías,
esos propios espacios que antes pudo,
lentos, besar, henchir, cambiar de sitio.

¹⁶ Aranguren, pp. 191-192.

Tres, cuatro, ¿seis? El hombre no lo sabe.
 Inolvidado, en él se hunden confusas
 paredes de memoria ya finadas.
 Baja, baja a la calle siempre el hombre. (622)

La inseguridad en que sucumbe el desterrado no sólo influye en su presente sino que presta su sello al futuro del poeta también. Un futuro desconocido se abre ante el poeta duro, hostil y oscuro:

Ante nosotros, las cerradas puertas.

Este es el escabel, el seco filo
 inicial de la entrada, la cuchil!a
 para los pies, que tienden los umbrales.
 Cuida... (621)

El dolor, "con todo su sabor amargo," su "sabor a desenterrado," y su "sabor a llanto," dobla al poeta, infundiéndole un gran cansancio que le hace anhelar el sueño tranquilo o el desahogo del grito angustiado: "Puedes gritar, desgñitarte a lloros, / hasta erguir, llanto a llanto, grito a grito, / tanta desmantelada, hermosa vida" (621). La dureza, la hostilidad de las tierras ajenas, y su propia incompatibilidad con ellas intensifican su sentido de pérdida y ruptura:

Duras, las tierras ajenas.
 Ellas agrandan los muertos,
 ellas.

Triste, es más triste llegar
 que lo que se deja
 Ellas agrandan el llanto,
 ellas. (536).

El mismo vivir es duro porque cada minuto de desvelo le tortura con el recuerdo de lo que ha perdido: "Es el desvelo / de no haberse olvidado que está vivo, / que está más vivo lo que ya no alienta, / quien, sombra abajo, lo fustiga, oscuro" (622).

El dolor con que Alberti siente el destierro es tan fuerte que el poeta ve manifestaciones de él en todo lo que le rodea —en el mar ("Huye el mar, doloridas las espaldas, / oyéndose luego llorar desconsolado, / como niño sin postre en una carbonera," 579), en el bosque (bosque "grande y solitario" que "vive como encerrado dentro de una nave de silencio," 891, o que está vacío, salvo

por la infrecuente presencia de un negro y mudo caballo), y también en la tierra misma, donde se reflejan toda la soledad y desamparo que el poeta siente:

América está muy sola
todavía.

¡Qué cuerpo deshabitado,
piel de desértica vida! (1050)

En "De los álamos y los sauces," sección de *Entre el clavel y la espada*, escrita en recuerdo de Antonio Machado, Alberti paga tributo al poeta de las *Soledades* y encuentra también un objeto al que sobreponer sus sentimientos y las facultades emocionales del ser humano. Los álamos son símbolos del anhelo por la altura, de la fortaleza, y de la firmeza, pero también son figuraciones de duelo, de sangre, y de muerte:

Veo en los álamos, veo,
temblando, sombras de duelo.

Una a una, hojas de sangre.
Ya no podréis ampararme.

Negros álamos transidos.
¡Qué oscuro caer de amigos!

Vidas que van y no vienen.
¡Ay, álamos de la muerte! (512-513)

Al personificarse, los álamos andan, cantan, tiemblan y sonríen. Incorporándose la intangible alma humana de esta manera a la tangible realidad del árbol, éste se transforma en palpitante ser con quien el poeta solitario puede dialogar. Alberti habla con los álamos; los llama "amigos en el mal tiempo," porque le consuelan y le inspiran como fijo ejemplo de idealismo. El poeta se identifica con este árbol e intenta fundirse con la materia perdurable y la inherente fuerza del árbol ("Ahora me siento ligero, / como vosotros. . . Voy a crecer, a subir. / Voy a escalaros / ahora que tengo mil años," 517), para poder compartir esa misma fortaleza e inmortalidad.

La fuerza inquietante del destierro influye no sólo en lo que el poeta ve sino también sobre el ritmo normal del tiempo o, al menos, sobre ese ritmo tal como lo percibe el desterrado a través de

sus propias circunstancias de dolor, lejanía, y pérdida. La regularidad y constancia del paso del tiempo pierde sentido para el hombre exilado, convirtiéndose en un elemento regido por la disposición psíquica del hombre. Así que mientras que la intensidad con que siente su separación de España alarga el tiempo ("¿Ha pasado ya un siglo? Y no han pasado/ —¡oh llanto!— ni siquiera 2.000 días," 652), la duración de esa separación subraya su fracaso personal y el veloz, pero seguro, vuelo del tiempo: "Oigo, y sobre todo más intensa y dolorosamente después que cumplí cuarenta y cinco, el latido del tiempo, el '¡Cómo de entre mis manos te resbalas,/ cómo te desvaneces, edad mía!' de Quevedo, el desvelado poeta de la muerte" (862). En otras ocasiones el tiempo no se mueve ni lento ni rápido, sino que queda encarcelado en la monotonía de su constante repetición, sirviendo de paralelo a la vida estancada del desterrado:

Otra vez en el balcón
del verano.
A cantarme nuevamente
cómo se va otro verano.

Nuevamente,
lo inmóvil que está el caballo,
lo inmóvil que pasa el río,
lo inmóvil que arde el bañado.
Nuevamente,
lo inmóvil que arde el bañado. (1033)

Esta suspensión del ritmo regular del tiempo y la intimidad de Alberti con la naturaleza, que discutimos antes, implican la soledad del poeta y su falta de solidaridad con el ambiente social en que se encuentra. Alberti lucha por encontrar algo que sea suyo y que tenga significado para él en su vida desarraigada y desorientada, pero da, en cambio, con la vaciedad y una soledad interminable. Canta alto "aunque esta tierra ni me escuche y hable" (512). Su sentido de vaciedad se traduce en imágenes de "vestidos huecos," "mangas sin brazos" y un corazón de diez pisos "desamueblados" que nos recuerdan la desolación espiritual expresada en "El cuerpo deshabitado" de su *Sobre los ángeles* de 1929. Hay momentos en que ni siquiera los recuerdos hallan entrada en esta soledad. Hablando del dominio absoluto que tiene la soledad sobre los poetas exilados, Birute Ciplijauskaite escribe que "Si a ratos logran poblarla con fantasmas ideales, en lo hondo de su alma, saben que tal

engaño no durará mucho y que al despertar los asediará de nuevo. . . . Ninguno ha conseguido evadirse de ella; tiene sus redes en todas partes."¹⁷ Las momentáneas soledades de Alberti también se convierten en compañero perpetuo:

Fuego de mis soledades
momentáneas, en ti aprendo
lo que es la vida sin pan,
sin calor, sin ese sueño
que tiembla, fijo, en tu llama,
fuego.

.....
De mi soledad de hoy
volveré contigo adentro. (1080)

La peor parte de este sentimiento es la soledad de España, el deseo de reanudar su vida auténtica abandonada en la patria perdida: "Es doble esta soledad: la tierra se queda sola, y el que se ausenta de ella no dejará nunca de sentir un hueco en su existencia."¹⁸ Las consecuencias psicológicas de esta ausencia espiritual de la patria son reafirmadas por el aislamiento material perpetuado por las circunstancias políticas del momento. Puesto que no se admiten sus libros en España, la voz del poeta queda vedada al público español, y al mismo tiempo, por otras razones, pocas obras o noticias literarias le llegan de España, dejándole completamente divorciado de España e incapaz de recuperarla.¹⁹

Alberti a veces busca la soledad voluntariamente para poder trabajar tranquilamente, como nos cuenta en su primer "Diario de un día" de *Poemas de Punta del Este*, o para estar a solas con sus pensamientos y sus recuerdos. Sin embargo, la soledad en Alberti por lo general es un dolor que le ha sido impuesto y no un estado que él mismo se ha buscado. Así que, por más que quisiera enfrentarse con esta soledad, Alberti termina por rebelarse contra ella. Reconoce, con franqueza, su incapacidad esencial de tolerar la soledad que le ha sido impuesta:

Yo no soy para estar solo.
Pienso de pronto que sí,
y pienso que no, de pronto.
Me espanta la soledad. (1076-1077)

¹⁷ Ciplijauskaite, p. 206.

¹⁸ *Ibid.*, p. 199.

¹⁹ Para una discusión más completa de este tema ver Manuel Durán, "La generación del '36 vista desde el exilio", *Cuadernos Americanos*, 25, No. 148 (1966), 223-228.

A su propia pregunta de si él es hombre de soledad, responde que antes pensaba que lo era, pero "Ahora, cuando me quedo solo demasiado tiempo, perdido el choque de mi vida con la de los demás, siento que en mí se paraliza algo, remordiéndome. Y entonces vuelvo de mis soledades con más renovadas ansias de contacto" (864). Prorrompe un grito que es mitad protesta y mitad desesperación: "¡Qué solo estoy a veces, oh que solo;/ y hasta qué pobre y triste y olvidado!" (895) y luego, con voz mendicante, pide un mínimo trozo de paz interior:

Dadme al que vuelve, ¡por amor!, un trozo
de luz tranquila, un cielo sosegado.
¡Por caridad! Ya no me conocéis...
No es mucho lo que pido... Dadme algo. (895)

El alma del poeta se incorpora para contrarrestar su soledad pero sin nutrir la hostilidad y misantropía de algunos exilados. Ansiosamente busca el escape o el olvido ("A la soledad me vive/ para ver si encontraba el río/ del olvido," 1029); llena el hueco de su ser con recuerdos placenteros; o simplemente canta, porque "no hay nadie/ que esté solo si está cantando" (1053).

Alberti invita a sus amigos a llorar con él, convirtiendo así su llanto particular en lamento plural, general, para todos sus amigos desterrados o difuntos. A diferencia de la mayoría de los poetas exilados después de la guerra civil, Alberti considera su situación de desterrado como ejemplo de un ser aislado entre una amplia colectividad de personas con semejantes experiencias en vez de como caso especialmente señalado por el destino para la calamidad. El no es caso único; también "Antonio, Juan, Francisco o Pedro/ a otras orillas arribaron" (1049). Al recurrir a la figura del Cid en la sección "Como leales vasallos" de *Entre el clavel y la espada*, Alberti confirma su concepción del exilio que sufrieron tantos en 1939 no como incidentes aislados o una dispersión de individuos sino como un gran éxodo de gentes unidas en sus valores fracasados y en su mutuo dolor. La camaradería siempre ha desempeñado un papel significativo en la vida y obra de Alberti: en sus años juveniles de poeta incipiente,²⁰ en sus años de activa participación en causas

²⁰ Recordemos, según Alberti nos cuenta en *Arbolada perdida* (Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1959), pp. 214-215, como sus ansias de tener amigos le llevó a gastar con completa despreocupación el dinero de su Premio Nacional de Literatura: "Por las heladerías que me salían al paso, tomaba helados, convidando a cuanto desconocido no ponía reparos en aceptar mi invitación... La gente me miraba, pero yo seguía tan campante, comiendo helados y ofreciéndolos. Gran parte del

políticas revolucionarias, y ahora también en las horas solitarias del destierro. Prueba patente de ello es la cantidad de poemas escritos en el destierro para sus amigos: "De los álamos y los sauces" a la memoria de Antonio Machado, su "Elegía fúnebre" para Miguel Hernández, un poema en recuerdo de "un poeta asesinado," otros poemas para Vicente Aleixandre, Paul Eluard, sus amigos americanos, y hasta colecciones enteras (por ejemplo, *Poemas diversos*, 1945-1959 y *Poemas con nombres*, 1965-1969) de poemas circunstanciales dedicados a varios amigos suyos. La comunión en el dolor y las amistades en el destierro parecen mitigar la desolación de la soledad. Al generalizarse la expresión albertiana, ésta se hace universal y Alberti se convierte en intérprete lírico del sufrimiento mutuo.²¹

No obstante lo susodicho, al mismo tiempo que Alberti se evade de la soledad, él mismo intensifica el alcance de esa soledad y su sentido de vacío, porque se niega a adaptarse a su nuevo ambiente. Su afecto por España, o al menos por la España que él conocía, le impide traicionarla con integrarse por completo a otra patria. Agradece la hospitalidad del país que le ha acogido, pero su corazón está vuelto hacia España, hacia el día venidero en que pueda reunirse con ella o hacia aquel pasado en que gozaba de su presencia. Más de veinte años de residencia en América no son suficientes para echar raíces permanentes en la nueva tierra, y en 1963 deja América para regresar a Europa. Aunque el cuerpo ha sido obligado a separarse de su tierra, el alma sigue allí todavía, y allí quiere quedarse:

Allí yo siento el corazón, los ojos
allí casi cegados por la luz sólo miran,
allí me sube la palabra, el himno
allí me brota igual que si surtiera
de una templada fuente.

premio se me evaporaría así aquella primavera: frescando la sed de amigos y personas cuyos nombres ignoraba y que jamás volvería a ver".

²¹ Claude Couffon, ed. *Rafael Alberti* (Paris: Editions Pierre Seghers, 1966), p. 79, mantiene que es por la ternura lírica y su llanto desarraigado y no por su poesía política o satírica que Alberti llega a ser intérprete del sufrimiento de su pueblo: "Pourtant ce ne fut pas par sa poésie politique ou satirique qu'Alberti devait interpréter le mieux les souffrances de son peuple déraciné, son amertume, son désespoir devant un exil que sa durée finissait par rendre intolérable et obsédant. Non, sa meilleure arme de combat ce fut —ce sera toujours— la tendresse lyrique, le cri déchirant de l'Espagnol blessé par l'éloignement, détruit peu à peu par le temps, et dont la vie est une incessante quête par la mémoire des paysages et des êtres du pays natal, ce paradis perdu."

Dejadme allí, que allí yo seré el bueno,
el más dócil y dulce, el más oído. (889)

Este desarraigo, perpetuado porfiadamente por parte del poeta, es un fenómeno común entre todos los desterrados, según explican estas palabras de Durán: "Una negativa obstinada, a veces consciente, otras no; y lo que nos negaba más a aceptar era, nada menos, que el presente tuviera razón, peso, sentido. Los exilados seguían viviendo en Madrid, en Barcelona, en Valencia. Y si el mundo exterior les enviaba unos árboles, unas calles, unas voces que correspondían más bien a los detalles cotidianos de alguna ciudad americana, era que el mundo exterior andaba un poco trastornado —cosas de la guerra— pero aquel espejismo no podía durar."²² Alberti siente la presencia viva de España y en el destierro el poeta todavía sigue rodeado del paisaje español. Aunque sienta cierta intimidad hacia los pinares de Uruguay, nunca llegarán éstos a substituir su afecto por los pinares del Guadarrama ("Pinar, te quiero y te digo / que habrá un pinar en España / que siempre hablará conmigo," (870). Y aunque sea una noche otoñal bajo el cielo austral, con su Cruz del Sur, el poeta sigue viendo la Osa Mayor de su hemisferio norte y pensando en la primavera que empieza a brotar allá en España. El poeta sólo vive por su patria, sueña con ella, sufre por ella. Le duele ver a España vencida y martirizada como toro herido, volcado, moribundo, que resolla de sangre y brama "por abrir una brecha en el cielo." Le oprimen sus visiones de una España ensangrentada sobre "un seco mar de llanto" y desde lejos le llaman voces de muerte y pena al contemplar a su patria amortajada entre violetas.

Pocos recursos le quedan al poeta para mitigar su dolor menos el desahogo del llanto y la evasión mediante los recuerdos nostálgicos. Lora "largamente como los sauces" y junto a los algarrobos de América: "Algarrobos de América,/ me veis llorar,/ junto a la rota vida/ y el nuevo andar" (506-507). La nostalgia, sin embargo, es el mayor consuelo que tienen los exilados a su disposición, como indica Ciplijauskaite: "Sólo la imagen de la patria les da fuerzas para resistir el dolor y las desdichas del destierro. Sólo esperando poder volver aguantan la vida del exilado."²³ La idea del feliz retorno siempre está viva en Alberti:

²² Durán, p. 222. Durán también cuenta aquí que un día en Cuernavaca Joaquín Xirau le dijo, "Mañana tengo que regresar a Barcelona", queriendo decir, en el pleno consciente, "con la voz de sentido común", que tenía que regresar a la ciudad de México, pero sin darse cuenta de la substitución. Aunque su vida continuaba en México, su voz interior y su alma seguían en Barcelona.

²³ Ciplijauskaite, p. 203. Este crítico mantiene que "La imagen de la

Al dejar el vestíbulo,
ya no tienes más ámbito que el de los escalones
que uno a uno descienden a las viejas aceras,
ni más dulce consuelo que perderte invisible,
peregrino en tu patria, por sus vivos retornos. (914)

Cree firmemente en la posibilidad de su realización cuando, dirigiéndose a las barrancas del Paraná en "Baladas del posible regreso," les dice "conmigo os iréis el día/ que vuelva a pasar la mar" (1030). El canto nostálgico lleno de melancolía y recuerdos de la vida feliz perdida en su juventud española se convierte en tema único en la poesía de postguerra de Rafael Alberti. Todos los demás temas —mar, amor, amistad, naturaleza— son secundarios a esta obsesión suya y resultan todos, directa o indirectamente, ligados a su nostalgia esencial. Hasta su interés reanudado en la pintura puede considerarse como una tentativa de encontrarse de nuevo en esos años juveniles cuando todavía contemplaba una carrera de pintor.

La nostalgia, como cualquier obsesión, puede llegar, por sus excesos, casi a un nivel de vicio, cegando al poeta y distorsionando la realidad que se plantea delante de él. Sus prejuicios contra el medio que le rodea impide que encuentre o busque en él algo que le agrade. La nostalgia, dice Alberti aleja y cambia todo ("Siempre esta nostalgia, esta inseparable/ nostalgia que todo lo aleja y lo cambia," 1029); nada es igual a lo que tenía antes —ni el viento, ni la tierra, ni el sueño de amor, ni la estrella, ni la noche misma. Lo que ve no es la realidad palpable y presente sino una imagen de su perdido pasado sobrepuesta a esta realidad, la cual siempre juzga inadecuada e inferior. Mira el Paraná y su bañado, pero ve el campo y el río de Jerez de la Frontera mientras el paisaje americano queda completamente ofuscado por las imágenes resucitadas. Oye "trenes en el viento" que son "trenes lejanos/ que van hacia el Guadarrama." Cuando saborea un vino americano, se le llena el corazón de repulsión y de pena porque no alcanza la calidad del vino español:

... cuando llega
al labio de quien la bebe,
más que alegría es ya pena.)

Vino que no hace cantar,
no es vino de nuestra tierra.

patria perdida es el tema más importante en la poesía del exilio" y que la poesía más bella la forma precisamente esta poesía nostálgica llena de melancolía y recuerdos de la vida feliz (p. 200).

Lo mejor aquí es el río,
el agua corriente y fresca. (1083)

Todo esto atestigua que en el caso de un desterrado como Alberti la ausencia de su patria sirve no de agente del olvido sino de estímulo que acendra y aumenta su amor por ella, envuelta ahora en un vaho de idealización.

La imagen de España es imborrable. Todo —tanto lo visible como lo invisible, tanto lo concreto como lo abstracto— es para Alberti un recuerdo de España. Su poesía de postguerra está esencialmente motivada por un deseo profundo y conmovedor de recordar y hacer volver su pasado. América no puede reemplazar a España porque, amén de ser eso una traición a su patria y a su auténtico vivir, América representa para él demasiada tristeza. Los recuerdos de las catástrofes de la guerra le abruman, pero nada consigue borrar la belleza natural de su patria: "No puede, no, no puede la belleza/ morir o ser cegada/ por cualquier conmoción o cataclismo" (893). Sigue el mar tan bello como siempre, persiste la arena, continúan los pinos y los montes. España, para Alberti, existe fuera de su alcance, pero sobrevive por encima de todos los muertos allí en la lejanía: "No moriste,/ porque ellos nunca murieron./ Tu hermoso rostro de siglos/ está en ellos" (1061). La imposibilidad de olvidarse de su vida dejada en España se confirma en el fracaso de sus esfuerzos por huir de ella. El peso y la omnipresencia de los recuerdos son inescapables, dominando éstos por completo la voluntad del poeta. Con mentalidad de obsesionado, el poeta ve reflejos de España por doquiera: en los caballos al lado del Paraná, en los barcos, en los pinos, en el mar, en los colores, en las nubes, en los trenes, en todo. Por semejanza con España o aun por formar contraste con ella, todo sirve de punto de referencia que orienta al poeta hacia el pasado y le facilita un retorno mental. Consta destacar que pese a la melancolía que oscurece su espíritu, en lo más hondo de su subconsciencia, Alberti ni desea ni intenta olvidarse de su pasado. Su vida consiste en una persistente búsqueda de rastros palpables de su pasado y de modos de retornar a él.

El inevitable retorno del pasado se puede explicar por varias razones. Como atesta Aranguren, la predisposición de los desterrados a vivir entre sus remembranzas y sus nostalgias, en la España no de su realidad, sino de su corazón, les ciega a la cruda luz de un presente. Por serles ajeno ese presente, niegan su existencia y, por consiguiente, se exigen el retorno a la única vida que aceptan como viable: aquella dejada en el pasado.²⁴ Con palabras semejantes

²⁴ Aranguren, pp. 192-193.

Ciplijauskaite resume el dilema del exilado: "Ninguno de ellos puede participar plenamente en las actividades del mundo. El destierro ha producido un vacío en torno a ellos y la vida exterior de cada día que ven alrededor les es ajena. Se produce en todos una reversión a lo anterior, buscando allí el hilo que les permita, reanudando las dos vidas, la continuación de su existencia."²⁵ En suma, el desterrado tiene que volver al pasado porque allí está su vida. El presente es un vacío sin significado y el destierro un mal del cual quisiera evadirse. El recuerdo de los días despreocupados de la infancia y la juventud se convierte en bálsamo para sosegar el alma partida por el dolor del destierro. Según los días de inocencia infantil, alegría, y libertad van sumiéndose en el abismo de la lejanía cronológica, el poeta necesita aferrarse con más fuerza aún a los recuerdos y a la resucitada visión de ese pasado feliz para volver a crearlo y mantenerlo vivo en los confines del mundo de la poesía que, por su capacidad de hacer revivir las cosas perdidas en la temporalidad, salva el pasado del poeta de las garras aniquilantes del tiempo. Como el poeta no disfruta de un presente viable, la pérdida también del pasado significaría el vacío completo, la muerte.

Así la nostalgia, tema perenne en Alberti, adquiere en el destierro dimensiones de obsesión y un profundo sentido existencial que deriva de las necesidades humanas de auto-conservación. La ilusiva vuelta a su pasado manifiesta el deseo instintivo del poeta de no hundirse en la vaciedad de su presente sin sentido. Tras las llorosas despedidas del primer momento de exilio, se extienden, como hemos visto, años de desarraigo, cansancio, inseguridad y soledad. Con su vida rota y su alma pronta a romperse, el poeta no puede menos de acudir a su poesía para verter allí la expresión de su dolor y hacer revivir en ella los recuerdos de su patria querida. Aunque el poeta está en América, su alma sigue en España, viviendo de ella y sufriendo con ella. Las exigencias psicológicas de la nostalgia hacen imposibles el olvido o la traición de su amor ciego por su patria con una desviación de afecto hacia otro país. El destierro es un dilema palpable e inexorable que no se resuelve, sino que se contrarresta con los efectos aliviantes del recuerdo nostálgico. Además, ayudan a salvar a Alberti de los abismos de la situación desesperante del destierro su temperamento optimista, que le permite alcanzar la serenidad a través de la melancolía, y su actitud humanista, que le deja ver el destierro como destino colectivo en cuya pluralidad residen el consuelo de la camaradería y la encendida esperanza de la realización venidera de sus sueños.

²⁵ Ciplijauskaite, p. 205.

AUGUSTO ROA BASTOS Y EL BILINGÜISMO PARAGUAYO

Por *Hugo RODRIGUEZ ALCALA*

VARIAS veces Augusto Roa Bastos ha escrito sobre los problemas literarios que en Paraguay plantea el bilingüismo. Para el hoy célebre autor de *Hijo de hombre*, acaso el libro de mayor resonancia continental y mundial jamás escrito por un paraguayo (en magnífico castellano) el bilingüismo es un hecho negativo en lo que mira al quehacer literario.

Roa Bastos escribe: "Existe en el Paraguay una literatura visible: la que ha prosperado raquíticamente en los moldes de la lengua hispánica. Algo así como el tronco escuálido de un árbol cuyas raíces se hunden en el limo oscuro y vital del idioma autóctono. Pero las raíces de esta literatura nacional no están a la vista de los rastreadores extraños a ella. Sólo las siente, las oye en sí mismo el pueblo ligado a la realidad de su historia y de su ambiente por el cordón umbilical del habla vernácula. Y el escritor o el poeta paraguayo que escribe en castellano, no hace más que traducir, en el mejor de los casos interpretar, esa otra porción de las vivencias colectivas, la porción más rica y viviente, el grito más hondo y melodioso de su tierra y de su gente, que queda así obturado y como en sordina en el momento mismo de nacer."¹

Estas y otras cosas afirma el gran escritor. Y como tiene al servicio de sus ideas no sólo un talento excepcional sino un instrumento expresivo no menos excepcional, el lector se queda muy impresionado si no enteramente convencido.

Ahora bien, si el Paraguay carece de una literatura en español tan rica como la del Uruguay, por ejemplo, no creo yo que esto se deba al bilingüismo sino a muchos factores diferentes. La mejor

¹ Prohija las ideas de Roa Bastos el crítico argentino Juan Carlos Ghiano. En una reseña-artículo de mi librito *Literatura paraguaya* (Buenos Aires, 1968), bajo el título de "El conflicto esencial de la literatura paraguaya", Ghiano se asombra de que yo ni siquiera plantee el problema del bilingüismo. Y tiene razón: no lo planteo porque, como se verá más arriba, el problema para mí es otro. Ver *La Nación*, Buenos Aires, domingo 25 de marzo de 1969.

literatura de los países americanos, en su mayoría, comenzó en el siglo XIX. Bien. ¿Y qué pasó en el Paraguay en el siglo XIX? Hacia 1812 se podía esperar que el Paraguay desarrollara una cultura importante. Léanse los 73 artículos de las "Instrucciones para maestros de escuela" de la Junta Superior Gubernativa presidida por Fulgencio Yegros, y estúdiense ese famoso documento que es el Bando de la misma Junta del 6 de enero de 1812. Basta, no obstante, una rápida lectura, no un profundo estudio, para advertir que el país estaba gobernado por gente de maravillosa amplitud de miras, de un profundo sentido de valores culturales. Si esa Junta u hombres como los de esa Junta hubieran podido mantenerse en el poder durante veinte o treinta años, el Paraguay hubiera sido al mediar el siglo uno de los países más cultos de América. Los hombres de 1812 lo entendían todo y lo prevenían todo. Todo, exceptuando acaso el peligro que para sus nobles planes representaba, paradójicamente, uno de los hombres más ilustrados de su tiempo. En 1814, sólo a dos años del Bando del 6 de enero, al que Efraim Cardozo "uno de los documentos capitales de la cultura paraguaya", José Gaspar de Francia se apodera definitivamente del poder. Sólo lo suelta cuando muere, el 20 de septiembre de 1840.

Como Segismundo que despierta en su prisión y halla la puerta abierta, inexplicablemente abierta, el Paraguay, a los 26 años de tiranía, se encontró, acostumbrado a su encierro de un cuarto de siglo, con la posibilidad de respirar los aires del mundo, de la cultura, del progreso. Se enteró poco después de que había habido —y seguía habiendo— algo que se llamaba —y se llama— Romanticismo. Durante el enclaustramiento no se había escrito dentro de las fronteras patrias un solo verso romántico. Nada que fuera un eco de la cultura vigente.

La obra del presidente Carlos Antonio López fue enorme. Gobernó al país desde 1841 a 1862. A su muerte dejó un Estado organizado, dejó instituciones de cultura, dejó una *élite* intelectual, dejó infinitas cosas que hasta los niños de las escuelas hoy podrían enumerar con aceptable precisión. Pero ¿cuánto tiempo duró lo que creó el ilustrado mandatario? Ocho años después de su muerte, la población del Paraguay estaba reducida a unos 200 000 habitantes. Antes de la catástrofe terminada el 1º de marzo de 1870, esa población era de 1 300 000.²

¿Qué literatura hubiera podido escribirse desde 1814 a 1840 y desde 1870 hasta 1900?

² Ver Efraim Cardozo, *El Paraguay independiente* (Barcelona: Salvat Editores, S. A., 1949), p. 265.

No es de asombrarse, pues, que el Paraguay no tuviera, como afirmaba Menéndez Pelayo en 1892, "historia literaria, a lo menos en los tiempos modernos."⁸

Lo extraordinario, lo asombroso es que treinta años después de la Guerra de la Triple Alianza surgiera la llamada "Generación de 1900."

Pero volvamos al bilingüismo. Ya en esta generación aparece una prueba elocuente de un argumento con que se podría contestar a los que ven en el bilingüismo un factor negativo. Ante todo, es menester formular el argumento. Lo cual no es nada difícil. El bilingüismo cuando es cabal, no es factor negativo. Tomemos el caso de Manuel Domínguez. Domínguez es hombre de refinada cultura. ¿Tiene dificultad Domínguez de expresarse en español? Yo creo que la mayoría de los estilistas americanos del tiempo de Domínguez no escribían mejor que el autor de *El alma de la raza*. Por otro lado, cuando el bilingüismo no es, en rigor, bilingüismo sino un saber a medias de uno u otro idioma, si no de ambos, entonces sí hay inconvenientes insalvables. Para mí el problema es un problema de cultura. El caso de Domínguez no es único. Todos los escritores paraguayos que saben bien guaraní y que tienen sólida cultura escriben muy bien en español: Natalicio González, Justo Pastor Benítez, Hérib Campos Cervera, Augusto Roa Bastos, Elviro Romero, etc.

Pero si el poeta o el prosista carece de cultura, entonces topamos con el caso de Manuel Ortiz Guerrero, excelente poeta en guaraní, el cual no llegó nunca a dominar la sintaxis española con todas las implicaciones que esto acarrea. Si se habla de bilingüismo, si se dice que el Paraguay es un país bilingüe, hay que preguntarse con toda energía lo que esto significa o puede significar. Acontece, sin embargo, que cuando se habla de bilingüismo se carga el acento en el idioma guaraní y se insinúa o concluye, acaso con excesiva precipitación, que el castellano es para el Paraguay menos idioma que el vernáculo. Lo cual es, sólo en cierto modo, cierto. Ahora bien: la cultura es solución absoluta del problema. Denle cultura al paraguayo "bilingüe" y tendrán ustedes una posibilidad cabal de intelectual americano de lengua española.

Cuenta Porfirio Fariña Núñez algo que viene muy a propósito respecto a lo que afirmo. "Nuestro idioma de leche era el guaraní"; —habla de sus hermanos y de sí mismo— "aprendimos el castellano, que nuestros padres no hablaban, en la escuela común, en el

⁸ Ver mi *Historia de la literatura paraguaya* (México: Ediciones de Andrea, 1970), p. 9.

Paraguay y en la Argentina. Nuestro hermano mayor recibió en Humaitá, de un maestro italiano Gorriti, una buena enseñanza. . ."⁴

Esto significa que Eloy Fariña Núñez, el autor del *Canto secular*, por un lado y, por otro, de *Mitos guaraníes*, no aprendió la lengua española en su casa. Lo cual significa que el famoso poeta y sus hermanos eran monolingües, no bilingües, antes de ir a sus escuelas. Y tampoco eran bilingües sus padres, "que no hablaban castellano."

Ahora bien, Eloy Fariña Núñez, una vez bilingüe y hombre de cultura clásica y moderna, no tuvo problema alguno. En 1912 ganó el primer premio en el certamen literario de *La Prensa* de Buenos Aires, compitiendo con escritores cuyo español les venía, por decirlo así, desde la cuna.

En suma: el bilingüismo es un factor negativo cuando en el hablante —este o aquel— no hay parejo conocimiento de los dos idiomas. Las grandes voces de la nación paraguaya fueron dadas en español, por otra parte. Pedro Juan Caballero, según aprenden los niños paraguayos en las escuelas, escribió con sangre, en su mazmorra, sus inmortales palabras en castellano. Hasta la leyenda patria se hace en español.

Francisco Solano López cae en Cerro Corá con la trágica frase española en los labios moribundos: "—¡Muero con mi patria!—". El mejor poema paraguayo se titula "Un puñado de tierra"; la mejor novela, *Hijo de hombre*; uno de los mayores logros de la historiografía patria, *El Paraguay colonial*.

Insistamos: el bilingüismo es problema y será problema sólo en la medida en que la cultura no refine lo suficiente el dominio del español. Esto es, en caso de cultura escasa en el escritor. Pero entonces caemos en la cuenta de que el problema no ha sido bien planteado. Habrá que plantearlo de modo distinto y decir: el infortunio cultural del Paraguay no ha consistido nunca en ser un país bilingüe sino en no serlo cabalmente. Si todos los paraguayos hablasen un buen guaraní y un no menos buen castellano, entonces tendríamos gran ventaja sobre todos los países de América, especialmente en lo que mira a la posibilidad del ahondamiento de lo americano. A saber: el Paraguay podría expresar en una sola lengua —la continental y universal que es el español— la sabiduría profunda de dos lenguas: una de América y otra de Europa, la española, que, además, por derecho propio, es también de los descendientes de Irala, Salazar y Hernandarias.

⁴ Sobre el autor del *Canto secular*, ver Pastor Urbieta Rojas, *Eloy Fariña Núñez. Su vida y su obra* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Lucania, 1972).

TOCANTE a un bilingüismo muy distante del de mi tierra nativa, voy a referirme aquí a lo que acontece en mi alrededor, en la Universidad de California, filial de Riverside:

En California hay millares de *Mexican-Americans*, llamados hoy *chicanos*. Muchos, no tantos como sería deseable; asisten a la universidad. Si se habla con ellos en castellano y en inglés sobre temas comunes, uno no se da cuenta de algo sorprendente, a saber: que no son, en rigor, bilingües. En efecto, hablan un castellano familiar perfectamente comprensible. Hasta usan unos modismos con sabor de Siglo de Oro. Y hablan un inglés adecuado, "un inglés de todos los días."

Ahora bien: si estos estudiantes se ven obligados a hablar de literatura en clase, no sobre su familia o sus problemas personales en lo corredores o patios, entonces se advierte que no saben expresarse, que no dominan ni el castellano culto ni el inglés culto; que no son, estrictamente hablando, bilingües cabales.

Será cosa de preguntarse ahora si a muchos paraguayos les acontece algo parejo cuando se ponen a *hacer literatura*. Si son perfectamente bilingües como Roa Bastos o Campos Cervera, o José Luis Appleyard, hacen una literatura espléndida porque no sólo saben bien el español sino son escritores de verdad. Pero si muchos paraguayos no saben bien español, y el guaraní que hablan tampoco es un guaraní jugoso, aunque sean escritores de vocación, es más que probable que no hagan una literatura digna de competir con la de hombres de equivalentes dotes intelectuales pero de mayor cultura y de mayor dominio de la lengua que utilizan.

Difúndase el conocimiento más cabal posible del español en las ciudades, aldeas y campos paraguayos, y se verá que el bilingüismo, al hacerse realidad *de verdad*, antes que problema será fuente riquísima de expresiones de espiritualidad. Lo dañino consiste, en suma, en el bilingüismo a medias o en el monolingüismo deficiente, esto es, la falta de cultura. Esto último, sí, es problema. Y no sólo en el Paraguay, sino en todos los países del mundo.

Convencido yo, aunque sin fundamentación científica, de que nuestro bilingüismo no ha sido causa de nuestro lento desarrollo intelectual, llevé a cabo una encuesta cuyo resultado confirmó plenamente mi posición. Me limitaré a transcribir el dictamen de sólo dos especialistas que han hecho de los problemas lingüísticos y literarios la ocupación exclusiva de su existencia. No citaré a otros filólogos para no incurrir en cansada machaconería. Luego presentaré algunas ideas de nuestro Rafael Barrett quien, ya a comienzos del siglo, se anticipó con maravillosa intuición de pensador y artista

a la conclusión de iniciados en disciplinas que en los últimos decenios han tenido desarrollo considerable en Occidente.

A renglón seguido citaré a un escritor paraguayo plurilingüe, historiador distinguido, para quien el bilingüismo no es, ni mucho menos lo que creen Roa Bastos y otros poetas y críticos. En el dictamen de un historiador paraguayo, conocedor profundo de su desenvolvimiento social, político y cultural, hay la garantía de una visión más comprensiva del fenómeno bilingüe. Por esto transcribiré unas afirmaciones de Pablo Max Ynsfrán.

Veamos primero qué postura asume ante el bilingüismo el profesor Marcos A. Morínigo, paraguayo de origen, formado bajo el magisterio directo de Amado Alonso en el Instituto de Filología de Buenos Aires, autor de *Hispanismos del Guaraní*, y figura de renombre internacional en estudios lingüísticos y literarios:

"Es muy plausible su iniciativa de indagar si el bilingüismo paraguayo puede ser el gran culpable de que las letras paraguayas padezcan de raquitismo frente a las de otros países hispanoamericanos. Se creyó en el Paraguay hacia fines del siglo pasado y principios de éste que el atraso nacional se debía a que la mayoría de sus habitantes no poseían el español, la lengua de la cultura. La escuela pública hizo lo que pudo para superar el problema. Se prohibió en el ámbito escolar el uso del guaraní y en muchos hogares se siguió el ejemplo. El español dio pasos gigantescos en este siglo, no cabe duda, pero lo que realmente ocurrió con este avance del español es lo que yo creo que fue una solución magnífica: el Paraguay se tornó bilingüe. *Una inmensa ventaja que hay que conservar.* No puede, creo, achacarse al bilingüismo el que el Paraguay no haya tenido hasta nuestros días escritores de prestigio internacional. La historia literaria conoce muchos excelentes escritores bilingües. En América el Inca Garcilaso es ejemplo estelar, pero también lo fueron Espinoza y Medrano, Santa Cruz y Espejo, Altamirano. . . Y no faltan ejemplos europeos contemporáneos. Lo que en el Paraguay faltó fue una tradición. Nunca la hubo ni se pudo formar hasta vísperas de este siglo. Y los escritores valiosos no se forman sino dentro de una tradición, como los pintores, escultores, etc. Las razones para esta carencia son múltiples. No vamos ahora a analizarlas. La tradición empezó a formarse con la fundación del Colegio Nacional para afirmarse luego con la de la Universidad. Los pocos paraguayos que antes de estas fundaciones demostraron interés por las letras o se dedicaron a escribir se formaron fuera del país. Y por supuesto que las excepciones confirman la regla. Los escritores cuyos nombres como escritores han cruzado las fronteras del país son productos directos o indirectos de esas instituciones y de su influencia y son nuestro contemporáneos. Por otra parte

no hay que alarmarse porque el Paraguay no haya dado escritores de relieve continental como los han producido México, Venezuela, Cuba, Perú, Chile, Uruguay, Argentina. Todo llega a su tiempo."

Así opina, desde la Universidad de Illinois, en carta del 9 de diciembre de 1969 el filólogo y cervantista que en esa fecha acababa de dar a la estampa una admirable edición del *Quijote* en la hora de su jubilación de una brillante carrera científica y literaria iniciada en el estudio de la interacción del guaraní y el español. Lejos de ver una rémora en el bilingüismo, el Dr. Morínigo lo considera, subrayémoslo, una "inmensa ventaja."

Leamos ahora la respuesta del profesor Angel Rosenblat, el primer discípulo que tuvo Amado Alonso en el mismo Instituto en que se formó la ya citada autoridad.

"Me plantea usted un problema delicado:" —escribe el sabio argentino desde el Instituto de Filología "Andrés Bello" de Caracas— "si el bilingüismo paraguayo es una rémora para sus escritores. Una serie de psicólogos y educadores, en los Estados Unidos, por ejemplo, han sostenido que el bilingüismo en la infancia retrasa el desarrollo mental del niño. Otros han combatido enérgicamente esa opinión. Quizá el problema sea más complejo de lo que parece, y dependa de factores externos (sociales) o internos (familiares, etc.). Hay un argumento que yo esgrimo continuamente: las comunidades judías de Europa han sido siempre bilingües (y hasta trilingües), y han dado escritores notables, a veces en sus dos lenguas. Gran parte de la población de Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia y otros países es bilingüe o trilingüe, y no parece que les haya faltado poetas y novelistas. El Inca Garcilaso era bilingüe, y vivió muy compenetrado con su familia materna, y es uno de los más grandes escritores de nuestra lengua. Unamuno es vasco, y el vasco era la lengua de su casa, y es posible que el conflicto de sus lenguas haya sido uno de los gérmenes positivos de su obra. A mí me parece que en general el dominio de dos idiomas debe ser fructífero para un escritor. Sin duda el escritor debe decidirse dentro de su alma por uno de los idiomas, pero siempre debe actuar el otro como fermento positivo.

El bilingüismo paraguayo constituye sin duda un problema desde el punto de vista social o educativo. Yo creo que el país debe cultivar su lengua indígena, que es la lengua de su tradición y de su pueblo, pero sin olvidar que forma parte de una inmensa comunidad hispánica, que le ofrece, como patrimonio propio, toda su literatura, toda su cultura y todas sus posibilidades." (Carta del 3 de octubre de 1969).

En el artículo titulado "Guaraní", de *El dolor paraguayo*, Rafael Barrett escribe: "Para algunos, el guaraní es la rémora... El

argumento comúnmente presentado es que correspondiendo a cada lengua una mentalidad que, por decirlo así, en ella se define y re-trata, y siendo el guaraní radicalmente distinto del castellano y demás idiomas arios, no sólo en el léxico, lo que no sería de tan grave importancia, sino en la construcción misma de las palabras y de las oraciones, ha de encontrar por esta causa, en el Paraguay, serios obstáculos la obra de la civilización. El remedio se deduce obvio: matar al guaraní. . ."

Saltemos varias reflexiones de Barrett para llegar a esta aseveración: "En Europa misma vemos que no son los distritos bilingües los más atrasados. Y no se crea que la segunda habla, la popular y familiar, en tales distritos usada, es siempre una variante de la otra, de la nacional y oficial. Vizcaya, región en que se practica un idioma tan alejado del español como el guaraní, es una provincia próspera y feliz. Algo parecido ocurre en los Pirineos franceses, en la Bretaña, en las regiones celtas de Inglaterra. . ."

Más abajo agrega: "La historia nos revela que lo bilingüe no es una excepción, sino lo ordinario. Suele haber un idioma vulgar, matizado, irregular, propio de las expresiones sentimentales del pueblo, y otro razonado, depurado, artificial, propio de las manifestaciones diplomáticas, científicas y literarias. Dos lenguas, emparentadas o no; una plebeya y otra sabia; una particular, otra extensa; una desordenada y libre, otra ordenada y retórica. Casi no hubo siglo ni país en que esto no se verificara."

Valdría la pena transcribir todo lo que nos dice este luminoso espíritu, pero hay que ahorrar espacio y sólo destacar lo que en su tesis es coincidencia absoluta con lo que afirman Morínigo y Rosenblatt.

Cierto es que Barrett polemiza en su artículo con los enemigos del guaraní, y aquí nadie piensa en los enemigos de esa lengua sino en los que creen ser el bilingüismo la causa de nuestra escasa producción literaria. Sin embargo, es muy fácil ver que Barrett concuerda con la ciencia filológica más avanzada en lo que mira a la ventaja del bilingüismo cuando afirma: "Contrariamente a lo que los enemigos del guaraní suponen, juzgo que el manejo simultáneo de ambos idiomas robustecerá y flexibilizará el entendimiento. Se toman por opuestas, cosas que quizás se completen." Ver *Obras Completas*, Buenos Aires, 1943, pp. 151-152).

El profesor Pablo Max Ynsfrán, a quien he mantenido al tanto de mi encuesta, asevera: "Siempre ha predominado en el Río de la Plata (Argentina y Uruguay) la opinión de que el atraso del Paraguay. . . se debe al uso del guaraní, porque este último no es idioma culto. Semejante concepción ignora toda la historia del Para-

guay: su aislamiento geográfico, en un principio, y después su completa ruina material... por obra de una catástrofe sin paralelo. El guaraní, lejos de ser una rémora, es, por el contrario, una adición espiritual, porque abre todo un horizonte al pensador, cerrado para el monolingüe. Por pobre que sea el guaraní para el pensamiento puro, enriquece al escritor porque le habilita a mirar las cosas desde otro ángulo." (Carta del 12 de abril de 1970).

EL movimiento se demuestra andando. Más de un escritor paraguayo bilingüe ha demostrado que se puede ser excelso novelista o gran poeta escribiendo en la lengua del Continente y ganar en ésta merecida fama. Apunta Rosenblat que en el caso de Unamuno el conflicto entre el vasco y el castellano acaso haya sido uno de los gérmenes positivos de su obra. Esto significa reconocer la existencia de un conflicto, por una parte, y por otra, ver en él posibilidades valiosas cuando tal conflicto se supera.

Yo me inclino a creer así: existe el conflicto pero lo concibo como un acicate en virtud del cual la solución obtenida pueda dar resultados superiores a los que sin él podrían lograrse normalmente. Que el escritor paraguayo, pues, aproveche esa ventaja con que se halla favorecido para, tras perseverante lucha por el dominio cabal de su instrumento expresivo, e inserto como está ya en una tradición literaria no desdeñable, dé a su obra la impronta única de un pueblo ya tan celebrado por su música cantada en dos idiomas.

No, no ha sido el bilingüismo del Paraguay, país devastado dos veces en el siglo XVIII, la primera, y en el XIX, la segunda —me refiero a la Revolución de los Comuneros (1717-1735) y a la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) respectivamente—; país, cabe insistir, que sufrió la aplastante tiranía del Dr. Francia —de 1814 a 1840—, la razón por la cual su literatura ha sido, por comparación, balbuciente y zaguera en América.

Cuando esta literatura comienza a interesar en el mundo —en la sexta década del siglo XX— es paradójicamente uno de los grandes escritores bilingües el que achaca al bilingüismo la culpa del atraso.

Y lo curioso es que en Oxford, Inglaterra, hace ya varios años, cuando el que traza estas líneas pronunció una conferencia sobre la novela *Hijo del hombre*, un filólogo y crítico ya antes citado —Marcos A. Morínigo— comentó elogiosamente el español de Roa Bastos, vívido en sus intuiciones, cargado de metáforas, y señaló el impacto poético del guaraní sobre la espléndida prosa.

Hay, pues, un estudio filológico por escribirse: el que nos revele cómo Roa aprovecha las intuiciones de vida y mundo que el guaraní le ofrece y las funde a las de su refinado arte de poeta en verso y prosa castellanos.⁵

⁵ Ver los ensayos de Josefina Plá, "La literatura paraguaya en una situación de bilingüismo", en *Estudios Paraguayos*, Vol. II, No. 2, diciembre de 1974, pp. 5-30; y de Bartomeu Meliá, "Hacia una 'tercera lengua' en el Paraguay", en la misma revista, pp. 31-75. El mismo Meliá como apéndice de su estudio, publica en la citada revista una "bibliografía sobre el 'bilingüismo' del Paraguay", pp. 73-82.

EL REALISMO MÁGICO EN LOS CUEENTOS DE USLAR PIETRI

Por *Russell M. CLUFF*

EL realismo mágico, como término crítico de la literatura hispanoamericana, figura entre nosotros desde el año 1948,¹ pero hasta la fecha no se puede efectuar un estudio sobre el tema (teórico o analítico) sin delinear primeramente la historia de dicho concepto y delimitar las distintas escuelas de pensamiento que se han formado alrededor del mismo. Por razón de las diversas ideologías sobre el asunto, cada estudioso del realismo mágico se ve obligado a establecer desde un principio sus simpatías, en cuanto a escuelas, o formar (como se hace a menudo y como se verá más adelante) su propio conjunto de pautas o reglas a fin de que le comprendan sus lectores. Lo mismo se hará aquí en el presente estudio. Iniciaremos nuestro ensayo con un tratado teórico-histórico del realismo mágico, para terminar después con un análisis textual de cuatro cuentos de Arturo Uslar Pietri, revelando así lo que tiene que ver su obra con el movimiento.

Esta polémica informal y disparatada que se ha entablado a lo largo de la última década se ha dividido, por lo general, entre las dos escuelas opuestas de Angel Flores y de Luis Leal.² En el año 1955

¹ Luis Leal ha descubierto que Arturo Uslar Pietri, en su libro *Letras y hombres de Venezuela* (México: Fondo de Cultura Económica, 1948), fue el primer literato hispanoamericano quien usó el término. Y a pesar de no haber ensayado ningún estudio extendido sobre el tema, nos deja la siguiente declaración que indica lo que será el realismo mágico en la literatura hispanoamericana: "Lo que vino a predominar en el cuento y a marcar su huella de una manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que a falta de otra palabra podría llamarse un realismo mágico" (pp. 161-162).

² El antologista E. Dale Carter (*Antología del realismo mágico*, New York: Odessy Press, 1970) sigue a Flores con toda fidelidad, tanto en el escogimiento de cuentistas (Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Arreola) como en sus ideas teóricas. Niega, además, el trabajo de Leal llamándolo "una opinión divergente" (nota 6, p. xii), pero acaba por citarlo, a favor propio, como si no hubiera incongruencias algunas entre las ideologías de Flores y Leal. El crítico A. Valbuena Briones ("Una cala en el realismo

Flores publicó su artículo "Magical Realism in Spanish American Fiction" en el cual declara que la teoría básica del realismo mágico se compone de una amalgama de realismo y fantasía, y enaltece a Borges como el campeón de la literatura de esta índole a partir del año 1935 —año de la publicación de su colección de cuentos *Historia universal de la infamia*.³ Otros dos elementos que Flores atribuye al realismo mágico como rasgos esenciales son enumerados por uno de sus seguidores más cercanos al decir que "el realismo mágico crea un concepto deformado del tiempo y del espacio; y finalmente [por razón de su carácter hermético, a través del estilo refinado y la trama bien lograda], es una literatura dirigida a una minoría intelectual."⁴

Las teorías de Luis Leal, y son éstas las que seguiremos de cerca en el presente estudio, fueron expuestas en su artículo "El realismo mágico en la literatura hispanoamericana,"⁵ cuyo propósito principal fue el de contrarrestar las filosofías de Flores y reemplazarlas con otras, más certeras, de acuerdo con una cuidadosa y metódica documentación del término y de sus manifestaciones en la literatura hispanoamericana. Algunos de los más importantes hallazgos que anota Leal son enumerados por Fraser cuando dice: "Leal first docu-

mágico", *Cuadernos Americanos*, 166 septiembre-octubre, 1969, 233-41) afirma que "el artículo [de Flores] es extraordinariamente útil porque ofrece una serie de características del nuevo estilo" (p. 237); y a pesar de haber salido dos años después del estudio de Leal, elude cualquier mención de su obra.

En cuanto a las ideas de Luis Leal, casi todos los demás críticos que han escrito sobre el asunto han tomado este partido. El crítico norteamericano Ted Lyon, en su artículo "La clasificación literaria y la realidad hispanoamericana: viaje de ida y vuelta" (*Chasqui*, 2, No. 1 [noviembre, 1972], 6-14), dedica una sección al realismo mágico en la cual sigue muy de cerca la ideología de Leal, documentándose de él y de las referencias que él había sacado a luz, a saber los escritos de Franz Roh, Uslar Pietri, Carpentier y otros. Otro crítico, Howard M. Fraser ("Techniques of Fantasy: *realismo mágico* and *literatura fantástica*," *Chasqui*, 1, No. 2 [marzo-abril, 1972], 20-23), hace un buen resumen del desarrollo del realismo mágico hasta esa fecha, pero por último se muestra incapaz de ver la diferencia entre el verdadero realismo mágico y la literatura fantástica.

Ultimamente ha salido otro estudio de Roberto González Echevarría en el que pretende desplazar todos los estudios que hasta el día se han hecho sobre el asunto. De esto se tendrá que comentar más detalladamente dentro del texto de nuestro estudio.

³ Angel Flores, "Magical Realism in Spanish American Fiction," *Hispania*, 28 (1955), 189.

⁴ Carter, p. xii.

⁵ Luis Leal, "El realismo mágico en la literatura hispanoamericana," *Cuadernos Americanos*, 153 (1967), 230-235. Subsiguientemente se referirá, en las notas, a este artículo con el título recortado de "El realismo mágico..."

ments the history of the term. Coined by the German art historian Franz Roh (1925), and later employed by Arturo Uslar Pietri (1948) and Alejo Carpentier (1949), *realismo mágico* denotes the discovery of mystery immanent in reality."⁶

Lo más valioso del ensayo de Leal, después de proveer una nueva y eficaz definición del realismo mágico, es el desentronamiento de la idea simplista de que el realismo mágico se estribase, como rasgo básico, en la amalgama de lo real con lo fantástico.⁷ Si el realismo mágico sólo estuviera pendiente de una mezcla de realismo y fantasía, no sería ni nada nuevo en la historia de la literatura, ni nada diferente de lo que se ha escrito desde tiempo inmemorial: bajo tales pautas hasta *Las mil y una noches* y los bestiarios medievales, por constar de escenas y seres fantásticos con inferencias reales y cotidianas, cabrían cómodamente dentro del ámbito del realismo mágico. De tal manera, no habría límite a lo que se podría considerar como realismo mágico, y por consiguiente no habría necesidad de crear esta nueva categoría temática. Existe, sin embargo, una gran diferencia entre la literatura fantástica y el realismo mágico, y esa diferencia se explica claramente en la definición de Leal:

El realismo mágico es, más que nada, una actitud ante la realidad, la cual puede ser expresada en formas populares o cultas, en estilos reelaborados o vulgares, en estructuras cerradas o abiertas. ¿Cuál es esa actitud del magicorrealista ante la realidad? Ya hemos dicho que no crea mundos imaginarios en los que podamos refugiarnos para evitar la realidad cotidiana. En el realismo mágico el escritor se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla, de descubrir lo que hay de misterioso en las cosas, en la vida, en las acciones humanas. [...] ...no es la creación de seres y mundos imaginados, sino el descubrimiento de la misteriosa relación que existe entre el hombre y su circunstancia. La existencia de lo real maravilloso es lo que ha dado origen a la literatura del realismo mágico...⁸

Hay aquí dos notas que merecen resonancia especial, a saber aquella "actitud" que toma el escritor frente a la realidad maravillosa, y la premisa errónea (tal como advertimos en Carter) de que sea el realismo mágico una tendencia esteticista requiriendo en todo caso un estilo refinado y una estructura compleja. En primer lugar,

⁶ Fraser, p. 21. Ver la nota 2.

⁷ Otras ideas desarrolladas por Leal son las que siguen: refuta la inclusión de autores que producen literatura fantástica (Borges, Bioy Casares, *et. al.*); niega que sea una literatura psicológica o surrealista; y, por último, declara que el realismo mágico no se vale de motivos oníricos.

⁸ Leal, "El realismo mágico..." pp. 232-33.

lo real maravilloso tiene que ser expresado a través de una reacción o actitud personal; rara vez —como nos dice Wayne C. Booth— estarán de acuerdo entre sí todas las entidades, tanto ficticias como reales (autor, narrador o narradores, personajes, lector), que se ponen en marcha durante cualquier lectura. Existirá entre todos una distancia estética de extensión y comprensión distinta. Dice Booth: "In any reading experience there is an implied dialogue among author, narrator and other characters, and the reader. Each of the four can range, in relation to each of the others, from identification to complete opposition, on any axis of value, moral, intellectual, aesthetic, and even physical."⁹ Ahora bien, esto implica que aun en los escritos más comunes y tradicionales puede haber distancias estéticas de enorme extensión. De hecho, cuando una selección de prosa-ficción crea un mundo real en el cual se presencia cierta magia, algo misterioso que les aturde a los personajes, algo que contraría las leyes naturales reconocidas, ¿cuánto más probable será la posibilidad de que haya un abismo de desacuerdo entre lector y personaje? Lo interesante en el realismo mágico es que tanto el personaje como el lector se sorprende de lo inesperado, mientras que en la literatura fantástica nadie se asombra de lo que se cuenta; ya desde un principio se sabe que la acción toma lugar en un ambiente fantástico donde todo es posible, donde se evade a cada paso lo real cotidiano a fin de descartar la vía para el mensaje alegórico que pretende comunicar el autor. De ahí la importancia que carga la actitud del personaje —de ahí el sentido mismo del realismo mágico— es precisamente esa incongruencia que se ve retornar repentinamente cuando lo racional viene a topar con lo inexplicable, o con "el milagro" como lo llama Alejo Carpentier. He aquí los comentarios de éste:

Pero es que muchos se olvidan, con disfrazarse de magos a poco costo, que lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el Milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inusual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, *percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu* que lo conduce a un modo de "estado límite". Para empezar, la sensación de la maravilloso presupone una fe. Los que no creen en santos no pueden curarse con milagros de santos. . . .¹⁰

⁹ Wayne C. Booth, *The Rhetoric of Fiction* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1961), p. 155.

¹⁰ Alejo Carpentier, "De lo real maravilloso americano", *Tiempos y diferencias* (Montevideo: Arca, 1967), p. 118. El subrayado es nuestro. Se

El escritor cubano también insiste en una percepción y una reacción personales de parte del personaje, todo lo cual, como dice él, delata una devota "fe" que ayudará a delimitar la actitud del protagonista, pero que no lleva ni propósito ni obligación de convencer a un posible lector incrédulo. Para Carpentier le es suficiente saber que tal fe y tales maravillas rigen de manera viva en las vidas de los creyentes.

En lo que concierne a las estructuras y los estilos empleados por los mágicorrealistas, baste mencionar brevemente dos cuentos que, en cuanto a la forma y el uso del tiempo, quedan en dos mundos opuestos, pero que, al tomar en cuenta los elementos maravillosos, cumplen ambos todo requisito del cuento mágicorrealista. El primero es "Viaje a la semilla"¹¹ de Carpentier: un cuento de ambiente colonial (y noble) en el cual el tiempo fluye hacia el pasado por razón de la magia de un viejo jardinero. El segundo es "El venado" de Uslar Pietri, de ambiente primitivo. Este cuento, cuyo desarrollo es mayormente lineal, se vale de una estructura tradicional que, más allá de un incipiente monólogo interior, no da muestras de innovación. De otra parte, sin embargo, y es esto lo que lo califica de realismo mágico, el cuento cobra interés en el tema: el hecho de que la vida de una mujer descansa precariamente en la suerte de un venado rarísimo de doce puntas que sólo se pasa la vida huyendo de los cazadores.

Ultimamente se ha publicado un estudio de Roberto González Echevarría, "Isla a su vuelo fugitiva: Carpentier y el realismo mágico," que procura borrar de un solo revés todo lo que hasta la fecha se ha escrito sobre el tema del realismo mágico.¹² Impugna con fervor ardoroso el argumento del profesor Leal, queriendo suplantarle con sus propios esquemas y teorías. Su proyecto es arduo y no del todo reprehensible, pero, por convención ética, se espera que al intentar desvirtuar la filosofía y obra de otro, que proponga, por lo menos, otras que sean más eficaces y más duraderas. Pero en

referirá subsiguientemente a este artículo con el título recortado de "De lo real . . .".

¹¹ Enrique Anderson-Imbert ("El 'realismo mágico' en la ficción hispanoamericana," *Far-Western Forum*, 1, No. 2 [mayo, 1974], pp. 175-186.) ha establecido para sí un espectro en el que sitúa cualquier obra con respecto a su gradación real; en este esquema "Viaje a la semilla" figura en la categoría fantástica. Nosotros mantenemos, sin embargo, que este cuento se puede considerar como mágicorrealista a fuerza de la actitud y la magia del viejo negro, y por razón de la falta de una línea de demarcación entre lo maravilloso y lo real.

¹² Roberto González Echevarría, "Isla a su vuelo fugitiva: Carpentier y el realismo mágico," *Revista Iberoamericana*, 86 (enero-mayo, 1974), pp. 9-63.

el caso de González Echevarría, su estudio requeriría, a pesar de su **larga extensión** y su minuciosa documentación, nuevos descubrimientos teóricos convincentes para poder reemplazar los esfuerzos y hallazgos de Leal. Observamos en su raciocinio tres fallas principales: (1) la incapacidad de creer en esa "fe" que menciona Carpentier (lo cual, en este punto, lo sitúa entre los seguidores de Flores que ven el movimiento como una mezcla de lo real con lo fantástico); (2) la tendencia de analizar los hechos (maravillosos) desde lo externo, desde el punto de vista del autor (el que escribe) y no dentro de la obra misma; y (3) la creación de una inconsecuente división filosófica entre el "binomio" *realismo mágico* y el "trinomio" lo *real maravilloso americano* —designando el primero como tendencia "fenomenológica" y éste como "ontológica."

"Si algo podemos sacar en limpio —dice González Echevarría— de la accidentada historia del realismo mágico en Hispanoamérica, es que se trata de un esfuerzo por explicar una narrativa que, sin entrar por el momento en mayor detalle, podemos considerar fantástica. Una narrativa, pues, que no dependa de: 1) las leyes naturales o físicas; 2) la percepción usual, cotidiana (burguesa, occidental), de la naturaleza y del hombre."¹³ En esta declaración el crítico niega de plano el credo de Leal, y deniega a la vez las ya citadas palabras del mismo Carpentier cuando afirma que la realidad no se destruye por la fantasía sino que mediante "una revelación privilegiada de la realidad" resulta "una ampliación de las escalas y categorías de la realidad. . ." Propone anular también la importancia de las leyes naturales cuando en verdad son éstas las que rellenan el cuadro, desde primer término hasta el foro; es contra estas leyes que se contrasta lo indescifrable, lo maravilloso de esa realidad aplicada. Decir, además, que la narrativa mágicorrealista no depende de la percepción de la naturaleza y de sí mismo por el hombre (sea éste burgués, aristócrata o lo que fuere), sería otro intento de invalidar la doctrina mágicorrealista de Carpentier quien declara que las ampliadas "escalas y categorías de la realidad [son] percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de 'estado límite'."

El deseo de menguar la importancia de los personajes y de su mundo literario es una característica sobresaliente del ensayo de González Echevarría. En la siguiente cita veremos su insistencia en efectuar sus escrutinios literarios desde el punto de vista del autor, como hombre cosmopolita (y europeo), en lugar de atribuirle la capacidad y el derecho de salir de sí para crear una obra imaginaria en la que describe actitudes y creencias de otros seres que, co-

¹³ *Ibid.*, p. 19.

mo dice Booth, tienen toda libertad de diferir o concurrir, en cualquier punto, con su creador:

Si lo real maravilloso sólo se descubre ante el creyente, ¿qué esperanzas puede tener de aprehenderlo y manifestarlo Carpentier? El problema de la reflexividad queda abierto, y también el del dualismo: las maravillas quedan del lado de allá, del lado de los afroantillanos, de los indios, a quienes Carpentier supone creyentes, y que pueblan sus ficciones. Pero ¿dónde queda Carpentier? No digamos ya el Carpentier que viaja por Haití con una compañía de actores franceses, sino el Carpentier implícito en sus relatos. Justo es decir que al llegar a este punto, la tentativa de Carpentier tropieza contra la problemática de la literatura hispanoamericana desde sus orígenes (desde Garcilaso el Inca) ¿pierde su autenticidad el hispanoamericano al poner pluma sobre papel y dejar correr la tinta? ¿Se va con esto su esencia?¹⁴

El crítico hace bien en buscar el autor implícito de la obra, pero su error está en desear encontrarlo en el Carpentier que él conoce o personalmente o a través de su fama de escritor, viajero, intelectual. El hacer aquellas preguntas retóricas como "¿qué esperanzas puede tener de aprehenderlo y manifestarlo Carpentier?" o "¿dónde queda Carpentier?" infiere una intimidad personal con el autor que le autoriza a juzgarlo de "incrédulo" —de hombre cosmopolita que no puede concurrir en las creencias (o supersticiones) de los afroantillanos y los indios americanos. Pero aun si conociera personalmente a Carpentier, eso no sería lo mismo que conocer a los autores implícitos que operan en sus distintas obras. Esto concuerda con lo que dice Booth:

Our present problem is the intricate relationship of the so-called real author with his various official versions of himself. We must say various versions, for regardless of how sincere an author may try to be, his different works will imply different versions, different ideal combinations of norms. Just as one's personal letters imply different versions of oneself [...] so the writer sets himself out with a different air depending on the needs of particular works. [...] The "implied author" chooses, consciously or unconsciously, what we read; we infer him as an ideal, literary, created version of the real man; he is the sum of his own choices. It is only by distinguishing between the author and his implied image that we can avoid pointless and unverifiable talk about such qualities as "sincerity" or "seriousness" in the author.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, pp. 37-38.

¹⁵ Booth, pp. 71, 74-75.

En *El reino de este mundo*, el autor implícito no tiene que ser ni el Carpentier que viaja por Haití, ni el Carpentier que pone pluma sobre papel; el Carpentier literato que conocemos a través de la biografía, al iniciar cualquier tarea de escritura, se convierte luego en un autor que adquiere las características y las actitudes apropiadas a la obra por crear. Como dice Booth: "...he is the sum of his choices." Y esa "sinceridad" que González Echevarría busca en Carpentier se tendrá que definir de acuerdo con el decoro entero de la obra. En el caso de *El reino de este mundo*, encontramos, en efecto, a un autor implícito que se adapta sin pestañear a las creencias, a las historias mitificadas, y a la magia de los afroantillanos. Acudiremos una vez más a Booth para que nos ayude a contestar la pregunta de González Echevarría, esto es, que si el autor pierde su autenticidad al ponerse a escribir: "A work establishes the 'sincerity' of its implied author, regardless of how grossly the man who created the author may belie in his *other* forms of conduct the values embodied in his work. For all we know, the only sincere moments of his life may have been lived as he wrote his novel."¹⁶

Nos es patente que Leal también ha tenido presente el fenómeno de las distintas versiones de autores implícitos cuando ha dicho que "si bien algunos críticos usan el término realismo mágico para referirse a casi toda la narrativa hispanoamericana posterior a 1935, nosotros reservamos el término para un grupo reducido de autores... Y aun dentro de este reducido grupo, *no todas sus obras son del realismo mágico*."¹⁷

Hasta este punto hemos empleado los dos términos, realismo mágico y lo real maravilloso, sin discernimiento entre uno y otro, y sin explicar claramente los orígenes de cada uno. Ya hemos visto en una cita anterior que fueron Uslar Pietri (1948) y Carpentier (1949) los primeros en usar estos términos en Hispanoamérica, pero es de sumo interés para el presente estudio saber que el primer término fue usado por Uslar Pietri, mientras que el segundo fue una invención parafrástica de Carpentier. En el nivel de significados, sin embargo, es juicio nuestro decir que entre ambos términos la sinonimia es un hecho. Pero como ya anotamos con anterioridad, González Echevarría ensaya un esquema en el que se bifurcan las dos locuciones en dos vertientes distintas: "Hay dos vertientes del realismo mágico, a veces distinguibles por las dos rúbricas mencionadas. La primera, realismo mágico, que surge del libro de Roh, es la feno-

¹⁶ *Ibid.*, p. 75.

¹⁷ Luis Leal. *Breve historia de la literatura hispanoamericana* (New York: Knopf, 1971), p. 283. El subrayado es nuestro. Los autores que Leal considera como mágicorealistas son Asturias, Carpentier, Uslar Pietri, Rulfo, Lino Novás Calvo, Félix Pita Rodríguez, y uno que otro más.

menológica; la segunda, lo real maravilloso, de ascendencia surrealista, la ontológica. Es evidente que en la mayoría de las declaraciones recientes de la crítica, ambas aparecen confundidas bajo el mismo rótulo, pero estimo que vale la pena diferenciarlas."¹⁸ Además de hacer una división entre términos y filosofías, el crítico va aún más allá, relegando a Uslar Pietri a lo fenomenológico, y a Carpentier lo tiene por ontólogo: "Uslar Pietri adopta la fórmula de Roh...; Carpentier, por su parte, adopta la versión surrealista... [ontológica]."¹⁹

No estamos de acuerdo con estas divisiones, porque en el nivel práctico y analítico el sistema se muestra ya de un todo inservible; pues tanto en Uslar Pietri como en Carpentier se advierten los dos elementos del fenomenismo y de la ontología. Esto se comprobará en el análisis de las dos citas que siguen. La primera es un trozo del cuento "El venado" de Uslar Pietri, en el cual se presencia al protagonista, Damián, quien se encuentra anonadado ante la realidad de haber matado al ya mencionado fenómeno del venado de las doce puntas:

Era muy poco lo que se distinguía del venado muerto entre la hierba. Pero Damián no daba un paso para acercarse. Tenía la boca abierta, descolgada, y la respiración, corta y silbosa, como de perro. "Maté al de las doce puntas. Lo que son las cosas. Muerto, muertico, de un solo tiro. Sin buscarlo." Todos lo buscaban, y va Damián y lo encuentra. Para él estaba. Lo estaba esperando en aquella loma. Sería para avisarle. No ha debido matarlo. Traen desgracia esos animales raros. Como lo dijo José del Carmen. Allá estaría Benita con su puntada. "Ave María purísima. No. Mejor es no tocarlo. Mejor es dejarlo. Mejor es irme. Esto trae desgracia".

Tomó el camino de regreso apresuradamente. Sentía prisa por llegar a la casa. [...] ... salió de los últimos matorrales sobre la loma de la casa. Allí estaban los hombres, que habían vuelto. [...] Los hombres lo veían, sin hablarle, con unas caras serias.

—¿Se murió?

—Sí murió Benita, hace rato.²⁰

La segunda cita es de la novela *El reino de este mundo* de Carpentier (un fragmento que también se comenta en el ensayo de González Echevarría):

¹⁸ González Echevarría, p. 23.

¹⁹ *Ibid.*, p. 20.

²⁰ Arturo Uslar Pietri, "El venado" en *Catorce cuentos venezolanos* (Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1969), pp. 115-16. Todas las citas referentes a los cuentos que aquí se estudiarán serán de esta antología, y la paginación de consiguientes citas se anotará en el texto del estudio.

Mackandal estaba ya adosado al poste de torturas. El verdugo había agarrado un rescoldo con las tenazas. Repitiendo un gesto estudiado la víspera frente al espejo, el gobernador desenvainó su espada de corte y dió orden de que se cumpliera la sentencia. El fuego comenzó a subir hacia el manco, sollamándole las piernas. En ese momento, Mackandal agitó su muñón que no habían podido atar, en un gesto conminatorio que no por menguado era menos terrible, aullando conjuros desconocidos y echando violentamente el torso hacia adelante. Sus ataduras cayeron, y el cuerpo del negro se espigó en el aire, volando por sobre las cabezas, antes de hundirse en las ondas negras de la masa de esclavos. Un solo grito llenó la plaza.

—Mackandal suavé!²¹

En el primer caso, el elemento fenomenológico se manifiesta obviamente en la increíble imagen del venado de doce puntas que, hasta el momento preciso en que se enfrenta con Damián, ha eludido con gran facilidad el acechamiento de los innumerables cazadores que no sólo se han armado con sus escopetas, sino también con amaestrados perros rastros. Lo ontológico, por otra parte, se patentiza en las cavilaciones de Damián sobre la naturaleza de la vida, sobre el vínculo que pudiera existir entre el venado y su esposa Benita. Damián se siente repicado en la conciencia por haber destruido el balance en la vida de su esposa al matar el venado monstruoso —por no haber tomado a fe completa las palabras del curandero José del Carmen.

En el segundo caso, lo fenoménico se evidencia en la manera milagrosa (sansónica) en que Mackandal se libra de la muerte: agita su misterioso muñón, pronuncia 'conjuros desconocidos,' y al echar 'violentamente el torso hacia adelante' se le caen las ataduras. Y tal como lo vimos en el otro ejemplo, lo ontológico se centraliza en cierta "fe" depositada en alguna entidad o ser de poderes o características sobrenaturales. En este caso, tanto Mackandal como la gente negra circunstante ejercitan una gran fe en los poderes sobrehumanos de aquél. Un poco más adelante de esta cita, el autor nos dice que "aquella tarde los esclavos regresaron a sus haciendas riendo por todo el camino. Mackandal había cumplido su promesa, permaneciendo en el reino de este mundo. Una vez más eran birlados los blancos por los Altos Poderes de la Otra Orilla."²² En ambos casos, por añadidura, los personajes interesados (los creyentes) entran en cavilaciones sobre la naturaleza del ser y sobre todo en seres que ostentan poderes trascendentales. Y de ahí la inconsistencia de

²¹ Alejo Carpentier, *El reino de este mundo* (México: Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, S. A., 1949), pp. 65-66.

²² *Ibid.*, pp. 66-67.

una posible ambivalencia en el significado de los dos términos; y menos en constituir a Carpentier como el promotor de una ideología y a Uslar Pietri como el de la otra.

Dejando ya lo enteramente teórico para adentrarnos en el texto mismo de la obra de Uslar Pietri, hemos escogido cuatro cuentos ("El venado" incluso, pero sin comentarlo en más detalle por haberse expuesto ya lo que tiene que ver con el realismo mágico) que, a pesar de haber sido creados en dos épocas distintas, encierran un realismo mágico de vigor convincente que se basa, sobre todo, en un primitivismo americano captado por el escritor de una manera poética y deslumbrante. Los cuentos son "La lluvia," "El fuego fatuo," y "La negramenta" de la colección *Red* (1936), y el ya citado "El venado" de *Treinta hombres y sus sombras* (1949).

"La lluvia" es por cierto uno de los mejores cuentos de Uslar Pietri y quizá el más conocido de todos. Domingo Miliani, en su obra *Uslar Pietri renovador del cuento venezolano*, comenta: "'La lluvia', ha sido uno de los más reproducidos en antologías. Y hay razones. Puede hablarse de una pequeña obra maestra del realismo mágico. Su composición está lograda a base de contraposiciones de motivos que terminan por adquirir un misterio y una magia naturales."²³

El cuento se inicia con la exposición del escenario: un pequeño rancho venezolano al lado de su correspondiente sembrado de maíz que ya, por una sequía feroz, está del todo marchito. Es de noche, y un viento caluroso, al pasar por entre los tallos muertos del maíz y por las hojas secas de los árboles, orquesta una sinfonía crujiente y desesperanzante. Dentro del rancho se percibe, pero apenas, el palpitante de la vida humana: "Se oía en lo hondo, como bajo piedra, el latido de la sangre ansiosamente" (p. 9). El viejo Jesuso duerme "como palo" (*Ibid.*) en su chinchorro, y su mujer Usebia parece una "sombra que se agita fatigosa sobre el catre..." (p. 11). Toda forma de vida está deprimida por la sequía. El hombre se pinta como un ser muy manso pero embrutecido. Se comporta como "un animal amaestrado" (p. 12) que camina "lentamente, como un animal enorme y torpe..." (p. 14).

Ya de día, se describe el paisaje que va emparejándose con el hombre mediante una descripción poética que le otorga ciertas características de un ser viviente: "La tierra estaba seca como una piel áspera, de seca hasta en el extremo de las raíces, ya como huesos..." (p. 10); "... los cerros y los valles [están] pelados, llenos de grietas como bocas..." (p. 11). Todo está amarillo y sediento menos un verde cactus vertical en lo alto de la colina: una imagen

²³ Domingo Miliani. *Uslar Pietri renovador del cuento venezolano* (Caracas: Monte Avila Editores, C. A., 1969), p. 106.

que se emplea como símbolo de la resistencia en la vida frente a la adversidad, o como un leit-motif de la lucha que está por emprenderse.

La sequía que se aparenta en la naturaleza se yuxtapone con otra sequía espiritual que sufre la pareja de ancianos sin hijos. Y en el momento en que todo se juzga por perdido, tanto las cosechas como en la estabilidad conyugal, aparece misteriosamente un niño que trae consigo un poder indescifrable que está destinado a aliviar tanto el problema natural como el moral. Y hay en las acciones del niño dos motivos que presagian el alivio de las dos situaciones. Primeramente, cuando Jesuso se topa con el niño lo encuentra jugando con sus propios orines y pronunciando a la vez una historia imaginaria —un simulacro de una inundación que se lleva toda la gente: “—Y se rompió la represa... y ha venido la creciente... bruuuum... bruuuum, bruuuum... y la gente corriendo... y se llevó la hacienda de tío sapo... y después el hato de tía tara... y todos los palos grandes... zaaas... bruuuum, y ahora tía hormiga metida en esa aguazón...” (p. 13). Esto vaticina la lluvia que cae cuando por fin desaparece el niño.

Después, cuando Jesuso coloca el niño ante Usebia para presentárselo, ésta “giró agria y brusca y quedó frente al grupo, viendo con esfuerzo por los ojos llorosos de humo” (p. 15). Pero al quedarle mirando, y, más importante, al respirar el aliento del niño, se le nota en la mujer un cambio muy espontáneo: “Quedó un rato viéndolo, respirando su aire, sonriéndole, pareciendo comprender algo que escapaba a Jesuso. Luego, muy despacio, se fue a un rincón, hurgó en el fondo de una bolsa de tela roja y sacó una galleta amarilla, pulida como metal de dura y vieja. La dio al niño...” (*Ibid.*). Este es el primer indicio del sentimiento de bienestar que fomentará la presencia del niño en un hogar que antes se venía a menos.

El niño aparece y desaparece el mismo día, pero durante su corta estadía, los viejos, que en el principio se veían deshumanizados (como animales que se necesitan pero que no se hablan) empiezan a reavivar antiguos sentimientos de ternura. El niño les hace recordar de un perro llamado *Cacique* que antes servía como el objeto de un cariño mutuo. Hasta le ponen el nombre ‘*Cacique*’ al niño quien ha rehusado revelar su verdadero apelativo. Usebia hace la siguiente confesión al niño: “—Tú vas a ver cómo todo cambiará ahora, Cacique. Ya no podía aguantar más a Jesuso...” (p. 18). Y su profecía se realiza porque ya en la hora del almuerzo, los esposos se comunican en un nivel muy informal y natural. Hay una nueva actitud que les va despertando lo humano de tiempos pasados:

Miraba a Usebia atarearse en los preparativos del almuerzo y sentía un contento íntimo como si se preparara una ceremonia extraordinaria, como si acaso acabara de descubrir el carácter religioso del alimento.

Todas las cosas usuales se habían endomingado, se veían más hermosas, parecían vivir por primera vez.

—¿Está buena la comida, Usebia?

La respuesta fue tan extraordinaria como la pregunta.

—Está buena, viejo.

El niño estaba afuera, pero su presencia llegaba hasta ellos de un modo imperceptible y eficaz.

La imagen del pequeño rostro agudo y huroneante les provocaba asociaciones de ideas nuevas. Pensaban con ternura en objetos que antes nunca habían tenido importancia. Alpargatitas menudas, pequeños caballos de madera, carritos hechos con ruedas de limón, metras de vidrio irisado. (pp. 18-19).

Llegada la tarde, los viejos se dan cuenta de que se les ha escapado el tiempo en un intercambio de banalidades; y al comenzar a languidecer la luz del día, el viejo se asoma a la puerta con el fin de buscar el niño. Alza la vista al cielo y ve "gruesos nubarrones negros que cubrían el cielo" (p. 22). Se excita al instante y llama a la vieja; ella sigue pesimista e incrédula por el momento. El viejo, a su vez, sale frenético en busca del niño para que no se moje en el temporal que amenaza. Pero todo esfuerzo le resulta inútil. Tal como había salido el niño de la nada, de igual manera se ha confundido su imagen por entre los fenómenos del paisaje: "A ratos parecía a Jesucristo ver el cuerpecito del niño en cuclillas entre los tallos de maíz, y llamaba rápido: ¡Cacique!, pero pronto la brisa y la sombra deshacían el dibujo y formaban otra figura irreconocible" (p. 23). El viejo ya no puede confiar en los ojos. Vislumbra en todo el cuerpo del niño que ya luego se esfuma; está a punto de volverse loco cuando empieza a caer la lluvia, y con ella se vuelven a sentir los olores más básicos de la vida: "Oía profundamente a raíz, a lombriz de tierra, a semilla germinada, a ese olor ensordecedor de la lluvia" (p. 25). De ahí, el cuento se remata con una imagen sombría: "Ya no sabía si regresaba. Miraba como entre lágrimas al través de los claros flecos del agua la imagen oscura de Usebia, quieta entre la luz del umbral" (*Ibid.*). Tal desenlace pudiera sugerir una tragedia, pero el lector cuidadoso se habrá fijado en un indicio prometedor sembrado por el autor en la narrativa, con bastante anterioridad. Al pasarse la tarde charlando, los viejitos han mencionado la posibilidad de una segunda siembra:

—La calor es mucha y el cielo purito. No se mira venir agua de ningún lado.

—Pero si lloviera se podría hacer otra siembra.

—Sí se podría.

—Y daría más plata, porque se ha secado mucho conuco.

—Sí daría. (p. 21).

Se puede esperar, por lo menos, que el hombre, tal como el verde cactus, siga luchando hasta el fin, no obstante un ambiente indiferente y hostil.

A este punto se puede decir con toda seguridad que Jesuso es el perfecto protagonista del realismo mágico; ejemplifica el hombre que "se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla, de descubrir lo que hay de misterioso en las cosas, en la vida, en las acciones humanas."²⁴

González Echevarría ha reservado dos elementos especiales como peculiares al realismo mágico de Carpentier: la técnica surrealista, y el uso de la historia mitificada.²⁵ Uslar Pietri, sin embargo, se ha valido de ambas técnicas para fundir las bases estructurales de su cuento "Fuego Fatuo." El cuento reconstruye en boca de dos viejas campesinas la historia popularizada de Lope de Aguirre, un tirano castigador de españoles de los tiempos de la colonia. El autor hace uso del "humo" como motivo estructural para distinguir entre el tiempo objetivo (la situación de las dos viejitas narradoras) y el tiempo subjetivo (la historia misma de Aguirre). Cada vez que les toca aparecer a las dos viejas, vemos el humo (una vez es sustituido por el fuego mismo) que procede de la estufa de su "cocina de brujería..." (p. 55). El relato comienza con una corta introducción que consta de una descripción animista, surrealista, que termina con el motivo del humo, el cual introduce a su vez a las dos narradoras: "Viva de grillos, la noche hace delirar el campo. Late agua. Dos o tres estrellas parpadean. Los ladridos huyen de los perros. La vereda viene como una vena, culebreando, pasa junto al rancho y continúa desovillándose en la noche. Por la puerta, humo y luz de cocina salen a hacer fantasmas. La más vieja, removiendo la olla..." (p. 53).

La descripción que nos dan las dos mujeres del Tirano es popular, aguda y poética:

—¡Bigotudo, melenudo, barbudo, ojos de zorro jabudo!

²⁴ Leal, "El realismo mágico...", pp. 232-33. Ver la cita que corresponde a la nota 8.

²⁵ González Echevarría, pp. 20, 43.

La menos vieja, encogida sobre una tapia:

—¿Y qué cosas llevaba?

—Un espadón de hierro, ancho como teja; espuelas de cresta de gallo y una capa grande y encendida que le tapaba las ancas del potro, como pájaro cardenal.

—¿Y un puñal?

—Sí, un puñal como un cacho de diablo.

—¿Y un trabuco?

—Sí; un trabuco que echaba truenos, grande y bocón como negro que ríe.

—¡Ave María, guárdanos del tirano Aguirre! (p. 53).

La crueldad del tirano, según la historia mítica, no se contiene por límite alguno. Después de haber matado a uno de los gobernadores de España y a sus soldados, Aguirre toma la siguiente acción contra su esposa que está encinta:

Don Lupe pensó a grandes gritos:

—Mujer de gobernador de España parirá gobernadores de España, que seguirán haciendo mal gobierno en la colonia. Sobre esto he de escribir al rey. Pero por ahora . . .

Y como si fuese a desatarle el traje, sacó la daga y le abrió el vientre en ocho direcciones. (p. 55).

Además de lo cruel, Aguirre posee poderes sobrenaturales que inspiran terror hasta en sus propios soldados: "—Traía gentes de todas partes que lo seguían con miedo, porque las puñaladas se le desviaban del cuerpo y los tiros se paraban en el aire para no tocarlo" (*Ibid.*). Esta gente lo sigue cabalgando por una sierra sin fin, y en cada cumbre se le deshace el animal del Tirano, dejándolo en el suelo "sobre el pellejo, tendido como en una alfombra" (p. 56). Entonces se apodera del siguiente caballo hasta terminar con todos. De ahí se sube, uno por uno, al hombro de sus capitanes quienes se desgastan de la misma manera. Al final, se encuentra montado en una pobre mujer: "Cuando la tarde se dormía inventando más cerros, don Lupe dominaba una cima a horcajadas sobre la vieja, ya cruz de trapo desmanejada sobre titeres sin sangre" (p. 57).

La última acción de crueldad cometida por el Tirano es la matanza de su propia hija un poco antes de morir también en manos de los soldados españoles. La escaramuza que le quita la vida produce su fin en cuanto a lo físico, pero, según las viejas narradoras, sigue atemorizando a la gente del mundo: "—¿Has visto pasar los entierros? Pasa él. ¿Has adivinado de noche en qué hora mueren

los señalados? Pasa él" (p. 55). Ahora se manifiesta como un fuego fatuo —una candela "que viaja por la sombra cerrando los caminos" (p. 61).

En lo que concierne al realismo mágico, Miliani acierta al resumirlo de la siguiente manera: "Es realismo mágico, porque de una realidad histórica, con enorme base épica, de un personaje rebelde que agigantó su estatura por el desafío al Rey de España, se produce la leyenda que deshace caballos, asesina multitudes sin escrúpulos, remata con la muerte de su propia hija y al final, siempre en labios de coro de viejas narradoras, es la superstición de una llama que surte del fogón y por las noches, deambula sobre ciertas llanuras venezolanas en forma de fuego fatuo, luz en la cual la creencia popular ha perfilado al Tirano Aguirre."²⁶

"La negramenta" es un cuento en el que lo anecdótico casi desaparece, pero cobra interés e importancia en un estilo que establece un riguroso ritmo y lenguaje poético-populares a la manera de los negros esclavos venezolanos. Miliani comenta también en breve este cuento y resume la acción, casi en su totalidad, diciendo que "se desarrolla poéticamente un episodio histórico de valor especial. La primera rebelión venezolana contra la monarquía española, protagonizada por el Negro Miguel, esclavo de las minas de Buría y su mujer, la negra Guiomar, quienes son elegidos reyes de efímero gobierno."²⁷ En términos más específicos, hay una matanza del dueño de una mina por sus esclavos negros, en la que queda en poder el ya nombrado Negro Miguel. Y más allá de un ritmo penetrante que permea el cuento todo, lo único que se puede considerar como realismo mágico es el caso de una voz misteriosa que predice el fracaso de esta sublevación de negros sobre blancos:

Miguel sigue mudo y sin movimiento. El aire aprisiona y tortura como hielo.

Un sonido inhumano que no viene de parte alguna irrumpe y dice claro:

—¡Reino de rey negro no dura sino la sombra!

Los ojos de Miguel están blancos y penetran más allá de las bocas mudas. Nadie ha hablado. Nadie respira.

—¡Reino de rey negro no dura sino la luna!

Nunca se sabe de dónde ha salido la voz, pero en su furia por tratar de silenciarla, Miguel ha mandado matar a varios de los negros circunstantes. Pero la voz nunca se calla, y por fin llegan los soldados españoles y matan a Miguel y a su verdugo.

²⁶ Miliani, p. 120.

²⁷ *Ibid.*, p. 122-23.

Uslar Pietri, a pesar de haber sido el primero en usar el término en este continente, escribió muy poca teoría sobre el realismo mágico; pero, como nos dice Miliani, aprendió el término en París y junto con Alejo Carpentier y Miguel Angel Asturias "volvieron los ojos a la realidad neocontinental, en busca de temas propios que permitiesen un tratamiento nuevo, o *maravilloso*, de lo real, como reiteradamente lo ha venido llamando Carpentier."²⁸ Y ha sido éste el que más ha profundizado en el asunto, dando una clara interpretación de lo que significaría el movimiento en Hispanoamérica. Para ayudarnos a resumir lo que se ha hecho aquí con la obra de Uslar Pietri, citaremos las dos últimas frases del famoso artículo de Carpentier titulado "De lo real maravilloso americano": "Y es que, por la virginidad del paisaje, por la formación, por la ontología, por la presencia fáustica del indio y del negro, por la revelación que constituyó su reciente descubrimiento, por los fecundos mestizajes que propició, América está muy lejos de haber agotado su caudal de mitologías. ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?"²⁹

Si bien Arturo Uslar Pietri no se destaca como uno de los grandes teóricos del movimiento, es evidente que por haber desarrollado en su obra artística todos estos elementos —lo ontológico, lo multi-racial, lo mitológico y lo histórico; ubicados todos en un ambiente americano—, figura como uno de los más importantes exponentes del realismo mágico en Hispanoamérica.

²⁸ *Ibid.*, p. 51.

²⁹ Carpentier, "De lo real. . .", p. 121.

ACTUALIDAD DE LUIS SPOTA

Por *Mauricio DE LA SELVA*

AUTOR de más de veinte volúmenes que abarcan biografía, cuento, novela y teatro, y de una fama literaria que avalan los lectores pero no la mayoría de los críticos, Luis Spota ha publicado en 1975 dos novelas a las que les corresponden —por su orden de aparición— los números 15 y 16; la de menor interés a escala nacional sería la editada en marzo: *Retrato hablado*, y la muy importante, puesto que lleva ya varias reediciones, es la de julio: *Palabras mayores*; sin embargo, ambas, que publicó Grijalbo, han superado antes del año y quizá de los seis meses, las ventas de otros novelistas en diez años, no obstante que éstos disponen de la publicidad en los medios adecuados de difusión cultural.

Con Spota, lo anterior vivifica la eterna pregunta: ¿si no tiene críticos amigos por qué goza la aquiescencia del público lector? Si se revisan las reseñas, comentarios y críticas hechos a cada una de sus novelas, se encontrará que siempre hubo objeción para sus obras; de *Casi el paraíso* (1956), título suyo de los más aceptados incluso por la crítica inamistosa y traducido después a cuatro o cinco idiomas, el detractor puntual deseó nulificarlo asustándose por un pseudoexualismo y condenó al autor por oportunista. Igualmente, *La sangre enemiga* (1959), cuyo contenido temático es bastante complejo, sólo dejó ver lo nauseabundo de su abundante escatología.

Pero apareció *El tiempo de la ira* (1960), después de haber denunciado la corrupción sindical, la podredumbre moral de ciertos líderes en *Las horas violentas* (1958), y lo único que se hizo notar en aquel título fue la gran ignorancia del autor para tocar un tema político de gran envergadura, sin reparar en otros propósitos de no exenta nobleza; en efecto, *El tiempo de la ira*, sin ser la novela genial, es una obra que señala mejores perspectivas desde el punto de vista relativístico en la creación de Spota; éste abarca un círculo temático más extenso y hondo, de mejores intenciones humanas y con más paciencia en el trabajo de escritor. Se nota aquí que, además de la simple consulta de fuentes informativas, existe la meditación sobre los hechos informados; dentro de la línea creadora del novelista *El tiempo de la ira* significa uno de sus títulos impor-

tantes, recomendable como novela fuerte y ambiciosa; en ella la anécdota no tiene cabida y el relato presenta como médula lo trascendente del tema que trata, tan amplio como el ámbito geográfico que sugiere en la realidad. Como construcción literaria: diálogos, monólogos, descripciones, simbolismos, personajes, nos parece que Spota logró buen fruto; sin alardear grandes técnicas en la entrega del relato impone un interés que satisface al lector, quien se contenta con seguir los acontecimientos normales dados en tiempo presente. El autor trabaja ahí sobre el tema de las revoluciones y golpes de Estado en los países latinoamericanos; se ocupa del caudillo militar que viniendo de:de el exilio derroca al Generalísimo-Presidente y libera a su pueblo esclavizado por el terrateniente, engañado por el clero y explotado por el capitalismo extranjero.

Aparte de la importancia que tuvo hace quince años, esa novela adquiere una nueva para la observación crítica, pues *Retrato hablado* y *Palabras mayores* participan de muchas de las preocupaciones que el autor dejó entrever entonces; especialmente, la tendencia a presentar un personaje arquetípico, prototipo, original que, a su vez, viene a ser todos los personajes de su condición; claro, allá se refutó la extraña amalgama de la que realizaba tal figura: Perón, Pérez Jiménez, Arbenz, Castillo Armas, Fidel Castro, Cárdenas, incluso Sandino; pero ello se diluía en la licencia que concede la ficción. En *Palabras mayores*, el Presidente, don Aurelio, es un poco don Porfirio, un tanto don Adolfo, otro poco los generales presidentes y cubre, identificando sucesos, hasta el actual mandatario. A nivel nacional intenta lo que él ya intentó a nivel continental, o que Valle-Inclán, Asturias, Carpentier, García Márquez intentaron al mostrar un tirano que es todos los tiranos, un presidente que es todos los presidentes, un dictador que es todos los dictadores.

Mas la crítica, ayer como hoy, no se da por enterada, y así, cuando en 1964 aparecen dos nuevos títulos: *La carcajada del gato* y *La pequeña edad*, de la primera se dice que aprovechó el escándalo periodístico, no se informa que el autor atreve un tema muy espinoso, difícil de exponer en las páginas de una novela a menos que se caiga en la pedantería, el hermetismo o la vulgaridad; en *La carcajada del gato* Spota aborda la posibilidad ética de la salvación del hombre sin más recurso que su propia voluntad; sus fallas para sacar adelante el proyecto son las mismas del personaje Lázaro, sus limitaciones para entender que por sobre una raza de hombres nuevos lo que urge es un cambio de estructuras sociales. Y de la segunda, se habla de amarillismo, de sensacionalismo, de desvío del central tema revolucionario; otra vez se diluye lo esencial, porque Luis Spota refiere la historia de México correspondiente a los días de la

"decena trágica", historia que se enfoca hacia abajo, hacia la vida de quienes disparan los fusiles y los cañones y son quemados en piras cuando sus cuerpos, ofendidos a una causa que ni aman ni conocen, se amontonan y agusanan en las calles céntricas de la capital; es decir, no se enfoca hacia arriba, hacia los individuos que pugnan en Palacio (Madero, Huerta) o en La Ciudadela (Félix Díaz) y que ya figuran en la primera fila de los nombres repetidos por el historiador, no, se busca entre lo anónimo, entre las sombras y sólo se menciona el dato del resplandor por lo que ofrece de referencia, de guía "histórica" para el lector; así, de Madero se opina, en favor y en contra, pero con ello se ubica la situación, se alude a la dolorosa confusión de aquellos días, y el nombre suyo no resta ni añade al destino de los soldados que, por él o en contra de él, alcanzan el apogeo de la parábola.

La crítica no da cuartel al autor, mas éste quizá piensa con Bertolt Brecht: "mi crítica predilecta es la que me señala las faltas e igualmente aduce todas las razones posibles. ¿Cómo podría mantener alejado de mis escritos lo que tanto ha influido en mi vida?" Porque ese es el gran "pero", el que forman dos señalamientos: crítica superficial, sin "todas las razones", y renunciar a buen trecho de su temática; a la crítica le hierde en Spota su realismo crudo, apenas disminuido por el buril literario, y más le hierde cuando los hechos narrados corresponden a nuestro tiempo, a nuestra sociedad, a cierto estrato de tal sociedad; Spota, en estos casos, no pretende disimular nada, ni recurre a la gracia para explicar el pecado; esto se ve muy claro lo mismo en *Casi el paraíso* y *El tiempo de la ira* que en *La sangre enemiga* y *Los sueños del insomnio* (1966), obra a la que se le rechazó el procedimiento técnico consistente en el recurso retrospectivo; o sea que el autor abusaba porque en *La carcajada del gato* había utilizado, para rememorar las historias de los diversos personajes, la última hora de vida de un hombre que va a ser envenenado, y en *Los sueños del insomnio* utiliza los momentos postreros de un triunfador de la vida que va a suicidarse porque síquicamente es un frustrado; se trata de un intelectual, Flavio Millán, cuya trayectoria ayuda a entender, como en la debatida novela de 1956, cierto rastacuerismo de la moderna burguesía mexicana, que explica la realidad de una situación social localizable en esa burguesía surgida de un cambio de estructuras sociopolíticas, de un movimiento revolucionario tan frustrado como este triunfador que se suicida con cuarenta pastillas de fenobarbital.

Se podría decir que cada novela de Spota es un notable ensayo sobre determinado aspecto de un gran tema; pero a veces, alguna novela reúne en sí como tema total una serie de aspectos ya antes

tocados separadamente; tal especie de engranaje dialéctico desde el punto de vista formal, tal vez sin proponérselo el autor, lo muestran de pronto en una o dos novelas bien acabadas, mejor redondeadas, como resultan ser *Retrato hablado* y *Palabras mayores*, títulos que sin duda Spota quiso publicar seguidos, en menos de cuatro meses, para ayudar al lector en el entendimiento de cierta solución de continuidad, pues aunque la segunda es autónoma, se manifiesta por sí sola, la primera retiene un necesario antecedente; *Retrato hablado* expuesta por el autor con la tendencia ya señalada: Don Eugenio Olid es un tipo de analfabeta audaz, que pasa por sobre todos los obstáculos, válidos o no desde el punto de vista moral, que se congracia con el clero y entra en alianza decisiva con el ejército, que viene desde abajo y concluye su vida dejando en pie un gran imperio financiero; don Eugenio Olid es el hombre sin el que no se puede dar paso político, social, económico o cultural; la publicidad a su favor, la que él maneja o propia y la que difunden los demás, lo presentan como un hombre excepcional al que le debe la vida el conglomerado; pero Luis Spota se vale de la última voluntad de don Eugenio para conocer la verdad acerca de este magnate "misericordioso" a quien se le atribuyen toda clase de bondades; la novela comienza cuando don Eugenio acaba de morir; los recuerdos de sus más allegados trazan la personalidad escondida del máximo millonario; don Eugenio dispone que el arzobispo, el general, el médico, el abogado, la sirvienta-madre-amante y los dos herederos de su fortuna —que no son parientes suyos— Balda y Rebul, carguen su ataúd desde el pueblo donde vivió hasta el de donde vino; como en su última voluntad pide que no se use la autopista sino la vereda por la que él llegó cuarenta años atrás arriando siete puercos, la caminata es pesada, jocosa y útil para que dado el cansancio, el sol candente y los rencores que cada uno de los cargadores ocasionales guarda contra el magnate, digan, acusándose por turno, las maldades en las que ayudaron al gran cacique, gran gobernador sin nombramiento oficial, gran descabezador de movimientos obreros y estudiantiles. Don Eugenio convierte un pueblito en una gran urbe, mas esta urbe puede ser la gran capital de cualquier país latinoamericano; don Eugenio puede ser lo mismo el viejo Anastasio Somoza que el primer Patiño.

De esta manera, *Retrato hablado* complementa *Palabras mayores*, ya que la presencia de Rebul y su socio Balda para apoyar a uno de los candidatos a la Presidencia de la República, no se entendería plenamente; por lo menos en lo tocante a saber de dónde salió el poderoso Grupo Olid, grupo que produce en el país desde los ceniceros para regalo hasta los complejos industriales.

¿Cuál ha sido la crítica para *Palabras mayores*. Muy fácil: Luis Spota escribió, por su oportunismo, una novela precipitada, sensacionalista, descuidada; sin embargo, uno recuerda que no pocas obras significativas se escribieron a la luz de la oportunidad; el relato mexicano está socorrido de ejemplos, empezando con el venerado y sacrificado José Joaquín Fernández de Lizardi. Por otra parte, en cuanto al material de contenido, el autor advierte que de sus cincuenta años de vida, treintaicinco ha estado en relación próxima con la política y los políticos mexicanos; o sea, que al margen de lo ya demostrado en las múltiples novelas publicadas, existe este dato a su favor.

Si continuamos la observación del papel que ha jugado cada novela respecto al perfeccionamiento, al redondeamiento de las respectivamente más recientes, estaremos de acuerdo con que uno de los cargos contra la novelística de Spota, el de su "lastre" periodístico, se desvanece; porque a tiempo ha sabido diferenciar la tarea obligatoria de la creadora, el periodismo de la literatura; no sólo se desprende tal diferencia de sus obras, sino que públicamente ha dicho: "Si bien la tarea periodística ofrece pocas oportunidades de auténtico ejercicio intelectual, las concede prácticamente sin límite para adquirir valiosísimas experiencias, por cuanto permite alternar con un número infinito de personas, a las que se encuentra en las más variadas circunstancias y cuyas angustias en ocasiones se comparten."

Ahora bien, si se toma en cuenta la formación del autor, la oportunidad que tuvo para hacerse de una cultura, de adquirir conocimientos de todo tipo, no hay duda de que mucho de ello proyectan sus relatos; lo comprendemos mejor cuando oímos algo de su biografía: "Lanzado al terminar el sexto año de la escuela primaria a la aventura de vivir en absoluta independencia personal, supe muy temprano de los rigores del trabajo difícil y tomé contacto con el mar, el arte taurino y la fatiga de repartir anuncios en la vía pública o de gastar zapatos intentando vender enciclopedias de puerta en puerta. Conocí la dádiva desdeñosa de la propina como mesero de un café-botica de la Avenida Juárez, y, en los campos de Texas, la resignación de los braceros ilegales, y, por último, me enrolé como *office-boy* de una revista semanaria... El autodidacto es siempre propenso a incurrir en la irresponsabilidad de hacer cosas que los demás, conscientes de sus limitaciones, no intentarían. Esa irresponsabilidad me llevó en 1947 a escribir mi primera novela, y también las que siguieron a ella". No obstante, por ese trato directo con el acontecer diario, con la vida cruda y ruda, su ojo se volvió más penetrante; la mayoría de sus páginas lo revelan así; en *Palabras*

mayores, cuando el ministro Víctor Avila Puig ya ha sido autorizado por el presidente Aurelio Gómez-Anda para buscar su candidatura a la Presidencia, sus reflexiones mientras viaja en su coche son: "Nos rodeamos de pistoleros, ayudantes, motociclistas, secretarios. . . Formamos, ya, una casta aparte. . . Habrá que corregir esto. Habrá que volver a la moderación, a lo que no ofende. ¿Servimos al pueblo o del pueblo nos servimos? . . . En las esquinas, esperando el autobús, el colectivo, el taxi, el tranvía; corriendo hacia las bocas del Metro, de ellas saliendo como de una gusanera, estaban los hombres y las mujeres para los que, en teoría, trabajaba; a los que simbólicamente servía desde su cargo de Ministro; a los que deseaba servir desde el muy superior de Presidente. ¿Qué sabía de esas multitudes? ¿Qué, por ejemplo, de las necesidades, las esperanzas y los recores de esa mujer de pelo encanecido y cara tristísima, formada en fila, como cien más, en la parada del Ruta Doce? ¿sabía, acaso, cómo ama, odia, anhela, sueña, quien vive, no en una mansión con veinticinco mil metros de jardín, sino en una covacha de multifamiliar, sin aire, casi sin luz, con vecinos igual de miserables rodeándolo por todos lados? ¿había intentado él, repetidamente millonario, comprar los alimentos de todo un día con los poquísimos pesos que debía ganar al mes el anciano de la bufanda y la izquierda agitada por un muy intenso Parkinson? . . . ¿Eran o no símbolos de una realidad que él, y casi todos los políticos, no querían ver, admitir? ¿Eran o no evidencia de qué tan alejados han llegado a estar ahora los que gobiernan de los que son gobernados? . . . ¿Cuántos años hacía que él, nacido pobre, muy pobre, no usaba un autobús, un colectivo, un taxi, el Metro? ¿Cuánto que sus zapatos hechos a mano en Suiza no pisaban otro pavimento que no fuera el de su calle de Miraflores?"

Respecto a la irresponsabilidad que se atribuye, quizá habría que separar en etapas su producción relativista; Spota se ha dado cuenta de ello: "las novelas buenas, importantes, macizas, originales de un autor, coinciden con la madurez física e intelectual de quien las escribió", reconocimiento colateral al de Mauriac cuando dice: "a ello se debe que un escritor joven no tenga casi ninguna posibilidad de escribir con éxito sobre cualquier período de su vida que no sea su infancia a su adolescencia. Cierta distancia en el tiempo es absolutamente necesaria para un novelista". De modo que si la crítica ejerce sobre este punto, no afecta en verdad al novelista.

Tanto en *Retrato hablado* como en *Palabras mayores* las huellas de antiguas obsesiones, de viejos temas y búsquedas, son tocados por el autor; ya no con la recurrencia de lo fundamental sino como simples datos que contribuyen al buen gobierno narrativo, lo que

indica innegable depuración de aspectos convertidos aquí en menores para provecho del tema respectivo: se habla el retrato de un personaje que encarna a la corrupción y muestran las "palabras mayores" representadas en el mundo de la política; esto no quiere decir que dichos temas no se crucen de una a otra novela. El de la corrupción aparece, por ejemplo, cuando el doctor Avila Puig siente algún escrúpulo por los sobornos habidos en su Ministerio; Miguel Rebul, aquel heredero del Corruptor Olid es, digamos, uno de los vínculos temáticos entre la primera y la segunda novela; aconseja al Ministro ya lanzado como uno de los posibles candidatos: "Todo lo que se maneja en tu Ministerio es mercancía, y si no lo haces tú, otros, a pesar de ti, venderán o comerciarán de algún modo permisos, concesiones y contratos. . . quién, dime, puede vivir decentemente, no digo: holgadamente, con lo que gana? La dádiva al funcionario; el porcentaje de socio al político que te ayude a obtener lo que buscas o necesitas; el pequeño soborno al burócrata que acelera un trámite o remueve en tu beneficio un escollo administrativo, complementan el ingreso nacional sin exponer a la economía a los sinsabores de la inflación. . . Si lo que se cobra, o se paga, según tú, fraudulentamente, fuera añadido al sueldo nominal de quien lo recibe ¿te imaginas qué tremendo caos se provocaría? . . . El dinero que se recibe por debajo de la mesa, ese dinero fácil y vergonzoso como lo describes, contribuye a que todo, sin excepción, sea en el sector público, sea en el sector privado, marche sin tropiezos. . . El servicio mejora, no se pierde el tiempo y todos nos beneficiamos: el que paga y el que recibe. . . Así que guarda tus escrúpulos para algo que valga la pena."

De las dos novelas, la novedosa en casi su totalidad es *Palabras mayores*. En otros títulos, Spota había hecho señalamientos políticos pero no había dedicado toda su atención al desarrollo de una fase importante del proceso político en México, esa fase que cubre el lapso inmediatamente anterior a la nominación del candidato oficial para la Presidencia de la República.

En realidad, tal novela no existía; no había sido dado hasta ahora, corriendo todos los peligros desde el punto de vista relativista; pues no se desconoce que para dar una idea de los movimientos de masas populares, de las presiones entre los candidatos, los juegos sucios, las zancadillas, las intrigas, la calumnias, la dilapidación general de esfuerzos e intereses con tal de sacar adelante al que se cree posible futuro Presidente, todo ese mundo puramente exterior y violento, frente al otro íntimo, personalísimo, subjetivo, como en el caso de Víctor Avila Puig, enfrentado a problemas de relaciones conyugales y pendiente de su madre ya desahuciada por su padecimiento canceroso; sin embargo, de esto último, de la parte

subjetiva, Luis Spota no debió preocuparse mucho porque su manejo no le era extraño. Otra cosa era la observación de lo exterior, digamos dar de un líder su pasado y presente, aparte de ubicarlo en el mosaico de las fuerzas que juegan y suman para aumentar el peso de su candidatura. Ilustra bien la situación el líder de la Federación Nacional de Empleados del Gobierno que ofrece su apoyo del primer momento al doctor Avila: "Este hombre, antiguo recogedor de basura, que se encumbró acumulando cadáveres bajo sus botas, era una fuerza política nacional; quisiera que no, representaba la voluntad (potencialmente) el voto de quizá dos millones de personas que trabajan en, o para, el Gobierno Federal. Ningún político desdeñaba a Gorráez, fuera amigo o fuera enemigo. Todos procuraban su amistad, su apoyo, su consejo. Lo servían para, alguna vez, por él ser servidos. Su vigencia era permanente: no podía intentarse ninguna chapucería, ningún pacto, ni tomarse ninguna decisión política, sin contar con su aprobación o, por lo menos, con su neutralidad. Pintoresco ahora, cruel cuando joven, fue brazo armado de no pocos funcionarios de otra época. Se crió en los tiraderos de Tierra Baja, al norte de la capital. Maduró entre los detritus. Aprendió a sobrevivir a punta de cuchillo, de pistola, de metralleta. Vendió protección y luego influencia. En cierto momento, sacó de apuros a un alcalde pusilánime, el indeciso Prometeo Walker Gaitán y éste logró que le cancelaran a Crisóstomo Gorráez un pasado carcelario que podría pesarle en el futuro. Le consiguió, extremando más aún su gratitud, un empleo en el Ayuntamiento. Lo hizo líder de una facción separatista de recolectores de chatarra y desperdicios de papel. Echaron a Prometeo Walker, pero Crisóstomo permaneció. . . no entendía aún por qué un forajido como el Secretario General de la Federación Nacional de Empleados del Gobierno recibía el respeto, las atenciones, las alabanzas, la amistad pública de todos, sin excluir al Presidente de la República."

El papel que el novelista asume frente a las situaciones y los personajes que intervienen en *Palabras mayores*, es meramente expositivo, no pretende las más de las veces analizar actitudes o conductas, se circunscribe a respetar una realidad que conoce como sus manos, lo cual, comparado con las obras de otros autores, representa un responsable compromiso. En este punto, cabe recordar lo que escribió Rosario Castellanos (*Juicios sumarios*, 1966): "El escritor no va a salvar a un país sobre el cual carece de influencia, se dice y estamos de acuerdo. Pero, si entra en contacto con la realidad de ese país y lo convierte en su tema entrañable, salva lo que más le importa: su propia obra." Y este punto de vista no abunda; el comprometerse ni siquiera interesa a los críticos que siempre andan preocupados por la pura técnica, el mero formalismo.

Lamentablemente, la crítica local se ha reflejado en los juicios del crítico extranjero y Spota ha recibido esa otra parte de injusticia. Ilustremos con la historia de J. S. Brushwood denominada *México en su novela*; este autor norteamericano, que no manifiesta verdadero sentido crítico y que da la impresión de no conocer directamente los textos a que se refiere, de haberse nutrido con reseñas o comentarios bibliográficos, imita a los críticos locales: reconoce algunas cualidades de Spota para, de inmediato, contrarrestarlas buscando un equilibrio de falsa ecuanimidad; no obstante, le resulta imposible volver negativa la labor del novelista. De sus contextos amañados es fácil, también con maña, estos reconocimientos: "El tema de la Revolución apareció de nuevo cuando Spota publicó otra más de sus numerosas novelas: *El tiempo de la ira*. . . la novela más espectacular de 1956 fue *Casi el paraíso*. . . Ni la observación penetrante, ni las convicciones firmes pueden ser tan eficaces como un relato que encierre al lector en el mundo de los personajes de ficción. A este respecto, Revueltas ha fracasado repetidas veces. Luis Spota que tiene mucha menos sensibilidad artística (¿técnica narrativa?) que Revueltas, ha obtenido un éxito asombroso. . . su capacidad para narrar un relato no es algo que los demás novelistas se puedan dar el lujo de menospreciar. . . La aportación de Spota a la novela nueva estriba en su cosmopolitismo y en su sincera preocupación por el bienestar de México. Su obra ayudaría naturalmente a la novela de protesta social a salir de su situación de aislamiento."

En *Palabras mayores*, refiriéndose al papel que juega la publicidad dentro de la proyección política, el Presidente le dice al Ministro cuando ha resuelto un problema laboral: "lo importante para la gallina no es poner el huevo, sino saber cacarearlo"; Luis Spota no ha sabido "cacarear" como los demás novelistas respaldados por los críticos que a él lo niegan; sin embargo, el valor de su obra es de mayor notoriedad si recordamos que tanto por el número de sus lectores como por la crítica de los comentaristas independientes, la publicidad no forma parte de la incertidumbre respecto a la trascendencia de lo que escribe.

Por otra parte, su manera de abordar el realismo, de exponer una problemática no siempre grata a determinados grupos comprometidos con una especie de artepurismo, suele encontrar crítica extranjera que sí se interesa por el origen de la relativista de Spota, por su desenvolvimiento, su maduración; así, el crítico chileno Fernando Alegria, en su *Historia de la novela hispanoamericana* (Ediciones de Andrea, 1965), señala que de Federico Gamboa se nutrieron novelistas posteriores a él: Mariano Azuela aprendió el "Arte del blanco y negro psicológico que da profundidad a sus rela-

tos del hampa", mientras José Rubén Romero "aprendió la gracia del aforismo melancólico, desilusionado; conscientes heredan de él la habilidad para captar el detalle de un pintoresquismo que es ya tradición en México", y vincula el tema taurino de *Santa* con la primera novela de Spota; al margen de este trazo comparativo, Alegría escribe: "Revive la tradición del viejo realismo picaresco mexicano, vitalizado hoy por una técnica narrativa de rápido movimiento y por una crítica social de vastas proyecciones"... "posee un privilegiado sentido para captar la simpatía humana, una comprensión honda de su pueblo y una intuición certera para definir el conflicto de sus héroes como un debate de dignidad y de heroísmo fundamentales, todo lo cual pone a salvo su autenticidad artística. En sus historias se lucha por conquistar un estilo de vida, ya sea en el sacrificio individual o en la simple aventura que conduce a ese sacrificio."

Eugenio Olid en *Retrato hablado* y Víctor Avila Puig en *Palabras mayores*, personajes alrededor de los que se mueven circunstancias y hechos sociales distintos, respectivamente, tal vez se identifican no sólo entre sí, sino con otros personajes de Spota; por lo regular, son individuos que surgen de estratos económicos endebles, pero que se elevan sobre los demás; por distintos caminos alcanzan igual cúspide; sólo los diferencia la moral que cada uno ha elegido. Olid el corrupto y multimillonario, y Avila el futuro Presidente, resultan en verdad dos triunfadores.

La segunda novela, mejor entendida en México y en el presente año por lo que se refiere a la nominación del candidato presidencial, quizá se vea limitada por cierto localismo; es decir, sufra por falta de una correcta interpretación en la mentalidad del lector extranjero; especialmente, porque el autor —como antes señalamos— elabora un México ideal, un México de ficción, aprovechando datos verdaderos concernientes a imágenes pretéritas de la política mexicana mezcladas con otras muy actuales.

Para mientras, en *Palabras mayores* están presentes el rasticuismo, el soborno, el chantaje, el periodismo venal, la famosa "cargada", el apadrinamiento de generaciones estudiantiles universitarias para subir los bonos del candidato, los dolorosos acontecimientos en los que perdieron la vida tantos estudiantes y trabajadores, el terrorismo para atraer la atención del contendiente, el descubrimiento de yacimientos petroleros en el sureste del país, la destitución o renuncia de un Regente, la silenciosa felicidad del presidente zorro que se divierte enfrentando a los aspirantes a candidato, los jefes de danzantes emplumados que bailan fuera de la casa de los candidatos pero que usan normalmente chaquetas italianas de piel de cabra, los partidos políticos opositoristas y afines, los despla-

zamientos desvergonzados que efectúan los frentes, grupos y similares de uno a otro candidato según rumores y circunstancias; en fin, se pone aquí en relieve un mundo abigarrado de acontecimientos fértiles de ridiculez, pletóricos de cursilería, grotescos, absurdos, surrealistas.

Atendiendo el enfoque creador del novelista, su honrado afán narrativo, es notorio y satisfactorio cómo el relato —no de principio a fin pero sí en las etapas más significativas— mantiene una conjunción de tema y ritmo determinada por los movimientos interiores, los truculentos vericuetos, la diaphanidad y la niebla de unas categorías propias de la cuestión política expuesta. Quizá sea este uno de los casos no comunes en la forma del relato, resulta condicionada sensiblemente por el valor del tema que se trata.

Pero arribemos a los dos párrafos finales de la novela, cuando el doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Londres, Víctor Avila Puig, Ministro de Industrias y Desarrollo, escucha telefónicamente la palabra del señor Presidente ante el grupo de amigos que lo acompañan en su casa: "Esta noche, junto de los sectores de nuestro Partido, he llegado a una decisión, doctor Avila. . . El Partido y yo consideramos. . . Víctor Avila empezó a sentir que las rodillas se le doblaban; que la luz perdía intensidad y color; que se derretían las caras de todos; que los sentidos se amortiguaban; que él mismo no existía ni estaba escuchando esas —que dichas por el señor Presidente de la República— son siempre palabras mayores."

LOS GIGANTES*

COMEDIA POÉTICA EN UN ACTO

Por José MORENO VILLA

PERSONAJES:

RITA, lugareña, de unos veinte años.
CARLOS, chofer, de unos veintiséis años.
UN MATRIMONIO EXTRANJERO.
UN CURA.
UNA GITANA.
TRES NIÑOS, de seis o siete años.
DOÑA CÁNDIDA, vieja encorvada.
UNA COJITA.
UNA CIEGA.
UN SOLDADO.
CRISTÓBAL, el INDIANO.

La escena, un ventorrillo andaluz en una salida de pueblo. Puerta a la derecha en el fondo. Mostrador para despachar vinos, a la izquierda. Mesitas con sus correspondientes banquillos.

RITA, sentada en uno de ellos, se entretiene con tres o cuatro niños.

RITA.—Era una fiesta grande, muy grande, con procesión, la custodia, las espigas, los soldados y el alcalde. Venían los gigantes vestidos de moros y de señoronas llenas de volantes.

UN NIÑO.—¿Por dónde?

RITA.—(*Distraída:*) No sé... Por delante de la Iglesia... Por delante de la escuela.

* Homenaje de "Cuadernos Americanos" al autor de esta pieza.

OTRO NIÑO.—(*Rápido:*) Entonces... por la esquina de la calle de Roahuevos, donde yo vivo.

RITA.—(*Distraída:*) Sí... por la calle de Roahuevos. Uno, se levantaba la barrigota con las manos.

LOS NIÑOS.—(*Riendo:*) Já, já, já.

RITA.—Otro se colgaba grandes calabazas de las puntas de los bigotes.

LOS NIÑOS.—Já, já, já. Embustera, Rita, tonta...

RITA.—No miento, es que no entendéis. Os figuráis que los gigantes tienen estos pelillos y estas manecitas que vosotros. Pero los gigantes...

UN NIÑO.—¿Cuándo has visto tú los gigantes?

RITA.—(*Repite distraída:*) ¿Cuándo has visto tú los gigantes?... Pues, los he visto una vez de día, y otra de noche. Llegaban con la mano hasta la luna. La mano de los gigantes tapa la luna, luneta. Un solo dedo de un gigante es capaz de ocultar el sol. Cuando vi las manos de los gigantes tuve envidia de sus hijos, porque ellos tendrán todo lo que pidan.

UN NIÑO.—¿Tendrán todos los nidos?

OTRO NIÑO.—A que no tendrán todos los peces.

OTRO.—Yo sé que son muñecones de cartón.

TODOS LOS NIÑOS.—(*Jaleando:*) La Rita, la tonta, que nos quiere engañar.

(*Entra DOÑA CÁNDIDA, toda de negro, con manto largo.*)

DOÑA CÁNDIDA.—Jesús, Jesús, dejad a la Rita. ¿Qué pasa? Alborotadores, diablillos. Decidme lo que pasa.

RITA.—Nada, señora. Que estos niños no quieren creer en los gigantes.

UNA NIÑA.—¿Hay gigantes, Doña Cándida?

DOÑA CÁNDIDA.—Pues claro está.

UN NIÑO.—¿Dónde? Vamos a verlos.

DOÑA CÁNDIDA.—Esperaos. Un poquito de calma. Los gigantes no se ven a todas horas. Están descansando, en sus grandes salones. Como pesan mucho, se fatigan. Los gigantes tienen que tirar de unas piernas que pesan diez arrobas cada una. Cada gigante pesa como dos carretas de remolacha.

UN NIÑO.—Pero se les podrá ver dormidos. Podríamos asomarnos por cualquiera parte.

DOÑA CÁNDIDA.—No, no, imposible. Están guardados bajo siete llaves. No, no. A los gigantes hay que verlos en la calle,

en días de gran fiesta. Cuando todo el mundo está contento.
Si los vierais en sus casas, moriríais de miedo.

UN NIÑO.—Yo no tengo miedo.

OTRO.—Si son de palo y de tela.

RITA.—Y tú, ¿de qué eres? (*Acercándose a uno y examinándolo:*)
De tela, de huesos, de pellejo y de carne.

UN NIÑO.—Pero, ellos no son de carne.

RITA.—¿Y qué?

UN NIÑO.—Que, como no son de carne, no pegan, no hacen daño.

RITA.—(*Divagando:*) No hacen daño... No hacen daño... Dime, ¿no hacen daño las piedras? ¿Y las varas? ¿Y los bastones?

UN NIÑO.—Pero, como son muñecos, no tiran, ni dan.

DOÑA CÁNDIDA.—Tú sí que eres un muñeco.

UN NIÑO.—¿Hacemos la prueba? ¿Te tiro un pellizco?

(Le da un tirón del manto y la figura de DOÑA CÁNDIDA se alarga y hace gigantesca. Los niños se separan horrorizados. DOÑA CÁNDIDA se aleja y sale por la puerta del fondo).

RITA.—¿Veis? Me alegro... Para que os burléis de las cosas serias. Para que no creáis en los gigantes.

UNA NIÑA.—(*Medrosamente, acercándose a RITA y sentándose en sus rodillas:*) Oye, Ritita... ¿Tú también te puedes hacer grande? Tú, no, ¿verdad? Tú eres guapa, guapita. No me gustan nada las cosas grandes. No quiero ver gigantes. ¿Tú crees que Doña Cándida es de carne?

RITA.—¿Cómo lo he de dudar? ¿No le has besado muchas veces las manos?

NIÑA.—Pero, ya no se las vuelvo a besar.

RITA.—¿Por qué? Doña Cándida es muy buena.

NIÑA.—No, guapita. No puede ser buena. Es bruja.

RITA.—¿Bruja?... ¿Quién da pan a los pobres?... ¿Quién le dio dinero a tu padre para comprar el caballo y el carro cuando tuvo el choque y por poco se muere?... ¿Quién paga a la maestra del pueblo?... ¿Quién viste los altares con paños bordados y preciosas mallas?... No, hija; Doña Cándida es la persona más buena que conocemos. Por eso es grande.

NIÑA.—No quiero verla más. A mí me gustan las cosas chiquitas; bueno, como tú.

(*Entran la madre de la niña y una COJITA*).

LA MADRE.—(*Gritando al entrar:*) Rosariito ¿Qué haces aquí, endemoniada?

NIÑA.—Estoy con Rita, mamá y he visto un gigante.

LA MADRE.—Anda pa casa. Estamos frescos, con los gigantes. Anda, ven conmigo en seguida. (*La prende y sale con ella*).

(*Entra un SOLDADO chaparrito a quien sigue una CIEGA*).

SOLDADO.—Rita. . . Un vaso de vino. Más pronto que la luz; que me espera el cabo. (*Secándose el sudor:*) Josú, qué caló.

(*RITA le sirve rápidamente. Se acerca la CIEGA*).

CIEGA.—¿No hay una limosnita para la cieguita?

SOLDADO.—(*Señalando a los niños:*) ¿Estás poniendo escuela, Rita?

RITA.—¡Escuela! . . . (*Sentándose otra vez con los niños:*) ¿Veis a ese soldado? Preguntadle. Yo sé que conoce a los gigantes.

NIÑO.—(*Acercándose al soldado:*) ¿Es verdad?

SOLDADO.—¿El qué?

NIÑO.—¿Conoces tú a los gigantes?

SOLDADO.—¿Eso es lo que te enseña la Rita? Pues, sí, hombre, los conozco. Mañana van a salir; y yo con ellos. Aguárdate a mañana. (*Se pone en pie*). Abur, Rita. . . Y no mareas a los chicos. (*Sale*).

CIEGA.—Una limosnita, por la carriá de Dios. . . Un cachito de pan. . .

(*Entran un MATRIMONIO EXTRANJERO y un CURA*).

CURA.—En este ventorrillo o merendero hay que hacer alto. Aquí se para todo el que sale de paseo y todo el que llega al pueblo. (*En voz baja:*) La joven es una infeliz, casi boba.

LA EXTRANJERA.—Curioso nombre el del ventorrillo.

CURA.—Sí. "LOS GIGANTES". Así llamaban a los abuelos de Rita. Eran unos gallegotes rubios, ahorrativos y tenaces. Esta Rita sufre las sugerencias del título. No habla más que de los gigantes. Oye, Rita. (*RITA se acerca, saliendo de su abstracción*). Tráenos unas cervezas con tapas.

LA EXTRANJERA.—¿Tapas?

CURA.—¿Le sorprende el nombre? No me extraña. Los andaluces llamamos así al platillo que, con un trocito de queso, o unas aceitunas, o unas anchoas, cubrimos las cañas de manzanilla. "Cañas" son vasitos casi cilíndricos, para servir el vino.

EL EXTRANJERO.—¿Y, cómo tienen a esta joven al frente del negocio?

EL CURA.—Si yo les contara detalles de nuestra manera de ser. Hay un hombre en este pueblo que se dedica a vender pedernales, piedras para encender la yesca, manera primitiva para prender el cigarrillo. Un día, me acerco a su puesto, que era un simple cajón con los pedernales encima, y le pregunto: ¿cuánto vale éste? Nada, señor cura. Pero ¿cómo nada? Usted vive de lo que vende; algo valdrá el arrancarlos de la tierra. Cá, no señor, no valen ná. Más chispas da un adoquín. Así es nuestra gente. A usted le extraña que dejen al frente de este negocio a una chifladita. Pero, si viera usted, lo lleva bien. Entiende a su clientela. Su bobería se reduce a eso. . . A pensar constantemente en los gigantes. Pero reacciona bien a casi todo lo que se le dice. (RITA *sirve*).

EL EXTRANJERO.—Oiga usted, Rita. ¿Quiere explicarme el nombre de su merendero?

(Entra una GITANA tocando las castañuelas. Los chicos están sentados a la derecha, apelotonados. La COJA y la CIEGA, al lado contrario).

GITANA.—Josú, qué *mitin* y de qué buena calía. Aquí, el Padre Santo (*señalando al CURA*) va a dejá que se la diga a esta pareja de reyes que le acompaña.

EL CURA.—Espérate, aguarda, que estamos hablando con Rita. ¡Para tus castañuelas! Sigue, Rita.

RITA.—Mis abuelos eran unos hombres rubios que hablaban una lengua muy blanda. Mis abuelos eran altos, como torres. Por sus espaldas corrían y jugaban sus hijos, mi madre y sus hermanos. Mis abuelos no se pelearon con nadie; pero se hacían respetar de todos. Eran muy grandes y muy fuertes. Por esto les llamaban "los gigantes". Y, a la taberna, que pusieron, que luego se convirtió en ventorrillo, lo mismo.

(La GITANA repiquetea sus castañuelas).

EL CURA.—¡Calla!, te digo.

GITANA.—Ay, Señor Cura, padrecito mío, que se me figuraba concluía la historia de los gigantes.

RITA.—(Con melancólica ironía:) Concluía la historia de los gigantes. . . Se termina el día y se termina la noche; se acaban las flores, el dinero, la vida de nuestros padres; pero no se acaba la historia de los gigantes. Hablo con ellos por las noches, y, de día tengo que hablar de ellos. La gente me llama RITA LA BOBA, porque ve que no pienso en otro tema. Pero ¿qué quieren ustedes que haga? Son todos ustedes, todos los visitantes, los que me obligan a pensar en los gigantes y a soñar con ellos. Y del sueño me salen nuevas cosas para contar al día siguiente.

EL CURA.—Pero, vamos a ver, Rita, ¿has conocido a tus abuelos?

RITA.—No.

EL CURA.—Entonces. . . mal puedes imaginarlos.

RITA.—Esa lo ha conocido. (Señalando a la COJITA).

COJITA.—Rita dice verdad. La cojita los conoció. Eran grandes y generosos. Todas las mañanas veníamos aquí la cojita, el manco, la ciega, la jorobada, los infelices que vivimos del corazón bueno del prójimo. Y nos daban panes enteros, no mendrugos, y tocino sabroso.

EL CURA.—Bien, pero yo sospecho, Rita, que tus abuelos no son ya los verdaderos o auténticos. Tú has hecho, con lo que te contó esta y la de más allá, y con lo soñado por ti, una casta de criaturas que nadie ve por ningún lado.

RITA.—Nadie ve. . . pero todos quieren verla. Todos tienen la sospecha de que existe. Pasa con esto como con Dios.

EL CURA.—No digas disparates, que puedes caer en herejía.

RITA.—Yo no digo que los gigantes sean como Dios, Señor Cura.

EL EXTRANJERO.—Los gigantes fueron hijos de un Dios pagano, Júpiter.

EL CURA.—La verdad es que (dirigiéndose al MATRIMONIO) todos los pueblos han creído en los gigantes. Tenemos nuestro Goliat en la Biblia. (Dirigiéndose a todos:) Vamos a ver: que diga cada cual si cree en los gigantes y cómo se los figura.

TODOS.—Yo me figuro. . . Yo creo. . . Los gigantes son. . .

EL CURA.—¡Alto! Por partes. Que empiece esta (señalando a la GITANA).

GITANA.—(Canturreando:)

Gigante de mi vida
 Puente y alcoba,
 Escalera del cielo,
 Mira tu novia.
 Gigante mío,
 Yo sé que es un gigante
 Quien me ha perdío.

EL CURA.—Estas gitanas siempre tienen coplas para todo, y siempre se salen por la tangente. Vamos a ver si la ciega dice algo más seguro.

LA CIEGA.—¿Qué quiere usted que le diga, Señor Cura? Los ciegos tenemos que creer en toítas las cosas, porque no vemos ninguna. Yo creo que hay gigantes como creo que hay aeroplanos y libros, pero no sé cómo son. Dicen que son muy grandes, unos por su tamaño y otros por lo que encierran, pero... ¿cómo es lo grande? Yo sé si es grande o chico el mendrugo, la moneda, la cama y el vaso de vino; pero no sé si es grande el campo. ¡Ay, Dios mío! Esta sí que es grande cosa, la vida de la ciega.

EL CURA.—Eres discreta, hermanita. Tienes razón. Veamos qué piensa la hermana cojita.

LA COJA.—Pos mire osté, Señor Cura, sí que creo. Los he visto mu de cerca.

LOS EXTRANJEROS Y EL CURA.—A ver, a ver. ¿Cómo? ¿Cuándo?

LA COJA.—Pos, una vez, habiendo entrao en la viña del tío Panocho a por un racimo de uvas. Yo llevaba mucho miéo, porque aquello era robo. Entonces... bueno... yo me quedé sin las uvas. Vi un hombre que llenaba toíto el cielo con sus brazos y sus piernas. Estaba contra la luz; era como un fantasma.

Otra vez, fue en el camino, a media noche, con una luna que se burlaba entrando y saliendo de las nubes. Yo me acosté a dormir bajo un árbol. No quiero acordarme, Señor Cura. La carota que me besó... , las manotas que me sujetaron...

EL CURA.—Bueno, basta hermana cojita. No sigas. Tú los has visto. Atroces gigantes, malvados.

UNA NIÑA.—Señor Cura, Señor Cura...

EL CURA.—¿Qué quieres, salada?

NIÑA.—Pues yo quería decir, que los gigantes no son siempre malos. Yo he leído la historia de uno que no hacía más que buenas cosas; transportaba princesas leguas y leguas pa-

ra que llegaran en punto a sus palacios; abría puertas de gordos barrotes y muchos candados que tenían presa a una niña.

EL CURA.—Perfecto, perfecto, hija mía. Pero tus gigantes son de cuentos. Y por lo visto, hay varias clases de gigantes. (*Dirigiéndose a RITA:*) Bueno, Rita, ya me tienes casi en tu cofradía; a ver si en otra charla me explicas algunas dudas que me quedan. (*A sus compañeros:*) Seguiremos nuestro camino... ¿Cuánto es esto, Rita? (*RITA se acerca y cobra*).

(Se oye un gran vocerío por la calle; y se ve pasar a un hombre vestido de negro, que es vitoreado y se va deteniendo de vez en cuando para explicar algo que no se oye).

EL CURA.—Es un político que hace su campaña electoral. Vamos.

(Salen todos, menos RITA, que después de mirar a la calle, vuelve a su sitio y queda pensativa. A los pocos momentos entra un joven, un chofer, CARLOS).

CARLOS.—(*Desde la puerta:*) Rita, Rita, ¿qué haces?

RITA.—(*Sorprendida y contenta:*) ¡Carlos! ¿Cuándo has venido?

CARLOS.—Ahora mismo, en cuanto pude. A ver a mi bobita, a mi chifladita, a la más tontaína y más dulce y más guapa y más buena...

RITA.—¡Calla! No empieces. ¿Con quién has venido?

CARLOS.—Con ese señor que vitorean por la calle. Le voy llevando de pueblo en pueblo. Vaya un hombre, Rita. Muchas veces, oyéndole pienso en ti. La gente dice: "Es muy grande". Y yo digo: "Es un gigante". Ese sí que lo es, Rita. Lo ves y parece como los demás hombres; ni más bajo ni más alto. Pero qué cosas piensa y qué cosas dice. Lo mismo da que seamos ochenta que ochenta mil los oyentes; nos domina, nos lleva con el pensamiento y nos sacude los nervios. Tan pronto queremos pegar y destruir a los malos gobiernos, como abrazar y levantar en alto a las personas como él, que viven para luchar por nosotros.

Bobilla, boba mía, tú tienes que venirte a la ciudad para oír y vivir todas estas cosas. Tú no eres para quedar entre

lugareños. Aquí no eres más que *la boba*, la que sueña, la que no habla de otras cosas que del pan y las cebolletas.

RITA.—Y así soy; la boba... Cuando despierto, al amanecer, me siento en el filo de la cama y, sin darme cuenta, ni pensar en que he de vestirme, voy rodando la vista por el cielo que se abre, por los pliegues de mi camisa, por las ropas que dejé lacias en la silla, por los rincones del cuarto donde trabajan sus telas finas las arañas y por un sin fin de boberías más. Yo no sirvo para la casa, me distraigo. A veces me dan las ocho y las nueve sin vestirme. No pienso en nada, ni en ti. Si apareces en mi memoria, es para pasar en seguida, como todo lo demás. No puedo explicar este traajín perpetuo de mi cabeza; este rosario de cosas sueltas; esta procesión de figuras, sitios, palabras y ruidos que desaparecen y jamás se repiten en la misma forma. Vivo en un sueño largo, tan largo como los días, quieran o no los que me rodean. Ellos me tienen por boba, y me regañan y se burlan; pero yo no sufro; hay una felicidad en el fondo de mi silencio que no puede compararse a nada de la vida, ni al trabajo, ni al viaje, ni al dormir, ni al comer.

CARLOS.—¿Ni al querer?

RITA.—(*Mirando a CARLOS como quien no comprende:*) ¿qué?

CARLOS.—(*Ciñéndola con recato:*) ¿Sabes lo que te digo? Mírame bien, de lleno. Hay otra felicidad, y es, la de ver todo eso que tú ves pero en los ojos cercanos de otra persona. Y hay la felicidad de sentirse presa y preso por un cuerpo nunca visto y que resulta como hermano del nuestro y mucho más, como trozo del alma misma. Y, hay esto... (*La besa*).

RITA.—(*Espantada:*) ¿Qué haces? (*Se desliza de sus brazos*). ¿Qué haces?

CARLOS.—Calla, no grites... A la felicidad le gusta el silencio. Y, a ésta, que es la mayor de todas, la más grande, la más gigante...

RITA.—(*En tono reconcentrado, como es frecuente en ella:*) Ni esta felicidad que tú dices es gigante, ni ese hombre a quien sigues lo es. En este asunto mío eres como los niños; no comprendes. Lo mejor será que sigas tu camino. Yo no necesito ir a la ciudad para conocer falsos gigantes como ése. Los míos son de una pasta mucho mejor.

CARLOS.—Pero... ¿qué te pasa, mi vida?

RITA.—Que con tu comparación me has revelado lo distinto que eres de mí. Sigue tu camino y déjame con mis bobadas y mis cosas de pueblo.

CARLOS.—Entonces . . . (*levantándose*). ¿Qué, no vienes? (*Orgulloso y malhumorado*.) Te arrepentirás. (*Va saliendo, y en la puerta, dice*.) A la vuelta veremos.

RITA.—(*Sin moverse ni volver la cara al que sale*.) ¡Hombre! . . . ¡Menos que niño! Los hombres ya no ven lo que son capaces de ver los niños.

(*Va oscureciendo. RITA se levanta y se va al mostrador en un movimiento automático. Comprende que no tiene nada que recoger ni limpiar y regresa a su sitio de antes. Entran DOÑA CÁNDIDA, la COJITA y la CIEGA*).

DOÑA CÁNDIDA.—¿Sola, Rita?

RITA.—Sí, Doña Cándida.

(*Las recién llegadas toman asiento en el suelo, menos DOÑA CÁNDIDA que se busca una silla para conservar su dignidad*).

LA COJA.—Hemos visto salir a Carlos. Lleva mal talante.

RITA.—Sí.

DOÑA CÁNDIDA.—¿Se ha peleado contigo?

RITA.—Pelear . . . ¿Sé yo pelear? Yo no sé cómo se pelea. Lo único que sé es mantenerme en mi sitio, en lo mío. Quien me quiere arrancar de aquí para llevarme a la ciudad —a la ciudad más bonita del mundo— se equivoca. Mi destino está aquí.

DOÑA CÁNDIDA.—Nuestro destino, querida Rita, no está en este mundo. Yo no voy a ponerme del lado de Carlos. Tú sabes que nunca me gustó. Pero . . . hay otras gentes, otros hombres que podrían congeniar mejor contigo y llevarte por la vida, aquí o fuera de aquí. El mundo es muy ancho y está lleno de sorpresas. Cualquiera día viene un . . . ¿cómo diría yo? . . . Puesto que tu pensamiento no se aparta de los gigantes, un Cristobalón, tan grande como ese San Cristóbal que llena toda una pared en la iglesia. Un Cristobalón con su niño a cuestas y una palmera por bastón. Una palmera cortada allá en las Indias, en las Américas.

LA CIEGA.—Sí, eso. Yo no he visto nunca a San Cristóbal, pero me dicen que llevó al Niño a través del mar, de orilla a orilla. Y que siendo tan grande y tan fuerte casi no podía con él.

Y que lo depositó en un mundo muy ancho y todo nuevo.
¡Qué pena, Señor, no ver tantas cosas como hay! Felices vosotras que veis el mar, las palmeras. . .

LA COJA.—Y que podemos ver el Nuevo Mundo, cuando venga por Rita ese hombre, ese gigante que atraviesa el mar sin que el agua le pase de las rodillas.

RITA.—Reíos de mí.

DOÑA CÁNDIDA.—Por mi parte no hay broma ninguna, Rita. Yo lo que te repito es esto: no me gusta Carlos para ti; esto en primer lugar; y, luego, que los designios del destino son insospechados. Yo creo en las personas que sueñan o que tienen alma para salirse de los menesteres diarios. Creo que son almas escogidas. Y tú eres una de ellas.

(*Aparece en la puerta un hombre, el INDIANO.*)

EL INDIANO.—Esta es la venta de "LOS GIGANTES", según leo. ¿Quién es Rita? Pero. . . no me lo digáis. Rita es. . . (*mirando a las cuatro mujeres*) ésa. Sí. La reconozco. Vamos a platicar. (*Toma una silla y se sienta*). Yo soy lejano pariente tuyo, Rita. Nací en un pueblito de Galicia. Me llamo Pazo; Cristóbal Pazo.

LAS MUJERES.—¿Cristóbal?

EL INDIANO.—Sí. Cristóbal. Y me gusta mi nombre porque lo llevó Colón, el hombre que puso Europa en las Indias, el que atravesó por vez primera las aguas y dejó una orilla por otra. Vosotras no sabréis que en la antigüedad, para hacer otro tanto, Júpiter tuvo que convertirse en toro. Júpiter es un ascendiente mío y de Colón. Porque has de saber, Rita, que yo vengo por ti. Yo pertenezco a la estirpe de "LOS GIGANTES", fundadores de esta venta. Mi abuelo y el tuyo fueron primos hermanos. El mío no tuvo más que un hijo, y éste, a mí. Yo salí soñador. Me espoleaba mi nombre. Y me eché a la mar con los pies descalzos y un bordón de peregrino. Aquel bordón lo dejé allá; lo sustituí por una palmera, para asemejarme a San Cristóbal. ¿Qué te parece, Rita? San Cristóbal perteneció a la familia por su tamaño y su fuerza. (*Le toma una mano a RITA*).

RITA.—Pero. . . vienes sin niño.

CRISTÓBAL.—No lo creas. . . No lo creas. Por ahora está en tu fantasía. Pronto lo verás sobre mis hombros.

TUMULATUMBA

Por *Pablo GIL CASADO*

ESA luz, qué luz, le pesan los párpados, le invade la modorra, resbala, se hunde, con tanto calor no se puede, se duerme uno, avanza lanzado por una carretera sin una curva, se le cierran los párpados, sin un árbol. Trata de incorporarse, de vencer el sueño, cruzando parameras, tierras blancuzcas, calcinadas ¿se queda dormido? por un sol abrasador, ese sol, qué sol.

Llega al pueblo, la aguja señalando el vacío, a la modernísima estación de servicio extrañamente desierta; toca la bocina, nada, la bocina vuelve a tocar hasta que aparece un viejo de aspecto terroso ¿Cómo? No tenemos gasolina ¿Por qué no? No porque no la vendamos, no porque se nos haya acabado, que sí la vendemos, que sí la tenemos, sino porque los surtidores no funcionan ¿Que dónde queda otra, otra estación? No hay otra, ésta es la única.

Decide esperar a que arreglen las bombas ¡Qué remedio! No se tardará mucho, es cuestión de poco ¿Como cuánto? El viejo se ríe con risa de dientes dañados y le aconseja que se dé una vuelta para ver el pueblo, para distraerse, vamos, para pasar el tiempo ¿Como cuánto tiempo? Todo se arreglará tarde o temprano, ya se sabe, no hay mal que dure mil años.

Un lugar de pesadilla, tristón, monótono, gris pardusco, amarillento cocido. Brilla un sol tropical, los destellos le ciegan, el terreno despide fuego, el aire está saturado de polvo; no puede abrir los ojos apenas, no puede tocar las paredes apenas, ni apenas puede respirar el fogaire.

Se pasa la mano por la frente cubierta de sudor. Tiene la boca seca, traga saliva. Esta luz, qué luz. De pronto, como por magia, algo surge al otro lado de la calle que le llama la atención. En una pared blanco encalado refulgente, tres largos de madera forman un marco verde botella rabioso; sobré el marco, tres letras amarillo antióxido brillante dicen sin duda algo ¿Qué dirán? Cierra más los párpados, agudiza la vista ¿Bar dice? Dice bar, no hay duda, dice. Y cruza la calle y se dirige al oasis y entra y se acerca a la barra con la intención de refrescarse.

Los labios del tabernero se mueven, dicen buenas, en qué podemos servirle ¿Una coca-cola? Lo sentimos muchísimo, no tene-

mos, sólo tenemos laco-caco ¿Le pongo una? El viajero se informa de la composición de la exótica bebida y, por fin, se decide. Muy fría. Del tiempo será, le advierten los labios del copero, las laco-cacos están hoy algo calentitas. Inconveniente de fácil remedio en cualquier parte del mundo, proclama triunfante el cliente, añádanse unos trocitos de hielo... ¿No hay? El otro niega ¿Cómo es que no hay? La fábrica de hielo no funciona. El viajero señala el refrigerador: ¿Tiene congelador? Naturaca ¿Y no se le ha ocurrido hacer cubitos de hielo? Sí pero como si no ¿No? No señor, no funciona ¿Y eso? La corriente no tiene la suficiente fuerza para mover el motor. Son los extranjeros, esos franceses, esos suecos, esos ingleses y esos alemanes protestantes que se llevan la electricidad, como se llevan todo lo bueno que hay en este país ¿Pues la hemos fastidiado con jota! Y después de la exclamación, el viajero se queda pensativo, pensando cómo se llevarán la electricidad, si envuelta en papel o en latas de cinco litros ¿Usted no será extranjero, eh? Y el viajero se apresura a negar, intuyendo una amenaza en la voz del patriótico comerciante, un hombre muy cabal que comulga todos los días con ruedas de molino nacional, que repite lo que se dice, que alaba lo que se alaba, que condena lo que se condena y que nunca piensa por sí mismo, porque si pensase se daría cuenta que la electricidad no mueve motores en Tumulatumba porque la corriente de ciento veinticinco ha sido convertida a doscientos cuarenta con entrega efectiva de ciento sesenta voltios, rendimiento calculado por los técnicos tumulatumbeses con extraordinaria precisión para que los embalses permanezcan siempre llenos o casi llenos, gracias al paro de los motores de ciento veinticinco como de los que funcionan a doscientos cuarenta. ¿Entonces, una laco-caco? Bueno, bueno. El viajero se dispone a tomarla como esté. Bueno, pero ponga la más fresquita que tenga. Los labios sonríen, se agrandan, dicen mucho no será porque han estado todo el día afuera, se olvidaron de meterlas. ¿Enfriándose al sol? Como ha de ser algo caliente por fuerza, pide café ¿Café? No puede ser ¿No? La supercafetera italiana, sonrío, es eléctrica, sonrío, sin electricidad, sonrío, no hay tu tía... Ante la perspectiva de tener que tomar un refresco hirviendo, decide consumir otra cosa, una cosa cualquiera. Qué toman, pregunta señalando a unos alborotadores que beben una beatífica bebida ¿Qué es? Es tintorro. Le podemos servir un tonel, o dos si quiere. Y el prudente conductor se acuerda de la carretera y opta por un vaso de agua ¿Agua ha dicho, agua? Ya sin sorpresa ve que el huésped niega y no afirma, oye ya sin sorpresa que no tiene ni gota, que si las restricciones, que si el depósito anda vacío, que si el turismo consume todo el agua, que si hasta lavamos los platos con vino. Sin

vino no existiría este mundo. Todos, usted y yo, todos vinimos al mundo. Los labios del gracioso tabernero se ríen, se agrandan cada vez más, se ríen, se ríen.

El viajero tiene la sensación de estar viviendo una pesadilla. Ni siquiera sabe, cae en la cuenta, donde está con exactitud ¿Dónde? Pues, en Tumulatumba, naturalmente ¿Dónde si no? En la mejor de las tierras, en las mismísimas estribaciones del Sahara. La lengua se le pega al paladar, pasa saliva. Esta sed, este calor, ese sol, esa luz. . .

Por detrás del mostrador aparece una figura cubierta de pies a cabeza ¿Una mujer? M'hija ¿Qué le parece? Guapa, a que sí. Ustedes los extranjeros se vuelven locos por las tumulatumbesas. Allí donde esté una con su garbo, sobran todas las demás ¿A que sí? ¿Y la envoltura? Cuestión de protección, caballero. Nuestras mujeres la llevan permanentemente. Para eso son las más decentes, las más virtuosas del universo. Nadie como ellas para hacer feliz a un hombre. Saben cosér, saben fregar, saben freír, saben rezar ¿Qué más se puede pedir? Fíjese, en Tumulatumba ni siquiera existe el divorcio, fíjese. Los labios continúan recitando las excelencias de las tumulatumbesas, los labios crecen, se extienden, cubren el mostrador.

El viajero abandona precipitadamente la taberna. Si por lo menos pudiese apagar esa luz, evitar ese sol. El mismo calor de antes. Suda copiosamente. Ahora pasa frente a un edificio de piedra. Es la biblioteca. Entremos, se dice el viajero, mataré el tiempo leyendo una revista o un libro o lo que sea, por lo menos estaré a la sombra. Se acerca a la puerta. Cerrada. Señor portero ¿Por qué está cerrada la biblioteca? Necesita llave para entrar ¿Quién tiene la llave? Está en el buzón de correos. Señor guardia ¿Dónde está el buzón? Lo han robado. ¿No se puede leer en la biblioteca? No señor, la letra es negra, es cosa del tizón diabólico ¿Usted lee? Leo. Todo el que lee es elemento subversivo ¿Cómo? Queda detenido.

El viajero echa a correr de estampida, corre y corre por calles, cuesta arriba, cuesta abajo, y más calles, tratando de escapar del policía. Cuando ha conseguido perderlo de vista, se para jadeando, empapado de sudor, la ropa pegada al cuerpo. Ese sol, ese calor ¿Dónde se encuentra? Reconoce el lugar: frente a la estación de servicio.

Los surtidores siguen sin funcionar ¿No hay todavía gasolina? Riéndose, el viejo —enseña los dientes podridos— dice que de poco le serviría la gasolina cuando el motor no arranca ¿Quééé? Entra en el coche, mete la llave, hace contacto. Nada ¿Cómo es posible si al llegar funcionaba perfectamente? El viejo terroso explica, riéndose —las caries visibles—, estaba caliente, se ha enfriado, ya se

sabe el descenso de temperatura ¿Con esta calina? Ya hace su fresquito. Y el viejo sin dejar de reír añade: Ustedes, los exrtranjeros, qué impacientes. En este país las cosas nos las tomamos con calma, joven, que no por mucho correr se solucionan los problemas antes ¿Arreglarlo? Se puede, claro, pues no faltaba más, todo se arregla menos la muerte, naturalmente. Mas hoy no, que es fiesta oficial, y ya se sabe, no se trabaja sino mañana ¿Mañana? Mañana, caballero, es domingo. Y el lunes, fiesta religiosa.

Recorre las calles buscando un mecánico ¿sabría de alguien que entienda de cuestiones mecánicas? o quien sea ¿podría idicarme alguno? que le quite al vehículo lo que tenga ¿no conoce un sitio donde hagan reparaciones? o le ponga lo que le falte al motor. No, nadie sabe nada. Paciencia le aconsejan para repetirle paciencia. El viajero asegura y vuelve a asegurar que tiene prisa ¿Prisa? La gente lo toma a broma ¿Qué es eso? ¿Prisa? Tiene gracia. Y le advierten que, en Tumulatumba, desconocen el significado de la palabreja. Los meses se suceden, los años pasan, unos nacen, otros mueren; trabajamos lo menos posible, cobramos, gastamos lo que podemos; vamos al bar, al cine, vemos la tele; siempre decimos lo que dicen, afirmamos lo que afirman, negamos lo que niegan los defensores de la patria; somos el pueblo escogido, el brazo derecho de Roma, que vive en el desierto. Ustedes, los extranjeros, por envidia dicen que no vamos a ninguna parte ¿Y qué falta nos hace? Nuestro pasado es glorioso, nuestro destino también, nuestro glorioso movimiento, presente, es estar sentados. Paz y tranquilidad. Los garbanzos en la mesa. Todo lo demás son ganas de meterse donde a uno no le llaman. Ustedes, los extranjeros, son unos buscalíos, no se les puede hacer caso. Envidia, envidia que tienen de que aquí se viva como en ninguna parte se vive.

El viajero sigue preguntando ¿dónde? a transeúntes, guardias, dependientes ¿dónde hay un mecánico? cada vez más preocupado por la negación colectiva ¿dónde hay un mecánico que me ponga en marcha? Y moviendo la cabeza negativamente o encogiéndose de hombros otras veces, sonriendo por afuera y riéndose por adentro, le aconsejan que espere a mañana y que no tenga prisa, y volviéndole la espalda, los interrogados se ponen a contemplar los escaparates llenos de productos alemanesamericanos a precios americanosalemanes, mientras exclaman al otro lado del infranqueable telón de cristal: qué progreso. Así, con la nariz aplastada contra el cristal y los ojos bien abiertos, toman nota mental de aquel mundo de objetos exóticos (y qué moderno) haciendo planes para su uso a la vez que dándose cuenta de qué bien iría con el decorado de casa ese aparato o ese otro chisme de uso y función desconocida (y tan

pronto como pueda) aunque con perfecta conciencia de que son objetos hechos de mirameinometoques (y el menor día me remango) que nunca podrá alcanzar.

Caso extraño. Esta gente parece vivir un sueño, parece que no se da cuenta de la realidad, parece que no hace nada por cambiar la situación, ni parece que le importe gran cosa ¿Será posible que nadie naga nada que nadie niga nada que a nadie le nimporte nada que nadie quiera naber nada de nada? ¿Qué le pasará a esta gente? Fijándose con más atención, el viajero descubre que detrás de la mirada se nota una parálisis absoluta así como si la mente estuviese anquilosada, así como si estuviese el espíritu muerto.

Una vez más se apresura a volver a la estación de servicio. Por el camino de vuelta se siente inquieto, nervioso. En la estación no hay nadie ¿Y el coche? Tampoco está ¿Y el viejo de las caries? Con creciente alarma comprueba que las calles están desiertas ¿Dónde se habrá metido todo el mundo? Comprueba que los comercios están cerrados, que no están abiertos los bares ¿En pleno día y con este sol? Va llamando a las casas, golpeando puertas. Nadie contesta ¿Qué habrá pasado aquí? ¿Qué maldito lugar de pesadilla es éste? El pánico se empieza a apoderar del viajero. Está perdido en un desierto, sin escape posible, bajo él esta tierra blanquecina, calcinada, sobre él ese sol, esa gigantesca araña refulgente, cegadora, que ve descender con las patas peludas, con largas hebras de luz cubiertas, extendidas, sobre él.

Miguel se incorporó de golpe. Tenía el pijama húmedo, pegado a la piel, el sudor le resbalaba por el cuerpo. Sacó el pañuelo de debajo de la almohada y se lo pasó por la frente. Bostezó. Luego extendió una mano y apagó la bombilla que brillaba allá, en el techo, sobre él.

Se terminó la impresión de este libro
el día 15 de enero de 1976 en los
talleres de Editorial Libros de México,
S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12,
D. F. Se imprimieron 1,750 ejemplares.

Nº 839

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ...	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Alvarez Acosta</i>	15.00	1.50
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, por <i>Miguel Alvarez Acosta</i>	50.00	5.00
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	20.00	2.00
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	20.00	2.00
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Roio	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	15.00	1.50
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pomar</i>	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gría</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usigli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	20.00	2.00
ORFEO 71, por <i>Jesús Medina Romero</i>	15.00	1.50
CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por <i>Sol Arguedas</i>	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
VOZ EN EL VIENTO, por <i>Jorge Adalberto Vázquez</i>	15.00	1.50
REVISTA: SUSCRIPCION 1976		
MEXICO	175.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	15.50	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	18.25	
PRECIOS DEL EJEMPLAR SUELTO		
MEXICO	35.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	3.10	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	3.65	

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Franisco Martínez de la Vega

Jesús Silva Herzog
Leopoldo Peniche Vallado

Franco Muere ¿Renacimiento Español?
En busca de la libertad perdida.
Dos ensayos latinoamericanos.
Izquierda y derecha, signos de definición.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ignacio Chávez
Alfonso Caso

Raimundo Lida

Carlos Enrique Ferreyros

Juan Carlos Andrade
Salaverria

Cultura superior y humanismo.
¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?
Santayana y la autonomía de lo estético.
El peligro de suscribir tratados con gobiernos de facto.
Reflexiones sobre la teoría del subdesarrollo y la industrialización sustitutiva en América Latina.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Rafael Sánchez Ventura

José Mejía Valera

Francisco Giner de los Ríos
Felipe Cossío del Pomar
Dardo Cúneo

Flores y jardines del México antiguo y del moderno.
Organización de la sociedad en el Perú preincaico.
De la conquista a la independencia.
En el arte y la aventura. Pascin.
Conversación con Jean Cassou.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Alfredo S. Duque

C. G. Bellver
Hugo Rodríguez Alcalá

Russell M. Cluff

Mauricio de la Selva
José Moreno Villa
Pablo Gil Casado

Una pequeña antología de Nicolás Guillén.
Rafael Alberti frente al destierro.
Augusto Roa Bastos y el bilingüismo paraguayo.
El realismo mágico en los cuentos de Uslar Pietri.
Actualidad de Luis Spota.
"Los Gigantes".
Tumulatumba.